

LAS BUENAS MADRES

LA HISTORIA REAL DE LAS MUJERES QUE SE
ENFRENTARON A LA MAFIA MÁS PODEROSA

MADRES

ALEX PERRY

Ariel

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Mapas

Primer acto. Desaparición en Milán

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

Segundo acto. Rebelión en Rosarno

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

Tercer acto. Italia despierta

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

Agradecimientos

Láminas

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Fundada hace más de 150 años por pastores calabreses, la 'Ndrangheta está considerada la mafia más poderosa del mundo: trafica con el 70 % de la cocaína y la heroína de Europa, negocia acuerdos ilegales de venta de armas con criminales y terroristas, y blanquea miles de millones de euros al año. Es el imperio del crimen más poderoso, afirma Alex Perry, pero lo extraño es que pocos de nosotros hemos oído hablar de ella.

¿Qué papel desempeñan las mujeres en esta organización criminal? Cuando Alessandra Cerreti llegó a Calabria en abril de 2009 como nueva fiscal antimafia de la región, se hizo esta pregunta, y siguió en su empeño en averiguarlo pocos meses después, con la desaparición de Lea Garofalo, quien había testificado contra su marido mafioso en 2002 y llevaba más de doce años huyendo con su hija.

Con una prosa ágil y una fuerte tensión narrativa, el autor reconstruye no solo la vida de Lea Garofalo y su hija Denise, sino de otras mujeres a las que la fiscal Cerreti logra persuadir para que rompan el silencio y testifiquen. Es la historia de unas madres que se enfrentan al mayor de los peligros para salvar sus vidas y las de sus hijos, y es también el devenir de una jueza y de unos mafiosos que darán la batalla de forma despiadada. Una lucha en la que no todos sobrevivirán.

Alex Perry

Las buenas madres

La historia real de las mujeres que se enfrentaron a la
mafia más poderosa

Traducción de Juanjo Estrella

Ariel

A las buenas hijas y a Tess, siempre





PRIMER ACTO
DESAPARICIÓN EN MILÁN

I

El símbolo de Milán es una serpiente gigante devorando a un niño que grita.¹ La ciudad más importante del norte de Italia cuenta con otros emblemas venerados: un oso peludo, una virgen de oro y, más recientemente, los logotipos de los diseñadores que hacen de Milán la capital mundial de la moda. Pero, con ochocientos años de existencia, la imagen del sinuoso reptil hundiendo los dientes en el cuerpo retorcido y empapado en sangre de un niño sigue siendo el emblema más popular, y aparece en banderas y bajorrelieves de los muros de la ciudad, en la insignia de Alfa Romeo y en la camiseta del Inter de Milán. Se trata de un estandarte amenazador, algo que resulta extraño en el caso de un pueblo que suele asociarse con la familia y la comida, y también algo tosco, lo que resulta no menos extraño en el caso de una ciudad cuyas cotas artísticas alcanzan las alturas sublimes de *La última cena* de Leonardo da Vinci. De hecho, los milaneses, en su mayoría, ignoran cuál es su significado, aunque en momentos de franqueza algunos confiesan que, según sus sospechas, la imagen en cuestión ha sobrevivido porque arroja luz sobre una verdad oscura que subyace en el corazón de su ciudad: que el dinamismo y los éxitos por los que es conocida dependen, entre otras cosas, de a quién esté dispuesta a destruir.

En los cuatro días que pasó en Milán a finales de noviembre de 2009, antes de que su padre matara a su madre y después borrara de la faz de la tierra cualquier rastro de ella, Denise Cosco pudo llegar a creer que su familia había dejado atrás su propia oscuridad. Ella tenía diecisiete años. Su madre, Lea Garofalo, treinta y cinco, y era la hija de un mafioso. Su padre era Carlo Cosco, un traficante de cocaína de treinta y nueve. Lea se había casado con Carlo a los diecisiete, había visto cómo su marido y el hermano de este mataban a un hombre a los veintiuno, y con apenas un año más había ayudado a enviarlo a la cárcel milanese de San Vittore. Denise se había

criado con su madre en fuga. Durante seis años, entre 1996 y 2002, Lea se había ocultado junto con su hija en las callejuelas estrechas y sinuosas de la ciudad medieval de Bérgamo, a los pies de los Alpes. Lea lo convirtió todo en un juego (dos chicas meridionales ocultándose en aquel norte tan gris), y con el tiempo las dos lo fueron todo la una para la otra. Cuando paseaban por las calles empedradas de Bérgamo, delicadas y menudas, cogidas de la mano, pasándose el pelo rizado por detrás de las orejas, la gente las tomaba por hermanas.

Una noche, en el año 2000, Lea estaba mirando por una ventana y vio que su viejo Fiat estaba en llamas. En 2002, después de que le robaran la moto y se incendiara el portal de su casa, le dijo a Denise que optaría por un juego nuevo, y, cogiendo de la mano a su hija de diez años, se fueron a la comisaría de los *carabinieri*, donde, para estupor del agente que se encontraba en recepción, anunció que testificaría contra la mafia a cambio de recibir protección como testigo. Entre 2002 y 2008, madre e hija habían vivido en viviendas custodiadas por el gobierno. Los últimos ocho meses, por motivos que Denise solo comprendía en parte, volvían a vivir sin protección. En tres ocasiones, los hombres de Carlo habían dado con ellas, y las tres veces Lea y Denise habían escapado. Pero en la primavera de 2009 Lea estaba agotada, sin dinero, y le dijo a Denise que solo les quedaban dos opciones: o, no sabía cómo, conseguían el dinero suficiente para viajar a Australia, o Lea tenía que hacer las paces con Carlo.

Si bien ninguna de las dos cosas parecía probable, la reconciliación con Carlo era al menos posible. El Estado había renunciado a su empeño de condenarlo sobre la base de las pruebas aportadas por Lea y, por más que aquello le causaba indignación, también implicaba que ella ya no suponía una amenaza para él. En abril de 2009 envió un mensaje a su marido en el que le decía que debían perdonar y olvidar, y aparentemente Carlo se mostró de acuerdo. Las amenazas cesaron y no hubo más coches quemados. Carlo empezó a llevarse a Denise de viaje por la tierra de sus orígenes, Calabria. Una noche de septiembre llegó incluso a proponerle a Lea que quedaran los dos, y se fueron en coche por la costa y hablaron hasta el amanecer del verano en que se conocieron, hacía ya muchos años.

Por eso, cuando en noviembre de 2009 Carlo invitó a su mujer y a su hija a pasar unos días con él en Milán, y Denise, cubriendo el teléfono con la mano, aguardaba una respuesta de su madre, Lea se encogió de hombros y dijo: «Está bien». Lo convertirían en una escapada breve. Los recuerdos que Lea tenía de Milán en invierno eran los de una ciudad fría y deprimente. Los árboles eran como relámpagos negros recortándose contra el cielo; las ráfagas de viento descendían como aludes sobre las calles y arrastraban pequeños monzones de lluvia gélida sobre la gente. Pero a Denise le encantarían las tiendas de Milán, y Carlo y Lea tenían que hablar sobre el futuro de su hija. Además, desde el verano Lea volvía a pensar en su marido. Hacía veinte años, él le había rodeado la cara con aquellas manos suyas de gorila y le había prometido que la alejaría de la mafia y de todas las matanzas, y Lea se lo había creído, sobre todo porque él mismo parecía creérselo. Lea llevaba aún una pulsera y un collar de oro que Carlo le había regalado en aquella época. Tampoco había duda de que él quería a su hija. Lea pensó que tal vez Denise tuviera razón. Quizá los tres pudieran empezar de nuevo. La idea de que la amabilidad de Carlo pudiera formar parte de un plan elaborado para pillarla con la guardia baja era demasiado descabellada; había maneras más fáciles de matar a alguien.

Desde el principio, Lea Garofalo desbancaba en todo a Carlo Cosco. Él se había ganado su posición en los clanes, pero Lea había nacido princesa de la mafia. Era una Garofalo de Pagliarelle, venida al mundo en el seno de la aristocracia de la 'Ndrangheta. Carlo era ancho de espaldas y guapo como un oso, pero Lea era más refinada, y a su elegancia natural contribuían aquellos pómulos prominentes, su delgadez y el pelo largo, rizado, moreno. El vacilante dominio del italiano de Carlo y su manera de ser, discreta y taciturna, se ponían de relieve más aún cuando estaba con Lea, que hablaba con la sofisticación de una norteña y la pasión de una sureña, y en apenas cinco minutos era capaz de reírse, discutir y llorar. En cualquier otro mundo, lo normal habría sido que pocos años después de contraer matrimonio ella hubiera abandonado a Carlo y no hubiera vuelto nunca la vista atrás.

Al menos él hacía esfuerzos por no alardear, pensó Lea. Hizo que un amigo les hiciera llegar cien euros para adquirir los billetes de tren a Milán. Cuando Lea y Denise llegaron a la estación central, el monumento mussoliniano de cristal y cemento a la gloria del orden y el poder del norte, Carlo en persona fue a recogerlas en un Audi negro y las llevó al hotel Losanna, un establecimiento cómodo situado en una calle tranquila a solo una travesía de Corso Sempione, el equivalente milanés a los Campos Elíseos de París, cerca del que había sido su apartamento familiar de Viale Montello. Y, durante los cuatro días siguientes, Carlo se negó incluso a hablar del pasado. No hizo mención alguna de la ‘Ndrangheta, ni de que Lea había roto la *omertà*, la ley del silencio, ni de que al hacerlo había estado a punto de destruir todo por lo que él y sus hermanos habían trabajado. Según Denise, los tres disfrutaron de unas minivacaciones «tranquilas y agradables», una de esas escapadas familiares que ellos no habían vivido nunca. Los concesionarios de Ferrari y las tiendas de Armani estaban a años luz de los pastos de cabras de Calabria, y Carlo parecía feliz de que su mujer y su hija pudieran divertirse. Con el abrigo puesto sobre los hombros a modo de capa, al estilo de Milán, acompañado de Lea y Denise, que iban con sus vaqueros y sus gruesos plumones, los tres recorrían los canales y las plazas adoquinadas, comían *pizza* y *cannoli* y admiraban los escaparates de la decimonónica galería comercial que quedaba frente al gótico y recargado Duomo. Carlo lo pagaba todo: la ropa que compraba Denise, las cenas para los tres, los cafés y los *gelati*. Llegó incluso a reservar hora para que las dos mujeres se arreglaran las cejas en un salón de belleza de su amigo Massimo. Y como Lea se había quedado sin hachís, Carlo llamó a un primo suyo, Carmine, y se aseguró de que ella no tuviera que pagarle nada.

No todo fue perfecto, claro. Denise estaba empeñada en alimentar su adicción adolescente por los cigarrillos, así como su aversión a la calórica comida italiana. Era la segunda vez en trece años que Carlo veía a su mujer y a su hija juntas, y al darse cuenta de lo parecidas que eran no pudo evitar retroceder casi dos decenios en el tiempo hasta el día en que una Lea de dieciséis años se fugó con él a Milán. Ella, por su parte, hacía esfuerzos por mantener las formas. Le había pedido a Carlo que no le dijera a nadie que estaba en Milán, pero él ya se había adelantado y le había presentado a

Massimo y a Carmine, y este, entre otras cosas, parecía ser algo más que un simple amigo de Carlo. Además, Lea tenía la sensación constante de que los seguían.

Durante aquellos días, la madre de Denise se descubrió regresando a un antiguo vicio. Desde hacía bastante tiempo necesitaba fumarse uno o dos porros para conciliar el sueño por la noche y, como atestiguaban las colillas que la joven encontraba en su habitación, ahora también los fumaba constantemente durante el día. No había nada malo en querer dormir y estar tranquila, por supuesto, cosas que por otra parte eran bienes escasos para Lea. Pero era inevitable preguntarse si era sensato colocarse teniendo cerca a Carlo, un mafioso que se había pasado los últimos trece años persiguiéndola por toda Italia intentando matarla.

Aun así, el viaje había resultado mejor de lo que Lea tal vez temía. En un primer momento le había pedido a Denise que estuviera con ella en presencia de Carlo porque, según declaró la joven, «si yo estaba allí, a ella no le pasaría nada». Sin embargo, transcurrido poco tiempo Lea ya se sentía lo bastante segura como para aceptar quedarse a solas con su marido. La noche del 23 de noviembre Denise se acostó temprano, y Lea y Carlo salieron a cenar solos. Si los años habían tensado los nervios de ella, el tiempo parecía haber relajado los de él. Se había convertido en una especie de tonel de orejas gruesas, cabeza casi rapada y nariz de boxeador, pero se mostraba amable y atento. Cuando Lea le comentó que Denise tenía intención de estudiar en la Universidad de Milán, Carlo se ofreció a ocuparse de ella. Y cuando propuso reservar doscientos mil dólares para los gastos de su hija y ella lo regañó por haber gastado miles de dólares intentando localizarlas («y total para nada, porque siempre llegabas tarde»), Carlo, cosa rara en él, se tomó bien la ofensa. Tras pagar la cuenta, llevó a Lea a dar una vuelta en coche por la ciudad. La pareja recorría las calles vacías en silencio, admirando las vistas en mutua compañía. Carlo parecía tan distraído que llegó a saltarse un semáforo en rojo, para regocijo de Lea, que asistió a la escena en la que un mafioso corpulento maniobraba para que le retiraran la multa.

Según Denise, al verlos juntos aquellos días —Lea fumando y riéndose, Carlo frotándose su cuello de matón y cambiando el ceño fruncido por una sonrisa— se notaba que habían estado enamorados. Y hasta era posible creer

que tal vez volvieran a estar juntos los tres. «De hecho, comíamos los tres juntos, como una familia», diría más tarde Denise. Carlo «nos demostraba lo amable y atento que era». Y no había duda de que Lea todavía conservaba lo que había tenido. Aun sin un céntimo en el bolsillo, y a pesar de todo lo que le había ocurrido, su madre seguía siendo un espíritu hermoso y único, un duendecillo del bosque calabrés con la misma pureza que en su día la hacía destacar sobre las demás chicas de Pagliarelle, hacía tantos años. Denise estaba segura de que Carlo tenía que estar enamorándose de Lea otra vez. «En ningún momento desconfié de mi padre», dijo.

El último día de Lea y Denise en Milán fue el 24 de noviembre de 2009. Las dos mujeres pensaban tomar el tren nocturno que salía a las 23.30 con destino a Calabria. En su habitación del Losanna, Lea y Denise hacían el equipaje. Para ayudarles a llevar las maletas a la estación, Carlo llegó en un gran Chrysler gris que le había pedido prestado a un amigo.

Mientras cargaba el maletero, Carlo le preguntó a Denise si le gustaría cenar esa noche con sus primos: con tío Giuseppe, tía Renata y sus dos hijos, Domenico, de dieciocho años, y Andrea, de quince. Según su padre, Denise debía aprovechar las ocasiones en las que podía compartir tiempo con la familia. Además, si Lea y él se quedaban un rato a solas, podrían acabar de tratar algunos asuntos.

Denise aceptó. Lea y ella se fueron a pie hasta el centro para realizar unas últimas compras. El cielo estaba encapotado, la temperatura rondaba los cero grados y un frío húmedo rebotaba de los edificios de granito. Unas cámaras de seguridad, posteriormente, mostrarían a Lea con una chaqueta gruesa de color blanco, la capucha levantada y una mochila a la espalda. Madre e hija caminaron bajo los porches, entraron en algún café para calentarse y comieron en McDonald's, contentas de estar juntas en la ciudad y, por una vez en la vida, sin volver la vista atrás para ver si las seguía alguien.

Una hora después de que anocheciera, poco antes de las seis de la tarde, Denise llamó a Carlo. Lea y ella estaban cerca del Arco della Pace, en el Parco Sempione, que no quedaba lejos del hotel, le dijo. Minutos después,

Carlo llegó con el Chrysler, encendió las luces de emergencia y bajó la ventanilla para recordarle a su hija que estaba citada para cenar con sus primos. Lea no quería ir. Aunque se llevaba mejor con Carlo, no quería tener nada que ver con su familia. Carlo propuso llevar a Denise en coche y volver a buscar a Lea para cenar con ella en algún lugar tranquilo. Cuando todos hubieran cenado, Carlo y Lea recogerían a Denise y los tres se dirigirían a la estación. Las dos aceptaron.

—Nos vemos, mamá —le dijo Denise a Lea cuando se montó en el coche.

—Hasta luego —replicó Lea—. Voy a tomar algo.

Carlo llevó a Denise hasta Viale Montello, número 6, en el límite con el Barrio Chino milanés. Se trataba de un edificio grande de seis plantas con más de cien apartamentos distribuidos alrededor de un patio interior anodino que en otro tiempo había pertenecido al Ospedale Maggiore, uno de los primeros hospitales públicos de Europa cuando se inauguró en 1456. Pero el lugar se había ido deteriorando y había sido abandonado, y en la década de 1980 la ‘Ndrangheta de Pagliarelle lo había adoptado como vivienda y negocio de venta de heroína y cocaína. Ahora en la planta baja había media docena de comercios chinos baratos (alimentación, lavandería, estanco), y sus persianas metálicas estaban cubiertas de grafitis. Los apartamentos acogían, en su mayoría, a inmigrantes de China, Rumanía, Albania, Polonia, Eritrea y Nigeria, inquilinos que, dada la incerteza de su situación legal, garantizaban que no eran amigos de la ley. El resto se repartía entre una docena de familias mafiosas. Carlo, Lea y Denise habían vivido en uno de aquellos pisos a principios de la década de 1990. Los hermanos mayores de Carlo, Vito y Giuseppe, seguían instalados allí con sus mujeres y sus hijos. Hasta ese lugar llegaban todos los años toneladas de cocaína y heroína antes de ser reempaquetadas y enviadas hacia el norte de Europa.

Carlo dejó a Denise con su tía Renata a las 18.30 en el bar Barbara, un café regentado por chinos de la Piazza Baiamonti, al final de Viale Montello, y se fue a buscar a Lea. Denise pidió un *espresso*. Renata comentó que había minestrone y embutidos para cenar. Denise le dijo a su tía que no tenía mucha

hambre, y las dos se fueron a un supermercado asiático que quedaba cerca a comprar una bandeja pequeña de sushi. Denise intentó pagar, pero Renata no la dejó.

Al volver la vista atrás, Denise diría que fue más o menos en ese momento cuando la ilusión se acabó. En la segunda planta del edificio de Viale Montello, en casa de sus primos, Denise se comió el sushi sola. Después fue a sentarse con Renata, Domenico y Andrea, que cenaban su sopa y sus embutidos delante del televisor. Lejos de la reunión familiar que le había descrito Carlo, sus primos se pasaron la noche entrando y saliendo del apartamento. Su tío Giuseppe ni siquiera estaba en casa, algo doblemente extraño, dado que ese día se disputaba un importante partido de fútbol entre el AC Milan y el FC Barcelona. Y había algo más. En ocasiones anteriores en que Denise había pasado ratos con su tía, siempre le había parecido que era una mujer celosa de su marido, al que no paraba de telefonar para saber dónde estaba, con quién, qué hacía y cuándo volvería a casa. Pero a Denise no le pasó por alto que esa noche Renata no llamó a Giuseppe ni una sola vez.

Denise, que después de años a la fuga había desarrollado un sexto sentido para aquellas cosas, empezó a sentir que algo no encajaba. Hacia las ocho llamó a su madre. El número no estaba disponible. Aquello también era raro. Lea siempre se aseguraba de tener la batería cargada. Denise le envió un mensaje de texto. Algo así como: «¿Dónde diablos estás?», según explicaría en su día durante el juicio.

El partido de fútbol empezaba a las 20.40. El Barcelona se adelantó enseguida en el marcador. Denise envió dos mensajes de texto más a su madre, que no le respondió. Renata le dijo a Denise que no pasaba nada si fumaba delante de los demás; nadie se lo diría a Carlo. Y a medida que avanzaba la noche, Denise se descubrió a sí misma fumando sin parar. Sus primos protestaron cuando el Barcelona marcó su segundo gol justo antes del descanso. Algo después de las nueve, cuando Denise empezaba a ponerse ya muy nerviosa, Giuseppe asomó la cabeza por la puerta, se enteró del resultado del partido y de la presencia de Denise, y volvió a irse. Pocos

minutos después, sonó el teléfono de la joven. Era Carlo. En unos minutos pasaría a recogerla para llevarla a la estación. Le pedía que bajara al primer piso, al apartamento de su tío Vito, y que lo esperara ahí.

Denise se despidió de sus primos y su tía repartiendo besos y bajó. Carlo no había llegado aún, así que Giuseppina, la mujer de Vito, le preparó un café. Ya eran las nueve y media, y habían pasado más de tres horas desde que Denise había sabido de su madre por última vez. Hacía esfuerzos por controlar una creciente sensación de pánico. Al cabo de un rato, apareció Vito. Detrás de él, al fondo de un pasillo, entrevió a su padre junto a la entrada de otro apartamento. Ella ni siquiera sabía que Carlo estaba en el edificio. En lugar de entrar a buscarla, estaba hablando con su hermano Giuseppe y otros dos hombres. Carlo miró a su hija y sin acercarse a ella le gritó que bajara a esperarlo en el coche. Denise bajó hasta la calle y vio el Chrysler. Lea no estaba dentro. Ya eran las diez. Cuando Carlo se montó, ella se lo preguntó enseguida:

—¿Dónde está mi madre?

—La he dejado en la esquina —respondió él—. No ha querido entrar para no encontrarse con nadie.

Carlo condujo en silencio hasta una calle que quedaba por detrás de Viale Montello. Denise lo miraba y pensó que parecía disgustado. Conducía sin apenas fijarse en la calzada. *Scossato*, declararía luego. «Agitado.»

Cuando llegaron a la esquina, Lea no estaba. Denise estaba a punto de decir algo cuando Carlo la cortó. Lea no los estaba esperando, le comentó, porque lo que había ocurrido era que le había pedido dinero y él le había dado doscientos euros; y como ella le había gritado que no era bastante, él le había dado otros doscientos, pero ella se había largado enfadada de todos modos. No habían cenado juntos. De hecho, según le aseguró, él no había comido nada.

Carlo se quedó en silencio. Denise no dijo nada.

—Ya sabes cómo es tu madre —añadió Carlo—. No hay nada que hacer.

—¿Y dónde está mi madre ahora? —le preguntó Denise con cautela.

—No tengo ni idea —respondió Carlo.

Denise pensó que a su padre se le daba muy mal mentir. «No me lo creí ni durante una fracción de segundo —declaró—. Ni una sola palabra.» Toda aquella amabilidad de los últimos días, su caballerosidad al abrirles las puertas y al buscarles los abrigos, al llevarlas a todas partes, toda aquella comedia de gran señor milanés... Todo había desaparecido. Parecía haber vuelto el Carlo de antes, rudo, casi primitivo. Ni siquiera la miraba a la cara. Y de pronto Denise lo comprendió todo. La cena con sus primos. Las llamadas a Lea que nadie respondía. La espera interminable. La acalorada discusión entre los hombres en el apartamento de enfrente. Lea tenía razón desde el principio. Denise, que le había suplicado a su madre que fueran a Milán, se había equivocado estrepitosamente. «Lo supe —diría Denise—. Lo supe al momento.»

Denise comprendió otras dos cosas. En primer lugar, ya era demasiado tarde. Denise llevaba tres horas y media sin hablar con su madre. Lea nunca apagaba su teléfono tanto tiempo, y mucho menos sin decírselo antes a Denise. «Ya está hecho —pensó Denise—. Ha tenido tiempo.»

En segundo lugar, enfrentarse a su padre sería suicida. Si quería sobrevivir, en ese momento debía aceptar el destino de Lea y fijarlo en su mente no como algo posible o reversible, sino como algo indudable y definitivo. Y, al mismo tiempo, debía convencer a su padre de que ella no tenía ni idea de lo que había ocurrido, cuando en realidad no le cabía la menor duda. «Entendí que era muy poco lo que podía hacer por mi madre ya —explicó Denise—. Pero no podía dejar que él lo supiera.» Internamente, Denise obligó a su mente a aceptar un callejón sin salida conjugado en pasado. «Han hecho lo que tenían que hacer —se dijo a sí misma—. Desde el principio era así como iba a terminar. Era inevitable.» Externamente se comportaba como hacía unos minutos, como la hija preocupada que buscaba a su madre desaparecida. La velocidad de los acontecimientos jugaba a su favor. Era absurdo, incluso irreal, que en un momento Denise hubiera perdido a su madre, su mejor amiga y la única persona que la había conocido de verdad. No tenía por qué fingir que hacía esfuerzos por entender. Incluso tenía la sensación de que si lo deseaba lo bastante, tal vez le devolviera la vida a Lea.

En ese estado, con Carlo en una especie de nebulosa y Denise actuando como si todavía hubiera esperanza en el mundo, padre e hija atravesaban Milán en coche. «Fuimos a todos los sitios en los que habíamos estado — contó Denise—. Donde habíamos bebido algo, donde nos habíamos comido una pizza, al hotel donde nos habíamos alojado, cerca del Parco Sempione. Fuimos a un café local, a un centro comercial, al McDonald's en el que habíamos almorzado y a la estación de tren, donde mi padre compró dos billetes, uno para mi madre y otro para mí. Recorrimos toda la ciudad. Yo no paraba de telefonar y enviar mensajes a mi madre. Y, por supuesto, no encontramos nada, no encontramos a nadie.»

Hacia las doce de la noche, cuando el tren a Calabria ya había salido, sonó el teléfono de Denise. Se sobresaltó al ver la palabra «mamá» escrita en la pantalla. Pero la voz al otro lado de la línea era de su tía Marisa, la hermana de Lea que vivía en Pagliarelle, y Denise se acordó de que le había pedido el teléfono prestado a su prima antes de viajar a Milán.

Denise se armó de valor y le explicó a Marisa que no encontraban a Lea por ninguna parte, y que acababan de perder el tren a Calabria.

—¿Sabes algo de ella? —le preguntó a su tía—. ¿Te ha llamado a ti?

Tía Marisa le contó que tenía una llamada perdida de Lea, de algún momento posterior a las 18.30, pero que desde entonces no había podido ponerse en contacto con ella. Marisa llamaba para confirmar que todo estuviera bien. Denise le reveló que el teléfono de Lea llevaba toda la noche apagado o fuera de cobertura.

—La han hecho desaparecer —le dijo Marisa a Denise así, tal cual, mientras Carlo iba a su lado en el coche, conduciendo.

«Lo dijo como si tal cosa —recordaría Denise—. Como si diera por sentado que era algo con lo que todos contábamos. Como si todos creyéramos lo mismo.»

Denise y Carlo siguieron yendo de un lado a otro hasta las 1.30. Finalmente ella dijo que ya no había más sitios donde mirar y que debían poner una denuncia en la policía. Carlo la llevó a una comisaría de los *carabinieri*. El agente que atendió a Denise le informó de que debían transcurrir cuarenta y ocho horas antes de denunciar la desaparición de alguien. Carlo estaba delante, y Denise no pudo contarle que llevaban años

ocultándose precisamente del hombre que la acompañaba, así que le dio las gracias y regresaron a casa de Renata, donde su tía les abrió la puerta medio adormilada, en bata y zapatillas.

A Renata le sorprendió saber que Lea estaba en Milán.

—Hemos venido juntas —le confesó Denise—. No hemos dicho nada porque no queríamos crear problemas.

Los tres se quedaron unos instantes junto a la puerta. Denise se fijó en la ropa de su padre. No se había cambiado en toda la noche. «Lo ha hecho con esa chaqueta —pensó Denise—. Con esa camisa. Con esos zapatos.»

Carlo rompió el silencio diciendo que él seguiría buscando a Lea un rato más, y volvió al coche. Renata le dijo a Denise que podía dormir en la habitación de Andrea. Para llegar a ella, debía pasar por el dormitorio de sus tíos. «Me fijé en que Giuseppe no estaba allí —declararía más tarde—. Pero no hice caso. Lo ignoré todo durante un año. Hacía ver que no había ocurrido nada. Trabajaba en su pizzería. Iba de vacaciones con ellos. Jugaba con sus hijos. Aunque sabía lo que habían hecho. Tenía que ir con cuidado con lo que decía. Ellos aseguraban que mi madre estaba viva, aun cuando yo llevaba más de un año sin verla. Yo actuaba como si no lo supiera. Pero lo sabía. Lo supe desde el primer momento.»

II

En Calabria, la desaparición de Lea Garofalo no necesitaba explicación. La mafia había acuñado incluso un término para la gente que un día, sin más, desaparecía: *lupara bianca*, «escopeta blanca», una muerte sin cadáver que nadie había presenciado. En Pagliarelle, la remota aldea de montaña en el arco de la bota italiana en la que habían nacido Lea y Carlo, la gente sabía que no debía volver a pronunciar jamás el nombre de Lea.

Pero no iban a poder olvidarla del todo. El modesto estudio de Lea, situado en una primera planta, con las contraventanas y cañerías de desagüe pintadas de rosa chillón, estaba a pocos metros de la plaza principal. Pero los cuatrocientos habitantes de Pagliarelle habían aprendido hacía tiempo a vivir con sus fantasmas. En el transcurso de tres décadas, treinta y cinco hombres y mujeres habían sido asesinados en *vendettas* de la mafia allí y en la localidad vecina de Petilia Policastro; entre ellos, el padre de Lea, Antonio, su tío Giulio y su hermano Floriano. En un lugar como ese, en una familia como la suya, la desaparición de Lea podía parecer inevitable, incluso una especie de resolución. Años después, su hermana Marisa alzaría la vista desde la calle para contemplar la ventana de Lea, en el primer piso, y diría: «Lea quería libertad. Nunca agachó la cabeza. Pero, para la gente que sigue a la ‘Ndrangheta, esa elección se considera algo muy excéntrico. Muy serio. ¿Quieres ser libre? Pues lo pagas con tu vida». Lo que Marisa decía en realidad era que nadie podía hacer nada.¹

Alessandra Cerreti sabía que muchos de sus colegas compartían esa misma visión. Cuando, siete meses atrás, había llegado a Calabria procedente de Milán para tomar posesión como nueva fiscal antimafia de la provincia, le sorprendió constatar que muchos calabreses aceptaban la ‘Ndrangheta como una parte inmutable de la vida. Más allá del sur de Italia, la mafia se veía como una película o una novela, una leyenda entretenida y hasta glamurosa

que tal vez en algún momento hubiera tenido algo de verdad histórica pero que, en una época de preocupaciones más sofisticadas, como la crisis financiera, el cambio climático o el terrorismo, parecía la fábula de una era pretérita. Pero en Calabria no. Como sus primas más conocidas de Sicilia y Nápoles, la ‘Ndrangheta había nacido entre mediados y finales del siglo XIX. Pero si bien los sicilianos, sobre todo, habían visto su poder constantemente erosionado por la ofensiva del Estado y la resistencia popular, la ‘Ndrangheta se había ido fortaleciendo cada vez más. La organización todavía la dirigían sus fundadores originales, ciento cuarenta y una antiguas familias que se dedicaban al pastoreo y al cultivo de naranjos, y que gobernaban los valles aislados y los pueblos de Calabria. Sus peones seguían recaudando miles de millones al año a comerciantes, dueños de restaurantes y heladeros calabreses (y asesinando a algún que otro agente de policía testarudo, o al juez o al político que se interpusiera en su camino). Con todo, lo que había transformado a la ‘Ndrangheta era la internacionalización. Ahora, esta traficaba con el 70 por ciento y el 80 por ciento de la cocaína y la heroína de Europa. Saqueaba al Estado italiano y a la Unión Europea muchos miles de millones de euros más. Negociaba acuerdos ilegales de ventas de armas con criminales, rebeldes y terroristas de todo el mundo, incluidos todos los bandos de la guerra civil siria. Según cálculos de la fiscalía, en 2009 el imperio de la ‘Ndrangheta abarcaba cincuenta países, la cuarta parte del planeta, desde Albania hasta Togo, y era el nexo de unión entre una guerra de bandas en Toronto y el asesinato de un abogado en Melbourne. Era la dueña de todo un barrio de Bruselas y también de una pizzería de Queens, Nueva York, llamada Cucino a Modo Mio (cocino a mi manera), donde se distribuía cocaína. Al inicio de la segunda década del nuevo milenio, la ‘Ndrangheta era, según casi todos los parámetros, el sindicato del crimen más poderoso de la Tierra.

Si la violencia despiadada era el combustible de su imperio global, su resultado era una riqueza inusitada. Todos los años, la organización obtenía unos ingresos de entre cincuenta mil y cien mil millones de dólares,² el equivalente al 4,5 por ciento del PIB italiano, o el doble de los beneficios de Fiat, Alfa Romeo, Lancia, Ferrari y Maserati juntos. Allí había tanto dinero que para blanquearlo y ocultarlo hacía falta un segundo negocio. Y los

calabreses habían llegado a ser tan buenos blanqueando dinero, poniendo en circulación miles de millones a través de restaurantes, constructoras, pequeños bancos en paraísos fiscales y grandes instituciones financieras, incluido el mercado holandés de las flores y el comercio europeo del chocolate, que los colegas fiscales de Alessandra empezaban a recabar informaciones según las cuales otros grupos criminales organizados —de Europa del Este, Rusia, Asia, África y Latinoamérica— pagaban a la ‘Ndrangheta para que hiciera lo mismo con sus fortunas. Ello significaba que la ‘Ndrangheta gestionaba el flujo de centenares de miles de millones, incluso de billones de dólares ilegales por todo el mundo.

Y era eso, la dispersión del dinero del crimen organizado de todo el mundo a manos de la ‘Ndrangheta, lo que aseguraba que los calabreses tuvieran algo que ver en la vida de todo el mundo. Miles de millones de personas vivían en los edificios que pertenecían a la ‘Ndrangheta, trabajaban en sus empresas, compraban en sus tiendas, comían en sus pizzerías, compraban y vendían sus acciones, hacían negocios con sus bancos y escogían a políticos y partidos financiados por ella. Tan importante como las mayores empresas, bancos o gobiernos, el dinero gestionado por la ‘Ndrangheta movía mercados y cambiaba vidas desde Nueva York a Londres, desde Tokio a São Paulo, pasando por Johannesburgo. En las primeras dos décadas del nuevo milenio, costaba imaginar otra iniciativa humana que ejerciera una influencia equiparable sobre tantas vidas. Y lo más destacado de todo era que casi nadie había oído hablar de ella.

La ‘Ndrangheta (pronúnciese *andrāngueta*), palabra que deriva del griego *andragathía* que significa sociedad de hombres de honor y valor, era un misterio incluso para muchos italianos.³ En realidad, esa ignorancia se debía tanto a la percepción como al engaño. A muchos italianos del norte les costaba incluso concebir que en el sur hubiera riqueza o cualquier tipo de éxito. De hecho, el contraste era llamativo. El norte tenía Florencia y Venecia, tenía el *prosciutto* y el *parmigiano*, el vino Barolo y el vinagre balsámico, el Renacimiento y la Ilustración, el AC Milan y el Inter de Milán, Lamborghini y Maserati, Gucci y Prada, Caravaggio, Miguel Ángel,

Pavarotti, Puccini, Galileo, Leonardo da Vinci, Dante, Maquiavelo, Marco Polo, Cristóbal Colón y el Papa. El sur tenía limones, *mozzarella* y sol en invierno.

Alessandra sabía que esa era la gran mentira de una Italia unificada. Hacía dos mil años, el sur había sido una de las fuentes de la civilización europea. Pero cuando Giuseppe Garibaldi, general del norte, convirtió la península italiana en una sola nación en 1861, lo que intentaba era amalgamar ilustración, industria y cultura con feudalismo y con falta de escolarización y de alcantarillado. Aquella contradicción había resultado excesiva. El norte había prosperado en industrialización y actividad comercial. El sur se deterioró, y millones de meridionales se habían ido de su tierra y habían emigrado al norte de Europa, a América del Norte y del Sur y a Australia.

Con el tiempo, las provincias situadas al sur de Roma pasaron a conocerse como el Mezzogiorno, la tierra en la que el sol del mediodía abrasaba las cabezas, una extensión seca y adormecida de campesinos y pescadores que iba de los Abruzos hasta Nápoles y llegaba hasta la isla de Lampedusa, a ciento once kilómetros del norte de África. Para gran parte del sur, esa descripción genérica era un tópico que no se ajustaba a la realidad. Pero, para el caso de Calabria, la punta del tacón, sí resultaba adecuada. Los romanos la habían llamado Bruttium y, en sus doscientos cincuenta kilómetros de norte a sur, Calabria era poco más que tierras de arbustos y montañas agrestes entre las que se intercalaban campos de olivos de tronco retorcido y otros cubiertos de una fina capa de polvo gris. Todo mostraba un aspecto fantasmagórico y poco poblado: más de un siglo de emigración había hecho que fueran cuatro veces más los calabreses y sus descendientes que vivían fuera de Italia que en su patria. Cuando salía en coche de Reggio y se adentraba en el campo, Alessandra pasaba por una sucesión de pueblos vacíos, aldeas desiertas y granjas abandonadas. Era como haber llegado después de una gran catástrofe. Y es que en realidad lo era, si se tenían en cuenta los siglos de constante indigencia.

Con todo, había una belleza dura en aquellos parajes. En lo alto de las montañas, los lobos y los jabalíes recorrían bosques de hayas, cedros y encinas. Más abajo, la tierra se abría formando espectaculares barrancos a través de los que unos ríos de aguas gélidas descendían hacia el mar. A

medida que las pendientes se suavizaban, los bosques dejaban paso a viñas y pastos de verano, y más abajo aún a terrazas con plantaciones de limoneros y naranjos. En verano, el sol abrasaba la tierra, convirtiendo el suelo en una extensión polvorienta, y las hierbas espinosas en rastrojos dorados. En invierno, la nieve cubría las montañas y las tormentas azotaban los acantilados de la costa y se tragaban las playas.

Alessandra se preguntaba si era la violencia de su tierra la que alimentaba la ferocidad de los calabreses. Estos vivían en pueblos antiguos contruidos sobre fortalezas naturales de roca. En sus campos cultivaban pimientos picantes y jazmines de perfume embriagador, y criaban unas vacas de grandes cornamentas y cabras de montaña que asaban enteras en hogueras alimentadas con sarmientos de vid. Los hombres cazaban jabalíes con escopetas y peces espada con arpones. Las mujeres aliñaban las sardinas con pimientos picantes y dejaban secar las truchas al raso durante meses hasta que su carne se convertía en un estofado marrón de olor acre. Para los calabreses, también era muy fina la línea que separaba lo sagrado y lo profano. Durante las festividades de los santos, las procesiones matutinas venían seguidas de fiestas callejeras por las tardes en las que las mujeres servían gigantescos platos de *maccheroni* con *'nduja*, un embutido blando con pimentón picante, del color del ladrillo, que se acompañaba de un vino tinto que teñía los labios y abrasaba la garganta. Cuando el sol empezaba a ponerse, los hombres bailaban la tarantela, un baile así llamado por los efectos de la picadura de la tarántula. Al son de las mandolinas, al ritmo de las panderetas que acompañaban unas letras sobre amores desgraciados o amores de madre, o de la emoción de un chorro de sangre saliendo del corazón apuñalado de un traidor, los hombres competían durante horas por ver quién bailaba más y más tiempo. «La Grecia de Italia», escribían los periódicos, aunque en realidad eso era un insulto para Grecia. A diferencia de su vecino del mar Jónico, la economía legal del sur de Italia no había crecido desde el cambio de milenio. La tasa de desempleo juvenil, del 50 por ciento, era la más elevada de Europa.

Pero el sur sí había experimentado cierta clase de desarrollo. Muchos meridionales veían la creación garibaldina de un Estado italiano dominado por el norte como un acto de colonización. Condenados ya por lo que eran, les importaban poco las opiniones de los norteños sobre lo que hacían. Por todo el Mezzogiorno, desde el nacimiento de la república, reinaban los bandoleros. Algunos se organizaban en grupos familiares. En el siglo y medio transcurrido desde la unificación, unos centenares de familias en Nápoles, Sicilia y Calabria se habían enriquecido. Y, como rebeldes delincuentes dedicados a subvertir un Estado ocupante, recurrían a la intimidad y a la lealtad de la familia, así como a un violento código de honor y a la resistencia con causa, para correr un velo de *omertà* sobre su riqueza. En 2009, en Calabria, los jefes del crimen seguían vistiendo como campesinos dedicados al cultivo de la naranja. Solo en los últimos años el gobierno italiano había empezado a ser consciente de que aquellos hombres de aspecto rudo, con sus mujeres de mandíbula retraída y sus hijos gamberros, se encontraban entre los cerebros criminales más importantes del mundo.

Como mínimo, quién dirigía la 'Ndrangheta no era ningún misterio. La falta de progreso del sur era tanto una cuestión social como material. La tradición imponía que las familias eran como reinos feudales en miniatura en los que los hombres y los hijos varones ostentaban el poder absoluto. Los hombres concedían a las mujeres escasa autoridad o independencia, poco más que una existencia de vasallaje, consideradas propiedades y objetos de honor. Como los reyes medievales, los padres emparejaban a sus hijas adolescentes para sellar alianzas entre clanes. Pegar a las esposas y las hijas era algo rutinario. Para los hombres, las mujeres eran deseables pero inútiles; no podía confiarse en su fidelidad y no se consideraba que fueran capaces de dirigir sus propias vidas, así que por su propio bien debían ser estrictamente controladas. Las mujeres que engañaban a sus maridos, incluso las que eran infieles a la memoria de los que ya llevaban veinte años muertos, era asesinadas, y eran sus propios padres, hermanos, hijos y maridos los encargados de ejecutarlas. Solo la sangre limpiaba el honor de la familia, decían los hombres. A menudo quemaban los cadáveres o los disolvían en ácido para asegurarse de borrar del todo la vergüenza familiar.

Esa perversión de la familia habría resultado algo extraordinario en cualquier momento y en cualquier lugar. Y mucho más en Italia, donde la familia era algo casi sagrado.⁴ La severidad de aquella misoginia había llevado a algunos fiscales a comparar la ‘Ndrangheta con ciertos grupos islamistas. Al igual que ISIS y Boko Haram, los *‘ndranghetisti* aterrorizaban de manera rutinaria a sus mujeres y aniquilaban a sus enemigos en aras de un código de honor inmutable y de su sentido de la justicia.

De modo que, según los fiscales calabreses, la vida de una mujer de la ‘Ndrangheta, como era Lea, resultaba en efecto trágica. Y sí, el machismo inhumano de la organización era una razón más para erradicarla. Pero ello no implicaba que las mujeres fueran de gran utilidad en esa lucha. Casi desde el día mismo en que Alessandra llegó procedente de Milán en abril de 2009, sus colegas le dijeron que las mujeres de la mafia eran unas víctimas más de esta. «Las mujeres no cuentan», le aseguraron.⁵ Al saber de la desaparición de Lea, sus compañeros de trabajo admitieron que la noticia era desgarradora, sobre todo para los que la habían conocido, a ella y a Denise, como testigos protegidos. Pero la muerte de Lea era meramente un síntoma del problema, insistían. No era relevante para la causa.

Alessandra discrepaba. No es que se atribuyera una comprensión más profunda de las dinámicas familiares. Tenía treinta y nueve años, estaba casada, no tenía hijos, y su aspecto —delgada, bien vestida, con su pelo corto, liso, peinado *à la garçonne*, con raya al lado— enfatizaba su profesionalidad. Sin embargo, cuando se trataba de la familia, Alessandra defendía que era lógico que las mujeres desempeñaran un papel fundamental en una organización criminal estructurada en torno a los lazos de parentesco. La familia era la sangre de la mafia. Como un cordón umbilical invisible que no se había cortado, la familia era el modo en que la mafia se procuraba alimento y poder. Y en el corazón de toda familia había una madre. Además, según ella, si era verdad que las mujeres no contaban, ¿por qué los hombres lo arriesgaban todo para matarlas? Las mujeres tenían que ser algo más que meras víctimas. En tanto que siciliana y en tanto que mujer perteneciente a la judicatura italiana, Alessandra también sabía algo sobre patriarcados que ninguneaban a las mujeres a pesar de depender de ellas. A sus colegas, en su

mayoría, se les escapaba la importancia de las mujeres de la ‘Ndrangheta, y en su opinión era porque casi todos eran hombres. «Y los hombres italianos subestiman a todas las mujeres —añadió—. Es un problema real.»

Cuando Lea Garofalo desapareció, las pruebas que corroboraban el punto de vista de Alessandra se exponían casi a diario en todos los periódicos italianos. Durante dos años, la prensa escrita había llenado páginas y más páginas con las escandalosas alegaciones y las actitudes conservadoras de un fiscal de Perugia llamado Giuliano Mignini. Este acusaba a una estudiante estadounidense, Amanda Knox (con la ayuda de dos hombres, uno de los cuales era novio de Knox desde hacía cinco días), de asesinar a su compañera de piso británica, Meredith Kercher. Mignini alegaba que los dos hombres estaban atrapados por los encantos satánicos de Knox. Asumiendo el planteamiento del fiscal, un abogado del caso describió a la acusada como «diabla... de aspecto luciferino... demoníaca... dada a la lujuria». De cincuenta y cinco años, ferviente católico y padre de cuatro hijas, Mignini le contaría luego a un director de documentales que aunque las pruebas forenses contra Knox eran escasas, su «carácter desinhibido» y su «falta de moral» habían terminado de convencerlo. «Se llevaba a chicos a su casa —reflexionaba—. Placer a cualquier precio. Eso está en el origen de la mayoría de los crímenes.»⁶

Al final, Knox y su novio fueron absueltos dos veces en el tribunal de apelación, y los fiscales castigados por el Tribunal Supremo de Italia por presentar un caso con «defectos flagrantes». Pero en la época en la que Lea desapareció, faltaban apenas unos días para que Knox fuera condenada en primera instancia, y la versión de los hechos expuesta por Mignini —que una mujer soltera, estadounidense, que se había acostado con siete hombres, era una perversa diabólica capaz de conseguir que sus esclavos sexuales asesinaran a su compañera de piso— era una verdad aceptada.

Alessandra no sermoneaba a sus colegas sobre la emancipación femenina. En sus vidas privadas, estos eran libres de defender las posiciones que consideraran oportunas, y no iba a consentir que creyeran que estaba pidiendo un trato especial. Pero cuando de lo que se trataba era de abrir una fisura en la *omertà* que cubría la mayor mafia de Europa, Alessandra consideraba que el Estado tenía razones prácticas para prestar atención a los

prejuicios de aquellos matones. La ‘Ndrangheta era una organización criminal casi perfecta, la más perfecta a la que todos ellos se enfrentarían nunca. Llevaba existiendo un siglo y medio, daba empleo a miles de personas en todo el mundo y recaudaba decenas de miles de millones al año. No se trataba solamente del mayor obstáculo que dificultaba que Italia llegara a ser un país moderno y unificado, sino que constituía, además, una perversión maligna de la familia italiana, que era el corazón y la esencia del país. Sin embargo, hasta hacía solo unos pocos años, el Estado italiano apenas había sido consciente de su existencia. Cuando llegó a Reggio Calabria, nadie en el palacio de justicia fue capaz de facilitar a Alessandra algo que no fueran estimaciones muy aproximadas sobre el número de hombres a los que la ‘Ndrangheta empleaba, sobre dónde operaba o, hasta un máximo de cincuenta mil millones de dólares anuales, cuánto dinero ganaba. El libre albedrío y la independencia que representaba Lea Garofalo, y el machismo asesino que recayó sobre ella como consecuencia de aquellos, suponían una de las pocas ocasiones en que la ‘Ndrangheta había quedado al descubierto. Las pruebas que Lea había aportado contra Carlo Cosco eran también una de las primeras incursiones de los fiscales en el interior de la organización. El conservadurismo violento de la ‘Ndrangheta no era solo una tragedia, según Alessandra: era un gran defecto. Convenientemente alimentado, tal vez desembocara en una crisis existencial. «Liberar a sus mujeres —explicaba Alessandra— es la manera de acabar con la ‘Ndrangheta.»

III

Alessandra Cerreti nació el 29 de abril de 1970 en Mesina,¹ el puerto del este de Sicilia. En los veintidós años que lleva fuera de allí, solo ha visitado la localidad en contadas ocasiones. Ahora vivía en Reggio Calabria, la ciudad hermana de Mesina, a menos de cinco kilómetros de esta en línea recta, al otro lado del estrecho, y casi siempre visible desde su costa. Admitía que hasta ese momento no se había fijado en que Mesina iba cambiando a lo largo del día. Al amanecer, una luz rosácea sacaba sus plazas, avenidas y palmeras de su sopor morado. A mediodía, el sol pintaba la escena de colores primarios: mar azul, tejados rojos, colinas amarillas, y el cono blanco del Etna más al sur. La puesta de sol era lánguida; el viento amainaba y Mesina volvía a sumergirse en el ocaso, bajo unas nubes ribeteadas de filigranas anaranjadas. La noche hacía su entrada con mediterránea elegancia, una negrura insondable enmarcada en el collar de las luces blancas, unidas como perlas a lo largo de la carretera de la costa.

Se trataba de un escenario que llevaba generaciones atrayendo a pintores y escritores. Sin embargo, los nacidos y criados en el estrecho de Mesina comprenden desde hace mucho tiempo que la verdad de ese lugar hay que buscarla debajo de la superficie. Ese estrecho es una sima angosta y pronunciada que se formó cuando África y Europa chocaron hace cincuenta millones de años y África se inclinó hacia el centro de la tierra. En ese abismo submarino, las corrientes que se crean cuando los mares Jónico y Tirreno se encuentran, están entre las más fuertes de todos los océanos. Rápidos remolinos atraen yates y barcas de pesca. Las intensas mareas ladean cargueros y barcos de pasaje y los lanzan contra las rocas. Quienes observan las profundidades se topan con peces desconcertados de ojos saltones, e incluso tiburones y ballenas, que son arrastrados hasta la superficie desde un lecho marino que queda doscientos cincuenta metros más abajo. Los vientos

cambiantes del estrecho son reflejo de esa agitación e invierten el modelo habitual según el cual el aire caliente se sitúa sobre el frío, creando una ilusión óptica conocida como fatamorgana, por la que los barcos y la tierra, en el horizonte, parecen flotar boca abajo en el cielo.

En tierra, la historia humana ha reproducido todos esos vaivenes naturales. Reggio y Mesina fueron fundadas por colonizadores griegos cuyo rey, Italos, acabó dando nombre a todo el país. Pero, a lo largo de tres milenios, el estrecho ha sido constantemente conquistado y ocupado. Primero, en el año 387 a.C., por los siracusanos, después por los habitantes de Campania, por romanos, vándalos, lombardos, godos, bizantinos, árabes, normandos, reyes alemanes de la dinastía Hohenstaufen, angevinos, aragoneses, Austrias españoles (en dos ocasiones), otomanos, piratas bárbaros, Borbones franceses reaccionarios y bonapartistas, antes de que finalmente, en 1860 y 1861, Reggio y Mesina fueran tomadas por Giuseppe Garibaldi en la guerra que unificó Italia. La riqueza de sus ocupantes había dado a las dos ciudades sus puertos antiguos, de piedras claras, resplandecientes, los nombres árabes de sus calles, y unas manifestaciones artísticas muy tempranas que hallaban exquisita expresión en los bronce de Riace, las esculturas de dos guerreros barbados, desnudos, que un buceador encontró en la costa calabresa en 1972. Pero esa globalización tan precoz no estaba exenta de costes. Fue a través de los puertos del estrecho que la peste negra entró en Europa procedente de Asia en 1346 y acabó con dos terceras partes de la población del continente. En 1743, cuando la humanidad apenas había recuperado la cifra de población anterior a la epidemia, un segundo brote apareció de nuevo en Mesina y mató a cuarenta y ocho mil personas solo en la ciudad. Junto con esos desastres, los mortíferos terremotos de 1783 y 1894 acabaron por olvidarse en gran medida, pero no así el seísmo y posterior maremoto del 28 de diciembre de 1908, que arrasó tanto Reggio como Mesina, causando la muerte a doscientas mil personas. Reconstruidas casi en su totalidad, las ciudades gemelas volvieron a resultar destruidas durante los bombardeos aliados de 1943.

Asaltadas por las tempestades, consumidas por las catástrofes, era comprensible que las gentes del estrecho creyeran que estaban malditas. Muchos recurrían a la magia y a la sabiduría popular para explicar sus

sufrimientos. En la *Odisea*, Homero había escrito sobre la existencia de dos monstruos que vivían cada uno a un lado del estrecho. Surgiendo de Calabria, Escila, de seis cabezas, arrancaba a los marineros de las cubiertas de sus embarcaciones, al tiempo que desde Sicilia, Caribdis, con su sed insaciable, se tragaba naves enteras bajo las olas. La gente explicaba las erupciones mortíferas del Etna describiendo la montaña como hogar de Vulcano, o en ocasiones del Cíclope, en ambos casos seres iracundos e irritables con un bajo concepto de los mortales. Se decía que los temblores que la gente notaba bajo sus pies los causaban los movimientos de Colapesce, el hijo de un pescador que un día se había sumergido hasta las profundidades, había visto que Sicilia se sostenía sobre una sola columna decrepita y se había quedado ahí, aguantándola, para evitar que se hundiera. Entretanto, las islas flotantes que aparecían sobre Reggio se consideraban visiones fugaces de Avalón, adonde el hada Morgana (de la que proviene el nombre del fenómeno óptico referido) se llevó a un moribundo rey Arturo. También se decía que ahí arriba se encontraba el Holandés Errante, un barco fantasma condenado a navegar eternamente por los mares.

Alessandra llevaría consigo toda su vida el aire del estrecho. Aparecía cuando el frío del invierno le recordaba la brisa de la mañana en los muelles de su ciudad, o cuando los primeros días del verano hacían que de la noche a la mañana sus antebrazos cambiaran el tono de alabastro por un tono de miel. También estaba en su desagrado al constatar que algunas personas parecían preferir la ficción a la verdad. Aunque a casi todos los niños les encantaba criarse en un mundo de dioses y castillos en el aire, todo aquello dejaba indiferente a Alessandra. Los cuentos de monstruos y hadas eran entretenidos, pero según ella ocultaban la realidad letal del estrecho. Todos los veranos veía pasar en procesión a los guardacostas de Mesina cargados con camillas que goteaban, cubiertas con mantas, por los muelles. Para ella no tenía el menor sentido imaginar que aquellas muertes lamentables, evitables, tuvieran algo que ver con algún gran plan místico. Tampoco había mucha lógica en las otras leyendas engañosas que los sicilianos desgranaban a mayor gloria de su isla. En 1975, cuando Alessandra tenía cinco años, un joven de Mesina, de veintiséis, llamado Giovanni Fiannacca, atravesó a nado el estrecho en treinta minutos y cincuenta segundos, batiendo un récord que

no se superaría en cuarenta años. Los vecinos de Alessandra proclamaron a Fiannacca el mejor nadador de larga distancia de Sicilia, tal vez incluso de todos los tiempos. La verdad, como Alessandra sabía (y sabía que sus vecinos también lo sabían), era que el nadador había programado su travesía para que coincidiera con una fuerte marea este-oeste capaz de llevar hasta a un pato de goma hasta Calabria.

En otra vida, en otra tierra, tal vez Alessandra hubiera perdonado aquellas ilusiones, y a los adultos crédulos que las repetían. Pero su hogar era la patria de la Cosa Nostra. En los años setenta del siglo XX, la mafia siciliana actuaba sin oposición en la isla. Era un Estado dentro del Estado que cobraba impuestos mediante la extorsión, que repartía contratos públicos entre empresas de la mafia, que mediaba en disputas y ordenaba castigos (y mentía, engañaba y asesinaba para mantener su posición). Pero nadie decía ni una palabra. Ante foráneos curiosos, los sicilianos aseguraban que la mafia era una fábula, un estereotipo o incluso un infundio. Entre ellos, la describían en unos términos más míticos, como una antigua hermandad siciliana basada en el coraje, el honor y el sacrificio. Qué más daba que fuera la propia mafia la que inventara aquellas leyendas románticas y las aderezara con relatos populares más recientes, como el que afirmaba que habían sido miembros de la mafia los que habían pilotado los tanques aliados que habían liberado Sicilia durante la Segunda Guerra Mundial. Qué más daba que, en el fondo, casi todos los sicilianos supieran que les estaban mintiendo. Así como a los isleños les costaba aceptar la indiferencia que la naturaleza y el hombre demostraban por su tierra, la mayoría de ellos prefería no enfrentarse a la verdad de que sus compatriotas sicilianos se habían enriquecido robando y matando a los suyos.

Alessandra lamentaba la complicidad de sus vecinos en aquellos engaños, por más que la entendiera. Décadas más tarde, al leer en periódicos sensacionalistas las descripciones de las aventuras de la mafia, reaccionaba igual que de niña. Los hechos sobre la tiranía y los asesinatos eran claros. ¿Por qué disfrazarlos de otra cosa? Con todo, lo que Alessandra más detestaba era que los que no eran sicilianos contribuyeran a la creación del mito. Dos semanas antes de su nacimiento, Mario Puzo, un autor que publicaba en revistas baratas, vendió el guion de su novela *El Padrino* a la

Paramount por cien mil dólares. Un año después, Francis Ford Coppola dirigía a Al Pacino en un largometraje rodado en Savoca, a menos de cuarenta kilómetros al sur de Mesina.

La película, una de las de más éxito de todos los tiempos, contenía elementos de verdad. La familia Corleone era, en efecto, un sindicato del crimen del sur de Palermo. También habían existido discrepancias en el seno de la mafia, en la década de 1950, sobre si esta debía entrar en el tráfico de drogas, disputa que llevó a una guerra interna. Lo que a Alessandra le resultaba imperdonable era que Hollywood usara la tragedia diaria de los italianos del sur como mecanismo para que sus historias de ficción resultaran más convincentes. Ella no compartía en absoluto la empatía de Coppola por aquellos hombres que asesinaban a sus esposas y sus hijas. Tampoco entendía a aquellas mujeres, criaturas frívolas y pasivas que permitían que sus hombres las llevaran del amor a la traición, y de ahí a una muerte prematura. Tampoco reconocía la majestad sombría de la película, ni su grandilocuencia fúnebre en la sangre que manchaba las alcantarillas mientras iba a pie a la escuela. Cuando Alessandra tenía ocho años, dos ambiciosos capos, Salvatore Riina («El carnicero de Corleone») y Bernardo Provenzano (al que llamaban «el Tractor» porque, en palabras de un informante, «aplastaba a sus víctimas»), iniciaron lo que se convirtió en una guerra total de la mafia que consistió en asesinar a varios rivales sicilianos.² Los quince años que siguieron, y que abarcaron gran parte de la adolescencia de Alessandra, se conocieron como los de la Mattanza. Más de mil setecientos sicilianos perdieron la vida. A los mafiosos los mataban en sus coches, en restaurantes, cuando caminaban por la calle. En un solo día, en Palermo, en noviembre de 1982, fueron asesinados doce miembros de la mafia en doce asesinatos distintos. Aun así, mientras todo eso sucedía, los turistas extranjeros llegaban a Mesina y preguntaban a los locales cómo se iba al pueblo de *El Padrino*. No, pensaba Alessandra. Eso era un engaño despreciable y deliberado.

A medida que los cadáveres se acumulaban durante los primeros meses de la Mattanza, la maestra de Alessandra pidió a los alumnos de su clase, de ocho años, que escribieran un trabajo sobre lo que querían ser cuando fueran mayores. Dejad volar vuestra imaginación, les dijo la maestra. Podéis ser lo que queráis, en cualquier parte del mundo. Entusiasmados ante la idea de

escapar de la violencia y el miedo de Mesina, casi todos los compañeros de Alessandra escribieron unos textos fantasiosos en los que explicaban que querían ser princesas, o irse a vivir a América, o convertirse en astronautas y llegar a la Luna. Alessandra dijo que ella se quedaría allí. «Quiero ser fiscal antimafia —escribió ella—. Quiero poner a los mafiosos entre rejas.»

Y así, en 1987, para hacer realidad sus ambiciones, a la edad de diecisiete años, Alessandra tomó el tren del norte con la idea de iniciar sus estudios de Derecho. Al llegar a la estación central de Milán al día siguiente, descubrió que se encontraba en otro país. Pero Alessandra se integró enseguida. Se licenció por la Universidad de Milán en 1990, pasó a formar parte de la Magistratura en Roma en 1997, y en 2005, a los treinta y dos años, se incorporó a la Unidad Antimafia y Antiterrorismo de Milán. En el transcurso de los cuatro años siguientes, se dedicó a investigar la expansión de la ‘Ndrangheta por el norte de Italia, descubrió un fraude fiscal por valor de miles de millones de euros en el mundo del arte, ejerció como juez en un caso de captación terrorista de gran repercusión y, en un fin de semana tranquilo que le quedaba, se casó con un *carabiniere* de carrera ascendente en la lucha contra la mafia, Paolo Bianca.³

A nadie le sorprendió que Alessandra se casara con alguien relacionado con su trabajo. Pocos hombres de otros ámbitos tolerarían la vida de cónyuge de un fiscal antimafia. La amplia autonomía para llevar a cabo sus investigaciones de la que gozaban los fiscales antimafia italianos era casi la única libertad que poseían. La amenaza constante para su vida exigía que Alessandra viviera en el aislamiento, tras un muro de acero (literalmente en el caso de la puerta de su despacho y de su vehículo blindado), y que fuera escoltada por cuatro guardaespaldas las veinticuatro horas del día. Cualquier manifestación de espontaneidad quedaba descartada. Todos sus movimientos debían ser planificados con al menos un día de antelación. Una vida normal —reunirse con amigos y familiares, salidas para comer, cenar, ir de compras— era imposible. «No vamos nunca a sitios concurridos por el riesgo que representaría para los demás», dijo Alessandra. Por ese mismo motivo, ella y

Paolo habían decidido hacía tiempo no tener hijos. «Estaría siempre temiendo por ellos —comentó—. Tal como estamos, no tengo miedo por mí ni por mi marido.»

Alessandra no se recreaba en los sacrificios que le exigía su trabajo. Había llegado a aceptarlos como un elemento útil para forjarse el carácter que consideraba necesario para hacer frente a la mafia. Su reacción al romanticismo y al glamur de la mafia se mantenía intacta, igual que en su época en Mesina: la insistencia en los hechos. Alessandra sabía que a algunos podía parecerles fría y distante, que vivía una vida gris, incompleta, guiada por los procedimientos, la disciplina y las pruebas. Pero ella se decía a sí misma que necesitaba aquella distancia (respecto a los mafiosos, a sus víctimas, incluso a la vida) para conservar su perspectiva. La pasión, la sangre, la familia, la tragedia... Eso era la mafia, y la mafia era el enemigo. Ella debía ser todo lo contrario: intelectual, sistemática, desapasionada.

A los treinta y nueve años, lo que en otro tiempo había sido una obcecación infantil se había convertido en aplomo, estoicismo y autocontrol. En su espartano despacho del palacio de justicia, Alessandra mantenía su mesa de trabajo siempre despejada. Exceptuando las fotografías de los legendarios fiscales sicilianos Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, solo había colgado un dibujo al carboncillo de la personificación de la Justicia y un cuadro al pastel del estrecho de Mesina. Entre sus subordinados, la frialdad y la capacidad de concentración de la joven fiscal era uno de sus temas de conversación preferidos. No se asustaba, no demostraba sus emociones, como algunos hombres habían anticipado. Al contrario, se mostraba inflexible, escrupulosa y de una calma inquietante —*legale*, decían ellos—. Sus réplicas resultaban más aplastantes aún precisamente porque las pronunciaba con aquella frialdad tan suya, y sus sonrisas desarmaban más por ser tan excepcionales.

Dentro de aquella vida limitada, monótona, Alessandra se permitía alguna que otra indulgencia. Cada mes de agosto, Paolo y ella viajaban al extranjero de vacaciones sin guardaespaldas, y no comunicaban a nadie dónde iban («los únicos momentos en los que puedo ser libre», comentaba). En un estante de su despacho tenía una colección de cincuenta pisapapeles de nieve dispuestos en tres impecables hileras, con los que dejaba constancia, de

manera algo hortera, de una década de aburridos congresos sobre delincuencia internacional. A Alessandra también le gustaba vestir bien. A los tribunales acudía con trajes oscuros y blusas blancas. Al despacho iba con chales de lana en invierno y botas de piel, o con vaqueros y cazadora de motorista, o con tacones y vestidos sin manga en verano. Se pintaba las uñas de los pies de color chocolate en invierno, y naranja en verano. No se trataba solo de dar un buen aspecto ante el mundo (casi nadie veía nunca a los fiscales antimafia). Era más bien un ejercicio de libertad. Hacer su trabajo y que no la definieran por él, aceptar sus restricciones y no ser derrotada por ellas, enfrentarse a las amenazas de mil mafiosos y responder con gracia y elegancia femeninas... Eso era tener estilo y, en un mundo de brutalidad masculina, una exhibición de feminidad firme e irrenunciable.

A lo largo de toda su estancia en el norte del país, Alessandra no había perdido de vista la batalla que libraba el sur contra la mafia. Había sido una lucha larga y sangrienta. Después de la intervención del Estado para intentar erradicar la Mattanza en la década de 1980, los jueces, los policías, los *carabinieri*, los políticos y los fiscales pasaron a convertirse también en blancos de la organización criminal. Solo en Palermo, la Cosa Nostra había matado a once jueces y fiscales. El 23 de mayo de 1992, la mafia hizo detonar media tonelada de explosivos bajo el paso elevado de una autopista, a las afueras de la ciudad, por la que Giovanni Falcone, el fiscal antimafia más conocido de todos, circulaba con su esposa y tres policías que eran sus guardaespaldas. La explosión fue tan fuerte que quedó registrada por los sismógrafos sicilianos. Al enterarse del asesinato de Falcone, Paolo Borsellino, colaborador suyo en la fiscalía que se había criado en el mismo barrio de Palermo y que siempre había estado algo así como a su sombra, declaró: «Giovanni me ha vuelto a ganar». Dos meses después, Borsellino y cinco policías murieron cuando estalló un coche bomba en el exterior de la vivienda de su madre, en Palermo. Se produjo el derrumbe de cinco viviendas, y cincuenta y un vehículos se incendiaron.

La muerte de Falcone fue para los italianos lo que la de John F. Kennedy para los estadounidenses: todo el mundo recuerda dónde estaba cuando oyó la noticia. Para el reducido número de sicilianos que habían asumido la lucha contra la Cosa Nostra, la pérdida de sus dos adalides fue un golpe profundo y personal. En aquella época, Alessandra tenía veintidós años, acababa de licenciarse y estudiaba en Roma para convertirse en magistrada. El sacrificio de Falcone y Borsellino no hacía sino magnificar el heroísmo de los dos fiscales. «Ellos fueron la inspiración de toda una generación —dijo—. Sus muertes nos dieron fuerza.» Aun hoy, los dos fiscales siguen siendo los titanes contra los que se miden todos los fiscales italianos. La fotografía de uno de ellos, o de los dos, cuelga de la pared del despacho de todos los fiscales antimafia de Italia, acompañada a menudo por alguna sentencia célebre del primero. «La mafia es un fenómeno humano y, como todos los fenómenos humanos, ha tenido un principio, una evolución y también tendrá un final» era una de las preferidas. «Aquel que no teme al miedo solo muere una vez», era otra.

Con el tiempo, incluso la Cosa Nostra reconocería que aquellos crímenes fueron un error de cálculo. Dejaron a los dirigentes políticos de aquellos fiscales sin más opciones que abandonar los intentos de negociar la paz con la mafia y ponerse a acabar con ella. Se desplazaron a Sicilia unos ciento cincuenta mil soldados. Además, la muerte de los dos magistrados suscitó una valoración renovada de sus éxitos. El principal logro de Falcone, Borsellino y sus dos fiscales adjuntos Giuseppe di Lello y Leonardo Guarnotta, fue desenmascarar al fin la gran mentira siciliana. Tras décadas negándolo, la Cosa Nostra quedó retratada no como un mito o una película, sino como una organización criminal internacional con sede en Sicilia, con extensos vínculos con los mundos empresarial y político en Italia y en todo el mundo. El punto álgido de sus investigaciones, el llamado Maxiproceso, sentó en el banquillo a cuatrocientos setenta y cinco miembros de la mafia, acusados de delitos que iban desde la extorsión hasta el tráfico de drogas, así como de ciento veinte asesinatos.

¿Cómo lo habían conseguido Falcone y Borsellino? Muchos de sus éxitos tenían que ver con una ley aprobada en 1982, la del delito por asociación mafiosa, que convertía en ilegal una mera relación con la mafia,

incluso la que no viniera acompañada de pruebas de hechos delictivos. Ello, en la práctica, convertía en delito nacer en una familia mafiosa, y estaba pensado para combatir la *omertà* y los estrechos lazos de sangre sobre los que se construía la mafia. Aquella nueva legislación funcionó. Al principio fueron solo unos pocos, pero después centenares de mafiosos se convirtieron en *pentiti*, «arrepentidos». Otros miembros de sus familias, por lo demás inocentes, hicieron lo mismo. A partir de las pruebas que aportaban, los fiscales italianos pudieron recrear por primera vez una imagen de la estructura interna de la Cosa Nostra.

La otra innovación de los sicilianos fue abandonar la voluble autonomía de la que tradicionalmente gozaba cada fiscal. La independencia respecto a los representantes políticos, que a menudo eran el objetivo de sus investigaciones antimafia, seguía siendo esencial. Pero el individualismo habitual de los fiscales se traducía a menudo en aspectos menos útiles, como las rivalidades entre ellos para conseguir mejores posiciones. En cambio, los fiscales antimafia de Palermo trabajaban como un equipo indivisible, eran el *pool* Antimafia, como se hacían llamar, y compartían información, difuminaban las responsabilidades y firmaban conjuntamente todas las órdenes. De ese modo, se aseguraban de que su trabajo era coordinado y eficiente, y que nunca dependía de la buena salud sostenida de cualquiera de sus miembros.

Así, en los meses posteriores a las muertes de Falcone y Borsellino, otros fiscales —primero Gian Carlo Caselli; después los sicilianos Piero Grasso, Giuseppe Pignatone y su adjunto, Michele Prestipino— asumieron la investigación donde sus célebres antecesores la habían dejado. Y, en otro decenio y medio, los fiscales palermitanos y el cuerpo móvil de élite culminaron en gran medida lo que sus precursores habían iniciado. A mediados de la primera década del milenio, casi todos los capos de la Cosa Nostra estaban encarcelados, sus vínculos con altos cargos políticos habían quedado al descubierto y sus chanchullos, aunque seguían existiendo, eran una sombra de lo que habían sido. En abril de 2006, para culminar el éxito de aquellos fiscales, en una pequeña casa de campo parcamente amueblada a las

afueras de Corleone, Pignatone y Prestipino presenciaron la detención del *capo di tutti capi* que aún seguía libre, Bernardo Provenzano, que a sus setenta y tres años llevaba cuarenta y tres fugado de la justicia.

En sus visitas a Sicilia, Alessandra veía con sus propios ojos la transformación de su tierra natal. En las calles de Palermo y de Mesina, un nuevo movimiento popular llamado Addiopizzo (adiós al *pizzo*, «mordida» o «extorsión», en argot de la mafia) unía a comerciantes, granjeros y restauradores en su rechazo a pagar a cambio de obtener protección. Decenas de miles de personas contrarias a la mafia se manifestaban por las calles. La Cosa Nostra, ya debilitada, era incapaz de reaccionar. Cuando algunos de sus miembros lanzaron bombas incendiarias contra una *trattoria* de Palermo, los vecinos le buscaron al dueño un nuevo local en un cruce concurrido del centro, en el que este abrió de nuevo otro restaurante que en pocos meses se convirtió en uno de los más frecuentados. Con el tiempo, Palermo y Mesina pudieron presumir de unas tiendas en sus centros regentadas por un grupo de activistas llamado Libera (Libre), en las que se vendía aceite de oliva, salsas, vino y pasta confeccionados por agricultores que se negaban a pagar por la protección de la Cosa Nostra.

Pero al tiempo que la guerra contra la mafia bajaba de intensidad, una nueva amenaza ocupaba su lugar. Durante la Mattanza, al otro lado del estrecho, en Calabria, la 'Ndrangheta barajó en un primer momento unirse a la Cosa Nostra en su guerra contra el Estado, e incluso llegó a matar a un par de policías. Pero los calabreses no tardaron en darse cuenta de que, con lo distraído que estaba el gobierno con los sicilianos, la jugada estratégica no pasaba por aliarse con la Cosa Nostra, sino por hacerse con el negocio de la droga. La 'Ndrangheta pagó las deudas de los sicilianos con los carteles colombianos de la cocaína, lo que en la práctica equivalía a convertirlos en sus socios sudamericanos en el negocio de la droga.

Carlo Cosco llegó a Milán en 1987, el mismo año que Alessandra. En su caso, su intención no era integrarse en el norte de Italia, sino conquistarlo. El momento no podía resultar más oportuno. La 'Ndrangheta expandía su imperio de la droga por toda Europa. Y Milán era una cabeza de puente clave

de esa expansión. Nunca había habido un negocio como el del contrabando de cocaína en la Europa de la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI. Tras saturar el mercado estadounidense, los productores sudamericanos buscaban otros territorios para afianzar su crecimiento. En la década de 1980, Europa, con una población que duplicaba la norteamericana, y con un nivel de vida similar, tenía un consumo de cocaína que equivalía solo a una cuarta parte del de aquella, lo que constituía una oportunidad evidente. Con la ayuda de la 'Ndrangheta, los carteles inundaron el continente de droga. En 2010, el mercado europeo de la cocaína igualaba el norteamericano en trescientas cincuenta toneladas anuales, con un valor de veintidós mil millones de euros. En España y Gran Bretaña, la droga se convirtió en algo tan propio de la clase media como los Volvo o los mercadillos ecológicos de fin de semana.

Según una estimación de los fiscales italianos, la 'Ndrangheta tenía que ver con tres cuartas partes de ese mercado. La organización se había enriquecido tan deprisa que no era fácil seguirle el rastro. Gracias a pinchazos telefónicos, los *carabinieri* interceptaban a algunos de sus miembros hablando de sacos de dinero enterrados que se pudrían en los montes, y considerando irrelevante la pérdida de unos pocos millones aquí o allí. En el puerto de Gioia Tauro, en la costa oeste calabresa, los agentes policiales se incautaron de centenares de kilos de cocaína en una sola batida, aunque calculaban que lo encontrado suponía menos del 10 por ciento de lo que sí llegaba a distribuirse. Una idea aproximada de la dimensión que había llegado a alcanzar la 'Ndrangheta se dio en la madrugada del 15 de agosto de 2007 (día de la Ascensión y jornada festiva en toda Italia), cuando dos pistoleros de la 'Ndrangheta dispararon y causaron la muerte a cuatro hombres y dos jóvenes de dieciséis y dieciocho años relacionados con un clan rival a la salida de una pizzería en Duisberg, localidad situada en el corazón industrial de Alemania. Al parecer, el norte de Europa era ya territorio de la 'Ndrangheta.

Italia, y Europa, tenían una nueva guerra de la mafia en la que combatir. Y aunque su imperio ya era global, la 'Ndrangheta seguía tan apegada a Calabria como la Cosa Nostra lo había estado a Sicilia. En abril de 2008, dos de los fiscales que habían conseguido parar los pies a la mafia siciliana,

Giuseppe Pignatone, que ya había cumplido los sesenta años, y Michele Prestipino, de cincuenta, solicitaron y obtuvieron su traslado a Calabria. Su amigo y aliado en la patrulla móvil de Palermo, Renato Cortese, se fue con ellos. Mientras los tres buscaban formar un equipo capaz de hacer a la ‘Ndrangheta lo que le había hecho a la Cosa Nostra, se dieron cuenta de que se enfrentaban a un problema. A muchos fiscales italianos les horrorizaba la idea de ser destinados a un lugar que en general se consideraba el culo del mundo, además de territorio hostil. En 2008, solo doce de las dieciocho plazas de fiscal en Calabria fueron cubiertas, y en toda la provincia había únicamente cinco especialistas antimafia. Aun así, desde Milán, Alessandra solicitó plaza. Informó a sus superiores de que estaba dispuesta a regresar al sur. Era consciente de que el trabajo entrañaría «más riesgos» y que sería «más difícil y complicado». Pero ello significaba que era más urgente.⁴

En abril de 2009, Alessandra y Paolo dejaron su apartamento de Milán y se trasladaron hasta el sur, persiguiendo el sol hasta la costa oeste de Italia. Cuando el avión iniciaba el descenso, Alessandra divisó las islas Eólicas por poniente, después Sicilia y la nieve del Etna, al sur, y allí abajo las calles de Mesina. Al pasar sobre la franja azul del estrecho, distinguía las estelas de los cargueros oxidados. Entonces el aparato viró, bordeando la punta de la península italiana, y se encaró hacia el norte, hacia Nápoles, Génova, Marsella y Barcelona. No era la primera vez que a Alessandra se le ocurría que la amplia parábola que formaba esa costa podía, vista desde la distancia, adoptar la forma de un inmenso dedo del pie.

El nuevo equipo de seguridad de Alessandra acudió a recibirla a ella y a Paolo al aeropuerto de Reggio Calabria. Tomaron la autopista hasta la ciudad formando un convoy de dos vehículos. La carretera ascendía hasta la parte alta de la localidad, bordeando las terrazas de cultivos que llevaban ya al campo calabrés. Más abajo se encontraban las calles empedradas y los destartados edificios de pisos, cuyos nombres resultaban familiares a Alessandra a partir de las muchas investigaciones que conocía sobre asesinatos y ataques con bombas incendiarias. También en algún sitio, ahí abajo, estaban los búnkeres, casas enteras subterráneas en las que los jefes de

la 'Ndrangheta se refugiaban durante años, y desde las que salían a la superficie a través de puertas ocultas y túneles para ordenar nuevos asesinatos y planificar nuevos negocios.

Al llegar al extremo norte de Reggio, los dos coches descendieron por una rampa y se zambulleron en la ciudad pasando por curvas muy pronunciadas y por calles llenas de baches y charcos, cada vez más abajo, hasta llegar a una que quedaba justo por detrás del paseo marítimo. Una vez en la parte llana, los conductores aceleraron y empezaron a avanzar deprisa, dejando atrás hoteles abandonados, cines tapiados y mansiones vacías, antes de volver a ascender por las colinas y franquear la verja del cuartel de los *carabinieri*. En sus tres mil quinientos años de existencia, Reggio había sido una potencia mediterránea, el lugar de nacimiento del reino de Italia, una fortaleza normanda y un centro de veraneo. Ahora era tierra de bandidos. Barrios enteros quedaban fuera de la influencia de los *carabinieri* y de los fiscales. Para Alessandra y Paolo, su hogar durante los siguientes cinco años sería un sencillo apartamento en la última planta de ese cuartel, con vistas al estrecho de Mesina.

IV

Denise durmió solo una hora y media la noche en que Lea desapareció.¹ A la mañana siguiente, 25 de noviembre de 2009, desayunó con su tía Renata, la acompañó a pie a la guardería en la que trabajaba y se pasó la mañana fumando en silencio en una plaza cercana en compañía de Andrea y Domenico. Por la tarde, Carlo telefoneó y le pidió que se vieran en el bar Barbara. Cuando iba hacia allá, Denise se encontró con un primo suyo por parte de Lea, Francesco Ceraudo, que vivía en Génova. Ella le contó que Lea había desaparecido y le preguntó si la había visto. Francesco palideció.

—¿Tú sabes algo? —le preguntó Denise.

—Nada, nada en absoluto —respondió él antes de alejarse.

En el bar Barbara se había congregado el clan Cosco al completo: Carlo, sus hermanos Vito y Giuseppe, y tía Renata. Giuseppe y Renata estaban jugando a Video Poker en un rincón del local. Él ganó cincuenta euros y, con gesto torpe, le regaló las ganancias a Denise. Al cabo de un rato, los *carabinieri* llamaron a Denise al móvil y le dijeron que tenían que hablar con ella. Antes de colgar, un coche patrulla ya había aparcado junto a la puerta. Vito preguntó qué ocurría.

—Lea ha desaparecido —le contó Carlo.

Los Cosco no iban a consentir que uno de los suyos fuera solo a ver a los *carabinieri*. Vito dejó a Carlo y a Denise en la comisaría hacia las 20.30, y padre e hija entraron juntos. Sin embargo, una vez dentro el jefe de *carabinieri* Christian Persurich le dijo a Carlo que debía hablar con Denise a solas, y la condujo a una sala de interrogatorios. Le informó de que, en Calabria, su tía Marisa había denunciado la desaparición de Lea. Además, Marisa también les había contado a los *carabinieri* que Lea había testificado contra la ‘Ndrangheta y de que ella y Denise habían pasado bastante tiempo como testigos protegidas. Lea ya llevaba veinticuatro horas desaparecida.

Persurich necesitaba conocer toda la historia. Denise debía tomarse su tiempo y no dejar nada en el tintero. Aquella entrevista sería estrictamente confidencial.

Denise asintió.

—Si mi madre ha desaparecido —dijo—, entonces es que seguramente mi padre la ha matado.

El interrogatorio duró cinco horas, y concluyó poco antes de las dos de la madrugada. Al salir, Denise encontró a Carlo caminando de un lado a otro en la sala de espera, y exigiendo a los oficiales que le dejaran leer su declaración. Al ver a su hija, Carlo se encaró con ella:

—¿Qué le has contado a esta gente?

—Que tú nos invitaste a venir a Milán —respondió ella en tono neutro—. Que hemos pasado unos días juntos. Que tenías que ir a buscarla. Pero que no la encontraste. Y que entonces nos fuimos juntos a buscarla por todas partes.

Carlo no parecía convencido. ¿Cinco horas para contar eso nada más?

Camino de regreso a casa de su primo, Carlo y Denise pararon en un restaurante, el Drago Verde, llamado así en honor al emblema de Milán. En el interior se encontraba Carmine Venturino, el primo que le había dado a Lea algo de hachís. Carmine tenía la cara aniñada y parecía nacido para hacer novillos; a Denise le había caído bien desde el día en que lo conoció, en una boda en Calabria hacía un año. Pero aquella noche no tenían nada que decirse. Después de que Carlo y él mantuvieran una discusión breve, en voz muy baja, Carlo acompañó a pie a su hija a Viale Montello. Allí, Denise durmió en la habitación de Andrea por segunda noche consecutiva.

A la mañana siguiente Denise, Carlo y un amigo de este, Rosario Curcio, fueron a ver a un abogado en la ciudad. Carlo le contó que quería tener acceso a las declaraciones de Denise. El abogado le preguntó a la joven qué había contado a los *carabinieri*, y ella repitió lo que ya le había referido a Carlo: que su madre y ella habían venido a Milán para pasar unos días con su padre y que Lea había desaparecido la última noche. Se echó a llorar. El

abogado dijo que podía conseguir que se diera difusión a la desaparición de Lea en la televisión nacional. Había un programa, titulado *Chi l'ha visto* (¿quién lo ha visto?), que pedía información sobre personas desaparecidas.

—¡Oh joder, por el amor de Dios! —exclamó Carlo.

El abogado no entendía nada. Carlo se puso de pie y salió, llevándose a Denise, que seguía llorando, de aquel despacho.

Cuando se recompuso un poco, Carlo y Rosario se dirigieron a un salón de belleza regentado por la novia de Rosario, Elisa. Carlo se llevó aparte a Rosario para hablar con él en privado. Elisa le preguntó a Denise qué estaba ocurriendo. Ella rompió a llorar una vez más y le contó a Elisa que su madre había desaparecido hacía dos noches. Elisa le dijo que era raro, porque Rosario se había esfumado unas horas aquella misma noche. Ellos dos habían quedado para salir, le contó Elisa, pero Rosario había anulado la cita y después había apagado el teléfono. Cuando al fin había conseguido ponerse en contacto con él, sobre las nueve de la noche, él le contó algo de que tenía que reparar un coche con Carmine. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué de golpe tantas prisas para arreglar un coche? ¿Por qué de noche? Denise estaba a punto de decir algo cuando Carlo las interrumpió para anunciar que se llevaba otra vez a Denise a Viale Montello. Allí pasó su tercera noche.

Al día siguiente, el tercero desde la desaparición de Lea, Denise detectó una mejora en el humor de Carlo. Comunicó que Denise y él se trasladarían en coche a Reggio Emilia, no lejos de Bolonia, para pasar la noche con otro primo. Salieron a primera hora de la tarde. Mientras su padre conducía, Denise contemplaba en silencio los destellos del sol invernal colándose entre los chopos, como una linterna que recorriera los barrotes de una reja. ¿Cómo podía haberse desvanecido su madre así, sin más? ¿Cómo podía alguien estar ahí y que de repente, un instante después, no hubiera rastro de ella? ¿Cómo iba a poder volver a dirigirle la palabra a su padre?

En Reggio Emilia, Denise se acostó temprano mientras Carlo y su primo salían a cenar. A la mañana siguiente, Carlo volvió a llevar a Denise a Milán, cambió el coche que habían llevado por un BMW azul y anunció que Denise y él se iban enseguida a Calabria con otros dos amigos. Mientras hacían el

equipaje, Carmine llegó para despedirse. A Denise le impresionó su actitud: agarrotado y formal. Había algo raro en aquel empeño suyo de no mirarla a los ojos.

Desde el asiento trasero del BMW, Denise veía que las grandes plazas y las tiendas elegantes quedaban atrás y dejaban paso a las llanuras cultivadas del norte de Florencia, que a su vez se convertían en las colinas doradas de Toscana y Umbría. Finalmente, cuando el sol se hundía por el mar, a poniente, aparecieron los imponentes volcanes negros que rodeaban Nápoles y Pompeya. Cuando entraron en Calabria ya era de noche. Denise notó que la calzada pasaba de un asfalto liso a otro gastado, lleno de baches. El coche circulaba por una sucesión casi interminable de obras, y finalmente se zambulló en el pronunciado valle de Cosenza, bordeando sus precipicios antes de descender hacia el abismo y alcanzar el fondo del valle.

Poco después Denise notó que el coche giraba a la izquierda, aceleraba y volvía a ascender por la pendiente de un monte. Se daba cuenta de que las curvas eran más pronunciadas, y oía el crujido de las ruedas en contacto con unas piedras sueltas. El frío de la ventanilla había secado los surcos de sus lágrimas, convertidos en una costra salada. Cuando el coche se impregnó de un olor a pino, la conversación de los tres hombres adoptó un tono superficial, alegre. «Yo solo pensaba en mi madre —explicaría ella—. Iba en el asiento de atrás, llorando. Pero los demás... estaban tan contentos. Charlaban, sonreían, bromeaban y se reían a carcajadas.»

Al cabo de una hora de ascenso, el coche alcanzó un puerto de montaña y empezó a bajar por la otra vertiente. En el límite de un bosque, junto a un arroyo, llegaron a un pueblo pequeño. Se dirigían al único lugar en el que Carlo podía estar seguro de que Denise nunca hablaría cuando no tenía que hablar: Pagliarelle.

Pagliarelle deriva de la palabra *pagliari*, que significa «refugios». El nombre recordaba que durante miles de años, cuando las nieves invernales se fundían, los pastores calabreses llevaban a sus ovejas y sus vacas por un camino, montaña arriba, y encontraban un arroyo a cuyas orillas el ganado podía pastar durante semanas. Sin perder de vista a los lobos, contemplando el mar

en el horizonte, aquellos hombres recogían leña de los pinos, asaban carne de cabrito, bebían vino y dormían bajo un puñado de chamizos abiertos por un lado, techados con ramas de abeto y con arcilla. En el siglo XX, la pista que llevaba a la localidad vecina de Petilia Policastro se alquitranó, llegó la electricidad y aquel refugio de pastores creció hasta convertirse en un modesto asentamiento de casas de piedra distribuidas alrededor de una plaza central. El nombre sobrevivió, como sobrevivió el arroyo, que fue canalizado hasta una fuente de la plaza a la que las madres de Lea y Carlo los enviaban a llenar cubos de agua todos los días cuando eran niños.

Fue allí, en las altas, graníticas montañas heladas del este de Calabria, donde Denise se encontró a sí misma caminando por la cuerda floja del disimulo durante las semanas posteriores a la desaparición de Lea. Su madre no había sido solo su madre. Después de tantos años juntas, solas, Lea había definido su vida. Y ahora Denise se encontraba de nuevo en el lugar del que su madre había intentado huir durante tanto tiempo, sin rumbo entre la gente que, estaba segura, la había matado. Era imposible saber cómo debía comportarse. Sin cadáver, sin funeral, Denise no podía pasar el duelo. Carlo le contaba a la gente que Lea se había escapado, tal vez a Australia, y Denise se veía en la situación de tener que fingir que su padre asesino no había matado a su madre valiente, sino que su madre inconstante había abandonado a su esposo y a su única hija y había empezado una nueva vida a la vista de todos. Denise era consciente de que se parecía mucho a Lea —el mismo pelo, los mismos pómulos—, y que eso la convertía en objeto inmediato de la sospecha. Peor aún, Carlo le sacaba todo el jugo al regreso de Denise. Después de años de problemas con su esposa y su hija, el jefe tenía por fin a sus dos mujeres donde debían estar, y quería que todo el mundo lo supiera. Diez días después de la desaparición de Lea, Carlo le organizó una fiesta de cumpleaños a su hija para celebrar su mayoría de edad. Invitó a centenares de personas de Pagliarelle y Petilia Policastro, e incluso le regaló un coche. Ella se negó a asistir, pero Carlo siguió adelante con la celebración de todos modos.

Denise se pasaba los días intentando saber y no paraba de preguntarle cosas a su tía Marisa, con la que vivía. Desde que Lea había denunciado a la ‘Ndrangheta por primera vez, en 1996, Marisa se había visto obligada a

representar una actuación diaria en Pagliarelle. Para convencer a un pueblo entero de que no tenía motivos para desconfiar de ella, Marisa no solo había tenido que contar mentiras, sino también representarlas. Mentalmente, había reprimido todo el afecto que hubiera podido sentir por Lea y se había concentrado en el resentimiento que albergaba por su hermana por todos los problemas que había causado. Denise se daba cuenta de que ella también tendría que aprender a odiar a su madre. «Conocía a mi tía y a su familia — dijo Denise—. Sabía cómo pensaban. Mi idea era entender cuál era su mentalidad y ver si también yo conseguía encontrar la manera de vivir allí. No quería terminar como mi madre. Quería seguir viviendo.»

V

Denise no era la única que vivía una mentira en Pagliarelle. Observar a la hija de Lea proporcionaba a los *carabinieri* una de las mejores pistas para averiguar qué había ocurrido con Lea. Pero cualquier recordatorio de la relación del Estado con ella, o cualquier indicio de que esta podría mantenerse con su hija, bastaría para condenar a Denise. Así que los *carabinieri* llegaron a la conclusión de que la única presencia del Estado en Pagliarelle debía seguir siendo la del único policía del pueblo. Aun así, sin ser vistos, sin ser oídos, montones de agentes vigilarían Pagliarelle día y noche.

Con los años, el reto que planteaba la mafia había obligado a los servicios de seguridad italianos a innovar. Perseguir a los miembros de la ‘Ndrangheta por aquel terreno montañoso había llevado a los *carabinieri* calabreses a crear una fuerza especial única, una especie de escuadrón, el de los *cacciatori*, «cazadores», compuesto por tiradores, expertos en retirada de bombas, concedores de armamento pesado, pilotos de helicóptero y alpinistas. La visión de un helicóptero de combate de los *cacciatori* volando bajo sobre los montes Aspromonte era un correctivo para todo aquel que pensara que el Estado no libraba una guerra en el sur de Italia.

Pero ni los recursos de aquellos *cacciatori* resistían la comparación con los de las unidades de la inteligencia secreta italiana. En todo el mundo, solo a unas pocas policías especializadas se les permiten las escuchas a llamadas telefónicas de los sospechosos o el espionaje electrónico. En Italia, una idea de la amenaza que suponía la mafia la daba el hecho de que las tres fuerzas policiales —la policía nacional, la militarizada (los *carabinieri*) y la Guardia di Finanza, especializada en delitos económicos— contaran con divisiones de vigilancia con miles de efectivos. En 2009, el Estado italiano tenía pinchados 119.553 teléfonos y había instalado 11.119 micrófonos ocultos. No había casi

ningún sistema de reconocimiento que estuviera prohibido. Para determinar el paradero de un investigado, agentes de paisano lo seguían, lo grababan con unas cámaras ocultas diminutas y con teleobjetivos de gran calibre instalados a distancia, al otro lado del valle, a varios kilómetros en el caso de Pagliarelle, y controlaban la señal de GPS de sus teléfonos. Para saber lo que decían los sujetos, les interceptaban los mensajes de texto, las llamadas, los correos electrónicos y las conversaciones de las redes sociales.

En Reggio, casi una planta entera del elegante edificio que se usaba como cuartel central de los *carabinieri* en la ciudad se había transformado en un activo campo de espionaje electrónico a puerta cerrada. En su centro se encontraba una sala de control desde la que se coordinaban persecuciones y operaciones. A su alrededor se distribuían veinte despachos más pequeños, cada uno de ellos dedicado a una operación de vigilancia distinta. Todos ellos estaban atestados de pantallas, servidores, módems y unos cables negros, gruesos, serpenteantes. Trabajando sin interrupción en turnos de seis horas, día y noche, los agentes de Reggio y otro equipo idéntico que operaba desde Milán llevaban años siguiendo a capos como Carlo. Seleccionados por su conocimiento de los dialectos y por su capacidad de ponerse en la piel de los investigados, los agentes los conocían tan bien que eran capaces de descifrar el significado de sus palabras a partir de eufemismos, o incluso de las inflexiones de su voz. Los equipos calabreses también habían desarrollado una habilidad especial para instalar micrófonos. Los colocaban en coches, hogares, jardines. Los colocaron en una lavandería montada en un sótano, cuya ubicación subterránea, que impedía la cobertura, la convertía en un lugar favorito para las reuniones de la 'Ndrangheta. Los colocaron en un campo de naranjos, donde a un capo le gustaba celebrar sus reuniones, y por la misma razón instalaron micrófonos en un bosque. En una ocasión llegaron incluso a colocarlos en una carretera por la que un jefe daba paseos, para lo que hubieron de levantar el asfalto y volver a cubrir la vía con un alquitrán que incorporaba sistemas de escucha.

Aquellas iniciativas dieron resultados. A principios de 2008, la unidad que seguía al capo supremo de la 'Ndrangheta, Pasquale Condello, que por entonces tenía cincuenta y siete años y llevaba dieciocho huido, observó que cada dos semanas, como si de un horario fijo se tratara, el sobrino de este

daba esquinazo a la vigilancia bajándose de una moto en la que iba de paquete y montándose en otra, en una serie de cambios muy estudiados. Los *carabinieri* estaban convencidos de que las maniobras precedían a sus encuentros con Condello. Un día, un agente se fijó en que el sobrino siempre llevaba el mismo casco. Unas noches después, un *carabiniere* le quitó el silenciador a un coche y condujo con él varias veces por el exterior de la casa del sobrino para tapar el ruido que pudiera hacer un segundo agente al entrar en la vivienda de este para cambiarle el casco por otro idéntico que llevaba incorporado un localizador. Cuando llegó la hora del siguiente encuentro, los *carabinieri* siguieron al sobrino en su ejercicio habitual de acrobacias y, gracias al localizador, llegaron a una casa pequeña pintada de rosa situada en un callejón, al sur de Reggio Calabria. Rodeado de más de cien *cacciatori*, Condello se rindió sin presentar batalla.

Aquella era la primera línea en la que Alessandra se había imaginado trabajando cuando solicitó el traslado a Calabria. Pero por falta de personal, a su llegada la asignaron a Reggio como juez de la ciudad. A pesar de sus conocimientos sobre Milán y Calabria, y de su interés por las mujeres de la ‘Ndrangheta, se vio obligada a ver cómo se desarrollaba el caso de Lea Garofalo desde la distancia.

Con todo, aquellos inicios suaves también tenían sus ventajas. Entre otras cosas, no tener que trabajar tantas horas le permitía disponer de tiempo para ir haciéndose con el territorio. Se mantenía al día de las investigaciones conversando con agentes del cuartel de *carabinieri*, que quedaba cerca del palacio de justicia. En otros momentos se dedicaba a estudiar la historia de la ‘Ndrangheta. En su despacho, acumulaba montañas de carpetas con los casos, transcripciones de los servicios de vigilancia, declaraciones de arrepentidos, libros de historia e incluso relatos de tradiciones populares calabresas.

Para una siciliana como Alessandra, los orígenes de la ‘Ndrangheta resultaban familiares. La organización tenía más poder cuanto más lejos de las grandes ciudades, en los centenares de pueblos pequeños de montaña, como el propio Pagliarelle, acurrucados en los valles que se alejaban de la costa. Como en Sicilia, aquellos asentamientos habían sido la cuna de las

primeras civilizaciones occidentales. Alessandra leía que se conservaban pinturas de toros del 12000 a.C., halladas en cuevas de Calabria. Hacia el año 530 a.C., Pitágoras enseñaba matemáticas en Croto (posteriormente Crotona), situada en la llanura que queda por debajo de Pagliarelle, mientras los ciudadanos de la cercana Sibaris bebían los vinos que les llegaban a sus hogares a través de «vinoductos». Como los sicilianos, los calabreses tenían su propio idioma arcaico, en su caso el grecánico, un dialecto del griego que se había conservado desde la Edad Media, cuando Calabria había formado parte del Imperio bizantino.

Y había algo más que Calabria tenía en común con Sicilia: desde el principio, había sido una tierra aparte. Muchos de sus valles solo eran accesibles desde el mar, pues la naturaleza los aislaba tras escarpadas montañas, densos bosques de pinos y, en invierno, unas nieves que incomunicaban aldeas varios meses. Durante miles de años, no había habido nadie que defendiera a las familias que vivían en aquellos valles. Cuidaban de sus olivos, pescaban en el mar y oteaban el horizonte cuando los ejércitos invasores navegaban desde Roma, Alemania, Arabia, España, Francia, Italia y América. Eran pobres, resistentes y decididamente autónomos, y a medida que el norte de Italia eclipsaba al sur, su distanciamiento respecto al resto de la península italiana no hacía más que crecer. Cuando, en 1861, un grupo de septentrionales empezó a enviar a burócratas, maestros y *carabinieri* hasta aquellos valles para proclamar el poder de una nueva Italia unificada, eran las familias las que repudiaban a los colonizadores, frustraban sus planes y ocasionalmente los mataban.

En un primer momento, las familias no tenían ninguna relación con la mafia. El fenómeno del crimen organizado surgió en Italia en la década de 1820, con la Camorra en Nápoles, y después, en las de 1840 y 1850, con lo que se convirtió en la Cosa Nostra en Sicilia. En ambos casos, delincuentes comunes se encontraban en la cárcel con revolucionarios cultos, burgueses, que combatían contra la dominación extranjera y el feudalismo, y que a menudo se organizaban en logias masónicas. En tanto que patriotas, aquellos rebeldes enseñaban a los futuros *mafiosi* la importancia de contar con una causa justa. En tanto que francmasones, les enseñaban jerarquía, así como la importancia de contar con leyendas y ceremonias.

Cuando Sicilia, simultáneamente, se unió al norte de Italia y puso fin al feudalismo, el caos que siguió dio a los criminales de Sicilia la ocasión de poner en práctica aquellas lecciones. Aunque los duques y generales del norte que encabezaban la unificación la describían como un acto de modernización, muchos meridionales la veían como una conquista extranjera más. Sumándose al descontento, el efecto inmediato del advenimiento de la propiedad privada en Sicilia fue una fiebre de disputas por la propiedad. Para protegerse a sí mismos, los terratenientes, las ciudades y los pueblos crearon grupos de vigilancia que, a cambio de dinero, protegían sus bienes, atrapaban a los ladrones y zanjaban disputas. Para resultar efectivos, esos hombres necesitaban a hombres capaces de intimidar a los demás. Y unos delincuentes curtidos en las cárceles eran la opción más natural.

Al poco tiempo, esas bandas de justicieros ya se llamaban a sí mismos *mafiosi*, término derivado de la palabra siciliana *mafiusu*, que significa «bravucón», «fanfarrón». Aquel nombre era en realidad una manera nueva de nombrar algo que ya existía. Los delincuentes violentos siempre habían sabido inspirar temor. Los *mafiosi* querían, además, respeto. Aunque no negaban que su interés era delictivo, insistían en que la suya era una empresa honorable: proteger a los pobres meridionales de la rapacidad de los terratenientes y de un norte que los oprimía. Los sicilianos, claro está, no tardaron en aprender que la gente de la que más necesitaban protegerse era de los propios mafiosos. Así nació la «mordida» a cambio de protección.

Según las lecturas de Alessandra, cuando el crimen organizado llegó a Calabria una o dos generaciones más tarde, se repitieron muchos de los mismos patrones. Como en el caso de la Cosa Nostra, la mafia calabresa empezó en la cárcel. Uno de los principales centros administrativos era Palmi, una localidad elevada con vistas a la costa este que, en tanto que capital provincial de la llanura, o *piano* de Gioia Tauro (un estuario), contaba con comisaría de policía, juzgado y cárcel. En la primavera de 1888, bandas de matones, salidos en su mayoría de la cárcel local, empezaron a protagonizar reyertas con navajas en las tabernas, burdeles y plazas de Palmi. A medida que el verano se acercaba y aumentaba el calor, la violencia parecía propagarse entre los expresidarios, que protagonizaban actos vandálicos por

las calles, rajaban a la gente con navajas y cuchillos, extorsionaban a jugadores, prostitutas y terratenientes, robaban ganado e incluso amenazaban a magistrados, policías y editores de periódicos.

En aquellos primeros días, esos matones se llamaban a sí mismos *camorristi*, en una copia exacta de la mafia napolitana, o *picciotti*, una palabra que el historiador británico John Dickie traduce como «chicos con carácter».¹ Si algo los unía era sobre todo su dandismo: tatuajes, tupés extravagantes, pañuelos de seda anudados al cuello y pantalones estrechos en los muslos y anchos en los tobillos. En su historia de las tres grandes mafias italianas,* Dickie describe que la cultura del *picciotto* se propagó en cuestión de meses por toda Calabria.² Como todas las modas juveniles masculinas, podría haber muerto con la misma rapidez con que apareció de no haber penetrado también en los valles montañosos. Allí, a las familias no les gustaba demasiado aquella manera de vestir de los *picciotti*. Pero el interior remoto y defensivo de Calabria era territorio fértil para un movimiento cuyos métodos eran principalmente físicos y cuya desconfianza del Estado era muy marcada. Así pues, las familias no tardaron en adoptar la *picciotteria* como se adoptaba todo en los valles.

Para toda mafia, un objetivo básico era establecer un consenso en torno al poder. Cada vez que surgía la cuestión del poder —político, económico, social, divino—, la respuesta debía ser: la mafia. Las organizaciones delictivas italianas tuvieron la suerte de que las circunstancias se aliaron para que su empeño se imbricara en la más perdurable de todas las estructuras de poder italianas: la familia. En Sicilia, la mafia pasó a conocerse como la Cosa Nostra, y esa cosa que era «nuestra» era, de hecho, «Nuestro Secreto Familiar», una manera de burlar al Estado del norte construida sobre la intimidad y la obediencia de parentesco. De manera similar, en Calabria, las familias de los valles daban a los *picciotti* una jerarquía ya existente, un orden, una legitimidad, un secretismo. Y esa lealtad a la sangre y a la patria constituiría los cimientos de todos los horrores que estaban por venir.

Con la llegada del siglo XX, los matones callejeros de Calabria ya se habían organizado en células locales llamadas *'ndrine*, cada una de ellas con su propio territorio, sus propias filas, su propio jefe. Al principio, los *picciotti* resultaban útiles para asuntos pequeños: apropiarse del campo de un vecino

para que el jefe llevara a pastar a sus vacas, negarse a pagar el alquiler de algún casero quisquilloso, conseguir que la *trattoria* del pueblo pagara a cambio de protección... Los robos en las carreteras, el contrabando, el secuestro y la usura aportaban un mayor lucro para los *picciotti* más emprendedores. Los jefes también aceptaban otros encargos, como dictar sentencia en disputas por la propiedad, o defender el honor de las mujeres.

Pero, a medida que los *picciotti* debían enfrentarse a sucesivos golpes asestados por las autoridades, algunos se planteaban qué debían hacer para que cambiaran las tornas. Según su razonamiento, si la fuente del poder en el mundo provenía del dinero, entonces tal vez la mejor manera de atacar ese mundo exterior fuera adentrarse en él, robarle su dinero y asumir su poder.

La mafia calabresa no tardó en recurrir a su dinero para comprar los favores de los *carabinieri* y la judicatura. Después llegaron los sobornos a partidos políticos, ayuntamientos, administración estatal y Parlamento italiano. Con el tiempo, las familias también lograron infiltrarse en esas instituciones con sus propios hombres. Desde dentro se dedicaban a defraudar y malversar, a desviar fondos públicos para contratar empresas propiedad de la mafia, como constructoras, firmas dedicadas a construir colectores y muelles. Las elecciones se manipulaban, y se compraban lealtades. Las personas que no se dejaban corromper o intimidar recibían palizas, o les ponían bombas, o las asesinaban.

Todo aquello resultaba conocido para una siciliana como Alessandra. Pero los calabreses habían superado a sus «colegas» en dos aspectos: si los sicilianos reclutaban en zonas determinadas, los calabreses se basaban exclusivamente en la familia. Casi sin excepción, los *picciotti* habían nacido en el seno de una *'ndrina*, o pertenecían a ella por matrimonio. Y allí donde los sicilianos, sin duda, exageraban las historias de sus hazañas, los calabreses inventaban leyendas en las que entretejían honor, religión, familia y separatismo meridional hasta crear un velo casi impenetrable de confusión.

A principios del siglo XX, los *'ndranghetisti* remontaban sus orígenes a tres caballeros errantes. Esas figuras surgen en la creación de mitos mafiosos tanto en Asia como en África y en Europa.³ En la versión de la *'Ndrangheta*, los caballeros eran tres hermanos españoles (Osso, Mastrosso y Carcagnosso) que habían huido de su tierra después de vengar la violación de una hermana.

Tras llegar a la diminuta isla de Favignana, situada frente a la costa oeste siciliana, y refugiarse en unas cuevas frías y húmedas, el trío fue alimentando un sentimiento de agravio justificado, así como una inalterable lealtad familiar durante veintinueve largos, húmedos e incómodos años. Con el tiempo, sus conversaciones fueron la base de una hermandad creada para la defensa mutua. La Sociedad Honorable juraba proteger a todos sus miembros, y ellos se conjuraban para protegerla a ella. De esa manera a nadie se le ocurriría volver a avergonzar a los hermanos ni a sus familias. Y cuando los hermanos se sintieron preparados para llevar su creación por el mundo, Mastrosso se trasladó a Nápoles para crear la Camorra en nombre de la Virgen, Osso navegó hasta Sicilia para fundar la Cosa Nostra en nombre de san Jorge, y Carcagnosso tomó una tierra situada entre las de sus hermanos, Calabria, donde estableció la ‘Ndrangheta en nombre de san Miguel, el arcángel.

La historia, claro está, es un disparate. La mafia calabresa no tiene varios siglos de antigüedad, sino solamente ciento cincuenta. La historia de los tres caballeros también parece copiada de la de la Garduña, una mítica sociedad secreta criminal española del siglo XV cuya leyenda fundacional habría sido conocida por los miembros de la ‘Ndrangheta de la época en que España gobernaba Calabria. Lo irónico del caso es que la mayoría de los historiadores ha llegado a la conclusión de que la propia Garduña era un invento.⁴ Así pues, lo que ocurría era que los mafiosos intentaban engañar a otros con una historia inventada que, a su vez, les había engañado a ellos.

En todo caso, no se trataba ni mucho menos del único ejemplo de fabulación por parte de la mafia. El nombre de ‘Ndrangheta, de resonancias antiguas, no derivaba de ninguna herencia venerable sino que, tal como descubrió Dickie, era un artificio moderno que salió a la luz por primera vez en unas denuncias policiales en la década de 1920, así como en noticias de prensa de los años cincuenta del siglo pasado.⁵ Alessandra encontró más inventos relacionados con la mafia en forma de vídeos de internet en los que se reproducían escenas de películas de gánsters estadounidenses como *El Padrino* o *Uno de los nuestros* acompañados de canciones populares calabresas. Las letras de esas melodías no eran precisamente ejemplos elevados de poesía, pero no por ello resultaban menos escalofriantes:

*Mantén el honor de la familia
Venga a mi padre
Tengo que aprender a usar pistolas y puñales
porque no puedo dejar de pensar en ello.
El dolor de mi corazón...
Solo se acabará si vengo a mi padre.*

Después estaba la cuestión de los rituales «antiguos». Según leyó Alessandra, en el caso del hijo de un capo, estos podían empezar poco antes de su nacimiento. A un varón recién nacido se lo dejaba sobre una cama solo, llorando y pataleando, con una llave junto a la mano izquierda y un cuchillo junto a la derecha, como representaciones del Estado y la mafia. La primera obligación de una madre de la ‘Ndrangheta era asegurar, con unos delicados empujoncitos, que su hijo agarrara el cuchillo y sellara así su destino. En *Ammazzare stanca* [Matar cansa, la autobiografía de un ‘ndranghetista arrepentido], Alessandra leyó algunos pasajes de la infancia de Antonio Zagari, hijo de un capo de la ‘Ndrangheta que en la década de 1990 se convirtió en confidente de la policía.⁶ En su libro, Zagari describía un período de prueba de dos años durante el que se esperaba que un *picciotto* adolescente demostrara su valor cometiendo delitos e incluso matando, así como aprendiéndose de memoria la fábula de Osso, Mastrosso y Carcagnosso y una serie de reglas y obligaciones sociales. A continuación llegaba la ceremonia oficial de iniciación. El ritual empezaba cuando a Zagari lo metían en una habitación oscura en la que había un grupo de *‘ndranghetisti* de pie, en círculo. En un primer momento, el joven quedaba excluido de él. El capo se dirigía a los otros miembros y les preguntaba si se sentían «cómodos».

—Muy cómodos —respondían ellos—. ¿Con qué?

—Con las reglas —decía el capo.

—Muy cómodos —volvían a responder.

Entonces el capo «bautizaba» aquel encuentro en nombre de la Sociedad Honorable, «tal como la bautizaron nuestros antepasados Osso, Mastrosso y Carcagnosso... con hierros y cadenas». Después, con gran ceremonia, iba confiscando todas las armas. La congregación confirmaba su lealtad a la sociedad sometiéndose al dolor de «cinco o seis cortes de cuchillo en el pecho». A continuación el jefe comparaba su empeño común con «una esfera que va vagando por el mundo, fría como el hielo, caliente como el fuego,

suave como la seda». Después de que los miembros del círculo afirmaran tres veces que estaban listos para aceptar a un nuevo miembro, abrían sus filas para acoger al recién llegado. Y el capo practicaba unos cortes en el dedo de Zagari haciendo la señal de la cruz para que sangrara sobre la imagen ardiente de san Miguel, al tiempo que entonaba: «Así como el fuego quema esta imagen, así arderás tú si te manchas con la infamia». Esa era la consigna para que Zagari prestara su juramento: «Juro ante la sociedad organizada y fiel, representada por nuestro honorable y sabio jefe y por todos los miembros, que desempeñaré las obligaciones de las que soy responsable y todas las que se me impongan... si es necesario incluso con mi sangre».

Por último, el capo plantaba un beso en cada mejilla de Zagari, recitaba las reglas de la sociedad y pronunciaba un discurso sobre la humildad, la isla de Favignana y la sangre, que, por si a alguien se le escapaba, era la esencia de aquella esfera errante, helada y fiera que había mencionado antes.

Lo raro era que a nadie se le escapara la risa, pensaba Alessandra. Sin duda, aquel pseudomedievalismo de las representaciones de la 'Ndrangheta asombraba a los historiadores. Dickie comparaba la «solemnidad delirante» de su ritual de iniciación con una ceremonia de pertenencia a los boy scouts, una mezcla de *El señor de las moscas* y Monty Python. Uno de los historiadores italianos más eminentes, Enzo Cicone, se mostraba igualmente despectivo con aquellas «fantasías de Caperucita Roja de la 'Ndrangheta». ⁷ Pero Cicone advertía de que ridículo no equivalía a absurdo. «Ningún grupo de personas dura mucho usando solamente la violencia, solo matando, apropiándose de lo ajeno y robando ganado; hace falta algún tipo de fe o ideología —comentó—. La 'Ndrangheta no contaba con ninguna tradición. Tenía que inventarse una.»

Era un buen argumento, pensaba Alessandra. En el caso de la fe, lo que importaba no era la verosimilitud, sino la creencia. La mayoría de las religiones importantes se aferran a mitos improbables e historias sagradas, que llaman milagros o actos de Dios. Pocas de esas historias se han resentido nunca del hecho de que haya gente que se ría de ellas. Es más bien todo lo contrario. Y, más importante aún: una falsedad era solo eso, un invento, una mentirijilla, un engaño. Nadie aseguraba que los jefes de la 'Ndrangheta se la creyeran. Después de todo, eran ellos los que la contaban.

Más interesante era saber por qué consideraban que aquellas fantasías de honor y decoro resultaban útiles. La respuesta había que buscarla en su espectacular ascenso. Por más artificial y prestado que el culto de la ‘Ndrangheta pudiera parecer a los estudiosos que lo examinaran, a la organización le había servido para obtener la lealtad y el secretismo de sus miembros, el temor y el respeto de los calabreses corrientes y, como consecuencia de ello, había generado un manto denso de opacidad tras el que podía ocultarse del mundo. Es posible que los relatos de la ‘Ndrangheta atrajeran a los calabreses por la desconfianza que les inspiraba el Estado, o por su desarrollado sentido teatral, o simplemente porque se transmitían de padres a hijos con la convicción solemne de una verdad sagrada. El caso era que funcionaban. La ‘Ndrangheta asumía un propósito moral a través del mito, cuando era más que evidente que su actividad era inmoral; también a través del mito se revestía de un halo de romanticismo y divinidad, cuando en realidad era vulgar y profano, además de convencer a los demás de que era un adalid de la justicia, aun cuando les robaba y los asesinaba. A través del mito, a los integrantes de la organización se los convencía de que se regían por un código más elevado, y a los que no pertenecían a ella les desconcertaban hasta las preguntas más simples, como la de quién era quién. Todo era una inmensa mentira. Pero era una mentira que explicaba cómo, casi sin que nadie se diera cuenta, un pequeño grupo de familias de los asilvestrados montes del sur de Italia habían llegado a ser la mafia más formidable del siglo XXI.

Alessandra se sentía cada vez más fascinada con lo elaborado que podía llegar a ser el engaño. La ‘Ndrangheta era un rompecabezas extraordinario, un mosaico con muchos niveles. A partir de las transcripciones de las llamadas telefónicas intervenidas y las conversaciones interceptadas, descubrió que los *‘ndranghetisti* tenían su propio lenguaje, el *baccagghju*, una jerga derivada del grecánico que resultaba incomprensible para casi todo el mundo menos para los iniciados. A pesar de que hablaban en italiano, los miembros de la organización recurrían a un código de metáforas para disfrazar lo que querían decir. Una familia de la ‘Ndrangheta que tuviera una

asociación delictiva con otra decía que «caminaba con» ella. Más que exigir de manera descarada dinero a cambio de protección, los *'ndranghetisti* solicitaban «un donativo para los primos», en alusión a aquellos hombres encarcelados cuyas familias necesitaban apoyo. Si un jefe decía de un hombre que era «molesto» o «problemático», eso equivalía a dictar una sentencia sobre él, indirecta pero inequívoca. Los eufemismos podían llegar a ser muy sofisticados. *Pizzo*, la palabra que significaba «mordida», «extorsión», era un término cuyo origen estaba en las «piezas» de suelo sobre las que un preso del siglo XIX había dormido en la cárcel, que se valoraban según su proximidad al jefe. Fuera de la cárcel, ya en el siglo XX, el término había pasado a significar el impuesto que un jefe esperaba por las propiedades que se encontraban dentro de su territorio.

Descifrar el verdadero significado de la jerga de la *'Ndrangheta* era una lucha constante. «Tienes que volverte más perceptivo, más capaz de descifrar —le comentó Alessandra a Paolo mientras cenaban en su apartamento—. Los mafiosos casi nunca pronuncian una amenaza directa. Lo que hacen es enviar mensajes con doble sentido.» Incluso el gesto más insignificante podía ser de gran importancia. «Pueden encarar un asesinato simplemente mirando a alguien desde la jaula de los acusados en la sala de vistas de un tribunal», dijo.

Una de las mentiras más osadas de la *'Ndrangheta* era su relación con la Iglesia. Aunque se trataba, claramente, de una organización no cristiana, el hecho de provenir de una de las tierras más católicas, apostólicas y romanas del mundo le llevaba a insistir en lo contrario. Invocaba a los santos, y sobre todo a la Virgen y al arcángel san Miguel. En sus rituales reproducía oraciones y oficios religiosos. Y captaba y engendraba sacerdotes. En misa, algunos curas en zonas de la *'Ndrangheta* exhortaban a sus congregaciones a resistirse a los forasteros. En las festividades de los santos, pedían a los asistentes inclinarse ante las imágenes de la Virgen situadas frente a las casas de los capos, y en Semana Santa, el honor de portar las imágenes de Jesús, san Juan y la Virgen María se reservaba a los *picciotti*. El ejemplo más llamativo de esa perversión del cristianismo por parte de la *'Ndrangheta* se producía el 2 de septiembre, todos los años, cuando miles de personas se congregaban en el pueblo de San Luca, en las montañas del Aspromonte,

para conmemorar la festividad de Nuestra Señora de Polsi. Entre los peregrinos había centenares de *'ndranghetisti*, incluidos los capos de todos los clanes, que al menos desde 1901 habían usado el acto como coartada para celebrar la Gran Convención Anual del crimen organizado. A la vista de todo el mundo, los jefes se sentaban a mesas llenas de pasta con salsa de cabrito, presentaban sus resultados anuales (lo que habían ganado, a quién habían matado), y escogían al nuevo *capo crimine* para el año que empezaba. «La Iglesia tiene una gran responsabilidad en todo ello —le contaba Alessandra a Paolo—. Es culpable de algunas cosas espantosas, espantosas.»

Aunque a la organización el cristianismo le resultaba útil, Alessandra llegó a la conclusión de que, en el fondo, la *'Ndrangheta* era más bien un culto de sangre. La sangre era el vínculo entre las familias, y estas eran la fortaleza de la *'Ndrangheta*. El acto de derramar sangre también se reverenciaba como fuente de un poder que inspiraba temor. Ello había llevado a algunas enemistades despiadadas en el seno de la *'Ndrangheta*. La masacre de Duisberg de 2007 (que la policía identificó como un ataque durante un ritual de iniciación de la *'Ndrangheta* cuando se encontró una imagen quemada de san Miguel en el bolsillo de un joven de dieciocho años) era la última atrocidad en una batalla entre dos clanes de San Luca. La disputa se había iniciado en 1991, cuando un grupo de niños de una familia tiró unos huevos podridos a la ventana de un bar propiedad de otra. Desde entonces, incluido el episodio de Duisberg, habían muerto nueve personas. Y muchas más habían resultado heridas. Para evitar que los tirotearan, los *'ndranghetisti*, en San Luca, se ocultaban en los maleteros de los coches para recorrer apenas cien metros. Las matanzas se programaban para causar el máximo horror. Un año antes de Duisberg, el jefe de uno de los clanes quedó paralítico por el disparo de una bala que le atravesó la columna cuando estaba en el balcón de su casa acunando a su hijo recién nacido. En venganza, la esposa de un jefe rival fue abatida en la suya el día de Navidad.

¿Por qué eran tan despiadados? Para la *'Ndrangheta*, la respuesta era sencilla: para infundir temor y cosechar poder. Para sus miembros considerados individualmente, la cuestión era algo más controvertida. ¿Por qué ser *'ndranghetista* si tu destino era pasar largos períodos de tiempo en la cárcel, infligir una violencia brutal sobre tus vecinos y, con toda

probabilidad, morir joven? Alessandra llegó a la conclusión de que tenía que ver con la mentira. La ‘Ndrangheta había recurrido a sus fantasías sobre el honor, el sacrificio, la lealtad y el coraje para construir una cárcel alrededor de sus hombres jóvenes, y los había atrapado en una secta claustrofóbica basada en la sangre y la matanza. El orgullo por el pasado rural de la organización animaba incluso a algunos *‘ndranghetisti* a revestir sus actos violentos de una estética rústica. Con frecuencia, en ellos intervenían cerdos. Una familia a la que se quisiera intimidar podía descubrir que todos sus cerdos machos habían sido degollados. En una ocasión, los *carabinieri* grabaron a un miembro de la ‘Ndrangheta alardeando de haber dejado inconsciente a otro hombre y haber arrojado su cuerpo aún con vida a sus propios cerdos para que se lo comieran. La sed de sangre podía ser literal. Más de una vez, hombres leales a algún jefe asesinado habían sido vistos corriendo al lugar del crimen para empapar sus pañuelos con la sangre del capo ya difunto y llevárselo a los labios.

Alessandra se daba cuenta de que aquel falso culto a la sangre, a la familia y a la tradición de la ‘Ndrangheta también explicaba la opresión a sus mujeres. Esa tiranía misógina era muy real. En sus viajes en coche por los pueblos pequeños de Calabria, casi nunca veía a mujeres en sitios públicos, y mucho menos solas. Aun así, no le sorprendió leer que los valores conservadores de la ‘Ndrangheta también era impostados.

Ya en fecha tan temprana como 1892, la organización había admitido a dos mujeres bandoleras en sus filas. John Dickie encontró actas de tribunales de la década de 1930 en las que se demostraba que los *picciotti* habían tenido fuertes vínculos personales y profesionales con la prostitución, tanto como proxenetas como clientes. Pero al parecer, posteriormente, la ‘Ndrangheta se había abstenido de la prostitución porque, aunque el negocio era lucrativo, se basaba en cualidades como la infidelidad, la falta de disciplina y la doble moral, enemigas del orden y el control. La cultura cerrada, encorsetada, aislada de la Calabria tradicional, por otra parte, era perfecta para el crimen organizado. Los lazos familiares también fueron la vía a través de la cual la

‘Ndrangheta creó una red criminal internacional a partir de los modelos de la emigración calabresa a Estados Unidos, Canadá, Australia, Sudáfrica y América Latina en la década de 1920.

A medida que Alessandra leía más, entendió que la verdadera genialidad de la organización había sido apropiarse de la familia italiana. Cuanto menos se distinguía la ‘Ndrangheta de la cultura tradicional calabresa, basada en la familia, más debía plantearse aquel que estuviera pensando en abandonar la organización que al hacerlo estaría abandonando todo lo que conocía, todo lo que era. Para la mayoría, sería imposible ver más allá de ella.

Pero, al basarse en la familia, la ‘Ndrangheta no pretendía solamente potenciar el secretismo y la lealtad: había comprendido que la familia, en sí misma, era una forma de corrupción. El innegable amor de una madre por su hijo o de una hija por un padre constituía el tipo de lazo que aseguraba que hasta los más rectos acabarían por quebrantar la ley. Los padres beneficiarían a sus familias en todo lo que estuviera en su mano. Los hijos nunca traicionarían a sus padres. Las madres, por encima de todo, harían cualquier cosa por proteger a sus hijos y se vengarían espantosamente de aquellos que les hicieran daño. La ‘Ndrangheta era la familia, pero aumentada y acentuada hasta convertirse en una entidad delictiva perfecta. Se trataba, claro está, de una transformación diabólica. El uso de niños era sin duda una forma de maltrato infantil, y pervertir la familia en un país como Italia era envenenar el alma de la nación. Pero suponía, además, un golpe maestro. Si la familia era corrupción, y la familia era la esencia de Italia, entonces la familia era el medio a través del cual la ‘Ndrangheta podía subvertir e incluso poseer Italia.

Alessandra estaba convencida de que para que una empresa familiar de esas características funcionara, las mujeres debían desempeñar algún papel. Y a partir de sus lecturas de los casos judiciales y las investigaciones, no tardó en descubrir que en realidad desempeñaban varios. Las mujeres ejercían de mensajeras entre hombres huidos, o encarcelados, a los que les pasaban unas notas diminutas, plegadas (*pizzini*), escritas mediante un código numérico. Si un hombre era asesinado o no se podía contar con él por estar encarcelado, su viuda podía convertirse en su sustituta de facto y seguir con los negocios familiares. Algunas de ellas ejercían de pagadoras o contables.

Más importante aún era que las mujeres aseguraban el futuro de la ‘Ndrangheta produciendo la siguiente generación de *‘ndranghetisti*, criando a sus hijos en la fe inquebrantable en el código de honor, la *vendetta* y la *omertà*, y en un violento desprecio a los forasteros, de los que aquellas madres les decían en susurros que eran débiles, que no tenían vergüenza, que hablaban con ligereza, y que sus mujeres eran más ligeras todavía. «Sin mujeres que representaran ese papel —aseguraba Alessandra—, la ‘Ndrangheta no existiría.» El secretismo y el poder eran las metas. La misoginia de los hombres y el servilismo de las mujeres, obligado o voluntario, era el medio.

Lo que confirmaba la influencia de las mujeres en la ‘Ndrangheta era que, a pesar de ser a menudo las víctimas de su violencia, también eran en ocasiones instigadoras de parte de ella. Al estudiar las transcripciones de conversaciones telefónicas interceptadas, Alessandra quedó estupefacta al descubrir a una madre del clan Bellocco que superaba a todos los hombres en su sed de sangre. Los *carabinieri* habían conseguido colocar dispositivos de escucha en una reunión convocada para abordar la mejor manera de vengar la muerte de uno de sus hombres, asesinado durante una disputa entre clanes. Los hombres propusieron matar al jefe de sus rivales, o incluso a varios de sus hombres. Entonces, la madre del muerto intervino:

—Matadlos a todos —dijo—. Incluso a las mujeres. Incluso a los niños.

La madre quería que la familia entera, compuesta de treinta miembros, quedara borrada de la faz de la tierra.

Era imposible que todo aquello funcionara sin las madres, creía Alessandra. Y, para una fiscal de mentalidad abierta, con recursos, aquello le otorgaba una atractiva posibilidad. En el siglo XXI tenía que haber otras Leas Garofalos por ahí, madres de mafiosos descontentas con su vida y con el destino de sus hijos. La madre, la madre de Dios, era una figura sagrada en Italia y la ‘Ndrangheta la había corrompido y la había sometido a su voluntad criminal. Tenía que haber mujeres en el seno de la organización que no soportaran que las estuvieran usando de ese modo. A Alessandra tenía que serle posible ofrecer a esas mujeres que sabían tanto una vida distinta, y persuadirlas para que traicionaran a sus esposos y sus padres. Si lo conseguía... «rompería la cadena —comentaba a sus colegas fiscales—.

Apartaría a las guardianas de las tradiciones de la ‘Ndrangheta. Si también se llevaban a sus hijos, entonces estarían apartando a los futuros soldados. Sería algo muy especial, muy importante. Empobrecería a toda la familia de la mafia. Socavaría toda su cultura, su marco mental.»

Alessandra iba refinando su teoría. Empezaba a darse cuenta de que para destruir a La Familia debía hacerlo a través de sus madres.

VI

En enero de 2010, Pignatone y Prestipino, finalmente, asignaron a Alessandra el trabajo que ella quería.¹ A partir de Año Nuevo, se convertiría en la fiscal jefe antimafia de la costa oeste de Calabria y se encargaría de los pueblos de la llanura y el puerto de Gioia Tauro, así como de la localidad de Rosarno. Rendiría cuentas directamente a Pignatone y Prestipino, y contaría con un segundo fiscal, Giovanni Musarò, de treinta y siete años, para quien aquel puesto era su primer cargo de responsabilidad.

Como le ocurría a Alessandra, Musarò se sentía atraído por el dinamismo de Pignatone y Prestipino. «Yo era muy joven; ellos tenían una inmensa experiencia de Palermo, y trajeron consigo una manera totalmente distinta de trabajar», explicó. Inspirándose en Falcone y Borsellino, el viejo modelo de unos fiscales que eran «héroes solitarios» ya no se llevaba, dijo Giovanni. El nuevo lema era «colaboración». «Hacían un gran esfuerzo por crear un equipo, compartir información con colegas y comportarse como una estructura democrática», añadió. Cada miembro aportaba sus puntos fuertes. «A Alessandra la movía la ética, y era muy decidida. Pignatone tenía una gran capacidad para predecir acontecimientos. Prestipino era muy listo y muy pragmático. Conocía bien todas sus investigaciones y a todos sus investigadores. Se acercaba a alguien y le decía: “Tal vez si hablas con Alessandra encontrarás esto. O si vas a ese investigador y le preguntas, te ayudará con esto otro”.»

Para Alessandra, el premio era su nuevo territorio. Palmi, en el extremo sur del estuario de Gioia Tauro, era el lugar de nacimiento de la ‘Ndrangheta. Un siglo y medio después, la llanura seguía siendo el corazón del imperio. Aunque nadie lo diría al ver el lugar, pensaba Alessandra. La ‘Ndrangheta era más rica que la mayoría de las empresas multinacionales, y se decía que en Rosarno incluso las familias más insignificantes de la organización tenían

escondidos tres, cuatro o cinco millones de euros. Sin embargo, en una tierra de campos de maíz, colinas llenas de olivos y montañas de tonos azulados salpicadas de pueblos de tejados rojos y de señoriales ciudades romanas y renacentistas, la ‘Ndrangheta había conseguido que sus localidades fueran como unas verrugas de fealdad, descuido y cemento. Al recorrer Rosarno por primera vez, a Alessandra le pareció que había llegado después de un apocalipsis. Todo parecía abrasado. Los árboles se veían negros, y sus hojas parduzcas, reseca. El único parque de la localidad era solo un montón de guijarros polvorientos y unos matorrales espinosos. Las calles, cuyo asfalto recordaba a la lava derramada, estaban llenas de basura. Todo estaba cubierto de pintadas de mal gusto. Y la ciudad estaba muerta. Las tiendas permanecían cerradas, o vacías. Muchos de los edificios de pisos se veían a medio construir, deshabitados. Sus jardines eran solares, y sus ventanas sin cristales parecían ojos huecos de calaveras. En la plaza principal no había nadie sentado en los bancos, y nadie comiendo en los restaurantes. A un lado, la zona de juegos infantiles, con apenas un columpio oxidado, un tobogán roto y un recuadro de cemento cuarteado cubierto de colillas, envoltorios y cristales rotos. Alessandra lo notaba. El miedo. La *omertà*. Todo aquello le recordaba a la Messina de su infancia.

Resolver la paradoja de por qué ese lugar sin esperanza podía ser hogar de un imperio delictivo tan rico era clave para entender la historia del ascenso moderno de la ‘Ndrangheta. Todo había empezado a las tres de la madrugada del 10 de julio de 1973, cuando un pequeño grupo de matones de la ‘Ndrangheta de los pueblos que rodeaban Gioia Tauro secuestraron a John Paul Getty III, el nieto del multimillonario John Paul Getty, de dieciséis años, a la puerta de su residencia romana de la Piazza Farnese. La banda se llevó al joven a las montañas de Calabria y allí lo retuvo durante cinco meses. Su padre, que mientras mantenían retenido a su hijo se encontraba inmerso en el sopor de la heroína, creyó en un primer momento que todo era un engaño de su propio hijo para sacarle dinero. Los secuestradores llamaron al patriarca de la familia, John Paul Getty Senior, y amenazaron con cortarle los dedos a su nieto si no recibían un rescate de diecisiete millones de dólares. El viejo Getty se negó con el siguiente argumento: «Si ahora pago un penique, me secuestrarán a catorce nietos». Para presionar, los miembros de la banda le

cortaron una oreja al chico y la enviaron a un periódico de Roma. Venía acompañada de una nota en la que amenazaban con cortarle la otra oreja en diez días si no se pagaba el rescate. Getty Senior cedió y pagó 2,2 millones de dólares, la cantidad máxima que sus contables consideraron aconsejable desde el punto de vista fiscal. De hecho, le prestó el último pago del rescate, que era de setecientos mil dólares, a su hijo, el padre del chico, a un interés del 4 por ciento.

John Paul Getty III nunca se recuperó del secuestro ni de la indiferencia demostrada por su abuelo. Murió a los cuarenta y dos años, alcoholizado y drogadicto, en silla de ruedas. Llevaba parálítico desde los veinticinco años por culpa de una combinación casi mortal de Valium, metadona y alcohol. Pero para la ‘Ndrangheta de la costa oeste, aquellos sórdidos inicios supusieron la semilla de todo un imperio. El grupo llevó a cabo ciento cincuenta secuestros más. En Gioia Tauro, usaron el dinero de los rescates para comprar camiones dedicados a la construcción. Varios hombres de la ‘Ndrangheta situados en el gobierno local aseguraban que aquellos fueran los vehículos contratados en la construcción de una planta de acero cercana al puerto de Gioia Tauro. Cuando el gobierno abandonó el proyecto por no considerarlo económicamente viable, los camiones pasaron a trabajar en un proyecto mayor: la expansión del propio puerto.

Los contratos de construcción asignados por el Estado —carreteras, trenes de alta velocidad e incluso plantas de energía eólica y solar—, combinados con la práctica de la usura, que hacía que sus rivales no pudieran competir con ellos y hubieran de renunciar a los contratos que ellos querían, contribuyeron a que su negocio se convirtiera en uno de los más lucrativos de la ‘Ndrangheta por derecho propio. Cuando destinaron a Alessandra a la costa oeste de Calabria, el proyecto para ampliar y reparar la autopista principal que atravesaba la zona occidental de Calabria y la unía con el resto de la costa italiana hasta Salerno había acabado costando al Estado diez mil millones de dólares a lo largo de tres décadas, algo que en realidad no había sido más que una sucesión de obras de carretera.² En todo caso, el mayor beneficiario era el propio puerto de Gioia Tauro. Una vez que las obras de ampliación concluyeron, el puerto se convirtió en la mayor instalación de tránsito de contenedores de Italia y en el sexto más grande del Mediterráneo,

con capacidad para cargar y descargar millones de contenedores al año en un muelle de tres kilómetros y medio de longitud en el que se alineaba una sucesión de altísimas grúas. La ‘Ndrangheta, en tanto que único poder de la zona, tenía el control total del puerto. El grupo «cobraba impuestos» por cada contenedor que pasaba por allí: 1,5 dólares cada vez. Además, cobraba una tarifa a los operadores portuarios que equivalía a la mitad de sus beneficios, un ingreso anual que ascendía a varios miles de millones de dólares. La ‘Ndrangheta usaba el puerto para enviar armas a todo el mundo. Y, en las décadas de 1980 y 1990, durante los años de la Matanza, fue a través de Gioia Tauro que la ‘Ndrangheta creó su imperio de la cocaína.

Pero, exceptuando una sola calle de casas nuevas en San Luca conocida popularmente como Via John Paul Getty, allí no había el menor rastro de la riqueza de la ‘Ndrangheta. Para la organización, una fachada de pobreza era básica para mantener la mentira. De ese modo se desviaba la atención del Estado, y daba credibilidad a su pretensión de ayudar a un sur empobrecido en contra de un norte opresor. La ‘Ndrangheta estaba dispuesta a lo que fuera por mantener aquella apariencia. Cuando Alessandra visitó Rosarno por primera vez, Domenico Oppedisano, un pez gordo de la ‘Ndrangheta de setenta y ocho años, todavía se paseaba con su traje polvoriento y su sombrero de fieltro y conducía su motocarro, con el que llevaba sus naranjas y sus limones al mercado.

Sin embargo, para el 97 por ciento de la población de Gioia Tauro que no pertenecía a la ‘Ndrangheta, las privaciones eran reales. Calabria era la provincia más pobre de Italia. Los ingresos apenas llegaban a aproximadamente la mitad que en el norte, el desempleo era del 28 por ciento, y aún en 2009, el lirón asado se consideraba una exquisitez. Entretanto, el gobierno provincial funcionaba tan mal que, en 2008, una misión de la embajada estadounidense dedicada a recabar datos llegó a la conclusión de que, de ser independiente, Calabria sería un Estado fallido.

Al pasar en coche por el estuario, entre Rosarno y el puerto, a Alessandra no le costaba mucho adivinar quién lo había arruinado. La zona estaba entretejida de autopistas de cuatro carriles unidas entre sí por tirabuzones de rampas y rotondas; una cuadrícula moderna, industrial, construida con decenas de millones de euros donados por la Unión Europea y

el gobierno italiano. Al parecer, los economistas y burócratas de Bruselas habían imaginado una nueva zona de almacenes complementaria al puerto que, por ella misma, serviría para cambiar la suerte económica de una de las zonas más pobres de Europa. En un primer momento, las empresas de construcción de la ‘Ndrangheta se mostraron encantadas de hacerse con el dinero público que estuviera disponible. Pero después esa misma ‘Ndrangheta se cargó el proyecto. Las amenazas, la violencia y la exigencia de unos pagos desorbitados a cambio de protección hicieron que, salvo una, todas la demás empresas de transporte y logística internacional cerraran, o no llegaran a abrir. A ambos lados de la carretera se extendían descampados llenos de cañaverales y malas hierbas. Los caminos asfaltados y las plataformas de cemento se cuarteaban y se deterioraban al sol. Las buganvillas gigantes se descolgaban por los muros de unas zonas empresariales vacías. Las palmeras, en otro tiempo exuberantes, aparecían grotescas, abandonadas, con sus palmas de aspecto enfermizo, amarillento, cubiertas de una capa de polvo. Había farolas por todas partes, pero sin vida, conectadas a un campo de grandes paneles solares negros engullidos por las altas hierbas. Señales de tráfico oxidadas, algunas perforadas por disparos de bala, indicaban el camino hacia empresas ya difuntas cuyas verjas de entrada aparecían decoradas por ristas de banderas internacionales descoloridas por el sol. Delante de una entrada imponente, un globo terráqueo gigantesco, de bronce, encajado en un tubo, se sostenía en un ángulo imposible, sueño del dominio de un mundo que se había convertido, continente a continente, en un pequeño amasijo de metal oxidado y dejado en el suelo. El único indicio de vida era un rebaño de cabras que pastaba en las zanjas de drenaje, cuajadas de amapolas y otras flores lilas y rosadas y, a un lado, un campamento de tiendas de campaña que alojaba a miles de inmigrantes africanos a quienes las autoridades, o posiblemente la ‘Ndrangheta, mantenían alejados.

Aquello parecía una zona de guerra. Y en cierto modo lo era. Cubriendo la totalidad de la cima de una colina, sobre el puerto, se extendía una urbanización de casas con jardín, que en otro tiempo habían pertenecido al clan Piromalli, en cuyo territorio se encontraba el puerto. Desde allí, los Piromalli controlaban su imperio como generales. El Estado, finalmente, les había confiscado sus propiedades pero, dado que no había nadie dispuesto a

adquirirlas, las casas y los jardines estaban vacíos, y constituían un recordatorio manifiesto de quién detentaba el poder real. Por debajo de los muros de aquellas casas había una capilla y un cementerio lleno de las tumbas recargadas de los *'ndranghetisti*. Como se había construido sin permisos, las autoridades locales habían ordenado la demolición de la capilla, pero no tardaron en constatar que no había ningún contratista local disponible para realizar aquel encargo.

En toda Gioia Tauro, solo unos pocos emprendedores solitarios se habían significado. Uno de ellos era Antonino de Masi, que en la década de 1990 decidió diversificar el conglomerado de maquinaria agrícola de la familia y convertirlo en logística de transporte. El negocio se había hundido bajo la presión de la *'Ndrangheta*, y ahora De Masi perseguía otras iniciativas, como la de vender refugios contra terremotos y hornos de pizza sin humo, inventos suyos en los dos casos. Pero se negaba a abandonar sus oficinas. Ese simple acto de desafío le había costado muy caro. Tras recibir numerosas amenazas de muerte, De Masi había enviado a su familia a vivir al norte de Italia. El propio De Masi se veía obligado a desplazarse en coche blindado, escoltado por dos guardaespaldas. Dos soldados del ejército italiano, uniformados, con rifles automáticos y un jeep de camuflaje montaban guardia en el estacionamiento de sus oficinas. De Masi se describía a sí mismo diciendo que vivía «en territorio enemigo».³

¿Por qué habría de arruinar la *'Ndrangheta* su propia tierra? Porque De Masi tenía razón. En tanto que empresario adinerado con los medios para hacer realidad sus ambiciones y el valor para no pedir permiso a la *'Ndrangheta*, se había convertido en enemigo declarado de esta. No es que la *'Ndrangheta* odiara el desarrollo, es que no toleraba más poder que el suyo. En su territorio, no podía haber interferencias del mundo exterior, y no se podía escapar del mundo que la *'Ndrangheta* había creado. No se alentaba la educación, y menos la que propiciaba el libre pensamiento. La clase de salida que proponía un empleo con beneficios, con una figura como la de Antonino de Masi, también debía ser destruida. La *'Ndrangheta* había llegado incluso a obstruir físicamente las salidas del lugar. Solo había un autobús al día con destino a Reggio Calabria. Las carreteras construidas por empresas de la *'Ndrangheta* no conectaban con las autopistas provinciales, ni estaban unidas

entre sí. Los puentes que pasaban sobre las vías principales y los ríos no llevaban a ninguna parte. La vía férrea que conectaba Gioia Tauro con el resto de Europa terminaba a un kilómetro y medio del puerto, lo que significaba que las mercancías de una de las instalaciones portuarias más importantes de Europa dedicadas al transporte de contenedores debían ser metidas en camiones propiedad de la mafia y trasladadas a la estación para un trayecto de tres minutos. Ahí se demostraba la asfixiante magnificencia de la ‘Ndrangheta; no se trataba de dinero, sino de poder.

En 2010, los fiscales antimafia calabreses empezaban a unir las piezas que les permitían comprender cuánta influencia había acumulado la ‘Ndrangheta. Incluso veteranos de la época de la Mattanza como Pignatone y Prestipino estaban atónitos. Allí donde, en otro tiempo, la Cosa Nostra superaba a la ‘Ndrangheta en el tráfico de drogas, ahora era esta la que dominaba la totalidad del mercado europeo de estupefacientes. La cocaína se producía y refinaba en Colombia, Perú o Bolivia, y viajaba hacia el este, generalmente hasta Brasil o Venezuela, desde donde cruzaba el Atlántico y llegaba a Europa pasando por el Caribe o África Occidental antes de aterrizar en Holanda, Dinamarca, España o Italia. Aunque había otros grupos criminales implicados en todas las fases de ese viaje, en tanto que productores y traficantes, la ‘Ndrangheta había adoptado la posición de bróker, supervisor y empleador a lo largo de toda la cadena de suministro.

La inventiva era una característica recurrente de ese imperio, sobre todo en cuanto a métodos de tráfico. Para las rutas marinas a través del Caribe, la ‘Ndrangheta o sus socios escondían la cocaína bajo barcas de arrastre cargadas de pescado congelado, o en el interior de latas de piña, o cosiéndola en el interior de plátanos, o incluso disolviéndolas en botellas de whisky. Otro truco consistía en introducir una carga en algún contenedor que llevara otra mercancía y duplicar las etiquetas de seguridad. Después, cuando la droga ya había cruzado el Atlántico, el alijo ya podía recuperarse, por lo general en los depósitos de las aduanas o durante alguna parada para repostar, tras lo cual los contenedores volvían a sellarse con las etiquetas copiadas y

seguían su ruta sin ser detectados. Para confundir aún más a los agentes aduaneros, podía ocurrir que dos barcos se encontraran en medio del mar y realizaran un intercambio de contenedores.

La navegación aérea ofrecía más opciones. En vuelos comerciales (transatlánticos, hasta África Occidental, y desde ahí hasta Europa) los traficantes recurrían a pasajeros que llegaban a tragarse hasta treinta bolsas de plástico que, sumadas, equivalían a una carga de un kilo por persona. Montaban hasta a cuarenta de aquellas «mulas» en un avión, recurriendo en ocasiones a grupos enteros de estudiantes africanos de intercambio que, gracias a ese viaje, podían costearse varios años de estudios en alguna universidad extranjera. Otra opción interesante eran las propias tripulaciones de los aviones, que por lo general pasaban por los controles de aduanas sin que los revisaran. Casi siempre, los traficantes alistaban a asistentes de vuelo individuales, pero alguna vez se habían puesto en contacto con tripulaciones enteras, incluidos los pilotos. Cuando había disponibles aviones privados, los pilotos autónomos manejaban pequeños aparatos con depósitos de combustible ampliados, a bajas altitudes, y con ellos recorrían miles de kilómetros para cruzar el Atlántico entre Latinoamérica y África Occidental. En algunas ocasiones, los traficantes habían usado un Boeing 727 ya viejo capaz de transportar diez toneladas de cocaína de una vez y que, en 2009, las autoridades de Malí habían encontrado en medio del Sáhara, abandonado e incendiado por los traficantes después de cargarse las ruedas durante el aterrizaje. La ruta posterior por tierra a través del Sáhara hasta el mar Mediterráneo era tal vez la más espectacular de todas las vías dedicadas al tráfico de drogas; se hacía en convoyes de veinte o treinta todoterrenos que conducían hacia el norte durante cuatro o cinco días por el desierto, guiándose por las estrellas, repostando en una serie de puestos camuflados.⁴

Una vez que las drogas alcanzaban el Mediterráneo, podían llevarse desde Túnez hasta Europa en barcos destinados a cruceros o por tierra, en el sentido contrario a las agujas del reloj, bordeando la costa y pasando por Libia, Egipto, y posteriormente a través de Israel y Turquía, en un viaje que facilitaban ciertos guardias de frontera y oficiales militares. Para desplazar la cocaína por Europa hacía falta un alto grado de subterfugio. Toneladas de esa droga se llevaban en camiones desde Gioia Tauro hasta Holanda ocultas

debajo de flores destinadas al mayor mercado de flores de ese país, donde los floristas hacían las veces de blanqueadores del dinero de la ‘Ndrangheta. Los pagos que iban en dirección contraria también se disfrazaban. Los miles de millones de euros de saldo podían cargarse en centenares de cuentas de juego online. En una ocasión, se enviaron 7,5 millones de euros en forma de doscientas sesenta toneladas de chocolate Lindt.⁵

Los fiscales sabían qué *‘ndrine* gozaban tanto de la confianza de los colombianos que les permitían adquirir la cocaína a crédito. Sabían qué familias habían diversificado y se dedicaban también al tráfico de armas. Habían investigado quién usaba barcos de contrabando en sus viajes de regreso para verter sustancias químicas nocivas y residuos nucleares hundiendo embarcaciones frente a las costas de Somalia.

Además de las rutas de contrabando, los investigadores sabían qué servicios de aduanas, qué ejércitos, qué rebeldes, qué islamistas, qué oficiales, qué ministros, qué primeros ministros y qué presidentes se llevaban una parte de los beneficios. Las aduanas de Mozambique, punto intermedio de una ruta por lo demás poco transitada en que la lengua exclusiva era el portugués, desde su inicio en Brasil hasta su destino en Portugal, pasando por África, habían sido compradas casi en su totalidad. También estaba comprado todo el gobierno de Guinea-Bissau, un diminuto Estado de África Occidental, también excolonia portuguesa, donde los soldados cortaban carreteras públicas al tráfico para que los narcoaviones pudieran aterrizar.

Lo que más desconcertaba a los fiscales era que, a medida que los beneficios del poder se multiplicaban, también se hubieran multiplicado las luchas por conseguirlo. A principios de 2010, África Occidental se encontraba inmersa en una oleada sin precedentes de golpes de Estado, guerras civiles, revoluciones y asesinatos provocados por la lucha para enriquecerse con el tráfico de drogas. Al estudiar el caos generado por la cocaína, los fiscales se daban cuenta de que la ‘Ndrangheta no solo había llevado a la ruina a Calabria y había minado el Estado italiano, sino que había hecho lo mismo con grandes zonas del planeta, lo que añadía más urgencia a su misión. No se trataba de esa vieja canción que dice que las drogas te

destruyen; se trataba de que la droga de la ‘Ndrangheta había destruido la vida de millones de personas en países de todos los rincones del mundo, en lugares de los que pocos europeos habían oído hablar en su vida.

Y ni siquiera era esa la parte más preocupante. En 2010, los fiscales antimafia de Calabria empezaban a recabar indicios de que las operaciones de blanqueo de dinero de la ‘Ndrangheta estaban socavando los mercados financieros mundiales e incluso la soberanía de los países. Giuseppe Lombardo, fiscal especializado en reseguir su dinero, manifestó que junto con el crecimiento de la ‘Ndrangheta se había producido un incremento de la sofisticación financiera. Enfrentados a la necesidad de blanquear cantidades cada vez mayores de dinero, y conscientes de que la regulación de los mercados bursátiles mundiales era cada vez más laxa, unas cuantas familias de la ‘Ndrangheta habían realizado sus primeras incursiones en el mundo de las finanzas internacionales a mediados de la década de 1980. Una generación más tarde, lo que había empezado como un experimento de diversificación y legitimación era ya un gigantesco negocio multinacional de gestión de activos dirigido por abogados, contables y banqueros de la ‘Ndrangheta con sede en Milán, Londres y Nueva York a través de un laberinto de paraísos fiscales que se especializaban en el secretismo y las ventajas en el pago de impuestos: Chipre, Malta, Gibraltar, Isla Mauricio, Suiza, Luxemburgo, Holanda, las Islas Vírgenes y otros territorios de Gran Bretaña. La recesión global de 2007-2009 había supuesto un chollo. A medida que las finanzas legítimas se agotaban, las empresas, bancos, mercados bursátiles e incluso los partidos políticos se encontraban faltos de dinero. Para la ‘Ndrangheta, esa escasez de crédito resultó ser una ocasión única para convertir el poder delictivo en fortaleza legal, económica y política por todo el mundo.

A la ‘Ndrangheta la movían dos motivaciones. Blanquear de manera segura sus riquezas y ser tan indispensable para la economía internacional que atacarla supondría para cualquier gobierno causarse un daño a sí mismo. Según Lombardo, la ‘Ndrangheta había logrado en gran medida estos dos objetivos. «Se han convertido en los principales interlocutores en el mundo del crimen —afirmó—, pero además han logrado ser una potencia mundial.»

En un primer momento, según Lombardo, la ‘Ndrangheta había comprado a políticos que ofrecían protección estatal, y había creado una red de contables, abogados, comerciales y otros facilitadores en el interior del sistema bancario que permitían a la ‘Ndrangheta blanquear e invertir su dinero. Pero, en una segunda fase crucial, la organización había abierto su estructura financiera a grupos organizados de todo el mundo: a la Cosa Nostra y la Camorra, pero también a las tríadas chinas, a nigerianos, rusos, colombianos, mexicanos y otros grupos criminales de todos los rincones del planeta. «La ‘Ndrangheta desempeña el papel de un agente de servicios para las otras mafias —explicaba Lombardo—. Cuentan con una red de profesionales financieros que trabajan para ellos y los ponen a disposición de otras mafias. A partir de ahí, en lo que tiene que ver con las finanzas, todas se mueven juntas como una gran mafia.»

Ello significaba que la ‘Ndrangheta disponía de billones de euros bajo su mando. Semejante tsunami de dinero la había elevado a una «posición fundamental e indispensable en el mercado global», aseguraba Lombardo, una posición «más o menos esencial para el buen funcionamiento del sistema económico global». Esa nueva centralidad proporcionaba a la ‘Ndrangheta el nivel de protección que buscaba. También le ofrecía una oportunidad de entregarse a conductas propias de las mafias —el matonismo, la intimidación, la extorsión, el chantaje— a gran escala. A Lombardo le llegaban indicios de que la ‘Ndrangheta manipulaba regularmente los precios de las bolsas o los mercados a beneficio propio, y que había llegado a causar minidesplomes financieros para generarse a sí misma oportunidades de compra.

Más notable aún era lo que el fiscal había descubierto sobre el gusto de la mafia por la deuda del gobierno. «Encontré una gran cantidad de capital destinado por la mafia a comprar bonos del Tesoro y deuda del Estado», dijo. Al principio, aquella revelación desconcertó a Lombardo. No existía ningún imperativo financiero sensato para comprar bonos. Los réditos solían ser bajos, y se encontraban oportunidades mucho mejores en otros productos financieros. Pero entonces se dio cuenta de que las motivaciones de la ‘Ndrangheta iban más allá de lo meramente económico. «Ya no les hace falta enriquecerse más —comentó—. Ya son lo bastante ricos. Pero además del objetivo de hacer dinero está el de limitar la soberanía nacional.» La

‘Ndrangheta siempre había querido socavar el poder y la autoridad del Estado italiano. Y ahora hacía lo mismo en todo el mundo. Lo hacía comprando grandes porciones de deuda de países extranjeros y amenazando luego a esos países con hacer bajar su precio y provocar una bancarrota financiera. La única opción del país deudor era permitir que la ‘Ndrangheta usara su territorio como base y lugar para sus operaciones de blanqueo. Hasta el momento, los fiscales habían recabado pruebas de que la ‘Ndrangheta había chantajeado a Tailandia e Indonesia de ese modo. Lombardo suponía que India y China serían los siguientes. «Se trata de condicionar el sistema económico global, de condicionar globalmente a la ciudadanía y de condicionar las opciones políticas de los países —dijo—. Así la ‘Ndrangheta manda no solo en el territorio de Italia, sino en muchos otros países.»

Las investigaciones de Lombardo revelaban que la ‘Ndrangheta no solo suponía una amenaza para el sur de Italia, sino que se había convertido en un monstruo global. Aunque otras mafias eran más conocidas, la ‘Ndrangheta era la más poderosa. En nombre del beneficio y del poder, estaba plantando las semillas de la guerra, el caos y la corrupción desde Río de Janeiro hasta Rotterdam y Reikiavik. Era la cara oscura de la globalización hecha realidad, de carne y hueso. De importancia capital para los fiscales antimafia italianos, Calabria, en todo caso, seguía siendo la clave de aquella empresa. Cualquier gran decisión sobre el negocio —expandir un territorio, entrar en un nuevo negocio, eliminar a un rival— debía pasar por el viejo país. En sus búnkeres, enterrados bajo las calles de Reggio Calabria y Rosarno, y en los naranjales de la llanura de Gioia Tauro, los jefes decidían el destino de naciones enteras. Al leer los últimos dossieres, Alessandra pensó que con su nueva embestida a la ‘Ndrangheta, los jueces tenían en sus manos el destino de centenares de millones de personas, tal vez de billones.

Los estímulos del Estado italiano para actuar contra la mafia eran diversos: el escándalo de la masacre de Duisberg de 2007; las elecciones del año siguiente, de las que surgió un gobierno públicamente comprometido con el fin de la amenaza que planteaba el crimen organizado; y, en ese mismo 2008, la llegada a Calabria de Giuseppe Pignatone y Michele Prestipino, los

destructores de la Cosa Nostra. La lucha contra la mafia no tardó en reforzarse con nuevas energías y recursos. En 2008 y 2009, los *carabinieri* pincharon millones de conversaciones. Los *'ndranghetisti*, por lo general, seguían hablando en clave, recurriendo a metáforas y, aisladas, el sentido de aquellas conversaciones no era nada claro. Pero tomadas en su conjunto, y con el tiempo, el gran volumen de aquellas grabaciones aportaba una verdadera revelación: la primera imagen completa de la estructura interna y las dinámicas de la *'Ndrangheta*.

Hubo varias sorpresas. Hasta ese momento, los fiscales habían entendido la *'Ndrangheta* como una alianza no estricta de empresas familiares, cada una de ellas con su propio territorio. La vigilancia en Reggio Calabria y las localidades circundantes reveló que la estructura horizontal de centenares de *'ndrine*, cada una de ellas gobernada de manera autónoma por un jefe familiar, seguía siendo la base de la *'Ndrangheta*. Pero, además, se puso de manifiesto que por encima de ellas existía una jerarquía nueva, vertical, formada por once escalafones. La unión de varias *'ndrine* creaba una agrupación conocida como *locale* o *società*, gestionada por un jefe destacado al que ayudaban un contable y el «jefe del crimen», que supervisaba todas las actividades ilegales. Por encima de las *locali* estaban las autoridades regionales, llamadas *mandamenti*, una para la costa tirrena, otra para la jónica y una tercera para Reggio Calabria. Juntos, esos tres grupos conformaban un consejo que podía llamarse *provincial* o *il crimine* o —Alessandra no daba crédito al leerlo y tuvo que hacerlo dos veces— *La Mamma*. Supervisándolo todo estaba el *capo crimine*, o jefe de todos los jefes, que podía convocar un *tribunale* de grandes capos para juzgar a un igual acusado de transgredir el código.⁶ «Siempre habíamos creído que la *'Ndrangheta* eran muchas organizaciones locales más pequeñas —dijo Alessandra—. Pero de pronto entendimos que tenía una estructura federal y que se dirigía casi como una organización militar.»

En la década de 1990, los *carabinieri* tuvieron noticia de que la *'Ndrangheta* intentaba unir a los clanes. Fue un intento que finalmente no se dio. Por lo que escuchaban ahora, en esa ocasión la reorganización sí había culminado con éxito. ¿Por qué? Los viejos argumentos a favor de una mejor coordinación para mejorar la eficacia y la disciplina seguían vigentes. Pero en

2009, los *carabinieri* empezaban a detectar una motivación más siniestra: coordinar un asalto concertado a las autoridades a través de una serie de asesinatos y atentados con bomba. El 31 de octubre de 2009, los *carabinieri* filmaron una cumbre de la ‘Ndrangheta especialmente descarada, que tuvo lugar a las afueras de Milán, en la que veintidós capos alzaron sus copas para brindar por el nuevo jefe de la ciudad nada menos que en el interior de un centro dedicado a la memoria de Giovanni Falcone y Paolo Borsellino.⁷ La ‘Ndrangheta abandonaba la política de infiltración discreta que había mantenido durante décadas y adoptaba otra de confrontación directa. ¿Cuál era la razón de ese cambio? Por lo que iban sabiendo los *carabinieri*, la ‘Ndrangheta sentía que empezaban a desenmascararla. El nuevo impulso contra el crimen organizado había supuesto la detención de centenares de mafiosos, entre ellos veintiuno de los treinta delincuentes más buscados de Italia, así como la confiscación de activos y negocios por valor de nueve mil millones de euros.⁸ Aunque aquellas operaciones habían perjudicado sobre todo a la Camorra, la ‘Ndrangheta sabía que ella era la siguiente. Y sus jefes habían optado por lanzar una respuesta agresiva y conjunta.

Para Alessandra, un episodio captado por los nuevos servicios de inteligencia resultaba especialmente significativo. Los agentes que vigilaban una boda de la mafia en el pueblo montañoso de Plati el 19 de agosto de 2009, entre los miembros de dos poderosos clanes —los Pelle y los Barbaro—, quedaron asombrados al descubrir a la flor y nata de la ‘Ndrangheta entre los dos mil invitados. Entre ellos se encontraban jefes no solo de toda Calabria, sino también del norte de Italia, de Europa y de lugares tan lejanos como Canadá y Australia. «Habían llegado de todo el planeta a aquella diminuta localidad en medio de la nada», comentó Alessandra. El motivo de aquel encuentro sin precedentes no tardó en ponerse de manifiesto. Los micrófonos ocultos y los teléfonos pinchados recogieron numerosas referencias a la elección de un nuevo *capo crimine*, el jefe de Rosarno Domenico Oppedisano, nombrado para ser punta de lanza de la guerra de la ‘Ndrangheta contra el Estado. Aquello parecía confirmar la importancia de una reunión de jefes muy concurrida que había tenido lugar unos días antes en el naranjal de este. Dos semanas después de la boda, el ascenso de

Oppedisano quedó formalmente confirmado en el encuentro anual de la ‘Ndrangheta celebrado durante la festividad de la Virgen de Polsi, en San Luca.

Lo que más interesaba a Alessandra no era el propio Oppedisano, sino a quién representaba. Sabía que el *capo crimine* era escogido por una especie de meritocracia criminal en función de quién, desde el interior de la organización, se considerase «más carismático, más admirable y más despiadado». El jefe tenía que ser alguien que, según acuerdo de toda la ‘Ndrangheta, fuera mejor que los demás en el ejercicio del crimen, un líder que asegurara que no iban a perder más tiempo y más sangre peleando entre ellos.

Según esos criterios, Oppedisano, de setenta y ocho años, con su bronceado de campesino y una familia a la que superaban al menos otras dos en Rosarno, era una elección rara. Pero gracias a su creciente conocimiento de los clanes, Alessandra captaba la lógica que había detrás de aquella decisión: más que de una mejora de la posición de los Oppedisano, el nombramiento de Domenico confirmaba el ascenso de los clanes de la costa oeste en el seno de la ‘Ndrangheta. Más concretamente, atestiguaba el dominio de una familia criminal de Rosarno con la que Oppedisano estaba relacionado por matrimonio. Era el control que esa familia ejercía sobre el comercio de la cocaína, junto con otras dos familias de Gioia Tauro, lo que, más que cualquier otra consideración, explicaba el espectacular crecimiento de la ‘Ndrangheta en las últimas tres décadas. Su fama de violencia despiadada aseguraba que, además de ser una de las familias criminales más ricas y poderosas de toda Italia, fuera también una de las más temidas. «A través de Gioia Tauro, gestionaban todas las drogas y todas las armas», explicó Alessandra.

Con todo, tan espectacular había sido el progreso de aquella familia, y tan descarada su ambición por dominar la ‘Ndrangheta, que casi todas las *ndrine* albergaban algún resentimiento contra ella. Un intento anterior de forzar la elección del capo de su familia había contado con una resistencia feroz por todas las demás partes, que la consideraron una afrenta inaceptable. Tal vez las demás familias no estuvieran a su altura por comparación, pero el

honor exigía que guardaran las apariencias y fingieran lo contrario. Nombrar a Domenico Oppedisano era una concesión astuta que combinaba estrategia y engaño deliberado, dos marcas de la casa de la ‘Ndrangheta.

Aun así, Alessandra no tenía duda de quién ostentaba el poder en el seno de la organización. Había visto un vídeo de los miembros de la familia brindando por Oppedisano con champán la noche de su elección. En cualquier nueva guerra contra la ‘Ndrangheta, aquella familia sería el objetivo número uno. Se llamaban los Pesce.

VII

Lea Garofalo no era el primer miembro de la ‘Ndrangheta en delatar a la organización, ni siquiera la primera mujer.¹ Pero sí era una de las pocas *pentiti* de la ‘Ndrangheta, y apenas la segunda mujer, por lo que la historia de aquella *mamma* y la hija del jefe que se habían pasado al bando del Estado había resonado como un cañonazo por todos los valles. Siete años después, Lea, casi con total probabilidad, estaba muerta. El mensaje que aquello enviaba a lugares como Pagliarelle y Rosarno era que no había alternativa a la ‘Ndrangheta. Si sales, mueres. Aquello era un desastre para la nueva guerra del Estado contra la mafia. ¿Qué había fallado?

Como los agentes que investigaban la desaparición de Lea, Alessandra descubrió que la larga lucha de esta con Carlo y la ‘Ndrangheta estaba bien documentada. Lea había realizado extensas declaraciones contra la organización y contra su esposo tres veces, en 1996, 2002 y 2008. A partir de ellas, la imagen que surgía de la Calabria rural en la que Lea y Carlo se habían criado era la de un mundo perdido, aislado del resto de la humanidad por un muro de violenta tiranía. Para la mayoría de los niños de la ‘Ndrangheta, bastaba con nacer en un sitio como Pagliarelle para conocer cuál sería su destino.

Pero Lea había sido distinta. Su padre, el jefe de una *ndrina* llamado Antonio Garofalo, fue asesinado por tres hermanos de un clan rival la noche de fin de año de 1974, cuando él tenía veintisiete años y Lea apenas ocho meses de vida, y para Lea ya nada tuvo sentido nunca más. La enemistad, o *faida*, que el asesinato de su padre desencadenó entre los Garofalo y los Mirabelli, otra familia de Pagliarelle, duró toda la infancia de Lea y aún se mantenía cuando ella cumplió los dieciocho años. En 1981, cuando tenía siete años, el tío de Lea, Giulio, intentó vengar a su hermano abriendo fuego durante un funeral de los Mirabelli. Meses después, Giulio fue asesinado

como represalia. En 1989, cuando Lea tenía quince años, otro de sus primos murió acribillado a balazos a plena luz del día y en presencia de la joven, en el centro de Petilia Policastro. Ese mismo año, los Garofalo iniciaron su venganza y mataron a uno de los tres hermanos Mirabelli. Al segundo lo abatieron en 1990, y el que quedaba con vida murió un año después. En 1992 fue asesinado Mario Garofalo, otro primo que —ilustrando la naturaleza incestuosa de la enemistad— trabajaba para los Mirabelli.

El hermano mayor de Lea, Floriano, organizaba gran parte de aquel derramamiento de sangre. Implicó incluso a su hermana de nueve años, a la que pidió que ocultara una pistola que pertenecía a su tío ante un registro inminente de la policía.² Pero a pesar de las enseñanzas de Floriano en los deberes de la *vendetta*, a pesar de las advertencias de Marisa de que había al menos que fingir, a pesar de toda la indignación que sentía por la muerte de su padre, y sin saber apenas que existía otra vida, Lea no recordaba un solo día en que no hubiera sabido que todo aquello era una mentira. «Lea nació en una familia en que la violencia era la norma —comentó la que había sido su abogada, Vincenza Rando, conocida por todos como Enza—. Era aquello de “Tú me matas a uno de los míos y yo te mato a uno de los tuyos”.» Lea veía las cosas de otra manera, dijo Enza. Para ella, «la ‘Ndrangheta era un culto a la muerte, y Lea era una mujer a la que le encantaba la vida. La ‘Ndrangheta escribe por ti el destino. Y Lea quería escribirselo ella misma».

Tal vez aquella independencia suya le viniera por parte de madre. Aunque se había casado con un ‘ndranghetista, siempre había trabajado, casi siempre como limpiadora de un colegio en Petilia. «Nuestra madre tenía una mentalidad totalmente distinta a la de las mujeres de por aquí —dijo Marisa—. Era una mujer decente.» Fue la madre de Lea la que le enseñó lo que ella luego le diría muchas veces a Denise: que la educación era libertad. Y que mantener a su familia era lo que daba dignidad a una mujer.

A pesar de ello, según Marisa, su madre no era una mujer afectuosa. Ella, Floriano y Lea se criaron sobre todo al cuidado de sus abuelos, que bien podrían haber pertenecido a un siglo anterior. En palabras de Marisa, de los tres hijos, era Lea, la menor, la que más se resentía de la ausencia de sus padres. Siempre pedía alguna fotografía de su padre al que, por no haber llegado a conocer, podía imaginar libremente como un ser perfecto: atento,

amoroso, cruelmente arrebatado de la hija a la que adoraba. De adolescente, Lea se hizo tatuar una pequeña letra A, de Antonio, en la mano. Mientras la violencia rugía a su alrededor, Lea no se imaginaba que su padre hubiera querido que ella tuviera que ir arrebatándole instantes de paz a la vida en un trabajo sin futuro, como había hecho su madre. «No vives —había declarado Lea a los *carabinieri*—. Te limitas a sobrevivir de algún modo. Sueñas con algo, con lo que sea, porque nada es peor que la vida.» A medida que Lea se hacía mayor, empezaba a comprender que la libertad que tanto anhelaba le sería imposible a menos que se alejara de Pagliarelle.

La tragedia de Lea era que, como muchas mujeres de la ‘Ndrangheta, creía que su vía de salida era el amor. Cuando tenía quince años se enamoró de un muchacho del pueblo al que conocía de toda la vida, un matón corpulento con nariz de boxeador y pelo muy corto llamado Carlo Cosco. Carlo, que por entonces tenía diecinueve años, acababa de volver de su nueva vida en el norte y había regresado a Pagliarelle a pasar las vacaciones. Lo que a Lea le gustaba de él, sobre todo, era que parecía no tener más ambición que la de trabajar en algún empleo honrado y formar una familia. Además, vivía en Milán, «una gran ciudad en la que podría empezar de nuevo», según Enza. Lea y Carlo se fugaron pocas semanas después. Cuando ella tenía dieciséis años, en 1991, se casaron y se trasladaron a Milán, donde Carlo tenía un apartamento en un edificio grande y anodino de Viale Montello.

Casi desde el principio Lea se dio cuenta de que su fuga era un espejismo. El número 6 de Viale Montello era propiedad de la ‘Ndrangheta, y Carlo resultó ser uno de los varios miembros de la organización que lo usaban como base para traficar con cocaína y heroína. Lea había rechazado el código de la ‘Ndrangheta, pero al parecer la adhesión a ella de su nuevo marido era tan absoluta que no le había importado lo más mínimo engañar a Lea para que se casara con él. Peor aún: se enteró de que Carlo trabajaba para el hermano de Lea, Floriano, cuya sed de sangre en Pagliarelle lo había catapultado hasta convertirlo en el jefe de la *ndrina* de los Garofalo. A Lea, en su momento, le pareció que había sido ella la que había tomado la iniciativa con Carlo. Pero ahora pensaba que había sido él quien la había

buscado a ella por ser la hermana de un jefe de la ‘Ndrangheta. Casarse con ella había sido, para Carlo, una forma de promocionarse. Para ella, el amor que según había imaginado la liberaría, acababa de atraparla más aún.

Lea se sumió en la depresión. Según Enza, intentó suicidarse varias veces. Cuando se quedó embarazada, en la primavera de 1991, intentó abortar. «No quería que su hijo o su hija tuvieran el mismo futuro que ella», dijo Enza. En diciembre, cuando ya le faltaba muy poco para dar a luz, se fue de Viale Montello y se trasladó en autobús a un hospital del interior del país. Parió sola, y tuvo una niña. Lea llegó a plantearse dar al bebé en adopción en algún lugar en el que Carlo no pudiera encontrar nunca a la niña. «Pero cuando nació Denise —explicó Enza—, Lea volvió a enamorarse de nuevo. Denise le dio a Lea una razón para vivir.»

Muchas de las cosas que Alessandra encontraba en los archivos de los Garofalo le resultaban reconocibles. Como cualquiera que hubiera trabajado en casos de la mafia en Milán, lo sabía todo sobre Viale Montello, número 6. Se trataba de un edificio muy grande, histórico, en el centro de la capital financiera de Italia. Il Fortino delle Cosche (el fortín de los clanes) no era solo una base de la mafia, sino todo un reto para una Italia que pretendía ser un Estado moderno, unificado y sometido a derecho. Los *‘ndranghetisti* no pagaban alquiler por sus ciento veintinueve apartamentos, ni un solo impuesto, ni recibos por los servicios municipales como la luz o el agua. Trataban con desdén la mansión renacentista. De sus paredes y sus balcones colgaban amasijos de cables. Sus patios y su jardín central estaban llenos de basura y electrodomésticos estropeados, cubiertos de óxido. Las escaleras y los rincones apestaban a orina. El edificio no solo era un centro de distribución de droga a toda Europa, sino un punto de provisión para centenares de camellos milaneses, sobre todo de los que, de manera pública y notoria, trapicheaban en la Piazza Baiamonti, así como un centro de frecuentación de delincuentes de toda ralea: ejecutores, contrabandistas, asesinos; corruptores políticos e intermediarios de contratos estatales; policías, jueces y políticos corruptos. Y todo ello a plena luz del día. Viale Montello era una arteria importante a un kilómetro escaso del centro de la

ciudad, y a pocos metros de una comisaría de policía. No sorprendía que el lugar fuera una fuente de preocupación para los fiscales antimafia de Milán, que lo mantenían bajo vigilancia permanente.

Para esos fiscales, las relaciones que se daban en el interior del edificio en la década de 1990 (entre hermanos, familias políticas e incluso entre maridos y mujeres, así como las dinámicas que finalmente acababan dándose en ellas) se convirtieron en uno de los primeros casos de estudio de esa nueva mafia en fase ascendente. A partir de la observación de los acontecimientos que allí se desarrollaban, los fiscales podrían componer un cuadro de lo que Alessandra describía como un «sindicato del crimen organizado moderno, eficaz y actual», cuya fuerza radicaba en «obligar a un cumplimiento de unas reglas medievales». Finalmente, los fiscales llegarían a la conclusión de que estaban combatiendo una cultura, y que en el número 6 de Viale Montello contaban con un laboratorio de pruebas de lo más instructivo. Uno de los hechos que más información les proporcionó fue el ascenso de un ambicioso y joven 'ndranghetista llamado Carlo Cosco, y su ruina final a causa de su mujer.

El primer gran peldaño subido por Carlo en el escalafón fue casarse con la hermana del jefe. Tras su regreso a Milán en 1991, los equipos de vigilancia observaron que los lugartenientes de Floriano, Silvano Toscano y Thomas Ceraudo, catapultaban a Carlo y a sus hermanos, Vito y Giuseppe, hasta posiciones destacadas, asegurándoles el control de los lucrativos negocios de la droga y la protección de la Piazza Baiamonti y del cercano barrio de Cuarto Oggiaro. En tanto que contrabandista de drogas de nivel medio, traficante y extorsionador, Carlo no se libraba de algunas tareas manuales. Al poco de casarse, a veces ya le pedía a su mujer, Lea, que le ayudara a cortar la heroína, la cocaína y el hachís. También le pedía otros favores, como que espicara a Antonio Comberiatì, 'ndranghetista rival que vivía en el edificio con su mujer, Gina.

Comberiatì era una persona impulsiva y una fuente de problemas. Lo apodaban *il lupo*, «el lobo». Detestaba a casi todas las familias que residían en Viale Montello, al parecer resentido porque Gina y él no podían tener hijos. Pero era sobre todo el ascenso de Carlo lo que le sacaba de sus casillas.

Un día de febrero de 1994, Lea estaba vistiendo a Denise, que en ese momento tenía dos años, para llevarla a su primer carnaval en la ciudad, cuando Carlo la interrumpió y le dijo que había visto a Comberiatì hablando con el dueño de la tienda de los chinos que «contrataba» a Carlo como guardia de seguridad. Ese era un trato habitual entre los hombres de Viale Montello. Cuando algún *carabiniere* pedía a alguien alguna prueba de que estaba empleado, le mostraban contratos laborales en los que se especificaba que la persona trabajaba como guardia de seguridad de los almacenes chinos que ocupaban las plantas bajas. A Carlo le preocupaba lo que su patrocinador pudiera contarle a su rival, y le pidió a Lea que bajara a la calle a escuchar. Ella no tardó en oír que Comberiatì insistía en que el negocio debía cerrar porque los *carabinieri* lo estaban vigilando, y también comentó que si Carlo perdía su «empleo», peor para él.

Aquello fue demasiado para Lea. «No pude contenerme —testificaría años más tarde—. Los interrumpí e intenté defender a Carlo, diciendo que teníamos una hija y que Carlo tenía derecho a seguir trabajando allí.» Comberiatì, ofendido al ver que era una mujer la que se encaraba con él, y por si fuera poco la mujer de su rival, le gritó que él mandaba más que Carlo. Y amenazó con matar a Lea por atreverse a enfrentarse a él.

—¡Yo soy el jefe aquí! —le gritó—. ¡Estoy al mando y tengo derecho!

La pelea prosiguió en el patio interior de Viale Montello. Finalmente, Gina y algunas otras mujeres intervinieron. Lea volvió corriendo a su apartamento. Carlo la esperaba. Lo había oído todo.

—No te preocupes —le dijo a Lea—. Algún día Comberiatì pagará.

El caso es que fue Comberiatì el que dio el primer paso. En una serie de asesinatos simultáneos que se perpetraron la noche del 30 de noviembre de 1994, Thomas Ceraudo fue abatido en Cuarto Oggiaro, y a Silvano Toscano se lo llevaron de la casa de su suegra, en Petilia, y lo mataron. Arrojaron el cadáver a un descampado de las afueras del pueblo. Comberiatì apenas se molestó en negar que era el culpable. Los equipos de vigilancia asignados a Viale Montello informaron de que el hombre se afianzó de inmediato como nuevo rey de Milán.

Pero, una vez muertos quienes apoyaban a Carlo, y debilitado Floriano, Comberiatì estaba retando a aquel a responder. Seis meses luego del doble asesinato, poco después de las doce de la noche del 17 de mayo de 1995, Lea estaba durmiendo en la cama, con Denise a su lado, cuando oyó que sonaban varios disparos en el patio. Al abrir la puerta vio el cuerpo de Comberiatì tendido boca abajo sobre el suelo de cemento. Llovía. Gina gritaba que alguien llamara a una ambulancia, y que el asesino todavía estaba en el edificio. Empezó a romper las ventanas del bazar chino, porque estaba convencida de que el pistolero se escondía allí. Lea la observaba. Poco después vio que llegaba la ambulancia y los *carabinieri*. Al cabo de veinte minutos, Giuseppe, el hermano de Carlo, apareció en la puerta de Lea, entusiasmado.

—Está muerto —dijo Giuseppe.

—¿Estás seguro? —le preguntó Lea.

Giuseppe se rio.

—El muy cabrón no quería morir —dijo—. Era como si tuviera el demonio dentro, o algo así. Pero sí, ahora ya está muerto, seguro.

Giuseppe se fue a su apartamento. Carlo llegó segundos después.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Lea.

—En el karaoke —respondió Carlo.

—Mentiroso —replicó ella.

Carlo se echó a reír.

—Bueno, pues entonces me he acercado a la tienda a por un bocadillo.

Lea declararía más tarde a los *carabinieri* que había deducido que Carlo había montado guardia mientras Giuseppe mataba a Comberiatì, y que después los dos hombres se habían librado del arma en la calle. Tenía sentido que hubiera sido él quien hubiera apretado el gatillo porque le convenía «sumar puntos». «Carlo no los necesita —explicó a los fiscales—. Ya es el cuñado de Floriano. Pero Giuseppe no es nadie. Una muerte como esa le da posición. Lo convierte en alguien.»

Una vez muerto su rival, el ascenso de Carlo, y con él el de toda la familia Cosco, quedaba completado. Las anteriores generaciones de Cosco habían sido pastores de cabras y campesinos. Ahora, gracias a su suerte y su actitud implacable, se habían convertido en actores de un imperio delictivo

internacional en expansión. El propio Carlo era la mano derecha y el hermano político de Floriano Garofalo, uno de los jefes de *'ndrina* más poderosos de Calabria.

Sin embargo, para Lea, algo había muerto junto a Comberiatì. Su marido había llevado la violencia hasta su casa, hasta el hogar que compartía con su hija. Años antes, ya había intentado escapar y no había funcionado. Por el bien de Denise debía intentarlo de nuevo. Mirar a su hija era como verse a sí misma en tercera persona, pensaba a veces. Lo veía todo claro: todos los problemas que había a su alrededor y lo que debían hacer para dejarlos atrás. «Ella quería que Denise tuviera otras posibilidades —contó Enza—. La posibilidad de formar parte del culto a la vida y la amistad y el respeto, y de formar parte de otro tipo de familia.»

Lea intentó una vez más convencer a Carlo para que dejara la *'Ndrangheta*. Los tres podrían empezar de nuevo en otro lugar y criar a su hija para que fuera lo que quisiera ser, le dijo. La respuesta de Carlo fue pegarle. Esa fue la gota que colmó el vaso para Lea. «Así que decidió ir a los *carabinieri* y contarles todo lo del tráfico de drogas», dijo Enza.

En mayo de 1996, Carlo, Floriano, Giuseppe y varios hombres más fueron detenidos en el número 6 de Viale Montello. La operación para detenerlos (en la que participaron cuatrocientos agentes, que bloquearon la calle e irrumpieron en el edificio) confirmó el nuevo estatus de los Cosco en la élite del tráfico de drogas europeo. Carlo fue trasladado a la cárcel de San Vittore, al otro lado de la ciudad.

Aunque había jugado un papel clave en su detención, Lea decidió que le daría a Carlo una última oportunidad. En septiembre de 1996 (en ese momento tenía veintidós años) se fue con Denise, que tenía cinco, a verlo a la cárcel.

—Quiero seguir contigo —le dijo—, pero con una condición: que colabores con los *carabinieri* y denuncies a la *'Ndrangheta*. Cuando salgas de la cárcel, podemos empezar una nueva vida. Si sigues con esta vida nunca volverás a vernos a Denise ni a mí.

Carlo se acercó a la reja que lo separaba de Lea y se abalanzó sobre ella. Había empezado a apretarle el cuello cuando llegaron los guardias y los separaron. Él esperaba que su mujer lo apoyara. Después de tanto trabajo y

tanta sangre, los movimientos de Carlo habían dado resultado: era el rey de Milán. Y ahora Lea lo traicionaba y se lo quitaba todo: su vínculo con el jefe de su tierra, su posición en la hermandad, incluso su autoestima como hombre. Lea había roto el código. Solo había un remedio. Desde ese día, dijo Enza, Lea sabía que vivía amenazada de muerte.

Lea regresó a Viale Montello una última vez. Metió sus cosas en una maleta y llamó a una amiga para que las llevara a Denise y a ella a un convento de Bérgamo en el que estarían a salvo. Renata, la mujer de Giuseppe Cosco, la vio irse. «Me acuerdo muy bien del día en que Lea se fue de Milán —contó en un tribunal quince años más tarde—. Me miró con ira. Escupió al suelo. Juró que jamás volvería a poner los pies en aquella mierda de sitio. Gritó que quería un futuro distinto para sí misma. Un futuro distinto para su hija.» Y dicho y hecho, Lea y Denise se largaron de allí.

Los seis años que siguieron fueron los más felices en las vidas de Lea y Denise. En un primer momento, madre e hija se instalaron en un convento de ursulinas de Bérgamo dedicado a la educación de mujeres y niñas. En la madre Grata, superiora del convento, Lea pareció encontrar a la figura paternal que nunca había tenido. Empezó a leer por primera vez en años, y aprendió muchas cosas sobre Giovanni Falcone, Paolo Borsellino y Giuseppe Impastato, un activista antimafia de Palermo que había nacido en una familia de la Cosa Nostra y fue asesinado por esta cuando tenía treinta años. Al cabo de unos meses, Lea y Denise se mudaron a un pequeño apartamento de Via Alfieri, una calle tranquila de casas de una y dos plantas pintadas de amarillo y rosa que no quedaba lejos del lago Iseo. Más adelante se trasladaron a otro lugar pequeño de la ciudad, en Via Mose del Brolo, una calle sin salida llena de pensiones y estudiantes. Lea encontró trabajo en fábricas y bares. Conoció a un hombre. Denise y ella adoptaron a un perro. La madre llegó incluso a practicar el esquí acuático.

Cada mes de junio las dos bajaban a Pagliarelle para pasar las vacaciones de verano con Marisa y otros familiares. Tal vez fueron aquellos paréntesis en Calabria, durante los que los hombres de Carlo no les hacían

nada, los que llevaron a Lea a pensar que era realmente posible escapar. Al regresar al norte, Lea permitió incluso a Denise visitar a su padre en la cárcel de Catanzaro, donde lo habían trasladado desde Milán.

Pero Carlo nunca perdía de vista a Lea. Cuando los agentes que investigaban su desaparición siguieron los pasos de Salvatore Cortese, un asesino de la ‘Ndrangheta que había compartido celda con Carlo en Catanzaro entre 2001 y 2003 y que posteriormente se había convertido en *pentito*, este les contó que Carlo nunca había perdonado a Lea. Según él, siempre estaba contando que le había traicionado a él y a la ‘Ndrangheta. Lo que más lo enfurecía era que su mujer siguiera yendo a Pagliarelle para ver a su familia y que se paseara sola por el pueblo delante de todo el mundo. Decía que alardeaba de libertad. Él sabía lo de su relación de pareja en Bérgamo y, dado que Lea nunca iba a visitarlo, sospechaba que los otros presos de Catanzaro también la habrían deducido. Lo peor de todo era que su hermano Floriano no hiciera nada al respecto. A Carlo lo habían maltratado una y otra vez. Aquello era intolerable. «Y según las reglas de la ‘Ndrangheta —añadió Cortese—, el silencio de Floriano autorizaba a Carlo a pedir a otros hombres de honor permiso para matar a Lea.»

En todo caso, matar a la hermana del jefe era un asunto delicado. Carlo le contó a Cortese que había que acabar con Lea de tal manera que pareciera que la mujer se había fugado con su nuevo amante. «El plan para eliminar físicamente a Lea Garofalo y deshacerse del cadáver disolviéndolo en ácido fue creciendo en la mente de Carlo al menos desde principios de la década de 2000», contó Cortese. ¿Y cómo lo sabía él?, le preguntaron los *carabinieri* a Cortese. Y este respondió que lo sabía porque él estaba entre las personas a las que Carlo había pedido ayuda.

Carlo sabía que podía engañar a Floriano, pero no a toda la ‘Ndrangheta. Si se decidía a llevar a la práctica un asesinato tan atrevido, iba a necesitar la aprobación de los de más arriba. Un día se acercó a dos jefes en el patio de la cárcel y les explicó que su honor y el de toda la ‘Ndrangheta había sido mancillado de tal manera que solo podía restituirse lavándolo con sangre. Aquellos dos jefes sabían que Carlo tenía razón. Pero tenían sus propias

enemistades a las que hacer frente. Como calculaban que la *vendetta* de Carlo tendría que esperar de todos modos hasta que a él lo soltaran de la cárcel, no siguieron adelante.

Carlo mantenía cierta esperanza de que Floriano pusiera por delante su deber, y no el amor a su hermana. Encargar a sus hermanos que prendieran fuego al coche de Lea en Bérgamo, en el año 2000, fue su manera de recordar a Floriano cuál era su obligación. Y algún efecto sí tuvo. Un día de verano, dos años después, cuando Lea y Denise estaban una vez más en Pagliarelle, Lea se llevó a su hija a comprar un helado en una tienda situada en la plaza principal. Vito Cosco llegó hasta allí en coche. Estaba bastante alterado. Le dijo a Lea que estaba cansado de tener que llevar a Denise a ver a Carlo. Y Carlo también. Aquello no estaba bien, le dijo Vito. Lea tenía que pasar por el aro.

Lea se negó. Cuando la discusión empezaba a subir de tono llegó Floriano, que ya había salido de la cárcel y se encontraba de nuevo en Pagliarelle. Y Floriano le gritó a Lea que Vito tenía razón. ¿Qué clase de mujer dejaría que su marido se pudriera en la cárcel solo? ¿Qué clase de hermana era para él, el jefe de una *'ndrina*? Entonces allí mismo, en plena plaza, Floriano la sujetó por los hombros y le dio una bofetada para que todos lo vieran. Se abalanzó sobre ella como si quisiera golpearla de nuevo. Pero en lugar de hacerlo le susurró al oído:

—¡Lea, tienes que escaparte! Porque si no lo haces voy a tener que matarte, en serio.

Lea había huido dos veces de la *'Ndrangheta*. Las dos veces esta le había obligado a regresar. Por escoger la libertad y no la delincuencia asesina, su marido la quería muerta, la *'Ndrangheta* lo exigía y su hermano le había dicho que él sería el encargado de hacerlo. Lea sentía que el mundo la acorralaba. El 29 de julio de 2002, pocos días después de su discusión con Vito y Floriano, la puerta de la casa de la abuela de Lea empezó a arder cuando ella y Denise estaban dentro. Se trataba de un mensaje muy claro de la *'Ndrangheta*: no había salida.

Sin embargo, por resultar algo tan impensable, la ‘Ndrangheta había descuidado una vía. La mañana del 29 de julio de 2002, el fiscal Salvatore Dolce, de la ciudad cercana de Catanzaro, recibió una llamada del jefe de los *carabinieri* de Petilia Policastro. «Me informó de que tenía delante a la hermana de Floriano Garofalo. Iba acompañada de una niña de diez años. Quería aportar pruebas sobre una serie de hechos y sucesos relativos a su familia. Quería romper con el pasado y con el entorno en el que había vivido.»

Dolce entendió al momento la importancia de lo que oía. En 2002, las autoridades sabían muy poco sobre la ‘Ndrangheta. A pesar de perseguir a varios de sus miembros por su papel en la disputa de Pagliarelle, su conocimiento sobre lo que había ocurrido se limitaba casi exclusivamente al recuento de los cadáveres. Aunque habían acusado con éxito a Carlo y a Floriano por tráfico de drogas, sabían muy poco sobre las estructuras y la jerarquía de la ‘Ndrangheta en su conjunto. «Hasta ese momento, teníamos un conocimiento muy pobre de la operativa de la ‘Ndrangheta —explicó Dolce—. Los testigos del Estado son nuestra principal fuente de información en el caso de las mafias, y no contábamos con muchos de la ‘Ndrangheta. Sabíamos de su existencia, que no era ningún secreto, pero su dinámica interna nos era desconocida.»

Dolce supo al momento lo que debía hacer. «No me fui a Petilia —dijo—. Es un municipio pequeño. El mero hecho de que ella hubiera acudido a los *carabinieri* ya habría alarmado a la gente de allí. Así que no me desplazaría personalmente a tomarle declaración. Lo que hice fue ordenar a los agentes que la trasladaran de inmediato hasta un hotel situado a cien kilómetros de allí y fui a verla. Y durante los dos días siguientes lo único que hice fue escucharla.»

Lo que impresionó más a Dolce fue lo diferente que era Lea del estereotipo de mujer de ‘ndranghetista. La mayoría eran sumisas, ignorantes y con escasa educación. Lea era directa, estaba informada y sabía expresarse. «Tenía una actitud distinta —dijo Dolce—. Una mentalidad abierta. Quería vivir su propia vida. No quería depender de un hombre ni quedarse en casa. Valoraba su independencia. Quería ser la protagonista, el tema de su propia

vida. Era valiente.» «Y muy sincera —añadió—. Si no nos hubiera dicho ella que había estado metida en el tema de las drogas, nosotros no lo habríamos sabido nunca.»

Lea inició su testimonio relatando la muerte de su padre cuando ella tenía ocho meses, y fue desgranando todo lo que había ocurrido en los últimos veintiocho años. Habló de la rivalidad de Pagliarelle. Proporcionó el relato de los asesinatos y puso nombre a todos los asesinos. Contó con detalle que su hermano había llegado a lo más alto mediante disparos y puñaladas, lo que le había permitido dominar las bandas de la protección y las drogas en Milán, especialmente en Cuarto Oggiaro. Contó lo del corte y la distribución de la cocaína en el interior del número 6 de Viale Montello. Describió el asesinato de Antonio Comberiatì, y dijo que había oído a Carlo y a Giuseppe hablando de matarlo. Finalmente, dijo que había decidido presentar pruebas al Estado porque creía que se le estaba acabando el tiempo. Su mayor temor era que alguien entrara en su casa y matara a tiros a Denise.

Cuando, años después, Alessandra leía las declaraciones de Lea, le sorprendían sobre todo los detalles. Dolce había reaccionado de la misma manera. «He tenido experiencias con falsos arrepentidos, hombres que cuentan algo, pero no todo —dijo—. Toman una decisión según su conveniencia. Deciden colaborar porque se enfrentan a cadena perpetua.» Pero Lea era distinta, dijo Dolce. Su colaboración era «más sincera, y más eficaz. Contaba todo lo que sabía. No ocultaba nada. Se notaba que su decisión la había sometido a sufrimiento y dolor. Pero su mirada era muy digna. Estaba decidida, y orgullosa de lo que había hecho».

Cuanto más leía sobre Lea, más se sorprendía Alessandra de que, siete años atrás, en dos días de entrevistas y por iniciativa propia, Lea hubiera demostrado, ella sola, su teoría de que las madres eran la clave para desmontar la 'Ndrangheta. El testimonio de Lea aportaba una visión inédita del interior de la organización. Su motivación —dar a Denise una vida mejor— era pura e imparabile. Lea debería haber provocado un replanteamiento completo en el seno de la judicatura italiana sobre el valor de las mujeres en la lucha contra la mafia. Había muchos motivos, sin duda, para suponer que

ese mes de julio de 2002 marcaba el inicio de un capítulo totalmente nuevo de la guerra contra la mafia. Por eso la investigación sobre la desaparición de Lea resultaba aún más trascendental. ¿Qué había ocurrido?

VIII

Lea era una combinación desconcertante de despreocupación y propósito.¹ Se reía mucho, porque la vida era para vivirla, pero explotaba si le parecía que su libertad o la de Denise estaban amenazadas. Sabía bien que su hija y ella habrían estado más a salvo si ella hubiera sido capaz de aceptar la existencia mansa, servil, de una madre y esposa de la ‘Ndrangheta. Pero para Lea aquello habría sido como morir de todos modos. Si la alegría que disfrutaba como mujer libre y las posibilidades de que gozaba Denise fuera de la ‘Ndrangheta se veían a menudo eclipsadas por el terror, era un precio que Lea sentía que debía pagar.

Aquel día de julio de 2002 en que Lea entró con Denise en la comisaría de *carabinieri*, se quedó petrificada. Annalisa Pisano, que entonces tenía treinta y cuatro años, era una abogada de oficio. «Había una lista de abogados que trataban de casos de cooperación de testigos —comentó—. Creo que me escogieron porque vivía cerca y era mujer.» Alta, de pelo rubio, corto, con el porte expeditivo de una joven abogada criminalista con bufete propio, Annalisa llegó a la comisaría, llamó al timbre de la sala de espera y se sentó, sin saber que aquella madre que iba con su hija pequeña era su nueva cliente. «Pero entonces entró un agente y dijo: “Esta es la chica que ha solicitado su ayuda. Ha tomado la decisión de hablar”. Y tuvimos quince minutos para prepararnos antes de que se iniciaran los procedimientos.»

Annalisa recuerda haber pensado que Lea era «muy menuda, muy flaca, y que Denise era pequeñísima». Se preguntaba cómo iban a enfrentarse al gigantesco paso que estaban dando. «Casi no hay palabras para describir la decisión que estaba tomando Lea —contó Annalisa—. Notaba que estaba cegada por el terror, en un estado de ansiedad y estrés considerables. Tenía cierta idea de lo que podía hacer su hermano, que podía emprender alguna acción para reconciliarse con Carlo y mantener el *statu quo*. Pero ella

intentaba, como todas las madres, aparecer como una persona valiente, porque iba acompañada de su hija.» Annalisa intentaba mostrarse comprensiva y le decía a Lea que recibiría ayuda y apoyo del Estado. Los *carabinieri* provinciales que la custodiaban no ayudaban mucho. «¿Está realmente interesada en cooperar —le preguntó un agente en tono seco—. Porque, si no es así, se quedará aquí.»

La primera misión del Estado era evaluar si Lea y Denise eran merecedoras de protección. Tras dos días de declaración, se consideró que Lea era sincera, y a ella y a su hija se les proporcionó la protección estatal. El proceso, burocrático, formal, no se correspondía con la naturaleza excepcional de lo que ocurría. Se trataba nada menos que del momento en que una *pentita* renunciaba a la lealtad a su familia y su tierra, lo abandonaba todo y dejaba atrás a todas las personas a las que había conocido; además, aceptaba que a partir de ese momento estaría en guerra con una de las mafias más despiadadas del mundo y depositaría su fe en un Estado que, desde que había nacido, le habían enseñado a despreciar.

En un primer momento, a Lea y a Denise las trasladaron a Ascoli Piceno, una ciudad pequeña situada al este de Roma. Lea le dijo a Denise que harían ver que eran hermanas. Hasta les pusieron unos nombres inventados: Alessandra de Rossi y su hermana menor, Sara. Pero Denise se olvidaba siempre de las reglas, y llamaba «mamá» a Lea, o «ma», y al cabo de unas semanas Lea volvió a cambiar los nombres. Se llamarían Maria y Denise Petalo, y así, si alguien oía a la pequeña decir «ma» podía pensar que era un apócope de «Maria».

Aunque se encontraban a salvo por el momento, a las dos les costaba adaptarse a su nueva vida. No se quedaban mucho tiempo en el mismo sitio, y así era imposible echar raíces: en seis años se mudaron seis veces. A Lea, para quien libertad significaba gozar de la oportunidad de ser gregaria, aquel aislamiento le resultaba particularmente difícil. Su única conexión con el mundo exterior era un móvil que le habían entregado los fiscales y que ella usaba para hablar con Annalisa. «Durante los seis años siguientes hablamos todos los días, incluidos sábados y domingos —contó la abogada—. Y durante todo ese tiempo yo fui su único punto de contacto con el mundo exterior.»

A pesar de los esfuerzos del Estado, Lea también sentía la amenaza constante en cada esquina. Un día, en agosto de 2003, leyó en un periódico que Vito Cosco, que entonces tenía treinta y cuatro años, había disparado y matado a dos traficantes de poca monta que lo habían insultado. Uno de los disparos de Vito también había acabado con la vida de una niña de dos años. Una cuarta víctima, un hombre de sesenta que había presenciado el tiroteo, se había desplomado y había fallecido en el acto. Vito se encerró en el número 6 de Viale Montello y allí pasó tres días antes de llamar a los *carabinieri* para pedirles que vinieran a detenerlo. Los periódicos bautizaron aquellos asesinatos como «la masacre de Rozzano», que era el nombre de la pequeña localidad próxima a Milán en la que habían tenido lugar.

La *faida* entre los Garofalo y los Mirabelli también seguía muy viva. En septiembre de 2003, Mario Garofalo, primo de Lea, fue abatido a tiros cuando pasaba en coche por un cruce de las afueras de Pagliarelle. En junio de 2005, Floriano, que entonces tenía cuarenta años, se acercaba a la puerta de su casa cuando un hombre salió de las sombras con un arma en la mano. Floriano huyó corriendo. Cruzó un huerto a toda velocidad, la calle principal del pueblo y enfiló por una calle lateral. El pistolero le seguía, y le disparó por la espalda. Floriano cayó sobre una verja. El pistolero volvió a cargar el arma, se acercó a él y le disparó varias veces en la cara hasta convertir su rostro en un amasijo de carne.

Aunque Lea había vivido a veces con miedo de su hermano cuando este vivía, ahora estaba convencida de que Floriano había muerto precisamente por haberse negado a matarla. Carlo había salido de la cárcel en diciembre de 2003. El asesinato de Floriano, dieciocho meses después, no podía ser casualidad. «Lo han matado por mi culpa», le dijo a Marisa. Ese sentimiento la destrozaba. Peor para él, le decían sonriendo los agentes encargados de su seguridad, que añadían que la amenaza de muerte que pesaba sobre ella había desaparecido. Pero ellos no entendían nada. No entendían que probablemente había sido Carlo el que había matado a Floriano. Ni que, ahora que este estaba muerto, Carlo no solo mandaba en la ‘Ndrangheta de Pagliarelle, sino que también había heredado la misión de devolverle el honor matando a Lea.

La amenaza sobre su vida había aumentado mucho. A Lea le dio por mantenerse despierta de noche y dormir de día, mientras Denise estaba en el colegio. E incluso entonces lo hacía con un cuchillo debajo de la almohada.

Lea tenía motivos para sentirse atemorizada. Carlo había empezado a buscarla el día mismo en que salió de la cárcel. Se pasó por el convento de Bérnago y explicó que era un familiar, y les preguntó a las monjas si mantenían algún contacto con su prima. En noviembre de 2004, Gennaro Garofalo, miembro de la *'ndrina* de Carlo que había trabajado como auxiliar de policía, se presentó en la comisaría en la que había estado destinado, invitó a sus colegas a comer pizza y después, como quien no quiere la cosa, entró en el sistema de protección de testigos en busca de la dirección de Denise, que figuraba como Via Giovanni Ruggia, número 9, Perugia. Posteriormente, durante el juicio, Gennaro declararía que no había visto ninguna mala intención en el deseo de un padre de conocer el paradero de su hija. «Carlo siempre trataba bien a su hija —explicó—. En Pagliarelle, siempre se preocupaba de que la niña comiera bien y fuera bien vestida. Siempre llevaba pendientes.»

A principios de 2005, Carlo envió a dos de sus hombres, Rosario Curcio y Giovanni Peci, a buscar a Lea en Perugia. La dirección de Via Giovanni Ruggia resultó ser una comisaría de policía. Cuando los hombres regresaron con las manos vacías, él, hecho una furia, les exigió que regresaran. Sin embargo, para entonces en Pagliarelle ya se había corrido la voz de que Carlo estaba estrechando el círculo sobre Lea, y un primo viajó hasta Perugia para advertírselo. Lea y Denise fueron trasladadas de inmediato a Florencia. Pero Carlo era infatigable. En 2006, envió a otra prima, Genevieve Garofalo, a ver a Lea para decirle que su marido quería verla, y que tenía reservados doscientos mil euros para Denise.

—Es una trampa —le dijo Lea a la niña—. Intenta que volvamos a Calabria.

Lea tenía razón, sin duda. Aun así, la insistencia de Carlo empezaba a surtir efecto. Lea se sentía cada vez más enclaustrada en una cárcel de paranoia.

Alessandra tenía la suficiente experiencia con testigos protegidos como para no sorprenderse con lo que leía. El sistema no era perfecto. La mafia siempre había tenido a algunos de los suyos colocados en la judicatura, dedicados a pasar información sobre el paradero de los *pentiti*. Además, existía una contradicción inherente en el hecho de intentar proteger a alguien y simultáneamente concederle la libertad. En ocasiones, esa necesidad de liberación personal llevaba a los testigos a exponerse a peligros. La motivación de Lea era siempre la de ofrecer a Denise otro tipo de vida. Pero también anhelaba liberarse ella misma, y eso apenas lo había conseguido. No podía salir acompañada. No podía hablar con desconocidos. Debía llevar una vida tranquila y discreta, y dependía de una asignación económica bastante escasa. En realidad, aquello se parecía bastante a la vida con la 'Ndrangheta. Algunos de los agentes que la custodiaban parecían considerarla poco más que una pueblerina pobre de Calabria que había engañado al Estado y había tenido suerte. La verdad era que los sacrificios que había hecho en su lucha contra la mafia —arriesgando su vida, abandonando a su familia y sus amigos— eran mucho mayores de los que haría jamás cualquier policía de provincias con un horario de nueve a cinco.

Lea empezó a contraatacar. Exigía ver a su novio de Bérghamo. Pidió que no la llevaran a localidades con población calabresa. Salía a pasear por la ciudad sin decírselo a nadie. Se negaba a aceptar las quejas sobre su comportamiento de los oficiales que la protegían.

—¿Por qué tengo que defenderme contra el Estado que se supone que me defiende a mí y a mi hija? —preguntaba.

Denise, que iba creciendo, también empezaba a ponerlo difícil. «Lea le explicaba a su hija por qué se cambiaban de lugar de residencia, y por qué tenían que cambiar de nombre —contó Salvatore Dolce—, y entonces la hija iba y lo contaba en el colegio, y tenían que mudarse de nuevo.»

A medida que los meses se convertían en años, el Estado empezaba a tener dudas sobre Lea y Denise también por otros motivos. El procedimiento para los soplones de la mafia era mantenerlos estrechamente custodiados mientras se evaluaban sus pruebas, se corroboraban y se celebraban los juicios. Solo entonces el gobierno concedía nuevas identidades permanentes, residencia y empleo. Pero Lea no solo resultaba difícil de manejar; sin otros

arrepentidos que corroboraran sus pruebas, a los investigadores les estaba costando construir una acusación sólida contra Carlo. Las declaraciones de Lea, en las que sobre todo describía lo que había oído, pero no visto, no eran suficientes por sí mismas para desembocar en detenciones o asegurar condenas. «Investigamos durante mucho tiempo pero no encontramos suficiente confirmación —dijo Dolce—. Después un colega me sustituyó y fue muy duro en su valoración: lo que teníamos no era suficiente para detener a nadie, y además Lea estaba haciendo muchas tonterías. En consecuencia, en febrero de 2006 Lea y Denise fueron apartadas del programa.»

Annalisa les consiguió de inmediato a las dos un aplazamiento mientras ella apelaba la decisión de despojarlas de su condición de testigos protegidas. Pero Lea estaba destrozada. El Estado no había cumplido. Le había prometido a ella y a su hija una nueva vida. Y las había traicionado. Ella confiaba en que el Estado persiguiera todos los crímenes que ella había revelado. Pero no había perseguido ninguno. Peor aún, al aceptar su testimonio, el Estado había expuesto innecesariamente a Lea y a Denise a más peligro que antes. Así pues, Lea llegó a la conclusión de que ese Estado no era mucho mejor que la ‘Ndrangheta. Lo irónico del caso era que si Lea hubiera sido realmente una ‘ndranghetista (si hubiera participado en el tráfico, el robo, el asesinato), le habría sido de mayor utilidad a las autoridades. Se diría que la castigaban por ser honrada.

Ese mes de julio, Lea telefoneó a Annalisa.

—He cambiado de opinión —le dijo—. Abandono el programa.

Denise contaría más tarde: «Mi madre decidió rendirse con el Estado. Había perdido toda confianza en él. Nuestra vida resultaba agotadora. ¿Y a cambio de qué? Sus declaraciones acabaron siendo inútiles».

Annalisa, consciente de que Lea sufría unos cambios de humor cada vez más bruscos, consiguió disuadir a su cliente. «Cada vez más, se sentía perdida en una realidad que la superaba —comentó Annalisa—. Conviene no olvidar que todavía era muy joven, tenía solo treinta y dos años. Creía que su mundo y todos sus planes se estaban desmoronando a su alrededor.» Pero Lea ya había presentado una solicitud formal para abandonar el programa, y hasta que Annalisa consiguiera su readmisión, Denise y ella quedaban a sus expensas. Según Annalisa, la perspectiva era aterradora. El Estado se había

lavado las manos con la madre y la hija. Su marido mafioso intentaba matarla. Lea no tenía a nadie. «Y por eso me tocó a mí hacerme cargo», dijo Annalisa.

La abogada hizo lo que pudo. En noviembre de 2006, cambió de residencia y se fue a vivir cerca de Lea y Denise. En sus propias palabras, se convirtió «no tanto en una abogada como en una madre». Pero Lea seguía mostrándose cambiante y desconfiada. Denise, que cumplió quince años en diciembre de ese año, ya no era una niña que jugaba al escondite con su madre, sino cada vez más una adolescente con sus propias opiniones. Lea había protegido a su hija de muchas de las verdades sobre Carlo. El precio de la inocencia de la joven era que no entendía por qué ahora que Lea y ella ya no tenían condición de testigos protegidos, ella no podía visitar a su padre. «No paraba de pedirlo —explicó Annalisa—. Insistía y presionaba una y otra vez. Lea me llamaba todos los días porque no era capaz de dominar a Denise. Ya se sabe cómo son los adolescentes.» Annalisa trató de mediar entre madre e hija. Denise reaccionó exigiéndole a la abogada que encontrara la manera de que su padre y ella pudieran verse. Ella se negó en redondo. «Le dije a Denise que era del todo inaceptable que se reuniera con su padre. No había más que ver la expresión de terror en los ojos de Lea cuando el apellido Cosco surgía en la conversación. Pero creo que a partir de ahí Denise empezó a odiarme.»

Buscando ayuda donde pudiera encontrarla, Lea se trasladó durante un tiempo breve con su hija a Bérgamo, donde buscó los consejos de la madre Grata, y donde encontró trabajo en un bar. Después se mudaron a Fabriano, donde también habían vivido un tiempo y donde Lea tenía a un antiguo novio. A finales de 2007, Lea acudió a un café de Roma regentado por el grupo antimafia Libera. Allí se reunió con el presidente de la entidad, el padre Luigi Ciotti, que la puso en contacto con una abogada que trabajaba para ellos como voluntaria.

Lea se reunió con Enza Rando en las oficinas que esta tenía en el centro de Módena. Eran dos mujeres muy distintas. Lea, que entonces tenía treinta y tres años, era indómita y apasionada, y la conciencia de que podía morir en cualquier momento la llevaba a vivir como si cada día fuera el último. Enza pasaba de los cincuenta, era una mujer menuda, ordenada, conservadora. Pero

en aquel primer encuentro Lea llevó pastas, se sentó y le contó toda su historia. A Enza le cayó muy bien casi desde el principio. «Lea era muy guapa —dijo—. Muy inteligente, y muy valiente.»

Muchas veces Annalisa había sido dura con Lea, sobre todo cuando se trataba de Denise. Aunque Enza no tenía mucho más que ofrecerle, tras seis años de aislamiento, al menos era una cara nueva dispuesta a escucharla. Y desde el momento en que apareció Enza, Annalisa percibió una nueva distancia entre ella y Lea. «Hubo un cambio —contó Annalisa—. Yo notaba que había otro abogado que la aconsejaba. Algo iba mal. Sentía que estaba perdiendo a Lea. Y me pareció que lo mejor era dejarlo ahí. Esa clase de solapamientos —incoherencias, consejos contradictorios— podían resultar muy peligrosos para Lea.»

Con el corazón roto, Annalisa le escribió una carta a Lea ofreciéndole su renuncia. «Interiormente, esperaba que aquello le sirviera de revulsivo, y que cambiara de opinión —explicó—. Habíamos tenido nuestros altibajos, pero seis años son mucho tiempo.» Pero en junio de 2008 Lea aceptó la renuncia de Annalisa.

En septiembre, en gran parte como resultado de los años de apelaciones y solicitudes presentadas por Annalisa, Lea y Denise fueron admitidas de nuevo en el programa de protección de testigos. Las trasladaron a Boiano, una localidad pequeña cercana a Campobasso, en el centro de Italia. Denise se adaptó bien a su nuevo colegio, y al poco tiempo ya frecuentaba a un nuevo grupo de amigos. El estado mental de Lea había fluctuado, y ya no era tanto paranoico como perturbado. Seguía pasando las noches despierta, durmiendo de día, con un cuchillo debajo de la almohada. En su nueva ciudad se compró un perro guardián y se apuntó a clases de artes marciales. Pero nada conseguía aplacar su soledad. No tenía amigos en Boiano y, ahora que Annalisa ya no estaba, no tenía a nadie con quien hablar. Sin papeles oficiales que le dieran una nueva identidad, tampoco podía arriesgarse a buscar trabajo, porque su nombre estampado en algún impreso podría revelar su paradero.

—Qué montón de mierda ha sido todo —le decía a su hija—. Cómo hemos malgastado nuestra vida.

«Estaba muy sola —dijo Denise—. Y sin trabajo, no podía ser independiente, no me mantenía con sus propios medios y, para ella, eso era una auténtica derrota.»

Un día de abril, Lea decidió escribir una carta al presidente de Italia, Giorgio Napolitano:

Soy una madre joven al límite de mi paciencia. Hoy me encuentro con mi hija, aislada de todo y de todos. Lo he perdido todo. Mi familia. Mi trabajo. He perdido mi casa. He perdido a innumerables amigos. He perdido toda expectativa de futuro. Ya suponía que sería así. Sabía lo que me tocaría cuando tomé mi decisión.

Pero sus sacrificios no habían servido para nada, proseguía Lea. Sus declaraciones no habían conducido a detenciones ni a condenas. Denise y ella habían sufrido durante siete años sin motivo. Y después el Estado las había desterrado. Lea escribió que estaba perdiendo la fe en la justicia. «Lo peor es que ya sé el destino que me aguarda. Después de la pobreza viene la muerte. Inmerecida pero inevitable.» Quién más tomaría la decisión que había tomado ella, se preguntaba.

«Hoy, presidente, usted puede cambiar el curso de la historia. Todavía creo que una persona puede vivir con integridad y decencia en este país. Por favor, presidente, denos una señal de esperanza. Ayude a unas víctimas inocentes de la injusticia.»

Pero cuando Lea, en Boiano, fue a enviar la carta, vio a dos personas en una esquina que parecían observarla. La mujer llevaba una especie de pinganillo en la oreja. Al acercarse más Lea, la mujer se metió la mano en el bolso. Lea pensó que quería sacar un arma. «Yo no me lo creí —contó Denise, a la que su madre se lo explicó más tarde—, pero no estaba allí, y no lo vi con sus propios ojos, y mi madre estaba convencida de que allí había alguien que quería hacerle algo malo. Estaba asustada. Decidió no enviar la carta y me dijo que íbamos a abandonar una vez más el programa de protección de testigos.»

La segunda solicitud de Lea para abandonar el programa estatal fue la gota que colmó el vaso de quienes lo administraban. Concedieron a ella y a Denise dos semanas para abandonar la vivienda custodiada, y le

recomendaron que no volviera a solicitar nunca su ayuda. Lea y Denise volvían a estar solas, esta vez para siempre.

Pero Lea tenía un plan. Telefoneó a su hermana Marisa y le pidió que le hiciera llegar un mensaje a Carlo. Básicamente le decía: «Está bien, dije algunas cosas que no te fueron muy bien —recordaba Denise—. Pero lo he retirado todo, y no habrá juicio y nadie será avergonzado. Así que tienes que dejarme en paz a mí y dejar en paz a mi hija».

Lea quería salir del programa de protección de testigos, según contó Denise, porque el proceso «no había servido para nada». Pero una ventaja de todo ello era que si el Estado no iba a usar las pruebas que ella había aportado, entonces Carlo no tenía motivos para matarla. Lo que ella quería era simplemente volver a Pagliarelle y que la dejaran en paz, y poder criar tranquilamente a su hija. Según Denise, Carlo, a cambio, podría ver a Denise siempre que quisiera. «No quería tener que seguir preocupándose por su vida, por mi vida», añadió.

Carlo se mostró de acuerdo. A los pocos días, Marisa fue a recoger a Lea y a Denise a Boiano, y se las llevó a Pagliarelle. Lea se negó a ver a Carlo y se quedó en casa con las cortinas corridas. Para Denise aquella era la primera ocasión que tenía de ver a su padre desde hacía nueve años. «Me llevaba a restaurantes, a ver a sus amigos, a comer a su casa —dijo—. Me decía que deberíamos instalarnos en Pagliarelle, que yo podía terminar allí el instituto.» Denise le explicó que ella quería terminar la secundaria en Boiano, donde tenía amigos. Le pidió a Carlo que alquilara un apartamento allí, porque Lea y ella no tenían dónde ir. Carlo también aceptó. Pasada la Semana Santa, Denise y él se fueron en coche hasta Campobasso, que quedaba cerca de Boiano, y alquilaron el primer apartamento que les mostraron cerca de la escuela, en la zona antigua de la localidad, por un mes. Carlo instaló allí a Denise, a su madre, Piera, y a su sobrino Domenico (el hijo de su hermano Giuseppe). Como lo pagaba él, también se quedó allí unos días.

A Lea le enfurecía esa manera que tenía Carlo de asomarse de nuevo a sus vidas. No tenía más remedio que aceptar su dinero, por el bien de su hija. Con todo, mientras Denise, Carlo, la madre de este y su sobrino dormían en

el apartamento, ella se negaba a encontrarse con él, y pasaba las noches fuera, en el coche. «Llevábamos años durmiendo en la misma cama —contó Denise—. Se le hacía difícil.»

La presión remitió algo cuando Carlo regresó a Milán. Pero en el apartamento el ambiente seguía siendo envenenado. El 24 de abril Lea cumplía treinta y cinco años, pero no hubo ninguna celebración. Otro día, discutió con Piera, la madre de Carlo, y le dijo que no debería estar ahí y que ella, Lea, era la que debía de seguir cuidando de Denise, como había hecho desde hacía diecisiete años. Poco después, Lea tuvo que llevar a Piera al hospital por lo que parecía hipertensión. Cuando Carlo supo que su madre estaba enferma, se acercó desde Milán.

La noche en que dieron de alta a Piera, Lea, preocupada por su suegra e incapaz de poner trabas al amor de un hijo por su madre, se encontró participando en una cena con toda la familia Cosco. Era la primera vez desde hacía trece años que Lea y Carlo compartían la misma habitación. Lea tenía todos los números para explotar. Cuando Piera gritó que se encontraba mal por culpa de ella («¡Me está matando con sus gritos!»), Lea, que en ese momento sostenía el cuchillo del pan, no pudo más. Para empezar, ¿qué estaba haciendo allí Piera? ¿Por qué estaban todos allí? ¿Qué coño estaba haciendo allí Carlo? Lea y Denise se las habían apañado solas todos aquellos años. Empezó a gritarle a Carlo, gesticulando y apuntándole con el cuchillo.

—Tienes que irte —le dijo—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo! Vete, vete.

«Yo no paraba de llorar —contó Denise—. Pero mi padre no dijo nada. Cogió las dos maletas que había traído, vino a darme un beso en la mejilla y se fue.»

Sin dinero, Lea y Denise seguían dependiendo de Carlo. Lo necesitaban incluso para cosas tan pequeñas como la reparación de una lavadora estropeada en el apartamento. A principios de mayo, las dos mujeres fueron a pasar cuatro días en Roma para asistir a un concierto de música pop, y regresaron a Campobasso a primera hora del 5 de mayo. A las nueve de la

mañana de ese mismo día Carlo llamó a Denise para decirle que el técnico pasaría a lo largo de la jornada para reparar el electrodoméstico. Denise le dijo que de acuerdo y se metió en la cama. Lea se quedó dormida en el sofá.

Minutos después llamaron al timbre. Lea se metió el cuchillo en el bolsillo trasero del pantalón y abrió la puerta. Apareció un hombre bien afeitado, con vaqueros y una chaqueta azul. Tenía un tatuaje en un lado del cuello, y llevaba una caja de herramientas con un adhesivo de Winnie the Pooh. Dijo que venía a arreglar la lavadora. Lea le dejó entrar y lo condujo a la cocina. Ella lo observaba mientras él tocaba algunos botones. El hombre no abría la caja de herramientas. Le preguntó a Lea cómo funcionaba aquel aparato. Lea lo miró fijamente.

—Si tienes que matarme, hazlo ya —le dijo.

El hombre se abalanzó sobre Lea, y ella se sacó el cuchillo del bolsillo. Él le metió dos dedos en la garganta, intentando asfixiarla. Lea le dio una patada en la entepierna. La caja de herramientas cayó al suelo. Denise, desde la planta de arriba, oyó el golpe. «Bajé, y ese hombre y mi madre estaban forcejeando —dijo—. Al principio creí que era mi padre, porque tenía la piel oscura y llevaba la misma chaqueta que usaba mi padre.»

Denise saltó sobre el hombre y empezó a darle puñetazos y patadas. Le vio la cara: no era Carlo. En todo caso, aquel hombre pareció reconocer a Denise. La miró horrorizado, se quitó de encima a las dos mujeres y salió corriendo hacia la puerta. Denise fue tras él y lo agarró por el cuello.

—¿Quién te envía? —le gritó—. ¿Quién te envía?

—Suéltame —dijo él, y se fue corriendo.

Denise se acercó a ayudar a Lea, que estaba sangrando. Las dos examinaron la caja de herramientas, que el atacante se había dejado allí. En su interior solo había cinta adhesiva, cable, cuerdas, tijeras, una sierra y guantes de látex. Lea llamó a los *carabinieri*, que las interrogaron a ella y a Denise y tomaron las huellas. Cuando se fueron, Lea le dijo a su hija que, aunque era importante contar con una denuncia formal del asalto, no podían contar con que la policía pudiera protegerlas. Así que hicieron el equipaje, bajaron corriendo al coche de Lea y se dirigieron a una pensión, después de aparcar en otra calle para no dar pistas. Permanecieron en la habitación todo

el día y toda la noche. A la mañana siguiente se fueron sin pagar y se dirigieron a la plaza del ayuntamiento, frente al que Lea plantó una tienda de campaña. Allí, donde todo el mundo podía verlas, estarían más seguras.

Lea y Denise estaban convencidas de que Carlo había enviado a un sicario a matar a su mujer. Aun así, cuando Carlo llamó, Denise quedó con su padre en la ciudad. «No tenía alternativa —dijo—. Si una persona quiere hacerte daño o matarte, o dejas que lo haga o finges estar en buenos términos con ella.»

A pesar de ello, cuando Denise vio a Carlo, no pudo controlarse. Se abalanzó sobre él. Lo acusó de haber intentado matar a su madre. Carlo le gritó que aquel ataque no tenía nada que ver con él.

—¡Tú eras el único que sabía que la lavadora estaba estropeada! —dijo Denise.

—Tenéis los teléfonos pinchados —soltó Carlo—. ¡Erais testigos protegidas! ¡Cualquiera podría haber sabido que no os funcionaba la lavadora! ¡Cualquiera ha podido enviar a ese tipo!

Durante un momento Denise quedó fuera de juego. Pero acto seguido dijo:

—No quiero volver a verte nunca más. Me voy con mi madre.

Ojalá las dos hubieran podido irse esa misma noche. Pero sin dinero, sin protección del Estado y sin abogado, su única opción era seguir el plan que se habían propuesto originalmente: regresar a Calabria e intentar alcanzar una tregua con Carlo. Desmontaron la tienda de campaña, tomaron un tren a Calabria y se instalaron en casa de la madre de Lea en Petilia. Las tres mujeres compartirían cocina, un único dormitorio y un baño diminuto. Lea mandó cambiar la vieja puerta de madera por otra de metal. Y no salía de casa salvo para comprar tabaco.

Para Lea, la vida en Petilia y Pagliarelle era más claustrofóbica que nunca. Tenía que aceptar que la mayoría de los habitantes del pueblo podía querer matarla. Y discutía con las pocas personas con las que se relacionaba.

Denise no tardó en hartarse de pasarse el día encerrada en la casa con su madre. Casi sin darse cuenta, se encontró entrando en la dinámica de la vida de clan, yendo de excursión con su padre al campo cuando él viajaba desde Milán, comiendo con él y sus amigos. En Pagliarelle, no había manera de actuar de otro modo. Pero cuando volvía a casa con unos vaqueros nuevos, o con unas zapatillas deportivas o una chaqueta, Lea, que había criado a su hija para que despreciara el materialismo, se ponía hecha una furia.

Lo que más sorprendía a Denise era que Carlo parecía encontrar aquella situación tan difícil como lo era para ellas. Un día le pidió a su hija que se fuera con él de vacaciones. Cuando Denise se lo preguntó a su madre, Lea, en un principio, dijo que sí, pero cambió de opinión en el último momento, lo que sacó a Carlo de sus casillas. «Ese día entendí realmente lo mucho que mi padre detestaba a mi madre —dijo Denise—. La insultaba en mi presencia, y decía que durante toda mi vida, mi madre había tomado todas las decisiones por mí, y que seguía haciéndolo. No podía soportarlo. Le resultaba intolerable. No podía consentir que mi madre decidiera si podía pasar tiempo con él o no.» Marisa, que oyó una de aquellas conversaciones, se llevó a Denise aparte cuando Carlo se hubo ido.

—Quiere verla muerta —dijo Marisa—. La odia de verdad.

Sin embargo, hacia el final del verano, Lea pensó que tal vez Carlo se estuviera ablandando. En septiembre de 2009, le propuso que se vieran, y Carlo fue a su casa. Denise estaba presente. «Estuvieron más de una hora hablando los dos solos —dijo Denise—. En un momento dado, no los veía por ninguna parte, y me asusté. Pero cuando salí al balcón vi que estaban en el jardín, debajo de un árbol, charlando. Y los dos levantaron la mano para saludarme.» Lea dijo que Carlo y ella se iban a ir en coche a Botricello, una pequeña localidad de vacaciones construida en torno a un castillo, en la costa, que frecuentaban cuando eran adolescentes. Ya eran las once de la noche, y Lea y Carlo no regresaron hasta las cuatro de la madrugada. Cuando Denise le preguntó a Lea, a la mañana siguiente, de qué habían estado hablando durante tanto tiempo, Lea sonrió, coqueta, y dijo:

—Ya sabes, de los viejos tiempos. No es cosa tuya.

Tal vez a los demás les pareciera raro, dijo Denise, pero ella creía que sus padres, en algún momento, se habían querido. Y ahora empezó a imaginar que quizá volvieran a quererse. Aquella noche, gran parte de la conversación había tenido que ver con la universidad a la que iría Denise. Lea prefería Catanzaro, mientras que Carlo insistía en que fuera Milán. A Lea le dolía que Denise pudiera querer dejarla. «Después de todo por lo que había pasado, de todo lo que había hecho por mí, decía que era una desagradecida», contó la joven. Entretanto, Denise y Carlo volvían a acostumbrarse a pasar tiempo juntos. «Hablábamos por teléfono, íbamos a la playa, cenábamos...»

El 19 de noviembre de 2009, Lea y Denise se fueron a Florencia. Lea debía presentarse ante un tribunal acusada de una agresión menor cometida hacía años, cuando ella había dado un bofetón a una adolescente en la calle después de que la joven acusara a Denise de intentar robarle el novio. La vista iba a tener lugar el 20 de noviembre. Enza había aceptado representar a Lea. El día antes, madre e hija fueron a ver escaparates por la ciudad. Denise vio una sudadera que le gustó, pero sabía que Lea no tendría dinero para comprársela, y temía que fuera capaz de vender un collar y una pulsera que le había regalado Carlo. Así que Denise llamó a su padre. Carlo le dijo que no se preocupara, que le compraría ropa nueva, y le sugirió que, cuando terminara el juicio, fueran a verlo a Milán, donde podrían ir de tiendas.

Cuando Enza tuvo conocimiento del plan, le dijo a Lea:

—No es buena idea. Carlo intenta matarte.

Pero, según la abogada, «Lea era una mujer de carácter, y ya lo había decidido». Lea le dijo a Enza que «es Milán, no Calabria. Una gran ciudad, con gente por todas partes. No estaré sola en ningún momento, y Denise estará conmigo. No va a pasar nada. No le daría tiempo de organizar nada».

El día del juicio, Enza consiguió negociar una amonestación oficial para su cliente. Horas después, Lea y Denise tomaron el tren nocturno hacia Milán. Al ver que se iban, la abogada intentó disuadirlas una última vez. «Dad media vuelta —le escribió en un mensaje de texto—. Bajad en Piacenza. En Libera hay sitio y podrán alojaros. Allí estaréis a salvo.»

Cuando ya estaban cerca de Milán, Lea le envió una respuesta. «Gracias, abogada, gracias. Pero Denise y yo tenemos que intentar buscarnos la vida solas. Que Dios te bendiga. Que Dios nos bendiga a todos.»²

«Y ya no he sabido nada más de ella», dijo Enza.

SEGUNDO ACTO
REBELIÓN EN ROSARNO

IX

Minutos antes del amanecer, el primer domingo de 2010, el petardeo de una vespa resonaba por las calles vacías de Reggio Calabria. Dos siluetas se protegían del frío de enero tras el parabrisas. Delante iba una mujer con chaqueta oscura, vaqueros ajustados y zapatos de tacón de aguja. El casco, también oscuro, le cubría parte del pelo largo. Llevaba de paquete a un hombre que también vestía vaqueros y chaqueta oscura. A pesar de la velocidad a la que recorrían las calles empedradas, gélidas, el hombre no se agarraba a la cintura de la mujer. Sostenía entre los brazos una voluminosa bolsa de lona, casi como si se tratara de un bebé.

Después de seguir la línea de la costa durante unos minutos, la pareja se alejó del mar y enfiló una cuesta pronunciada que llevaba al centro de la ciudad antigua. Pasaron junto a las murallas iluminadas del Castello Aragonese, construido por los normandos y ampliado por los españoles en el siglo XV. Al llegar a los jardines del castillo, la mujer describió un amplio giro con la moto, dejó de dar gas y la vespa, suavemente, descendió al ralenti por la cuesta. Unos pocos metros más allá, aparcó delante de una verja metálica imponente, pero siguió sentada y con la mano en el acelerador. Tras ella, el hombre se cubrió con la chaqueta como si quisiera protegerse del viento para encender un cigarrillo. De pronto se prendió una chispa. Las llamas se propagaron por la bolsa. El hombre se bajó de la moto y corrió hacia la verja, haciendo que la bolsa incendiada se balanceara, y alejándola de él, como si fuera el lazo de un rodeo, para evitar el fuego. La mujer dio gas y dejó que la vespa iniciara un suave descenso por la pendiente. El hombre soltó la bolsa, se acercó corriendo a la moto en marcha, se montó y los dos se alejaron a toda velocidad. Segundos después, la bolsa explotó.¹

En el silencio que precedía al amanecer, el estruendo de la explosión reverberó por todo el estrecho de Mesina como un trueno. Alessandra y Paolo se despertaron en su apartamento. Pocas horas después, mientras veía una rueda de prensa, Alessandra oyó que un mando de los *carabinieri* describía la bomba como un aparato rudimentario (un cartucho de dinamita unido a una bombona de gas de diez kilos) conocido por cualquiera con experiencia en las bandas dedicadas a la «protección» en el sur de Italia. Más allá de ciertos desperfectos en la verja y en una barandilla, los daños materiales habían sido escasos.

Ello no implicaba que el ataque no fuera serio. El alcalde de Reggio, la Cámara de Comercio, el presidente y el vicepresidente del Parlamento italiano, e incluso el jefe del Estado italiano, el presidente Giorgio Napolitano, enviaron a las autoridades de Reggio mensajes de solidaridad. Italia había declarado la guerra a la mafia más poderosa del mundo. Y los mafiosos habían empezado el año demostrando su intención de presentar batalla.

Las apuestas, en esa nueva lucha, habían aumentado considerablemente en los meses anteriores. Gracias a los años de escuchas, el Estado italiano disponía por primera vez de una imagen bastante aproximada de la estructura de la ‘Ndrangheta y de su negocio de la cocaína. Ello explicaba el objetivo de la bomba, que había estallado a las puertas del tribunal de Reggio, sede de la justicia en Calabria desde que existía la ‘Ndrangheta y, en 2010, también del despacho del fiscal general, responsable de la confiscación de los activos de la mafia. Si la ‘Ndrangheta era aficionada a enviar mensajes, ese llevaba su sello de manera inequívoca: los fiscales de Calabria debían poner fin a su campaña, si no querían enfrentarse a consecuencias violentas. Pero mientras Alessandra y sus colegas asimilaban las implicaciones de aquella advertencia, también llegaban a una segunda conclusión: si habían provocado semejante reacción era porque sus operaciones debían de estar surtiendo efecto.

A aquella señal se sumaron otras que indicaban que la ‘Ndrangheta de la costa oeste notaba la presión. Una semana después de la explosión, en Rosarno estallaron unos disturbios que duraron tres días. La violencia se inició cuando un grupo de adolescentes de la ‘Ndrangheta, al parecer aburridos y en busca de emociones, dispararon con una escopeta de aire

comprimido contra un campamento de tiendas de campaña instalado detrás del puerto de Gioia Tauro en el que vivían más de mil inmigrantes de África Occidental. Cientos de ellos se manifestaron por Rosarno en señal de protesta, quemaron varios coches y se enfrentaron a la policía. Algunos matones de la localidad, armados con barras de hierro, bloquearon las carreteras con barricadas. Al menos dos habitantes de Rosarno intentaron atropellar a inmigrantes. Más de veinte africanos resultaron heridos, muchos de ellos por palizas, y tres recibieron impactos de bala. Al final acudió la policía antidisturbios. A instancias del ministro del Interior, expulsaron a todos los africanos de la localidad, un total de mil doscientas personas. En palabras del ministro Roberto Maroni, Rosarno y su gente habían sido las víctimas desgraciadas de «demasiada tolerancia».

Pero si los *picciotti* de Rosarno creían que esas muestras de racismo indisimulado eran una victoria, estaban muy equivocados. Empezando por el papa Benedicto XVI, el estallido de violencia suscitó condena e indignación por toda Italia. Un líder de la oposición, Luigi Manconi, dijo que al expulsar a los inmigrantes las autoridades se habían convertido en cómplices en la creación de «la ciudad más blanca del mundo». El interés de los medios de comunicación también expuso la perversa hipocresía de la ‘Ndrangheta, que según se demostró atacaba a la misma gente a la que había llevado a Rosarno a trabajar en las campañas de recogida de fruta por apenas tres euros diarios. El foco puesto en Rosarno también proporcionó a la oficina de Alessandra la oportunidad de anotarse una victoria muy pública. Un día después del cese de la violencia, cuando los ojos de toda Italia seguían puestos en Rosarno, su despacho detuvo a diecisiete personas sospechosas de pertenecer al clan Bellocco, rival más importante del de los Pesce en la ciudad, y se incautó de activos por valor de varios millones de euros.²

Casi de inmediato, la ‘Ndrangheta vivió otro revés. Nueve días después, en Reggio, horas antes de que el presidente Napolitano llegara para reiterar su apoyo a las autoridades calabreses en su nueva guerra, un chivatazo telefónico llevó a los *carabinieri* hasta un coche robado aparcado cerca de la ruta que iba a seguir el séquito presidencial. El vehículo contenía dos bombas y dos pistolas. Pero lo que estaba pensado para intimidar no tardó en conseguir todo lo contrario: el chivato fue detenido casi de inmediato y

acusado de asociación mafiosa. La visita de Napolitano siguió adelante, y además pudo mostrarse como personalidad valiente que no se amedrentaba por las amenazas de la mafia sobre su vida, y hacerlo además en territorio de la ‘Ndrangheta, lo que marcaba un punto de inflexión en la lucha contra la organización criminal. A modo de insulto último, al final de ese mismo mes Reggio Calabria fue designada como sede de una nueva agencia italiana que tenía la misión de incautarse de negocios de la mafia y transformarlos en tiendas Libera o comisarías de policía, despachos para magistrados o departamentos de la agencia tributaria. Se trataba de un contraataque que sabía mucho a humillación.³

Pero aun si la ‘Ndrangheta había perdido las primeras escaramuzas en su guerra contra el Estado, la lucha no estaba ni mucho menos sentenciada. Alessandra, en concreto, estaba convencida de que una debilidad fundamental en la estrategia del Estado impediría que este acabara triunfando alguna vez. Pignatone y Prestipino eran hombres liberales a quienes no costaba nada imaginar que una mujer ‘ndranghetista pudiera ser de la misma utilidad que una mujer fiscal. Pero entre las bases de la judicatura, «los fiscales italianos todavía no se dedicaban a investigar a mujeres», explicaba Alessandra. Muchos rechazaban de plano la idea de que las mujeres pudieran ser de utilidad a la justicia en modo alguno. («Lo que yo digo es que, en serio, las mujeres tenemos ojos y oídos.») También se negaban a aceptar como algo más que una excepción lo que Alessandra observaba en Rosarno: que a principios de 2010, los hombres de la ‘Ndrangheta se habían dado cuenta de que las autoridades no se metían con sus mujeres, y habían empezado a darles poder. La conductora de aquella vespa en el atentado con bomba en Reggio era mujer. En toda la provincia había al menos dos mujeres que habían llegado a ser jefas de clan. Aun así, según Alessandra, «todavía era muy difícil para nosotros hacer que nuestros colegas se creyeran que las mujeres desempeñaban un papel».

Alessandra se daba cuenta de que si muchos fiscales y *carabinieri* eran prácticamente incapaces de concebir la idea de una mujer ‘ndranghetista, entonces rechazarían de plano la idea de que pudiera haber una mujer de la ‘Ndrangheta con la fuerza suficiente para rebelarse contra sus hombres. «Se trataba de otra cara del mismo prejuicio —dijo—. La creencia de que nadie,

sobre todo si es mujer, va a hablar mal de su propia familia, y mucho menos a testificar y a acusar a miembros de la suya.» Ella misma admitía que hacía falta un valor especial. Pero descartarlo, considerarlo imposible, era garantizar que no ocurriría jamás. «Cuando la justicia muestra a la gente que es fuerte y que el Estado está presente y puede ayudarte si quieres colaborar —dijo—, entonces descubres que aparecen los colaboradores.»

Alessandra creía que, en el fondo, se trataba de un error de percepción. Cada vez que sus colegas varones veían a mujeres y a niños, veían familia y nada más. En su mayoría, parecían incapaces de identificar lo que una familia podía representar en un lugar como Rosarno o Pagliarelle: un organismo criminal vivo, que respiraba. «Toda la estructura, la naturaleza familiar de esta, hace que para mucha gente sea difícil reconocerla como problema», explicó. Una vez más, Alessandra se enfrentaba a la astuta comprensión de la familia que tenía la ‘Ndrangheta. «El papel desempeñado por la familia, y por las mujeres, las hace difíciles de rastrear.» A veces le parecía que era la única que veía lo que todos tenían delante mismo de sus narices: unas mujeres que eran, simultáneamente, madres, mafiosas y potenciales testigos del Estado. Ese había sido el problema con Lea Garofalo. El Estado la había considerado de manera demasiado simplista, como a una mujer maltratada, como a una testigo alterada, como a una víctima. Solo un fiscal, Salvatore Dolce, había comprendido todo lo que era Lea y todo lo que le ofrecía al Estado. Lo que Alessandra necesitaba era otra madre de la ‘Ndrangheta para cambiar la manera de pensar de sus colegas.

Y lo que ocurrió fue que encontró a dos.

Según los preceptos de la rivalidad entre clanes, Giuseppina Pesce, de treinta y un años, y Maria Concetta Cacciola, de treinta, no deberían haber sido amigas.⁴ Los Pesce dirigían el clan más poderoso de Rosarno, que llevaba controlando la ciudad desde la década de 1920. Los Cacciola trabajaban para sus rivales, los Bellocco. Los Pesce y los Bellocco cooperaban a veces en negocios, y en alguna ocasión sus hijos llegaban a casarse entre sí. Pero a

medida que los Pesce ascendían cada vez más en la nueva jerarquía vertical de la ‘Ndrangheta, el nombre de los Bellocco significaba cada vez menos, y ese era uno de los motivos del odio que estos sentían por ellos.

Giuseppina y Concetta, además, no se parecían en nada. La primera era dura, una esposa de la ‘Ndrangheta que había presionado a su familia para que la dejara convertirse en ‘ndranghetista de pleno derecho. Había límites en lo que una mujer podía hacer dentro de la organización. El asesinato y la violencia quedaban descartados, y cualquier implicación en extorsiones, corrupción o tráfico de drogas había de circunscribirse a la teneduría de libros y al traslado de mensajes entre hombres. Pero Giuseppina no hacía caso de ningún hombre que imaginara que era menos que él, y comunicaba su idea de la igualdad con su aspecto varonil. Llevaba jerséis de lana anchos, de cuello en V, sobre camisas baratas y anchas de obrero. No tenía tiempo para maquillarse. El pelo, castaño claro, se lo cortaba y se lo peinaba para llevarlo retirado de la cara, y miraba el mundo con unos ojos fijos que intimidaban y podían expresar brutalidad.

Concetta no podía ser más diferente. No participaba de los negocios de los hombres, y su conocimiento de ellos iba poco más allá de los chismes sobre el paradero de los búnkeres y quién había matado a quién. A diferencia de los Pesce, los varones Cacciola no aceptaban ni el más mínimo atisbo de independencia o decisión en sus mujeres, y a Concetta la mantenían confinada en la casa durante semanas enteras. En las raras ocasiones en que le permitían salir, la rebelión privada de Concetta consistía en hacerlo impecablemente vestida, como si tuviera una vida social ajetreada. Le gustaban los vaqueros ajustados y las blusas a medio abotonar que dejaban a la vista parte de su escote perfumado. Tenía el pelo negro azabache, ondulado, que descendía por la frente, le cubría las orejas y caía en cascada sobre la espalda. Se depilaba las cejas con pinzas, las piernas con cera, se pintaba las uñas de las manos y de los pies, y los labios de color ciruela, o escarlata, a juego con la sombra de ojos. Nunca faltaba el rímel. Si el aspecto de Giuseppina daba a entender que se sentía igual a cualquier hombre, Concetta se presentaba a sí misma como todo lo contrario.

A pesar de aquellas diferencias, las dos mujeres eran amigas desde la infancia. Rosarno, durante los años ochenta del siglo pasado, era un sitio frío y duro donde no abundaba el amor y en el que las niñas podían recibir más de un bofetón por salir de casa solas. Pero también era un lugar pequeño, y, cuando iban al colegio, Giuseppina y Concetta se veían todos los días en el patio o en la calle. Al acercarse a la adolescencia, sus vidas también siguieron un curso idéntico, predeterminado, que (dado que allí no había escuela secundaria y a las niñas de la 'Ndrangheta no se les permitía salir) pasaba por casarse pronto y tener hijos enseguida.

Giuseppina dejó de estudiar a los trece años. Para entonces ya había conocido a su futuro marido, Rocco Palaia, de veinte años, cuyo padre gestionaba las armas del clan de los Pesce. A los catorce años, Giuseppina se escapó con Rocco, algo común en Rosarno, hasta el punto de que existía una palabra para describirlo: la *fuitina* (la pequeña fuga). A los quince años dio a luz al primero de los tres hijos de la pareja, Angela. Rocco, en aquella época, se dedicaba a poco más que a fumar hierba y a pasarse el día tumbado en casa, por lo que Giuseppina salía a trabajar en la tienda de la familia. Poco después a Rocco lo detuvieron por asociación mafiosa.

Concetta siempre lo tuvo más difícil que su amiga. Cuando tenía once años, su hermano la pilló jugando en la calle con algunos niños del pueblo. Le dio una paliza, la arrastró del pelo hasta su casa y le prohibió volver a salir sola. A partir de entonces ya no fue más a tomarse una pizza o un helado.

—Ya sabes cómo es mi hermano Peppe —decía—. Si me viera, ya sabes que me mataría.

Concetta dejó el colegio a los once años. Cuando tenía trece, en el transcurso de un solo año, conoció a su futuro marido, Salvatore Figliuzzi, que tenía veintiuno, se escaparon, se casó con él y vio cómo se lo llevaban a la cárcel acusado de asociación mafiosa. Pocos meses después, a los catorce años, Concetta dio a luz a Alfonso, el primero de los tres hijos de la pareja.

Cuando lo detuvieron, Salvatore ya pegaba habitualmente a su mujer. Un día le apuntó a la cabeza con una pistola. Cuando Concetta se quejó a su padre, este le respondió:

—Es tu matrimonio y es tu vida. Es cosa tuya.

Tal vez la joven esperara que las cosas mejorarían cuando lo encarcelaron. Pero a partir de ese momento fue su padre el que adoptó el papel de represor violento, y le pegó en plena calle hasta tumbarla en el suelo un día, porque había ido de compras a Reggio y había llegado tarde. Entretanto, durante un vis a vis en la cárcel, Concetta se quedó embarazada de Tania, su primera hija, y así concebiría también a la segunda, Rosalba, a la que bautizó con el nombre de su madre.

A los veintipocos años, Giuseppina y Concetta estaban solas, casadas con maridos presidiarios, y las dos tenían tres hijos. Se encontraban a la puerta del colegio, o en la consulta del médico, o en el colmado que tenían los Pesce, donde trabajaba Giuseppina, que quedaba delante de la casa de los Cacciola. Las dos mujeres llevaban la situación lo mejor que podían. Giuseppina contaría más tarde, con la voz entrecortada por el llanto, que Concetta había conseguido ser «una chica alegre». «Optimista. Una fuerza de la naturaleza. Siempre se reía. Siempre se preocupaba mucho por las cosas.» Como le había ocurrido a Lea en Pagliarelle, Concetta sobrevivía soñando con un amor verdadero que la alejara de todo aquello. Como Salvatore estaba en la cárcel, ella empezó a fantasear que en realidad no era la mujer maltratada de un violento matón de poca monta, sino una mujer trágicamente separada de su amor. En las visitas a la cárcel se pintaba los labios de rojo, se maquillaba mucho los ojos y se ondulaba el pelo. Le escribía cartas a Salvatore y las decoraba con corazones. «Salgo por la mañana para llevar a los niños al colegio, pero no tengo contacto con nadie —le escribió en 2007—. ¿Cómo puedo vivir si ni siquiera puedo respirar? ¿Si no puedo hablar con nadie? A mi padre le gusta verme triste de la mañana a la noche. Ojalá pudiera tener algo de paz de espíritu. Daría cualquier cosa, lo que fuera, por un poco de paz. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo sin ti.»

Si Concetta sobrevivía recurriendo a la fantasía, Giuseppina soportaba su situación gracias solo a su fuerza de voluntad. A ella también le pegaba su marido. Pero Rocco maltrataba a Giuseppina no porque saliera sola ni porque mirara a otros hombres, ni siquiera porque le diera la gana, sino porque Giuseppina insistía en hablar cuando no tocaba. «Me pegaba cuando decía lo que pensaba —explicó—. Me maltrataba para que cerrara la boca.»

Cuando Rocco fue a la cárcel, Salvatore, el padre de Giuseppina, le dijo que se encerrara en casa, como Concetta. Se negó a dejar que fuera a la universidad, a que se divorciara de Rocco, a que siguiera con sus clases de piano. «Tú no vas a ningún sitio —le gritaba—. Tú te quedas encerrada en casa.» Para Giuseppina, la manera de conservar cierta autonomía fue integrarse en la empresa familiar. A los pocos años ya ejercía de mensajera entre capos de la cárcel, blanqueaba dinero y supervisaba al grupo de *pizzi*. «Formo parte de la familia —diría más tarde—. Vivía con la familia. Lo sé todo. He vivido y he respirado todas esas cosas, la superioridad y el poder y el privilegio. No hacía falta que vinieran a contarme lo que tenía que hacer. Nadie decía nunca que era de la mafia. Pero yo lo sabía porque estaba ahí. Estaba metida.»

Con el paso de los años, los conocimientos que Giuseppina tenía de la ‘Ndrangheta crecían. Conocía íntimamente su estructura de poder. La cabeza nominal del clan era el tío de Giuseppina, Antonino. Pero como él estaba en la cárcel, otros gestionaban las operaciones del día a día. Por derecho de primogenitura, el padre de Giuseppina, Salvatore, debería haber sido la primera opción para sustituir a Antonino. Pero Salvatore nunca había tenido madera de líder. Desde que era niño, su apodo era *u babbu*, «el bufón». El cargo, pues, recayó en el hijo de Antonino, primo de Giuseppina, Francesco Pesce, alias Ciccio, un hombre impulsivo dado a arrebatos de ira y violencia, que ejercía el poder absoluto en nombre de su padre.

La ‘Ndrangheta funcionaba como una autocracia. Pero Giuseppina insistiría más adelante en que sus súbditos la aceptaban voluntariamente. En la organización, la tiranía se consideraba liderazgo efectivo, y era lo que hacía falta para tener y mantener el poder. Aun así, Giuseppina decía que en esencia una *‘ndrina* era un colectivo. «Decidíamos juntos, como familia, quién se llevaba los contratos del Estado, quién gestionaba la extorsión, quién llevaba los camiones, quién supervisaba el comercio de la droga, cómo se compartía el dinero. Esa es la fortaleza de un clan, que todos somos miembros de la familia, que estamos juntos.»

Dentro de una *'ndrina*, de los *picciotti* como Giuseppina se esperaba que ayudaran en todo lo que hiciera falta. Su trabajo le proporcionaba a ella una visión bastante completa del imperio de los Pesce. La casa de su abuela, Giuseppa Bonarrigo, de setenta y ocho años, servía a menudo como base de operaciones y lugar de encuentro. Allí la familia abordaba con detalle cuestiones como la cantidad que había que cobrar en concepto de *pizzo*. Los hombres más jóvenes tendían a apretar todo lo que podían, fueran quienes fueran las personas, y en una ocasión llegaron a sacar entradas gratis de un circo visitante para toda la familia. Los hombres de más edad desaconsejaban exagerar, y aducían que llevar un negocio a la ruina era algo que tampoco les interesaba a ellos. Otro punto de debate tenía que ver con la manera de dividir las ganancias. Giuseppina veía a muchos *picciotti* que se resistían a entregar sus ganancias a un fondo común familiar, como era preceptivo. Aun así, todo el mundo coincidía en que no podía haber excepciones al pago del *pizzo*. «Uno de fuera no puede decir que no —contaba Giuseppina—. Porque tiene miedo. Porque sabe que habrá represalias. Los hombres iban a pedir dinero como si estuvieran haciendo un favor a la gente. Pero todo el mundo sabía que no podían negarse.»

Giuseppina llegó a conocer otros aspectos del negocio. Su padre, Salvatore, y su primo Ciccio y su marido, Rocco, hacían circular la cocaína desde Gioia Tauro y guardaban paquetes en casa, listos para seguir viaje. Mientras negociaban las interminables obras en la A3 entre Reggio Calabria y Salerno, un día su hermano le fue mostrando los sitios que pertenecían a los Pesce y le dijo cuáles eran de otros clanes. Las reglas de la *'Ndrangheta* también exigían que cada clan tuviera almacenados varios rifles automáticos, pistolas y explosivos. Rocco y su hermano habían enterrado el arsenal de los Pesce en torno al pueblo: armas automáticas, pesadas, AK-47, rifles, pistolas, escopetas. Las envolvían en láminas de plástico que sellaban con cinta adhesiva y las metían en la cámara ya listas para usar. «Estamos preparados para una guerra», le gustaba decir.

Era el poder armamentístico de los Pesce lo que garantizaba que la familia fuera temida o, como a ellos les gustaba verlo, respetada. En los restaurantes nunca les traían la cuenta. En el pueblo, la gente cedía el paso a Giuseppina. En las tiendas de comida siempre salía a despacharle el dueño

personalmente. Si iba al médico, no tenía que guardar cola «y nadie podía decirme nada porque pertenecía a la familia». Una vez fue a un otorrinolaringólogo en Gioia Tauro. Al oír su nombre, el especialista le preguntó cómo estaban su sobrina y su hija, y después rebajó los honorarios de la consulta a precio de ganga, mientras le pedía que le diera «recuerdos a mi tío y a mi familia».

Pero si la familia disfrutaba de su fama local, otros tipos de atención despertaban su paranoia. La capacidad de la policía y los *carabinieri* para interceptar sus conversaciones era increíble. Pinchaban llamadas, grababan imágenes del interior de las casas desde varios kilómetros de distancia, montaban cámaras secretas en el exterior de domicilios y escuelas, y colaban micrófonos casi en cualquier parte (en coches, paredes, chimeneas, huertos, colegios, incluso bajo las piedras del jardín de la abuela de Giuseppina). Los Pesce adquirían detectores para descubrir aquellos dispositivos, así como bloqueadores de señales y escáneres para monitorizar las radios de los *carabinieri*. Aun así, a menudo se veían obligados a hablar en susurros o a hacerlo por señas en sus propias casas. Ciccio se pasaba el día diciendo a los demás: «No habléis más de la cuenta». Más de una vez, su paranoia le había llevado a romper el teléfono o el televisor, a desenroscar todas las bombillas de su casa y a tirarlo todo a la calle.

Aquella desconfianza llevaba a muchos jefes a esconderse. La mayoría buscaba refugio en búnkeres subterráneos construidos en zonas remotas del campo. Y no estaban tan mal como pudiera parecer. Los capos los equipaban con luces, televisores, cocinas y camas cómodas. Algunos se los mandaban construir en acantilados, para gozar de vistas al mar y puestas de sol. Otros disfrutaban de ubicaciones bucólicas en huertos o campos de olivos. Sin embargo, los Pesce, que eran instintivamente territoriales, construían sus búnkeres en su pueblo, a menudo bajo sus propias casas. Antes de que lo detuvieran en 2005, el padre de Giuseppina llevaba años escondido en uno en el que había gastado miles de euros, situado bajo el suelo de la casa de la abuela de Giuseppina.

Si el respeto lo era todo para los Pesce, la vergüenza resultaba inaceptable por el mismo motivo. A los traidores y a los desleales no había que matarlos solamente: debían ser borrados de la faz de la tierra para que no quedara rastro del deshonor que habían llevado a la familia.

En 2010, Michele Prestipino ya había estudiado veinte «suicidios» acaecidos en Calabria que, según sospechaba, eran en realidad asesinatos de honor mal catalogados. En uno de los más recientes, una viuda llamada Dominica Legato había saltado desde su balcón, en Rosarno, en el año 2007, y había perdido la vida. Al menos eso fue lo que su hijo le contó a la policía. Giuseppina, Concetta y todas las mujeres de la localidad creían en otra versión de los hechos, lo mismo que el forense, que encontró heridas de arma blanca en las manos de Dominica, lo que apuntaba a que se había protegido de un ataque en el momento de la caída. Meses después, el hombre de Rosarno con el que, según se decía, Domenica mantenía una relación también desapareció.

Cuando la ira de la ‘Ndrangheta de Rosarno se desataba con toda su furia, los resultados podían ser aterradores. Y lo más perturbador del caso era la manera que tenía la ‘Ndrangheta de mantenerla. En 1979, a los veinticinco años, Concetta Teresa Galluci perdió a su marido, albañil, que falleció en un accidente laboral al caer del cuarto piso de un edificio que construía para los Pesce. La pareja tenía tres hijos. Transcurridos más de diez años, ella inició una relación sentimental con Francesco Alcuri, de veintitrés. Una noche, en noviembre de 1993, en Rosarno, a Francesco le descerrajaron nueve tiros en la entrepierna, y murió tras nueve días de agonía. Concetta, que en ese momento tenía cuarenta años, huyó al norte de Italia, concretamente a Génova, donde vivía su hermana. Cuatro meses después, una noche, abrió la puerta principal de la vivienda de su hermana y recibió un disparo en la cabeza. Acto seguido, los pistoleros mataron a su madre, de setenta y dos años, cuando corría hacia la sala en camión, antes de hacer lo mismo con una sobrina de veintidós años, a la que encontraron durmiendo en su cama.

Los Pesce eran muy reservados con sus vergüenzas familiares. El escrutinio público que acompañaba el descubrimiento de un cadáver no iba con ellos. Hacía ya mucho tiempo, los Pesce habían llegado a la conclusión de que, dado que el cementerio de Rosarno era el lugar más obvio para

deshacerse de un cuerpo sin vida, sería el último lugar en el que a nadie se le ocurriría buscar. Allí arriba, con sus huesos mezclados con los de otros centenares, estaban los restos mortales del abuelo de Giuseppina, Angelo Ferraro, asesinado por tener una relación extraconyugal. Bajo el suelo de la capilla reposaba Annunziata Pesce, prima de Giuseppina, que había traicionado a su marido y a toda la 'Ndrangheta al fugarse con un policía. Secuestrada en la calle a plena luz del día en 1981, el capo, Antonino Pesce, le disparó un tiro en la cabeza en presencia de su hermano Antonio. ¿Cuál fue la recompensa que recibió este por su inquebrantable lealtad? Ser ascendido a una posición dominante dentro de la *'ndrina*, junto con su familia más inmediata.

Este tipo de muertes no dejaban lugar a dudas sobre el precio de la traición. Buena medida de la desesperación de las mujeres de la 'Ndrangheta era que los hombres siguieran considerando necesario ponerlas en práctica. Tal vez fuera inevitable. Las madres de la 'Ndrangheta sabían que sus hijos crecerían y se convertirían en asesinos y traficantes de drogas cuyo destino sería la cárcel y una muerte precoz. Sabían que a sus hijas las casarían, como las habían casado a ellas, al llegar apenas a la pubertad, con algún marido maltratador, delincuente y bastante mayor que ellas. Ellas mismas esperaban perder el suyo, que también era un maltratador y un delincuente, bien porque lo metieran en la cárcel, bien porque lo mataran. Enfrentadas a una vida en la que aquellos a quienes Concetta llamaba «hombres con el corazón de piedra» acababan con toda la luz y la alegría del mundo, no podía sorprender demasiado que las mujeres de aquel lugar se aferraran a la poca dulzura que encontraban.

Muchos de los hombres parecían darse cuenta de ello. Y su reacción no era ceder, sino tomar medidas preventivas, sobre todo cuando, con el esposo muerto o en la cárcel, la esposa de algún miembro de la 'Ndrangheta se veía sola. Giuseppina Multari, prima de Concetta, llevaba encerrada en su casa, prácticamente como una esclava, desde el día de 2005 en que los hombres de la familia Cacciola habían matado a su marido, que era primo de ellos, por ser drogadicto. Cuando el hermano de Giuseppina Multari intentó plantar cara a los Cacciola por tratar de ese modo a su hermana, también él se esfumó para siempre.

Cuando el marido de Concetta, Salvatore, fue a la cárcel, su padre y su hermano decidieron que casi no la dejarían salir de casa. Pero aquella mentalidad tan conservadora les impedía ver que vivían en el siglo XXI, en un momento en que la amistad (o algo más) se encontraba solo a un clic. «En la tierra de la ‘Ndrangheta, internet es una ventana abierta a un mundo cerrado —decía Alessandra—. Da a conocer a las mujeres un mundo libre. Tiende a provocar una explosión emocional.»

Y así resultó ser en el caso de Concetta. «Empezó a explorar el mundo a través de la red», explicó Giuseppe Creazzo, fiscal de Palmi que posteriormente investigaría a la familia Cacciola. Concetta descubrió que le gustaban las noticias sobre personajes famosos: gentes encantadoras con vidas fascinantes. Se imaginaba a las parejas famosas contemplando atardeceres, saliendo de noche. Según Creazzo, la mujer no tardó en empezar a buscar amigos propios. Se dio de alta en Facebook. Y lentamente, en su interior, empezó a crecer un sentimiento. «Con el paso de los días —dijo el fiscal— Concetta sentía cada vez más que tenía que rebelarse.»

A mediados de 2009, Concetta chateaba regularmente con un hombre de Rosarno que se había trasladado a Alemania. Giuseppina, más decidida, había ido más allá que su amiga y había iniciado una relación clandestina con un hombre llamado Domenico Costantino, con el que había trabajado en una fábrica familiar en la que elaboraban fruta escarchada. «Era el primer hombre que parecía preocuparse por mis hijos —explicó ella misma—. Era el primero que me respetaba como mujer, el primero que me amó.»

Casi en cualquier otro lugar de Europa aquellas relaciones habrían suscitado condena o, tal vez, comprensión. Pero en Rosarno, Concetta y Giuseppina se arriesgaban a la muerte. Que las dos se entregaran a ese peligro sin vacilar da una idea del poco amor que había en sus vidas.

X

En Pagliarelle, los *carabinieri* asistían al desarrollo de otro idilio prohibido.¹

Para Denise, al cumpleaños sin Lea le siguieron unas Navidades y un Año Nuevo sin Lea. En una ocasión, cuando Carlo llevó a su hija al dentista, ella pensó que para una hija sería lo más natural del mundo preguntarle a su padre si tenía alguna noticia de su madre desaparecida.

—Métetelo en la cabeza: yo no sé nada de tu madre —soltó Carlo—. Tu madre se fue. Te abandonó. Estás sola.

Denise ya mantenía una relación difícil con la comida. Y había empezado a comer compulsivamente para aliviar el estrés. En cuestión de meses aumentó veinte kilos de peso. Si Carlo se dio cuenta, no dio muestras de sentirse preocupado. Marisa, la tía de la joven, la llevó a una clínica, pero al ver que no daba resultado, también le ofreció ayuda de otro tipo.

Desesperada, Denise recurrió al hombre en el que su padre había delegado su vigilancia en Pagliarelle. En efecto, Carlo había ordenado a Carmine Venturino, de treinta y un años, que acompañara a Denise allá donde fuera y, sobre todo, que la mantuviera alejada de las autoridades. Carmine la llevaba en coche todo el día. Le proporcionaba dinero para sus gastos. Trabajaba con ella en la pizzería que la familia Cosco tenía en Petilia. Cuando Denise empezó a ir a un nuevo instituto en enero, fue Carmine quien la ayudó a adaptarse. Al observar todo aquello, los equipos policiales de vigilancia y escuchas empezaron a sentirse incómodos. Los agentes sabían que Carlo le había pedido a Carmine que se ocupara de ella. Pero aquello parecía algo más.

Lo que más los incomodaba era lo que iban descubriendo sobre los movimientos de Carmine la noche en que Lea desapareció. Los registros de llamadas mostraban que Carmine habló con Carlo docenas de veces en las horas posteriores a la desaparición de Lea, así como en los días que siguieron.

En aquellas comunicaciones, Carmine no decía nada importante. Pero su tono era de pánico, y sus movimientos, erráticos. Su GPS señalaba que había salido de la ciudad varias veces en las noches posteriores al 24 de noviembre. Las grabaciones de su voz lo mostraban desesperado por encontrar las llaves de un almacén y que, una vez que las localizó, volvía a ese lugar una y otra vez. Además, los agentes pensaban que Carmine compartía a veces casa con Carlo y que era uno de sus lugartenientes más importantes. Tenía que estar implicado.

El 3 de febrero, los *carabinieri* de Campobasso anunciaron que contaban con pruebas suficientes para detener a Carlo por ordenar el ataque a Lea en su apartamento en mayo de 2009. Lo detuvieron cuando Denise volvía del instituto. Al ver que se llevaban a su padre esposado, la joven se dio cuenta de que la expresión de su cara era la misma que tenía la noche de la desaparición de su madre. Al día siguiente, una noticia en un periódico sobre la detención de Carlo se acompañaba de una fotografía de otro hombre acusado del ataque de Campobasso, Massimo Sabatino. En la crónica se relataba que este era socio de su padre y que ya estaba encarcelado por tráfico de drogas.

A los dos meses, los agentes que investigaban la desaparición de Lea podían sentirse satisfechos con sus avances. Contaban con un sospechoso principal al que podían atribuirle un móvil y una oportunidad y, a partir de los archivos del caso de Lea, disponían de una amplia documentación que avalaba sus alegaciones. También resultaba de lo más conveniente que Carlo estuviera detenido por otra agresión a Lea. Pero el caso de asesinato contra Carlo presentaba también un inmenso punto débil: la ausencia de cadáver. Sin él, un fiscal no podía asegurar siquiera que Lea hubiera muerto, y mucho menos cómo.

Pero entonces a los *carabinieri* les llegó un golpe de suerte. Massimo Sabatino, de treinta y seis años, era un criminal de carrera con una larga lista de condenas por robo y tráfico de drogas. De hecho, cuando se leyó su sentencia sobre el ataque de Campobasso, ya se encontraba en la cárcel de San Vittore condenado por traficar con heroína, tras su detención en

diciembre de 2009. No muy listo, y de escasa formación, Sabatino le entregó la sentencia a su amigo y compañero de celda Salvatore Sorrentino, al que habían pillado en Milán en el mes de enero incumpliendo la orden de arresto domiciliario a la que tenía derecho por hallarse en el tramo final de una condena de cinco años por robo. Mientras Sorrentino trataba de interpretar aquel documento, Sabatino le explicó a su amigo que durante algunos años había estado custodiando las armas y la cocaína de un jefe de la ‘Ndrangheta que residía en Milán, llamado Carlo Cosco. La conexión con él la había establecido a través de su hermana Rosi, que iba a casarse con Rosario Curcio, uno de los miembros del equipo de Carlo.

Sabatino le comentó que un día de abril de 2009 Carlo le ofreció veinticinco mil euros por ir hasta Campobasso a recoger una deuda de droga de una mujer que vivía allí. Más adelante Carlo concretó más el plan y le dijo a Sabatino que debía ir disfrazado de técnico de lavadora y atar a la mujer, llevarla a rastras hasta la furgoneta y conducirla hasta Bari, en la costa este de Puglia, donde Carlo y sus hermanos lo estarían esperando. Carlo también le había dado cincuenta litros de ácido sulfúrico para que los llevara en el maletero de la furgoneta. Sabatino contó que había hecho lo que le había ordenado, pero que no había conseguido secuestrar a la mujer porque la hija de esta, que teóricamente no debía de estar allí, había aparecido de la nada y se había abalanzado sobre él.

Sorrentino le dijo que, según el documento de la acusación, se habían encontrado huellas de Sabatino en la lavadora del apartamento. Sabatino admitió que era posible; aunque llevaba guantes de látex, estos pudieron romperse en el forcejeo con la mujer. Sorrentino siguió explicándole que la mujer a la que había intentado secuestrar era de los Garofalo, un nombre conocido para cualquiera relacionado con la ‘Ndrangheta. Sabatino le aseguró que no había llegado a saber nunca cuál era la identidad de la mujer. Sorrentino dijo que, según la imputación, Lea no solo era la esposa de Carlo, sino una *pentita* que había testificado en su contra.

Entonces Sabatino empezó a ser consciente de que se había metido en un lío muy serio. Le dijo a Sorrentino que sabía de un segundo intento de secuestrar a Lea el 24 de noviembre en Milán, esa vez con éxito. A pesar de

hacer hincapié en que él no había participado en dicho intento, daba por sentado que Lea ya estaba muerta. Y añadió que no tenía coartada ni para mayo ni para noviembre.

Sorrentino reconoció que la cosa tenía mala pinta. Debía prepararse para una cadena perpetua. Sabatino empezó a maldecir. Carlo era un cabrón, dijo. No le había pagado nada por el trabajo de Campobasso, y se había negado incluso a pasarle dinero para contratar a un abogado cuando lo detuvieron en diciembre.

Sabatino no sabía qué hacer. Pero su compañero de celda, Sorrentino, sí. Un día o dos después envió una carta al fiscal de Milán que investigaba la desaparición de Lea y le ofreció revelar todo lo que su amigo le había contado a cambio de una reducción de pena. Los fiscales se mostraron escépticos en un primer momento, pero empezaron a otorgarle credibilidad cuando, tras cambiarlo de celda, el nuevo compañero de Sabatino realizó una declaración confirmando gran parte de los detalles. El fiscal interrogó entonces a Sabatino, y este mintió tan mal (primero dijo que había acudido a cobrarle una deuda a Lea, después, que quería robarle, y finalmente admitió que había intentado secuestrarla) que consiguió que se mantuviera la acusación contra él y contra Carlo.

Para los investigadores, el caso empezaba a parecer concluyente. Pero Sabatino había aportado algo más. Según Sorrentino, Sabatino aseguraba que los hermanos Cosco también habían matado anteriormente a dos hombres de la familia Garofalo. Sabatino llegó a mencionar a Giuseppe Cosco como ejecutor del primer asesinato, del que añadió que había tenido lugar en un bloque de apartamentos de Milán en 1995. Aun admitiendo que pudiera haber algo distorsionado por el rumor carcelario, aquello parecía corroborar la alegación de Lea según la cual Giuseppe Cosco había matado a tiros a Antonio Comberiatì en el número 6 de Viale Montello en mayo de 1995. La acusación de que los Cosco se habían librado de un segundo miembro del clan Garofalo parecía tener que ver con la muerte, en 2005, de Floriano, el hermano de Lea, un asesinato que seguía sin resolver. Ahí, por fin, estaban las pruebas que sustanciaban las acusaciones de Lea. Si en vida no la habían creído, después de muerta se le hacía algo de justicia. Pero seguía el misterio sobre lo que había ocurrido precisamente con ella. En Catanzaro, localidad

costera situada al sur de Pagliarelle, el despacho del fiscal había informado a Annalisa Pisano de que la que había sido su cliente había desaparecido. «Me dijeron abiertamente que debía ser un caso de *lupara bianca*», explicó. Aunque Lea y ella llevaban un año y medio sin hablar, Annalisa seguía sintiendo que entre ellas existía un vínculo poderoso. «Aquella noche soñé con Lea —explicó—. Estaba en un almacén, rodeada de llamas y me pedía ayuda. Me llamaba por mi nombre. “¡Annalisa!” Pero todo el mundo le decía: “¡No!”.» Y todas las noches, hasta que años después encontraron a Lea, Annalisa tenía el mismo sueño recurrente. «La gente me preguntaba: “¿Cómo sabes que la han quemado?”. Y yo respondía: “Porque la veo. Puedes creerme o no”. Y eso que yo no soy de las que creen en esas cosas. Pero la veía. Casi todas las noches. Estaba en una silla, en un almacén, rodeada de fuego, y me llamaba. Cuando llegaba ese momento, me despertaba.»

Para Denise, la detención de Carlo no hizo sino agudizar las preguntas sobre la muerte de su madre. ¿Cómo la había matado? ¿A tiros? ¿La había asfixiado? ¿Le había cortado el cuello? ¿Le había encargado a alguno de sus hombres que lo hiciera? ¿Había gritado mientras la mataban? ¿Había sido una muerte rápida o se habría recreado en ella? ¿La había torturado? ¿En qué momento supo Lea que iba a morir? ¿Lo sabría Denise cuando le llegara a ella la hora?

Si la detención de Carlo habría debido aportar cierto alivio, en Pagliarelle a Denise se le hacía cada vez más difícil mantener la farsa. A mediados de febrero, la víspera de su primera visita a Carlo en la cárcel, el equipo de escuchas interceptó el mensaje que Denise le envió a Carmine. Le decía que se estaba volviendo loca, que la situación era imposible. ¿Cómo podía seguir fingiendo cuando su padre estaba en la cárcel acusado de matar a su madre? ¿Cómo podía plantarse delante de él? «Carmine me tranquilizó —contó Denise—. Me hizo reír. Me animó.»

El alivio fue pasajero. Cuando, al día siguiente, Denise se desplazó hasta la cárcel de Catanzaro con su tío Vito, no podía dejar de llorar. Vito intentaba mostrarse comprensivo, pero no le salía.

—Llorar porque tienes al padre en la cárcel y a la madre desaparecida es lo más normal del mundo —le dijo fríamente.

Carmine esperaba a Denise a su regreso. Una vez en el interior de la casa de su tía, la joven se derrumbó. «Me pasé una hora llorando y comiendo a la vez —explicaría luego—. Estaba desesperada. No pensaba en quién confiaba y en quién no. Necesitaba afecto. Lloraba. Comía. Gritaba: “¡Dejadme en paz! Tengo que ir donde no quiero, vivir donde no quiero vivir, con gente de la que desconfío... ¿Qué queréis que haga? ¿Que me ría?”. Lo que yo sufrí no lo sabe nadie.» Al final, Carmine se acercó a ella y la abrazó. Se abrazaron durante una eternidad. Y después se besaron.

Durante las semanas siguientes, el equipo de escuchas fue testigo del proceso por el que Denise y Carmine se hacían inseparables. «Ella se enamoró de ese hombre, y él se enamoró de ella —contó Enza—. Denise pudo abrirle su corazón; podía hablar con él, llorar con él.» Pero ella también tenía presente que Carmine era miembro de la *'ndrina* de Carlo. Le preguntaba una y otra vez qué sabía de lo que le había ocurrido a su madre. «Él siempre respondía que no sabía nada y que no lo quería saber —dijo Denise—. Nunca obtenía respuesta.» Por si tuviera pocas presiones, su aventura con Carmine era algo que la joven también debía mantener en secreto. «Carmine me pidió que no le dijera nada a nadie —explicó—. Si mi padre se enteraba, se pondría furioso. Le había asignado a Carmine la misión de acompañarme y controlarme, no la de salir conmigo. Nadie podía saber que estábamos saliendo juntos. Nos encontraríamos en los prados a medianoche, a las afueras de Pagliarelle, para que no nos descubriera nadie.»

Incapaz de expresar casi ninguno de sus pensamientos, y constantemente en guardia para no exteriorizar sus verdaderos sentimientos, Denise optaba por pasar casi todo el día en silencio. «No podía pregonar lo que habían hecho —contaba—. No podía gritar: “¡Sois unos asesinos!”» Cuando los Cosco le pidieron que le escribiera a su padre en la cárcel a principios de marzo, ella aceptó, pero no tardó en descubrir que no tenía casi nada que decirle.

A papá:
Aunque estás lejos de mí, te siento cerca.

Te quiero,
Denise

P.D.: No te preocupes por mí.

P.P.D.: Puedo conseguirte carne de jabalí, si quieres. Como ves, me pasa como a ti, soy de pocas palabras. Pero lo que escribo aquí es lo que nunca podría decirte. Solo quiero que estés bien.

El 25 de febrero, en una demostración pública de su lealtad por la familia, Denise firmó una renuncia oficial a sus derechos como testigo protegida. Sin embargo, en secreto, la joven retomó el contacto con Enza y otros activistas de Libera, y les preguntó si le darían cobijo en caso de que decidiera irse de Pagliarelle. El 5 de marzo, también de manera clandestina, se reunió con los *carabinieri* por segunda vez y volvió a prestar declaración para aportar más datos. Para los agentes, las nuevas pruebas aportadas por Denise cubrían casi todos los vacíos sobre la vida de Lea que todavía les quedaban, hasta las horas anteriores a su desaparición. Pero, a Denise, revivir aquella noche solo le sirvió para incrementar su estrés. No podía librarse de una idea que parecía imponerse cada vez con más fuerza en su mente: que debía huir de Pagliarelle, como su madre.

A principios de abril de 2010, cuando su tía se había ido a pasar unos días fuera, Denise aprovechó su oportunidad. Tomó un autobús a Crotona, y allí se montó en el tren de larga distancia con destino al norte. Un día después llegó a un piso franco de Libera cerca de Turín. «He tenido que irme —contó a sus anfitriones—. No me dejaban vivir.» En un primer momento los Cosco no se dieron cuenta de la ausencia de Denise. Pero pasó una semana, pasaron dos y pasaron tres; ya no había manera de ocultarlo por más tiempo. El 23 de abril, Vito Cosco se trasladó en coche desde Milán e interrogó a Marisa y a su esposo, exigiendo saber dónde había ido Denise.

Aquella tarde, el equipo de escuchas interceptó una serie de llamadas entre Marisa y Denise.

—¡Vito ha estado aquí! —le dijo Marisa—. ¡No sé dónde estás, pero antes de mañana tienes que estar en casa! Si no lo haces, les estás diciendo, básicamente, que se vayan a la mierda.

—Ya sé que tengo que volver a hablar con esos capullos —replicó Denise.

—Mira, lo que ellos quieren es estar tranquilos —dijo Marisa—. Quieren saber que tú sabes lo que tienes que hacer.

—¡Lo que tengo que hacer! ¡Lo que tengo que hacer! —gritó Denise—. Tengo que estarme callada. ¡Tienen que pararme los pies!

—¡Y por eso los envías a la mierda! —dijo Marisa—. Pero es que todos estamos hartos de todo este lío por aquí. Y creo que cuando sepan dónde estás y qué estás haciendo, se calmarán. Vito iba a ver a tu padre, pero no ha ido porque no sabía qué decirle. En este momento, lo que les da miedo es que hayas vuelto al programa.

—¡El programa en el que estaba tu hermana!

—Tienen miedo, eso es todo, Denise —dijo Marisa—. No le des demasiadas vueltas a todo esto. No te imagines lo peor. Les da igual dónde estés, cómo estés. Solo se preocupan de sí mismos. Solo les preocupa que nadie diga la verdad.

Denise regresó a Pagliarelle al día siguiente. Al parecer Vito se tranquilizó al verla y regresó a Milán. Denise debía esperar una semana para poder visitar a su padre en la cárcel. La idea de ver a Carlo una vez más le daba tanto miedo como la última vez. Volvió a apoyarse en Carmine. «Debo esperar una semana —le informó a través de un mensaje de texto—. Pero quiero tener la posibilidad de llevar una vida distinta.»

«Esta es la semana en la que puedes cambiar las cosas —le escribió Carmine—. Nadie se interpone en la vida que tú quieres. Tú haz las cosas bien, y los demás se tranquilizarán.»

Pero, según descubriría Enza más tarde, la realidad era muy distinta. Los hermanos de Carlo lo habían mantenido muy bien informado del comportamiento de Denise. Le contaban que no estaba rectificando lo más mínimo. Cuando Denise desapareció, Carlo confió a sus hermanos que había tomado una decisión. Cuando volviera a aparecer, si aparecía, debía morir. Y añadió que lo más fácil sería que lo hiciera Carmine.

No puede decirse que para Carmine, cada vez más enamorado de Denise, la llamada que recibió fuera una sorpresa. De hecho, ya había decidido que desobedecería. Pero al recibirla, había empezado la cuenta atrás. El jefe había dado la orden de que había que matar a su única hija, a la que quería. No era una decisión que habría tomado a la ligera. Pero seguramente habría llegado a la conclusión de que, dado su comportamiento errático, resultaba inevitable. Carlo debía proteger la *'ndrina* y a la *'Ndrangheta*.

Debía hacer cumplir el código. Las mujeres eran propiedades de la organización y depositarias de su honor; había que protegerlas o librarse de ellas en cumplimiento del deber. Ahora que había tomado la decisión, quería que sus órdenes se ejecutaran lo antes posible. Y al ir haciéndose cada vez más manifiesta la traición de Carmine en el transcurso de las semanas y los meses siguientes, este sabía que Carlo se lo haría pagar muy caro.

XI

Apenas un día después de que Denise regresara a la costa este calabresa, Alessandra daba el primer golpe contra los Pesce, al oeste. A primera hora del 26 de abril de 2010, con una serie de redadas simultáneas en Rosarno, Milán y Bérgamo, ejecutadas con el nombre en clave de Operación All Inside, centenares de *carabinieri* irrumpieron en el imperio de los Pesce. Un total de treinta personas fueron detenidas. Se emitieron diez órdenes de busca y captura para otros tantos miembros fugados de la *'ndrina*. Entre los acusados se encontraba el jefe del clan, Antonino Pesce, el tío de Giuseppina, que ya permanecía encarcelado. Su sobrino y protegido, hermano de Giuseppina —Francesco Pesce—, fue detenido en Rosarno. De acuerdo con las convicciones de Alessandra, siete de los arrestados eran mujeres. Entre ellas estaban la madre, la hermana, la prima y la abuela y la bisabuela de Giuseppina, además de ella misma.

Las acusaciones contra la familia Pesce abarcaban desde la extorsión hasta el blanqueo de dinero, pasando por la usura, el tráfico de drogas, la asociación mafiosa y dos cargos por asesinato.¹ El espectro de acusaciones indicaba que, en el interior del dominio de Gioia Tauro y Rosarno, la hegemonía de los Pesce era total. «Controlan por completo su territorio y su gobierno —comentó Michele Prestipino—. La gente que vive allí acepta que para conseguir algo debe llamar a la puerta de la mafia y que no hay más futuro que el que la mafia ve.» El poder de la *'Ndrangheta* en Rosarno había alcanzado su punto culminante. En una localidad de quince mil habitantes, las autoridades habían identificado a quinientos miembros de la organización, además de a centenares de asociados. Ese dominio aplastante implicaba que en el pueblo dominara una especie de paz extraña. «No hace falta ejercer

mucha violencia —explicó Prestipino—. Todo el mundo sabe que si esa gente quiere recurrir a la violencia, puede hacerlo. Así que los consensos se alcanzan sin disparar un solo tiro.»

La variedad de bienes confiscados durante la Operación All Inside aportaba mayores pruebas del poder de los Pesce. Aunque los fiscales prometían confiscaciones de mayor peso, ya en aquella primera redada se incautaron de vehículos, propiedades y negocios valorados en diez millones de euros, y eso en una de las zonas más pobres de Europa. Entre las empresas de los Pesce estaban una gasolinera, un concesionario de automóviles, una compañía de distribución de alimentos, una refinería de azúcar y una fábrica de chocolate, en cuyos documentos de propiedad figuraba el nombre de Rocco Palaia, el marido de Giuseppina, como dueño. Una emisora de Rosarno, Radio Olimpia, resultaba particularmente interesante. No se trataba solamente de un activo por derecho propio: los *carabinieri* habían descubierto que los capos encarcelados y los *picciotti* usaban un programa de peticiones para comunicarse entre ellos. Los presos formulaban a sus familiares preguntas cerradas del tipo: «¿Ha prosperado mi recurso de apelación? ¿Se han cumplido mis órdenes?», y las familias respondían llamando y pidiendo una de las dos canciones posibles, cada una de las cuales se correspondía con un sí o con un no. Vincenzo, el tío fugitivo de Giuseppina, también llamaba de vez en cuando y le pedía al presentador que usara su apodo y dijera de él que era un oyente «habitual». En otras palabras: sigo aquí; sigo libre.

Giuseppina fue acusada de asociación mafiosa, blanqueo de capitales, extorsión y envío de mensajes. Se enfrentaba a más de diez años de cárcel. Con todo, no era eso lo que la preocupaba. Los periódicos calabreses habían informado de que la habían detenido en compañía de un hombre. Tres semanas antes, su tío Vincenzo le había advertido que su familia sospechaba de su relación sentimental con Domenico Costantino. Su primo Francesco había ordenado que la siguieran en todo momento. Ahora que la habían encontrado con Domenico en plena noche, sus sospechas se verían confirmadas. El castigo de la familia superaría con creces el del Estado. «En

mi familia, los que traicionan y deshonoran a la familia deben ser castigados con la muerte —dijo Giuseppina—. Es la ley.» «Iba a morir y lo sabía — comentó Alessandra—. Lo aceptaba.»

Lo que Giuseppina no podía aceptar era la súbita implosión de la vida de sus tres hijos. Nunca había vivido separada de Angela, de quince años, de Gaetano, de nueve, ni de Elisea, de cinco. Ahora estaban con la familia de Rocco. Giuseppina se enfrentaba a una sentencia muy larga, o a una ejecución, y seguramente a ambas cosas, por lo que de un modo u otro sus hijos iban a ser criados por la ‘Ndrangheta. Su hijo Gaetano era un niño muy dulce, muy mal equipado para la vida que ahora le esperaba. Por delante había años de brutalidad. El padre de Giuseppina, Salvatore, bromeaba diciendo que cuando alguna prima tenía un hijo, enviaba flores si tenía una niña y una pistola si tenía un niño. Hacía unos años, cuando un tío había preguntado a Gaetano qué quería ser de mayor y el niño, en su inocencia absoluta, había respondido que «policía», el tío le había pegado y le había prometido que le regalaría un arma para que recordara siempre quién era. Giuseppina escribiría más tarde que su temor era que «le pusieran un arma en la mano de todos modos. Cuando yo salga de la cárcel, mi hijo ya podría estar en algún centro de menores delincuentes. Y mis dos hijas tendrán que casarse con hombres de la ‘Ndrangheta que las obligarán a seguirlos a todas partes».

Giuseppina canalizó su frustración empezando una huelga de hambre y negándose a hablar con los fiscales. Pero en otros momentos su ánimo parecía flaquear. Intentó ahorcarse con una sábana en su celda pocos días después de su detención. A los tres meses, cuando ya había sido trasladada a la cárcel milanesa de San Vittore, se cortó las venas con una cuchilla. «Había momentos en los que quería morirme —explicaría más adelante, ante el tribunal de justicia—. No podía soportar la idea de que mis hijos vivieran sin mí. Nunca había estado sin ellos. Sentía que mi mundo se desmoronaba.»²

Los fiscales no se mostraban muy comprensivos. Si una ‘ndranghetista se sentía culpable o pagaba algún otro precio por sus crímenes, era que ellos habían hecho bien su trabajo. Aquello era la guerra. Los fiscales habían empezado a recibir balas de Kalashnikov por correo y a encontrar cartuchos

apoyados en los parabrisas de sus coches. Una de las balas que recibió Pignatone en mayo de 2010 iba acompañada de una nota en la que simplemente ponía: «Eres hombre muerto». Dos de los miembros de su equipo descubrieron que les habían manipulado los motores y los frenos de sus vehículos. Los fiscales tampoco podían contar con demasiado apoyo público. El mismo día en que se llevó a cabo la redada del clan de los Pesce, la policía de Reggio detuvo a Giovanni Tegano, un capo de la ‘Ndrangheta que llevaba diecisiete años fugado. Cuando lo conducían desde la comisaría central a un coche patrulla para llevarlo a la cárcel, a Tegano lo vitoreó un grupo formado por cientos de personas. «¡Giovanni es un hombre de paz!», gritaba una mujer de setenta años a la que Tegano saludó y dedicó una sonrisa.³

Las amenazas en su contra no hacían sino confirmar la determinación de los fiscales de derrotar a la ‘Ndrangheta. El ritmo era frenético. Alessandra y Giovanni Musarò tenían treinta investigaciones separadas en curso contra la ‘Ndrangheta de la costa oeste. «No pensábamos dejarlos respirar —comentó Giovanni—. Ellos estaban acostumbrados a soportar una operación y a tener luego un respiro. Pero nosotros no parábamos: deteníamos a alguien, lo sustituían por otra persona y nosotros la deteníamos enseguida.»

El 13 de julio, como consecuencia de la Operación All Inside, los *carabinieri* organizaron más redadas por todo el país. En esa ocasión se mostraron más ambiciosos. La Operación Infinity implicó a más de tres mil agentes y se saldó con trescientos detenidos de la cúpula de la ‘Ndrangheta. El éxito más destacado fue la detención del *capo crimine* Domenico Oppedisano, de ochenta años, que saludó a los fotógrafos levantándose el sombrero cuando lo llevaban en coche por las calles de Rosarno.

Si Oppedisano respondía a la imagen tradicional de un mafioso del sur, otros detenidos reflejaban la sofisticación más reciente de aquel grupo. La mitad de las redadas, aproximadamente, habían tenido lugar en Milán y sus alrededores. Entre los detenidos había hombres de negocios, abogados, banqueros, contables, políticos, policías y directores de la sanidad pública. A Pignatone le asombraba la variedad de los personajes que ahora estaban entre rejas, y lo que ello revelaba sobre la capacidad de la ‘Ndrangheta de «infiltrarse en tal cantidad de ambientes». Según él, estaba surgiendo una

nueva y cosmopolita generación de *'ndranghetisti* que comprendían que la globalización había abierto el mundo tanto a los negocios lícitos como a los ilícitos. «Tienen formación universitaria —comentó—. Pueden contar con una red de profesionales, funcionarios y políticos. Pueden acceder a cualquier parte de Italia y del resto del mundo.»

Los fiscales auxiliares de Pignatone estaban exultantes. Muchos llevaban años preparándose para ese momento. Alessandra lo había esperado toda su vida. Ahora la *'Ndrangheta* recibía un golpe importante, sus jefes eran detenidos y sus importantes secretos quedaban expuestos. «Ese fue el momento en que revelamos que no solo sabíamos que existía la *'Ndrangheta* en tanto que jerarquía y estructura, sino que era algo que podía demostrarse», declaró Alessandra. El ministro del Interior, Roberto Maroni, describió las redadas como «un golpe al corazón de la estructura organizativa y financiera de la *'Ndrangheta*». La detención de Oppedisano fue saludada en el Senado italiano con la ovación de todos los parlamentarios puestos en pie.⁴ La guerra iba a ser larga. Pero los fiscales habían mostrado al fin que podían hacer sangrar a la mafia más poderosa del mundo.

La *'Ndrangheta* era una organización secreta criminal que oprimía a la gente mediante una violencia inhumana. Si el Estado italiano quería ganar esa guerra, si el gobierno había de liberar a la gente del yugo que la mafia le había impuesto, debía ofrecerle transparencia, legalidad y humanidad. Pero en el fragor de la batalla, y con la emoción de la primera victoria, la última de esas tres cualidades, la humanidad, empezaba a pasarse por alto.

Giuseppina le era útil a Alessandra. Representaba una prueba más para avalar su teoría sobre la influencia de las mujeres en la *'Ndrangheta*. Pero cuando Alessandra tuvo conocimiento de los intentos de suicidio de la detenida, no sintió la menor compasión por ella, pues si se encontraba en aquella situación era exclusivamente por su culpa. «No creía que Giuseppina fuera sincera —dijo—. Y, de hecho, enseguida admitió que en realidad no quería quitarse la vida, sino intentar convencernos para que pudiera reencontrarse con sus hijos.»⁵

La misma sangre fría se puso de manifiesto con la imputación de Carlo Cosco y Massimo Sabatino por el asesinato de Lea Garofalo el 27 de mayo de 2010. El acta de imputación, sujeta a secreto de sumario en aquella fase de la instrucción según el procedimiento italiano, incluía una reconstrucción detallada de los movimientos de Carlo la noche en que Lea había muerto. Pero también incorporaba un relato pormenorizado de la relación de Lea con el programa de protección de testigos. Para muchos en el reducido círculo de abogados y oficiales con autorización para leerlo, aquella descripción resultaba de lo más reveladora: Lea había depositado su fe en el Estado y el Estado la había abandonado. Y ahora parecía decidido a hacer lo mismo con Denise. ¿Cómo podía pensar Italia que iba a ser capaz de derrotar a la mafia si no podía siquiera proteger a aquellos que intentaban ayudarla? La falta de comprensión por parte del Estado había matado a Lea casi tanto como la había matado Carlo. Enza Rando, la abogada de Lea, se mostraba particularmente crítica: «Lea tuvo que apañarse sola —dijo—. El Estado no sabía, simplemente, cómo conseguir que la protección de testigos funcionara, y menos en el caso de una mujer. Lea tenía la fuerza y la debilidad de una madre. Valiente, pero a la vez asustada. Nunca recibió la ayuda que necesitaba». ⁶

Alessandra se indignaba con aquellas críticas. Ella habría preferido contar con un programa de protección sin fallos que condujera en todos los casos a la persecución y condena de los mafiosos. Pero en una guerra siempre hay bajas. A veces los que mueren son los *mafiosi*. A veces, los *carabinieri* y los fiscales, y a veces, los testigos. La muerte de Lea no era motivo para mostrar debilidad, sino todo lo contrario: había que exhibir determinación. «Siempre se culpa a los fiscales —dijo—. Pero los hechos son que Lea solicitó protección como testigo y no tenía la suficiente información que lo justificara. La protección cuesta mucho dinero. Si tu información no es lo bastante importante o lo bastante profunda, no se concede.» ⁷

Aun si Alessandra tenía razón en relación con los límites de las finanzas del gobierno, no había duda de que el Estado había fallado en uno de sus deberes esenciales: la protección de sus ciudadanos. Lea había cruzado al otro lado de las trincheras para luchar del lado del gobierno, y había perdido. Como consecuencia de ello, según la imputación, seguramente había sido

torturada, la habían matado y la habían disuelto en ácido. ¿Por qué? Porque la ‘Ndrangheta creía que tenía derecho a disponer de la gente y a deshacerse de ella a su antojo, y porque, en último término, el Estado había hecho lo mismo. Tal vez Alessandra tuviera razón y aquello fuera una guerra. Pero si el Estado la combatía recurriendo a la misma crueldad que la ‘Ndrangheta, ¿acaso a la gente no acabaría trayéndole sin cuidado quién la ganara?

No es que los fiscales antimafia de la ‘Ndrangheta fueran personas insensibles de manera innata, sino que habían aprendido a serlo. Tanto en la facultad de Derecho como en sus cursos de formación específica, así como a lo largo de sus años de profesión, les habían enseñado que las emociones no debían desempeñar el menor papel en su servicio. La mafia era arrebató y sangre. Los fiscales eran concentración, frialdad, disciplina y procedimiento.

Pero, en la medida en que mantuvieran al margen sus corazones de la lucha, era fácil confundir la distancia profesional de un fiscal con indiferencia, e incluso con desdén. Las víctimas de la mafia merecían comprensión. A menudo, lo máximo que un fiscal era capaz de expresar era lástima. Aislados del mundo, en un viaje interminable entre un despacho sin ventanas y un coche blindado, entre un tribunal con puertas de acero y un apartamento con las medidas de seguridad reforzadas, no resultaba difícil que un fiscal olvidara que en último extremo la guerra se libraba en carne y hueso, y que a menudo se ganaba captando los corazones y las mentes. Alessandra despreciaba el sufrimiento de Giuseppina. Le asombraba el componente emocional en la decisión de Lea Garofalo, que la había llevado a la muerte. «Lea Garofalo se fue a Milán, donde sabía que se encontraba su marido, incluso después de que este la hubiera amenazado, casi como una forma de protesta», comentó. Lea había hecho caso a su corazón, y esa había sido su ruina. La cuidada respuesta de Alessandra había sido la insensibilidad. «Yo me dedico a estudiar a mujeres de la ‘Ndrangheta — comentó—. Asisto a conferencias sobre ellas. Es un tema que me apasiona.» Pero que nadie confunda el interés académico con el apego personal. «No me implico en la vida de esas mujeres —añadió—. No puedo.»⁸

XII

La guerra se recrudecía. En agosto, un paquete de dinamita industrial estalló en el exterior del domicilio del fiscal general calabrés Salvatore di Landro, en Reggio. A principios de octubre, un magistrado antimafia de Sicilia anunció que disponía de información sobre una cumbre secreta que había tenido lugar entre los líderes de la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta en que las tres grandes mafias italianas habían elaborado una lista de objetivos a asesinar. Una semana después, Pignatone recibió una llamada telefónica al trabajo en la que le decían que había una sorpresa esperándole fuera. La sorpresa resultó ser un lanzagranadas de Europa del Este escondido debajo de un colchón. La prensa italiana empezó a llamar a 2010 «el año de las bombas y las bazucas».

Pignatone admitió que fueron un acicate para él lo que percibía como acciones de una organización en tensión. Si bien había que tomarse en serio las amenazas, no había motivos para aflojar, pues era evidente que ellos notaban la mano dura. Había otros indicios que revelaban que la ‘Ndrangheta se estaba viendo afectada. Los calabreses de a pie daban un paso al frente para ayudar al Estado, y aquello, según Pignatone «no había ocurrido nunca hasta ese momento». Cuando el ministro de Justicia Angelino Alfano declaró prematuramente que la ‘Ndrangheta estaba «herida de muerte», los fiscales calabreses torcieron el gesto ante semejante muestra de precipitación. No había duda de que «los resultados positivos están generando más resultados positivos».¹ Y Pignatone añadió que había un hecho en concreto que no tenía precedentes: desde el interior de la cárcel, un ‘ndranghetista había empezado a hablar.

A principios de octubre de 2010, en el despacho del fiscal de Palmi se recibió una carta de la cárcel de San Vittore, situada en el centro de Milán. Se trata del centro penitenciario más conocido por sus reclusos mafiosos. Miles de ellos han cumplido condena en ella, y la mayoría pasan por esa prisión en un momento u otro, entre ellos Carlo Cosco, Massimo Sabatino y Salvatore Riina, el capo de la Cosa Nostra que ordenó las ejecuciones de Giovanni Falcone y Paolo Borsellino. El mero hecho de escribir a un fiscal antimafia desde el interior de la prisión y solicitar una reunión entrañaba un riesgo. Especificar, además, que esa reunión tenía que celebrarse sin la presencia de un abogado (lo que indicaba que el interno pensaba hablar libremente, dado que los abogados de la mafia trabajaban más para esa organización que para los individuos) era tan peligroso que daba a entender que a ese preso ya no le importaba nada. Giuseppina Pesce era ya una muerta andante. Tal vez se estaba planteando convertirse en una muerta hablante también.

—Si consigues que hable —le dijo Pignatone a Alessandra mientras le entregaba la carta—, habremos conseguido en tres años en Calabria lo que en Palermo nos costó treinta.²

Alessandra no estaba convencida. Con todo, coincidía con Pignatone en que Giuseppina tenía más probabilidades de abrirse a otra mujer. Y, para Alessandra, la más mínima oportunidad de que una mujer fiscal pudiera desenmascarar a la ‘Ndrangheta gracias a las pruebas aportadas por una mujer mafiosa era irresistible.

El 14 de octubre de 2010, Alessandra franqueó las puertas de San Vittore acompañada por un grupo de agentes de seguridad. El alcaide y un jefe de policía la escoltaron hasta la sala de reuniones. Transcurridos unos minutos, entró Giuseppina acompañada de una celadora. Entró despacio, vacilante. Traía el gesto de quien está encarcelado: pálida, con el pelo grasiento, los hombros hundidos como un animal apaleado. «Me miró con mucho asco —contó Alessandra—. Con orgullo, resentimiento, odio. Yo representaba el Estado, que le estaba arruinando la vida.»³

Después de ese inicio tan poco prometedor, el ambiente no tardó en deteriorarse aún más. Giuseppina soltó que quería que la trasladaran a un piso franco del Estado, y poder ver a sus hijos. A cambio, ella les ayudaría a atrapar a algunos capos de la ‘Ndrangheta que estaban huidos. Alessandra

rechazó de plano aquel ofrecimiento. «Su intención era proporcionarnos un par de nombres a cambio de su libertad», explicó.⁴ Aquello era patético, pensó Alessandra. No era así como trabajaban los fiscales. Ellos no negociaban con gánsters. De esa manera la mafia te atraía. Alessandra cerró su ordenador portátil y se levantó.

Giuseppina alzó la vista y miró a la fiscal, alarmada. Se suponía que las cosas no debían transcurrir así. Su idea era negociar con Alessandra a la manera de la ‘Ndrangheta, es decir, duramente: revelar poco de lo que tienes, fingir que no te impresiona ningún acuerdo que te ofrezcan y al final sacar lo máximo con lo mínimo. Más aún; Giuseppina era una Pesce. Su familia mataba a funcionarios del Estado. Su familia tenía poder. Ella había convocado al Estado para que acudiera a verla. Y, sin embargo, ahí había una fiscal que era mujer (¡una mujer!) que lo ponía todo patas arriba y que en ese momento se estaba dirigiendo hacia la puerta.

Alessandra admitiría más tarde que iba de farol. Era evidente que sí quería obtener información sobre los fugitivos de la ‘Ndrangheta. Quería enterarse de cualquier cosa que le pudiera contar Giuseppina. Pero lo que ella quería era conseguir toda la información que pudiera contarle. Al Estado le había costado mucho construir su caso contra los Pesce y la ‘Ndrangheta. Las pruebas eran lo suficientemente buenas para llevarlos a juicio. Pero siempre podían ser mejores. Era inevitable que varios *mafiosi*, entre ellos algunos jefes, salieran en libertad. Era tanto lo que los fiscales ignoraban o no podían demostrar... ¿Quién dirigía qué? ¿Quién, concretamente, movía determinada cantidad de cocaína? ¿Quién blanqueaba el dinero de quién? ¿Quién exactamente apretaba el gatillo? En la cabeza de Giuseppina Pesce había pruebas que podían resolver centenares de delitos que se remontaban varias décadas atrás. Una confesión completa partiría en dos la organización y la dejaría expuesta, devastaría a un grupo cuyo poder dependía del secretismo. Transformaría la lucha contra la mafia. Y lo más importante de todo, para Alessandra, era que por fin demostraría —a la ‘Ndrangheta, a la judicatura y a toda Italia— que el machismo era un sinsentido tóxico, absurdo y autodestructivo.

Así pues, Alessandra iba de farol en esa apuesta. Pero al llegar a la puerta, Giuseppina carraspeó.

—Todo lo que testifique a partir de ahora —dijo—, lo hago por mis hijos, lo hago para darles un futuro distinto.⁵

Giuseppina acabaría contándole a Alessandra todo lo que sabía. La cosa llevó su tiempo. En un primer momento, las dos mujeres hablaron durante tres semanas en el interior de la cárcel de San Vittore. Una vez que los *carabinieri* se llevaron a los hijos de Giuseppina de casa de la familia Palaia, que los había cuidado, y los condujeron al piso franco de Aprilia, al sur de Roma, donde se reencontraron con su madre, Giuseppina y Alessandra siguieron hablando durante varios meses más. Y no solo por la cantidad y el alcance de los conocimientos de aquella: en un principio, durante aquellas primeras horas y semanas, se explicaba a un ritmo lento. Giuseppina seguía escindida entre el amor a su pequeña familia y la lealtad a la gran Familia con mayúsculas. «Necesitaba desesperadamente estar con sus hijos —comentó Alessandra—. Pero para ella era muy duro traicionar a su familia.»⁶

Con todo, gradualmente, a medida que Alessandra iba tranquilizándola sobre su seguridad y la de sus hijos, aquellas dos mujeres establecieron una relación de confianza mutua. «Ella sabía que iba a morir —explicó Alessandra—. Sabía que sería su hermano el que la mataría. Yo tenía que explicarle una y otra vez que no es normal que si engañas a tu marido tengas que morir.»⁷ Giuseppina fue relajándose. Hubo incluso un momento aquel primer día de octubre en que Alessandra se dio cuenta de que la expresión de sus ojos pasaba del terror y la confusión al coraje y la confianza. A medida que iban hablando, Giuseppina se calmaba más y se mostraba más segura. Alessandra casi notaba una sensación física de inicio, algo así como el primer resplandor de una nueva era que se abría frente a ella.

Una vez transcritas, las pruebas aportadas por Giuseppina acabarían ocupando 1.514 páginas. En ellas se incluían los esquemas que ella misma había dibujado con la jerarquía de la ‘Ndrangheta, descripciones de rituales, evidencias de diversos asesinatos, así como relatos detallados de las bandas dedicadas al tráfico de cocaína, de los grupos dedicados a la extorsión, el lavado de dinero, el fraude con tarjetas de crédito y la corrupción pública. «No quedó nada en el tintero —aseguró Alessandra—. Su conocimiento lo

abarcaba todo. Me contó muchísimas cosas.»⁸ Las pruebas aportadas por Giuseppina no solo avalaban las causas ya existentes, sino que suscitaron un montón de procedimientos nuevos. «A partir de ese momento, cambió por completo el carácter de nuestra investigación —dijo Alessandra—. Fue un auténtico punto de inflexión.» Basándose en las explicaciones de Giuseppina, a lo largo del año siguiente Alessandra confiscaría un total de doscientos sesenta millones de euros en propiedades de los Pesce y de la ‘Ndrangheta, incluidos cuarenta negocios, cuatro casas, cuarenta y cuatro apartamentos, ciento sesenta y cuatro vehículos, sesenta terrenos y dos campos de fútbol. El número de detenciones aumentó exponencialmente. Por fin Alessandra conseguiría presentar cargos contra un total de sesenta y cuatro hombres y mujeres *‘ndranghetisti* de la *‘ndrina* de los Pesce, entre ellos a dos Palaia y a catorce Pesce. Giuseppina reveló la ubicación de tres viviendas en Rosarno bajo las que los Pesce habían construido búnkeres, y señaló la existencia de otros cinco escondites subterráneos. Aun cuando ignorara el paradero de alguno, ofrecía otras ayudas. Explicó que a su primo Francesco Pesce, alias Ciccio, que actuaba como jefe del clan, «le gustaban las mujeres, muchas mujeres». Después de que aportara detalles sobre una de sus novias, los *carabinieri* siguieron a la mujer hasta que esta los condujo al refugio de Ciccio, que había equipado con dieciséis cámaras infrarrojas. A otro capo lo siguieron hasta su búnker siguiendo la pista a sus amigos, cuyos nombres también reveló Giuseppina.

Más que por la pérdida de dinero o de miembros, era el acto mismo de la traición de Giuseppina lo que causó conmoción en la ‘Ndrangheta. «Pesce era un hombre que suscitaba terror en Calabria —dijo Alessandra—. Y romper la cadena, posibilitar que las mujeres y los niños abandonaran la mafia y estuvieran libres y a salvo era como una bomba.»⁹ Cuando las noticias de la traición de Giuseppina llegaron a Rosarno, sus rivales, los Bellocco, organizaron una fiesta para celebrar la vergüenza de los Pesce. En Reggio, Prestipino y Pignatone estaban también exultantes. «Una mujer que llevaba el apellido de los Pesce, miembro integral de aquella temible familia de la ‘Ndrangheta, una mujer que procedía de un lugar en el que las mujeres no tienen los mismos derechos que los hombres, los traiciona y se pone de parte del Estado —comentó Prestipino—.»¹⁰ De inmediato, pierden prestigio.

Pierden poder. Es devastador. La gente corriente ve que no es cierto que van a quedar siempre sin castigo. No es verdad que sean invencibles. La gente dice: “Ya no son capaces de silenciar siquiera a uno de sus miembros”. La gente empieza a tener dudas sobre ellos.»

Igualmente importante era que los propios miembros de la ‘Ndrangheta empezaban a sentir que las viejas certezas se erosionaban. «Giuseppina le enseñó a todo el mundo que había alternativas a la ‘Ndrangheta, que el Estado podía salvarte a ti y a tu familia —dijo Alessandra—. Ella era la prueba viviente de que se podía salir de la ‘Ndrangheta. De que se podía sobrevivir. De que se podía ser libre.»¹¹ Prestipino coincidía. «Los miembros de la ‘Ndrangheta empiezan a darse cuenta de que la vida de la ‘Ndrangheta no es irreversible. Tienen una alternativa. Giuseppina es la prueba para todos los miembros de la ‘Ndrangheta y las mujeres de que un miembro de la mafia no solo puede dejarlo, sino que puede organizar su vida de otra manera. Cualquiera puede hacerlo. Y ello socava y pone en peligro el consenso que ha construido la mafia. Se trata de una crisis existencial.»¹²

La motivación de Giuseppina para llevar a cabo su traición se hundía en su deseo de dar a sus tres hijos una vida mejor. «Quiero cambiar y llevarme a mis hijos conmigo e intentar darles un futuro distinto», escribió en una declaración cuando testificó.¹³ Pero había algo más. Alessandra y ella habían establecido una conexión. En cierto sentido, eran dos mujeres unidas contra un mundo de hombres violentos. Cuando Alessandra notaba que Giuseppina no le contaba algo sobre algún tema delicado (su matrimonio, su aventura sentimental, la manera de ser de los hombres de la familia Pesce), le pedía a los *carabinieri* de sexo masculino presentes en la sala que la abandonaran, para que Giuseppina se sintiera menos juzgada y pudiera expresarse con mayor libertad.

Alessandra y Giuseppina iban descubriendo que tenían más en común de lo que inicialmente habían creído. Eran dos mujeres con un enemigo común, que vivían unas vidas difíciles, aisladas y a veces aterradoras. Eso las convertía en aliadas naturales. Y más aún, hacía que las dos estuvieran necesitadas de amistad. Giuseppina, sobre todo, había roto con toda su familia y su vida. «Estoy sola», comentaba a menudo a los fiscales. Alessandra notaba que Giuseppina necesitaba a alguien en quien confiar. Un

Estado que cumpliera sus promesas. Una fiscal en cuya palabra pudiera creer. Una nueva vida, no solo seguridad y supervivencia sino una existencia plena y con sentido, incluso una esperanza de alegría y amor.

Alessandra entendía a Giuseppina tal vez más de lo que ella creía. Casi por primera vez en su carrera, empezaba a permitirse sentir algo ella también. Aquel caso no era un caso más, se decía. Alejándose de una máxima a la que se había aferrado desde que era estudiante de Derecho, empezaba a ver a Giuseppina no solo como a un instrumento para hacer su trabajo, sino como a un individuo con sus fortalezas, sus defectos y sus necesidades. Alessandra se ocupaba de que Giuseppina nunca estuviera sola, y pudiera telefonarla a ella o a su abogado en cualquier momento, de noche y de día. Empezó a visitarla aun cuando no tuviera ningún asunto profesional que tratar con ella. Era consciente de que estaba incumpliendo sus propias reglas. Su relación con la testigo se estaba convirtiendo en algo que iba más allá de lo técnico o lo objetivo. En ocasiones, Alessandra se veía a sí misma como una gondolera que transportaba a Giuseppina desde su antigua vida hasta la nueva. En otros momentos, se refería al vínculo entre ella y aquella joven como a un «cordón umbilical» que se estaba creando.

A sus cuarenta años, y de la manera más inesperada, Alessandra se estaba convirtiendo en madre.

XIII

En Pagliarelle, Denise desconocía los avances de los fiscales en la caza a los asesinos de su madre.¹ No tenía ni idea de que su padre, Carlo Cosco, había ordenado que la mataran a ella también, ni que Carmine se negaba a obedecerle. En cualquier caso, fingir que era una buena hija de la ‘Ndrangheta al tiempo que se veía en secreto con Carmine y mantenía contacto con Libera, con Enza Rando y con los *carabinieri* era un acto de equilibrio imposible. El 28 de septiembre de 2010, visitó a Carlo en la cárcel. La conversación fue incómoda, poco fluida. Denise se daba cuenta de que su comedia no se sostenía. «No sentía el menor deseo de ver a mi padre —diría más tarde—. No era sincera.»

Unas semanas más tarde, en la mañana del 18 de octubre de 2010, el fiscal de Milán que dirigía la investigación sobre la desaparición de Lea, Giuseppe Gennari, dictó al fin un escrito de acusación por asesinato contra Carlo. Describía la muerte de Lea como una «ejecución» planificada y ordenada por Carlo, y afirmaba que este había organizado la salida de Lea de la ciudad en una furgoneta, se había ocupado de buscar un almacén en el que pudieran interrogarla y torturarla, de conseguir un arma para matarla, y de hacerse con cincuenta litros de ácido sulfúrico para disolver el cadáver. Borrar todo rastro de Lea permitiría a los conspiradores asegurar que había huido a Australia, manifestaba. Según contó Gennari a los periodistas, el móvil del asesinato eran «las declaraciones que Lea había hecho a los fiscales, ninguna de las cuales, por razones que no han sido explicadas, se usaron durante el juicio». Gennari añadía que, más concretamente, a Lea la mataron por testificar en relación con el asesinato de Antonio Comberinati. Aunque Carlo no supo nunca lo que Lea había contado a los fiscales, el fiscal aseguraba que este no había querido asumir ningún riesgo. Y añadía que, fuera como fuera, Carlo creía que Lea debía ser castigada por su deslealtad y

la vergüenza que había hecho recaer sobre él. Desde el momento en que ella abandonó el programa de protección de testigos en abril de 2009, Carlo había trabajado para conseguir secuestrarla, torturarla y asesinarla. Gennari concluía diciendo que Carlo había contado con cinco cómplices, a los que nombraba: Massimo Sabatino, los dos hermanos de Carlo, Vito y Giuseppe, Rosario Curcio y Carmine Venturino.

La mañana del 18 de octubre, en Calabria, amaneció cálida. Era uno de los últimos días de verano. Denise y Carmine se habían acercado en coche a Crotona a comprar provisiones para la pizzería familiar de los Cosco, donde los dos seguían trabajando. Después siguieron ruta por la costa, hasta la playa de Botricello. Querían nadar un poco, tomar el sol y tal vez comer algo. Hacia el mediodía, mientras el fiscal Gennari hablaba con los periodistas en Milán, la pareja vio que varios coches de *carabinieri* se acercaban por el paseo marítimo y se detenían. Se bajaron varios agentes. Empezaron a caminar sobre la arena. Denise y Carmine los veían acercarse. Carmine inspiró hondo, se puso la camiseta y se quedó ahí, con la cabeza gacha y los brazos pegados a los costados.

Denise observaba a los agentes que rodeaban a su novio, lo esposaban, lo sujetaban por los hombros y se lo llevaban por la playa. Se quedó lívida. Su relación con Carmine aún era secreta. Pero algo en la manera de proceder de los *carabinieri* le decía que lo sabían todo. Además, de pronto tuvo una intuición sobre algo más. Siguió a los agentes, que conducían a Carmine hacia un coche patrulla. Uno de los hombres la llevó a ella hasta otro vehículo y le abrió la puerta.

—Este es uno de los hombres que mató a tu madre —dijo el agente—. Él es el que disolvió su cadáver en ácido.²

XIV

Giuseppina Pesce y sus hijos se reencontraron en un piso franco de Aprilia el 5 de noviembre de 2010. Días después, la mayor, Angela, recibió un envío de Rosarno. Los *carabinieri* se la habían llevado a ella y a sus dos hermanos, Gaetano y Elisea, con tal prisa que solo se habían ido con lo puesto. Ahora, los Palaia, es decir, la familia política de Giuseppina, les enviaban sus pertenencias. Los niños estaban encantados. Mientras deshacía el equipaje, entre las sudaderas y sus vaqueros favoritos, Angela encontró su teléfono móvil bien envuelto en una camiseta. No se lo dijo a su madre.¹

Las llamadas desde Rosarno empezaron a producirse casi de inmediato. Los tíos y los abuelos de Angela le preguntaban si comía bien, cómo le iba sin la familia, ¿Se mantenía al margen de los otros? La mayor parte del tiempo que su madre había pasado en la cárcel, los niños habían vivido con su tía, Angela Palaia, con la que Angela compartía nombre y apellido. Aquella tía la llamaba casi cada día. Le decía a su sobrina que la familia la echaba de menos. Le prometía que le compraría una chaqueta, o unas zapatillas deportivas, en cuanto volviera a Rosarno. A veces le decía que Giuseppina había tomado sus propias decisiones, que tenía sus propios motivos, pero que no se había parado a pensar en las consecuencias que tenían para sus hijos, a los que estaba alejando de su familia y sus amigos. Era injusto, le decía tía Angela. Era injusto e indicaba que Giuseppina era una mala madre. El programa de protección de testigos no era vida para una adolescente. Angela se estaba perdiendo muchas cosas. Los Palaia tenían todo lo que ella deseaba. ¿Qué podía darle el Estado que su familia no pudiera darle? «Dile a tu madre que quieres estar con nosotros —le decía tía Angela—. Si ella quiere seguir adelante, que lo haga ella sola. Pero tú vuelve a vivir con nosotros.»

Angela estaba dividida. Quería a su madre. Pero también había llegado a sentirse muy unida a su tía en el tiempo que habían vivido juntas. Y si bien Giuseppina le había prometido una vida mejor a partir del momento en que volvieran a reunirse, a Angela le parecía que eso no era así en absoluto, que su vida no se parecía a nada que ella hubiera conocido hasta ese momento. No tardó en empezar a discutir con su madre, a decirle que era una egoísta por alejarla a ella y a sus hermanos de su colegio, sus amigos, su familia. Angela dejó de comer. Se negaba a levantarse de la cama. Su tía le decía que era su madre la que la ponía enferma. Y que todo aquello era innecesario. Le prometía que su familia perdonaría a Giuseppina. Todo el mundo la quería. Todo el mundo quería también a Angela, a Gaetano, a Elisea. Después de todo eran una familia. Los hombres tenían un abogado a su disposición que se enfrentaría a cualquier declaración que su madre hubiera podido hacer. La vida volvería a la normalidad. Sería como si nada hubiera ocurrido. ¿Por qué no volvían todos a casa? «Angela empezó a decir que yo era su enemiga — contó Giuseppina—. Me decía que tía Angela era muy buena con ella, que tía Angela la quería.»

El intento de los Palaia era acertado. Al darse cuenta de que Giuseppina había empezado a colaborar con las autoridades por el bien de sus hijos, supusieron, correctamente, que por ellos sería capaz de dejar de hacerlo. En aquella época, Alessandra no tenía ni idea de aquellas conversaciones telefónicas secretas que se producían en el interior del piso franco. Cuando lo descubrió más tarde, admitió que, con su profundo conocimiento de la familia, la ‘Ndrangheta había encontrado el punto débil de Giuseppina. «Angela solo tenía dieciséis años y no entendía la decisión de su madre — dijo—. Y todo el mundo sabía que, sin su hija, Giuseppina no seguiría adelante.»

Para la ‘Ndrangheta, forzar un punto final a la cooperación de Giuseppina resultaba fundamental. El 23 de noviembre de 2010, Alessandra puso en marcha la Operación All Inside II, una serie de redadas pensadas para desmantelar el imperio de los Pesce, motivadas en gran medida por la información aportada por Giuseppina. Se procedió a la detención de otros veintidós miembros de la familia, entre ellos dos policías, un guardia de prisiones y dos mujeres más: la esposa de veintiocho años de un

‘ndranghetista de un escalafón bajo de la que se decía que se dedicaba a pasar mensajes entre jefes; y Carmelina Capria, de cuarenta y siete, esposa del jefe de clan Antonino Pesce y supuesto contable de la familia.

La respuesta de los Pesce fue aumentar la presión sobre Giuseppina. A principios de 2011, las llamadas a Angela se hicieron más frecuentes. En los primeros días de marzo, no se sabe bien cómo, se le hizo llegar un segundo teléfono móvil a Giuseppina. También ella empezó a hablar con Angela. Esta le dijo que su marido, Rocco Palaia, todavía la quería, como la quería toda la familia. Intentaba tranquilizarla diciéndole que no debía preocuparse por las represalias. Todo el mundo se equivocaba alguna vez en la vida. Rocco estaba dispuesto a perdonarla. Lo más importante era la salud de sus hijos. Para una joven de dieciséis años, estar alejada de su familia no era natural. Era algo que sin duda la estaba alterando. Tía Angela le decía que por el bien de su hija Giuseppina tenía que dejar de colaborar con las autoridades, desdecirse de sus declaraciones y regresar a Rosarno.

Giuseppina decía pocas cosas en aquellas conversaciones, pero no colgaba. Y cuando el mes de marzo de 2011 dio paso al de abril y tía Angela prosiguió con su chantaje emocional, el cuñado de Giuseppina, Gianluca Palaia, empezó a pasar instrucciones sobre cómo debía Giuseppina poner fin a su colaboración. Una vez que hubiera dejado el programa de protección de testigos, la familia le buscaría un abogado, se haría cargo de sus honorarios y le alquilaría un nuevo apartamento. Se encargó de que recibiera tres mil euros, que describió como el regalo de «un hombre bueno». Como tía Angela, Gianluca intentaba tranquilizarla. «No te preocupes —decía—. Nadie te va a hacer nada.» Incluso la hija de Giuseppina, Angela, intentaba convencerla: «¿Lo ves? ¿Lo ves? —le decía—. Ahora depende de ti».

A finales de marzo, a Giuseppina le dieron permiso para abandonar el piso franco unas horas a fin de reunirse con su abogado. En la comisaría de los *carabinieri* de Aprilia se reunió con Giuseppe Madia, defensor de Roma que había representado antes a otros mafiosos y que ahora trabajaba para los Palaia. Madia le pidió a Giuseppina que leyera una carta en la oficina del fiscal que él había redactado en su nombre. En ella manifestaba que su salud se había resentido en el tiempo que había pasado en la cárcel; que las autoridades se habían aprovechado de la fragilidad de su estado mental

forzándola a cooperar; y que las pruebas que había aportado eran falsas y que por tanto las retiraba. Giuseppina mostró su disconformidad con algunas afirmaciones, pero acabó aceptando firmar. También aceptó la propuesta de Madia de no aprobar las declaraciones que en calidad de testigo había proporcionado a Alessandra, y de ejercer su derecho a guardar silencio en cualquier otro encuentro con ella a partir de entonces.

Giuseppina copió de su puño y letra la carta mecanografiada redactada por Madia, la firmó y la fechó el 2 de abril. Dos días después consintió entrevistarse con un *carabiniere*, y respondió con total libertad a todas sus preguntas. Posteriormente contaría que «estaba atrapada entre dos fuegos». Cuando Madia contó a los Palaia que Giuseppina seguía cooperando, tía Angela, el cuñado Gianluca Palaia y un tercer miembro del clan, Angelo Ietto, se presentaron sin más en el piso franco y explicaron a las autoridades que acudían para dar «apoyo emocional» a su prima en esos momentos difíciles. Giuseppina se dio cuenta de que, una vez más, estaban decidiendo su destino en su nombre. «Había tomado la decisión de dar una vida mejor a mi hija, pero al colaborar con las autoridades le había hecho daño», contó. Ahora tenía que hacer lo que quería su hija. La ‘Ndrangheta estaba dentro de casa, sentada con sus hijos. Si se negaba a cooperar con ellos, se llevarían a los niños para siempre. «No podía traicionar a mis hijos —dijo Giuseppina—. No podía negarme.»

El 11 de abril, Alessandra se trasladó en avión hasta Roma y desde allí siguió viaje en coche hasta Aprilia para ver a Giuseppina. Meses de entrevistas habían conducido a ese momento. Hacía 179 días que esta había empezado a cooperar, y faltaba solo uno para que expirara el plazo de que disponen los fiscales italianos en cualquier investigación para presentar sus pruebas ante un tribunal. Alessandra llevaba consigo las casi dos mil páginas impresas, transcripciones de todos los interrogatorios de Giuseppina en los seis meses pasados. En ellas estaba el retrato más detallado de la ‘Ndrangheta que se había hecho nunca. No hacía falta más para desmantelar a una de las familias criminales más poderosas de Europa y para poner al descubierto a un grupo secreto dedicado al asesinato y el tráfico de drogas que llevaba ciento cincuenta años aterrorizando Italia. Se trataba, asimismo, de la confirmación

más rotunda de la intuición que había tenido Alessandra sobre las mujeres de la ‘Ndrangheta. Le costaba no sentir por un instante una sensación de triunfo mientras dejaba las carpetas sobre la mesa, frente a la testigo estrella.

Alessandra le explicó a Giuseppina que su firma era solo un formalismo legal. Lo único que tenía que hacer era firmar una carta en la que corroboraba que todas las declaraciones que seguían eran sus propias palabras y una representación veraz de los hechos tal como ella los conocía. Giuseppina clavó la vista en aquellos papeles, y le dijo a Alessandra que no podía firmarlos.

—¿Te niegas a firmarlos porque todo lo que nos has contado son mentiras? —le preguntó Alessandra.²

Giuseppina, intentando no mirar a la fiscal a los ojos, empezó a llorar. Entre sollozos, invocó su derecho a guardar silencio. Atónita, Alessandra recogió las carpetas y le dijo que la dejaría unos minutos con su abogado para que reconsiderara sus opciones. Regresó a la media hora.

—¿Eso es realmente lo que quieres? —le preguntó.

Giuseppina se echó a llorar de nuevo.

—No es lo que quiero —dijo—. Es lo que debo hacer por mis hijos.

Y ya no quiso decir nada más.

Alessandra intentó seguir como antes. El 16 de abril, detuvo a la madre de Giuseppina, Angela Ferraro, y a su hermana Marina, acusadas de extorsión y asociación mafiosa. Las dos habían sido detenidas un año antes y puestas en libertad bajo fianza, pero con las nuevas pruebas aportadas por Giuseppina, sus delitos resultaban ahora lo bastante graves como para justificar la prisión preventiva. Con su detención ascendían a setenta y cuatro los miembros del clan Pesce a los que Alessandra había detenido desde el inicio de la Operación All Inside.

Sin embargo, al día siguiente, los Pesce devolvieron el golpe. En la *Gazzetta del Sud*, el principal periódico del Mezzogiorno italiano, apareció un reportaje en el que se citaba a Giuseppe Madia asegurando que

Giuseppina se había retractado. Alessandra no hizo caso de la noticia por considerarla la clásica mentira de la mafia. Aquella gente no podía soportar la debilidad, pensaba ella. El Estado estaba ganando aquella guerra.

El 21 de abril, Alessandra atacó de nuevo. Actuando una vez más a partir de las pruebas aportadas por Giuseppina, puso en marcha la Operación All Clean, dirigida en esa ocasión contra las finanzas de los Pesce. Se confiscaron cuarenta y una empresas, la mayoría de ellas con sede en Rosarno y sus alrededores, entre ellas compañías de transporte, distribuidoras de naranjas y limones, estaciones de servicio, un complejo deportivo, una operadora de pesca deportiva, una compañía de plásticos y una pizzería. Además, los fiscales confiscaron cincuenta propiedades —villas, apartamentos, casas y garajes—, cincuenta y cuatro terrenos, cincuenta y un coches y motocicletas y ciento dos camiones. El valor total estimado era de ciento noventa millones de euros. «Hoy podemos decir con satisfacción que Rosarno es verdaderamente libre», declaró Pignatone.

Pero Alessandra apenas tuvo tiempo de saborear su nueva victoria porque el 26 de abril de ese mismo año le hicieron llegar un ejemplar del periódico de Reggio, *Calabria Ora*. En la portada, el rotativo reproducía lo que, según se decía, era una carta enviada por Giuseppina Pesce al fiscal general de Calabria:³

Apreciado señor juez:

Con esta carta quiero retirar todas las alegaciones que hice en mis declaraciones previas. He decidido hacerlo no por miedo sino por conciencia, porque dije cosas que no se corresponden con la realidad. Hice esas declaraciones en un momento en que estaba gravemente enferma y sufría por encontrarme separada de mis hijos.

Los médicos que vinieron a verme cuando estuve detenida fueron testigos de la gravedad de mi enfermedad y de lo mucho que me afectó la cárcel, hasta el punto de que, producto de la desesperación, puse en peligro mi propia vida. Esperaba ver a mis tres hijos, uno de los cuales tiene problemas graves de salud. Pero mis esperanzas fueron en vano y me enviaron a Milán. En ese momento me di cuenta de que moriría si no hacía las declaraciones que se esperaba que hiciera.

La magistrada que ha llevado el caso puede detallar la génesis de esas declaraciones, surgidas de respuestas a preguntas cargadas de implacables acusaciones contra mi familia más cercana. Cuanto más acusaba, más se me creía. Y yo estaba tan deprimida que injuriaba a los miembros más próximos de mi familia diciendo mentiras. El miedo y la enfermedad me hicieron pronunciar esas declaraciones, que ahora solo me hacen sentir vergüenza en el corazón. Me siento totalmente desnuda, expuesta a la vista de todos, sin pensar en mi dignidad ni mis sentimientos. Siento que me han usado. Pero también me siento mejor hoy que he hallado el valor para retirar esas

alegaciones, aunque temo el monstruoso proceso que he ayudado a poner en marcha. Rezo por que todos, incluso aquellos a los que he perjudicado injustamente, me muestren algo de comprensión por todo lo que he pasado, que es algo con lo que sigo viviendo.

Sinceramente,
Giuseppina Pesce

Calabria Ora siguió alimentando su exclusiva mediante la publicación de una entrevista en primera página dos días después con Madia, el abogado, bajo el titular: «Obligada a arrepentirse: Pesce dijo todo lo que los fiscales querían». El artículo empezaba con una cita de Madia: «¿Sabe cuántas veces he hablado con mi cliente? Una, en una comisaría de policía, y después nada más. ¿Se lo imagina? Actualmente ni siquiera sé dónde está».

Madia alegaba que Alessandra le había «extraído» el testimonio a Giuseppina recurriendo a la «amenaza» de que a menos que cooperase nunca volvería a ver a sus hijos. «Lea su informe médico, lea lo que dice sobre la señora Pesce», conminaba el abogado al periodista de *Calabria Ora*, y le entregaba un documento firmado por Nicola Pangallo, psiquiatra con el que Giuseppina se había entrevistado en la cárcel. «La interna presenta un cuadro muy grave que no aconseja su permanencia continuada en prisión [...] El oficial de servicio refiere que la presa intentó suicidarse ahorcándose. La paciente está totalmente desvinculada de la realidad y obsesionada con la idea de abandonar la cárcel y ver a sus hijos una vez más. Cuando habló con su hija, esta respondió: “¿Esa es mi madre?”. [La paciente dijo]: “Tengo miedo de que mis hijos ya no me reconozcan”.»

El doctor Pangallo recomendaba que Giuseppina recibiera un tratamiento especializado en una cárcel cercana al lugar de residencia de sus hijos, para poder mantener con ellos un contacto más frecuente. «¿Y dónde les parece a los fiscales que se encuentra situada la cárcel más próxima a Reggio? —le preguntaba Media al periodista—. Pues en Milán, claro, a mil kilómetros de distancia.» Había sido después de ese traslado cuando Giuseppina se había desmoronado y había empezado a cooperar, añadía. «Es evidente que la señora Pesce no dijo la verdad. Solo dijo lo que los jueces querían oír. Por eso declaró lo que declaró.»

En un editorial, el editor jefe de *Calabria Ora*, Piero Sansonetti, censuraba la conducta del fiscal. «La lucha contra la mafia, como todos los ejercicios de la justicia, debe llevarse a cabo dentro de las reglas, estrictamente dentro de las reglas —escribía—. De otro modo podría asestar algún que otro golpe a la mafia, sí, pero infligiría un daño mucho mayor a nuestro sistema judicial y a la sociedad.» Un día después, el 29 de abril (que casualmente era el día en que Alessandra cumplía cuarenta y un años), Sansonetti concedió una entrevista televisiva en la que repetía las alegaciones de Madia, exigía una investigación parlamentaria y acusaba a Alessandra de extorsión y chantaje.

Ese fue el principio de una campaña en *Calabria Ora* que duró un año, contra Alessandra y otros fiscales antimafia. Mientras duró, a Giuseppina no se la describía como a una persona que había tomado sus propias decisiones, sino como a una mujer perturbada y débil a la que los fiscales habían usado y manipulado para que traicionara a su familia. Una semana después, Sansonetti publicó otro editorial en el que parecía justificar el incumplimiento de la ley y caracterizar a la ‘Ndrangheta como víctima de la opresión. «A decir verdad, con frecuencia las leyes no me gustan —escribía—. El respeto a la ley no siempre es, en mi opinión, merecido. Yo nunca me he alineado con la ley. La desobediencia es una virtud. Tiendo a pensar que es mejor alzarse en defensa de los débiles, sean quienes sean, buenos o malos, culpables o inocentes.» En el transcurso de los meses siguientes, *Calabria Ora* publicó una serie de noticias en las que se censuraba a los fiscales. Una era una entrevista desde la cárcel con Salvatore Pesce, el padre de Giuseppina, que criticaba la manera en que habían tratado a su hija. El tío de Giuseppina, Giuseppe Ferraro, también habló para el rotativo, y acusó a Alessandra de chantajear a su sobrina haciendo que los *carabinieri* secuestraran a sus hijos y obligándola a hacer declaraciones bajo los efectos de sustancias psicotrópicas.

No estaba claro hasta qué punto los Pesce se creían todo aquello. El público al que iba destinado, al parecer, eran tanto los ciudadanos de Rosarno como Alessandra y el Estado. En todo caso, la judicatura tenía que responder. El responsable del departamento antimafia de Roma negó en un primer momento la menor irregularidad, y convocó a Alessandra a la capital, donde

se le ordenó que redactara un informe exponiendo sus acciones. Incluso se nombró a un fiscal de Catanzaro para que investigara a Alessandra por extorsión. «La campaña difamatoria no cesaba», dijo ella.

Alessandra sabía que se estaba convirtiendo en un lastre para la judicatura. Hasta para los colegas que la apoyaban, corría el riesgo de convertirse en un ejemplo a no seguir: el espectacular ascenso y caída de la mujer fiscal que había volado demasiado alto. Contaba con el respaldo de Pignatone y Prestipino. Pero ningún fiscal podía tolerar una crítica continuada, y menos en la primera línea de la guerra contra la mafia.

La única esperanza de Alessandra pasaba por conseguir que Giuseppina volviera a cambiar de opinión. Parecía algo improbable. Pero en los meses que siguieron, Alessandra empezó a concentrarse en la última conversación que había mantenido con Giuseppina; se la repetía mentalmente una y otra vez. La carta publicada en *Calabria Ora* con la que Giuseppina retiraba sus declaraciones estaba, sin duda, escrita por ella. Pero cuando Alessandra había retado a Giuseppina a declarar que las pruebas que había aportado eran mentiras, esta se había negado a hablar. La fiscal llegó al convencimiento de que Giuseppina intentaba decirle algo. Negarse a declarar no era retractarse. Era posible que Giuseppina solo estuviera negándose a firmar sus declaraciones «en ese momento». ¿Quién sabía a qué clase de presión estaba sometiéndola la ‘Ndrangheta?

A principios de mayo, a Alessandra le pasaron transcripciones de conversaciones interceptadas entre miembros de la familia Pesce. Su contenido parecía avalar la idea de que, en contra de lo que se desprendía de la carta de Giuseppina, esta no estaba ni mucho menos reconciliada con su familia. En una conversación del 5 de mayo, captada en vídeo entre su hermano Francesco Pesce y su abuela Giuseppa Bonarrigo, él le aseguraba a la matriarca de la familia que los Pesce «no tienen nada de qué avergonzarse. Si ella [Giuseppina] la caga, lo hará sola, sin nadie más de la familia». Además, las pruebas de Giuseppina no eran tan condenatorias, aseguraba Francesco. La familia había encontrado expertos que testificarían que sufría una enfermedad mental. «Está loca, loca —coincidía la abuela—. Lo ha hecho por sus hijos. ¡Imagínate!» Francesco añadía que el testimonio de Giuseppina se basaba, en su mayoría, en cosas que había oído. Las mujeres

no eran como los hombres, decía. Se quedaban en casa y oían hablar a los hombres. Lo único que Giuseppina había podido transmitir era lo que había oído. Ese era un problema que había nacido en casa, decía Francesco, «y lo solucionaremos en casa. Lo único que tenemos que hacer es conseguir que vuelva diciéndole que la queremos, que la perdonamos, que es mi hermana». Al oír aquellas palabras: «Lo solucionaremos en casa», la abuela de Giuseppina, de setenta y ocho años, asentía, se acercaba el dedo pulgar al cuello y se lo pasaba por la garganta, haciendo el gesto de cortarlo.

Alessandra no podía quitarse aquella conversación de la mente. La motivación de Giuseppina para hablar siempre había sido proporcionar a su familia una vida mejor. Ese impulso maternal implicaba que no todo estaba perdido. Giuseppina todavía querría dar una vida mejor a sus hijos. Además, no se había retractado de sus declaraciones, sino que simplemente las había dejado de lado. Si pensaba llevarse a sus hijos de nuevo a Rosarno, sería solo hasta que pensara que era seguro irse otra vez. En los meses que habían pasado trabajando juntas, Alessandra había llegado a confiar en Giuseppina, a preocuparse por ella y a respetarla. Giuseppina era una mujer resistente y con recursos. Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que aquella mujer, al invocar su derecho a guardar silencio, estaba siguiendo un plan trazado. «Está siendo lista», le decía a su personal. Ante la 'Ndrangheta, Giuseppina intentaba aparecer como si hubiera vuelto al redil. Pero para Alessandra, Giuseppina daba muestras de que seguía fiel a la causa. Todavía pensaba cooperar, pero estaba midiendo sus tiempos. «Me está diciendo que lo que me contó durante todos aquellos meses de entrevistas era verdad», dijo Alessandra.

Sin embargo, el tiempo no jugaba a favor de Giuseppina. Como indicaba el gesto de su abuela, era probable que su familia la matara en cuanto pudiera. Como Giuseppina había dejado de cooperar, el programa de protección de testigos la expulsaría pronto, como había hecho con Lea Garofalo, y si el final de Lea podía servir de pista, la muerte de Giuseppina no tardaría en producirse. Fuera cual fuese la vía que Alessandra escogiera para salvar a su testigo estrella, debía actuar de inmediato.

XV

Mientras hacía lo que podía para rescatar a Giuseppina, Alessandra descubrió que el ejemplo de su *pentita* estaba inspirando a otra mujer de la ‘Ndrangheta a seguirlo.¹

En junio de 2010, empezaron a llegar unas cartas anónimas a la casa de dos plantas y fachada amarilla situada en Via Don Gregoria Varrà de Rosarno, que Maria Concetta Cacciola compartía con sus padres. En ella se aseguraba que Concetta tenía una aventura con uno de sus amigos de Facebook. La acusación era absurda: el amigo de Concetta había estado en Alemania sin interrupciones desde que ella lo había conocido. Pero el padre y el hermano de Concetta, Michele y Giuseppe, no lo dudaron. Le gritaron que era «un animal asqueroso», la agarraron, la tiraron al suelo y empezaron a darle patadas hasta romperle una costilla. Desesperados en su intento de impedir a toda costa que nada pudiera manchar públicamente el buen nombre de la familia, aquellos dos hombres se negaron a que Concetta recibiera tratamiento hospitalario y organizaron visitas privadas a domicilio de un médico vinculado a los Pesce. Todo ello ocurrió en presencia de los tres hijos de Concetta, Alfonso, de quince años, Tania, de doce, y Rosi, de seis.

Concetta tardó tres meses en recuperarse lo suficiente como para poder salir a la calle. Incluso entonces, uno de sus primos la seguía a todas partes. Un día se encontró sola en casa y llamó por teléfono a una casa refugio para mujeres situada en el otro extremo de Calabria, pero colgó antes de que descolgaran. Después, el 11 de mayo de 2011, los *carabinieri* la llamaron para que se presentara en la comisaría de Rosarno. La moto de Alfonso había sido confiscada porque el joven había cometido una infracción menor y Concetta debía pagar la multa si quería que se la devolvieran. Ese trayecto de veinte minutos hasta la policía fue el primer desplazamiento que pudo hacer desde su casa sin compañía.

Concetta entró en la comisaría y pidió hablar con algún agente del cuerpo. A partir del momento en que el oficial Carlo Carli la condujo hasta una sala de interrogatorios y cerró la puerta, todo le salió a borbotones. Concetta le preguntó primero a Carlo si estaba al corriente de la fama de la familia Cacciola y de su marido, Salvatore Figliuzzi. Carli le dijo que sí, y entonces ella le contó que su familia la había mantenido casi como una prisionera en su propia casa durante ocho años, desde que Salvatore había ingresado en prisión. La situación se le había hecho intolerable en los últimos once meses, comentó. Le contó la historia de su amistad de Facebook, los anónimos y la paliza. Su familia no le dejaba salir nunca sola y no la perdía de vista. Como para corroborar lo que acababa de contar, el teléfono de Concetta empezó a sonar. Era su madre, Anna Rosalba Lazzaro, que le preguntaba dónde estaba. Concetta dijo que tenía que irse. En la puerta de la sala de interrogatorios, anticipó que algún día su familia la mataría. «Si descubren que estoy aquí diciendo estas cosas, me matarán seguro», dijo.

El agente Carli quería saber más. Usando la moto de Alfonso como excusa, volvió a convocar a Concetta a la comisaría cuatro días después. En esa ocasión habló con una agente y, al sentirse menos cohibida en presencia de otra mujer, le confió que deseaba huir de su familia y abandonar Rosarno. En varias ocasiones había comprado billetes para viajar al norte de Italia, pero nunca había tenido el coraje de llegar hasta el final. Había llegado a romper el billete una vez al ver que sus primos la habían seguido hasta la agencia de viajes. Concetta le confesó a la agente que, en realidad, su familia tenía razón. Haciéndose llamar «Nemi», había iniciado una segunda relación por internet con un tal «Prince 484», un hombre de Reggio llamado Pasquale Improta.² En un principio se había tratado de algo inocente. Pero ahora empezaba a convertirse en una aventura sentimental. Pasquale vivía a unas pocas horas de allí, en Nápoles. Cuando le contó lo de la paliza, él le recomendó que fuera a los *carabinieri* y solicitara protección. Concetta quería estar con Pasquale. Le había contado a su madre que quería divorciarse de Salvatore. Después de todo, él nunca la había querido y solo se había casado con ella para ascender peldaños dentro de la ‘Ndrangheta.

Concetta explicó que su padre nunca le permitiría divorciarse de su marido. Pero era su hermano menor, Giuseppe, de treinta años, quien le inspiraba más temor. Según ella, había sido educado como un verdadero creyente, y no conocía nada más que la ‘Ndrangheta. Debía advertir a sus amigos de que se mantuvieran alejados de ella para que él no sospechara que la ayudaban. La única vez que había podido relajarse fue cuando se fue de viaje de negocios, o cuando se esfumó unos días, después de un asesinato perpetrado en Rosarno. Pero incluso en aquellas ocasiones, la esposa de Giuseppe se había llevado aparte a Concetta y le había susurrado que no hablara libremente en la casa porque él había puesto micrófonos ocultos. «A Giuseppe le daban ataques —contó Concetta—. Y era capaz de cualquier cosa. Podía hacerme desaparecer. Solo espera la prueba de que tengo una aventura. Tarde o temprano vendrá a verme y me dirá: “Ven conmigo”. Y ese día me esfumaré.»

El 23 de mayo, Concetta regresó a la comisaría y habló de nuevo con el agente Carli. Con cada visita parecía hacer acopio de coraje. En esa ocasión aportó más detalles sobre las palizas que le propinaban su padre y su hermano. Y añadió que se estaba planteando irse a Nápoles. El 25 de mayo acudió a los *carabinieri* de Gioia Tauro. En esa ocasión concluyó su conversación asegurando que estaba dispuesta a declarar oficialmente sobre su familia a cambio de recibir protección como testigo. Al regresar a Gioia Tauro un día después (era su quinta visita a los *carabinieri* en dos semanas), se encontró con Alessandra y Giovanni Musarò, que la esperaban.

Concetta contó a los dos fiscales que solo podría hablar un máximo de noventa minutos. «Fue un interrogatorio complicado —dijo Alessandra—. Teníamos que saber a quién teníamos delante, por qué estaba hablando con nosotros, qué iba a ser capaz de contarnos, y si nos estaba mintiendo. Y ella estaba muy asustada. Le había dicho a su familia que tenía que ir a los *carabinieri* para pagar una multa. Por eso disponía de un poco más de tiempo del habitual para estar fuera de casa. Pero estaba preocupada. Y no dejaba de consultar la hora.»³

A los magistrados no les costó mucho determinar que Concetta era creíble. Su conocimiento de los clanes de Rosarno era extenso. Les contó detalles sobre el asesinato de Palmiro Macri, de sesenta y dos años, abatido

durante una disputa entre clanes por un sicario que llevaba un Kalashnikov, en julio de 2008, mientras iba en su Fiat Panda por la localidad. Explicó que un jefe llamado Umberto Bellocco había asesinado a Salvatore Messina, el hermano de su mujer, y había culpado del crimen al primo de Concetta, Gregorio Bellocco, lo que causó un distanciamiento de años entre los Bellocco y los Pesce. Contó que aquellos habían extendido sus redes de protección al interior del territorio, hasta la localidad de San Ferdinando. Precisó la ubicación de al menos dos búnkeres, excavados bajo una vieja fábrica de Rosarno, provistos de alimentos y champán. La hipocresía de los jefes parecía indignar a Concetta. Colgado de la pared en la que «aquellos hombres sin honor se encerraban como animales», según ella, había retratos de san Pío de Pietrelcina. «Les hablo de asesinos —añadió—, de gente que asesinaba a malas personas a las que antes consideraban amigas, personas a las que invitaban a cenar, personas a las que no asesinaban por cuestiones de honor o por el bien de sus familias, sino solo por dinero y poder.»

Los dos fiscales quedaron impresionados con la actitud decidida de Concetta. «Estaba muy impresionado —contó Giovanni—. A menudo, las personas como ella que pasan por su dolor y su sufrimiento entran en conflicto. Concetta estaba aterrada, pero también se mostraba muy resuelta.»⁴ Cuando Alessandra le preguntó si quería incluir a sus hijos en el programa de protección de testigos, Concetta lo rechazó. «No quiero que mis hijos debiliten mi determinación, como le pasó a Giusy —dijo—. Debo encontrar mi fortaleza en las decisiones que tome yo misma. Cuando ya esté protegida, pueden ir a buscar a mis hijos, contarles lo que he hecho y por qué, y que tomen ellos su propia decisión de si quieren venir conmigo o no.»⁵

Pero había algo en la historia de Concetta que preocupaba a los dos jueces. Giovanni se centraba en la razón por la que su padre y su hermano le habían pegado. Le pidió que le explicara más lo de las cartas anónimas. No podían haber aparecido así, sin más. «Giovanni la presionaba un poco —contó Alessandra—. Notaba que estaba mintiendo. Ocultaba algo.»

Concetta no dijo nada. Pero cuando los dos magistrados decidieron hacer una pausa, Concetta esperó y al ver que Giovanni y un oficial de los *carabinieri* se ponían a hablar entre ellos, se acercó a Alessandra.

—Si quiere, puedo hablarle a usted de mi relación con Pasquale —dijo—. Pero me da mucha vergüenza hacerlo delante de los hombres.

Incluso en el interior de una comisaría, mientras negociaba su salida de la ‘Ndrangheta, «Concetta seguía siendo víctima del sistema de la mafia», dijo Alessandra.⁶

Cuatro días después, la noche del 29 de mayo de 2011, Concetta salió a escondidas de la casa familiar y se acercó corriendo a un coche de los *carabinieri*. En su habitación dejó una carta para su madre:

Querida mamá:

No sé por dónde empezar. No encuentro las palabras para justificar esta acción mía. Mamá, tú eres madre. Solo tú puedes entender a una hija. Sé el dolor que te estoy causando. Al explicártelo todo a ti, al menos tú podrás explicárselo a todos los demás. No quería irme sin decir nada. Cuántas veces quería hablar contigo pero no lo hacía para no causarte dolor. Enmascaraba todo el dolor y lo convertía en agresividad, y por desgracia no podía desahogarme y lo pagaba con la persona a la que más quiero.

Por eso te confío a mis hijos. Pero te suplico una cosa: no cometas los errores que cometiste conmigo. Dales una vida mejor de la que yo he tenido. Casada a los trece años para tener algo de libertad. Aunque solo conseguí destrozar mi vida. Salvatore no me ha querido nunca, ni yo a él. Eso lo sabes. Así que no cometas los mismos errores con los niños, te lo suplico. Dales su espacio. Si los encierras, empezarán a portarse mal porque se sentirán atrapados por todo. Así es como me trataste a mí.

No puedo escribir mucho más. Solo quería pedirte que me perdones, madre, por la vergüenza que te causo. Al final, me he dado cuenta de que estaba sola: sola entre todos. Nunca he conocido los lujos y nunca quise dinero. Pero ahora tengo la paz y el amor y la satisfacción que sientes cuando haces un sacrificio. Esta vida solo me ha dado dolor. Lo más hermoso de mi vida son mis hijos. Los llevaré en el corazón. Dales tu fuerza. No dejes que los tenga su padre: no es digno de ellos. Cuida a Alfonso. Sufrió de niño y por eso ahora es como es. No es fuerte. Debes vigilarlo estrechamente.

Viviré hasta que Dios lo quiera, pero debo intentar encontrar algo de paz de corazón. Mamá, perdóname. Por favor, reza por el perdón por todo el daño que estoy causando. Voy a un sitio donde pueda encontrar algo de serenidad. No me busques o te meterás en un lío. Ya no puedo hablar más y no puedo abrazarte, solo puedo escribir, pero no podía irme sin decirte que me iba y sin desearte lo mejor. Solo tengo ojos para ti y para los niños. Te quiero, mamá. Abrázalos como siempre has hecho y no hables de ellos con nadie que no sea digno de ellos. Adiós, mamá. Y perdóname. Perdóname si puedes. Sé que no volveré a verte más. Así debe ser en una familia de honor. Por eso has perdido a tu hija. Adiós, siempre te querré. Perdóname, así como yo rezo por el perdón. Adiós.

En el salpicadero del coche de la familia, Concetta también dejó una breve nota para su padre y su hermano. «Me voy con mi amiga Giusy», escribió.

Admitir formalmente a alguien en el programa de protección de testigos era algo que llevaba meses. Pero Concetta necesitaba protección inmediata. Los *carabinieri* la llevaron a una residencia turística apartada, el Colle degli Ulivi, cerca de Cosenza, situada en las colinas que se elevaban sobre la localidad costera de Sibari, a dos horas en coche de Rosarno, más al norte.

Colle degli Ulivi era un lugar seguro, discreto, que por lo general usaban familias del norte durante sus vacaciones. Contaba con tres restaurantes, un bar, solárium, jacuzzi y una gran piscina, y ofrecía a sus huéspedes excursiones a caballo, en bicicleta de montaña, tenis, tiro al arco, karaoke y paseos por las montañas o la playa. Las comidas eran bufets gigantescos con fruta, ensaladas y carnes frías, aunque también se podía pedir a la carta, y disponían de toda clase de vinos. Los oficiales encargados de la protección de Concetta se alojaban también allí, pero por lo demás ella podía estar a sus anchas.

A Concetta le encantaba. Podía acercarse a pie al pueblo, o llegarse hasta la playa siempre que quería. En el hotel, a medida que avanzaba el verano, la temperatura iba subiendo y las habitaciones se llenaban de clientes: familias jóvenes, parejas mayores, extranjeros. Nadie la conocía. Nadie sabía allí qué significaba el apellido Cacciola. No había vergüenza ni castigo. Concetta se daba cuenta de que, a sus treinta y un años, por primera vez en su vida, era realmente libre.

Pasquale acudió a verla un par de noches. El personal del establecimiento, y algunos huéspedes, recordarían luego que Concetta parecía contenta entablando conversación con perfectos desconocidos, y que llegaba puntual a la hora de las comidas con la esperanza de conocer a gente nueva. Ligó con algunos hombres solos en los dos meses que pasó allí. «En ese nuevo ambiente, llegó a conocer a muchos hombres —dijo Giuseppe

Creazzo, fiscal que posteriormente investigaría el caso—. Hizo el amor con muchos de ellos. Para ella era una manera de estar viva. Era la mejor manera que conocía de comunicarse.»

El 16 de junio, Alessandra se acercó hasta Sibari y Concetta le contó con detalle todo lo que recordaba de los búnkeres. Dos días después llegó Giovanni para mantener una tercera entrevista con ella y repasar las pruebas anteriores que había aportado. Concetta identificó a varios *'ndranghetisti* a partir de fotografías de fichas policiales que él había traído, y añadió detalles de los asesinatos y los grupos de «protección» que ya había descrito. A petición del juez, Concetta confirmó en una declaración escrita que estaba dispuesta a dejar a sus tres hijos al cuidado de la abuela de estos. «Creo que no están en peligro —escribió—. Creo que mis hijos no necesitan que el Estado los proteja.»

A Giovanni le llamó la atención que Concetta se mostrara «más serena y en paz» que la última vez que la había visto. Y, lo más importante, «todavía seguía convencida». Sin necesidad de preguntarle por ellos, Concetta contó con detalle los procedimientos de usura que usaba el clan de los Bellocco. Dos hermanos de una amiga suya, Rita Stefania Secolo, habían pedido prestados seiscientos mil euros a los Bellocco. Dos años después, su deuda era de un millón de euros. «Stefania me contó que los Bellocco habían amenazado con matar a los hermanos si no les devolvían el dinero —contó Concetta—. Les dijeron que se quedarían con el edificio de apartamentos que poseía su familia como parte del pago. Llegaron a disparar contra una tienda situada en la planta baja y le dijeron a Stefania que habrían matado a alguien si el arma no se hubiera encasquillado.» Stefania acabó viviendo en la planta superior del edificio, encima de su antiguo apartamento, y pagaba un alquiler a los extorsionadores Bellocco que se habían instalado abajo.

Todos los días de la estancia de Concetta en Colle degli Ulivi eran una pequeña aventura. Cuando llegó la admisión formal en el programa de protección de testigos, a finales de julio, la trasladaron a Bolzano, en los Alpes. Pero un día llevó a su hotel a un hombre nuevo, que resultó ser un expresidiario, y los agentes que la protegían decidieron trasladarla de nuevo, en esa ocasión a Génova, en la costa oeste del país.

Si su marcha dio a Concetta una sensación de paz, en Rosarno desató la indignación. «Tu huida desató el infierno —le comentó su amiga Emanuela Gentile en una llamada telefónica interceptada por los *carabinieri*—. A tu padre le dio un ataque. Tu madre iba por ahí gritando: “Nos ha arruinado la vida”, y lloraba y se tiraba de los pelos. Tu hermano se ha dejado la barba larga y se ha encerrado en una casa junto al mar, por la vergüenza. No sale nunca. Ahora el prisionero es él.»

Alessandra y Giovanni no podían evitar disfrutar con todo el escándalo. «Era por ser mujer y llamarse Cacciola —dijo Giovanni—. Para ellos eso era totalmente inaceptable. La reacción de la ‘Ndrangheta a lo que habían hecho Giuseppina y Concetta no era proporcional a la información que estas nos habían revelado, y que en su mayoría eran cosas que habían oído; no se trataba de confesiones de asesinato ni de nada por el estilo. Pero para la ‘Ndrangheta aquello no tenía que ver con la información. Era el valor simbólico de unas mujeres aportando pruebas al Estado.»

A Alessandra le causaba un placer particular leer las transcripciones de la familia Cacciola. Los *carabinieri* habían pinchado sus teléfonos y colocado un micrófono en el coche de la familia. Casi podía oírse el ruido de la ‘Ndrangheta al partirse en mil pedazos. En una de las grabaciones, Anna Rosalba Lazzaro, la madre de Concetta, despotricaba contra las mujeres *carabinieri* de Rosarno con las que había hablado Concetta. «Menuda puta, la agente esa —gritaba Lazzaro—. Esa se acuesta con los jueces, es una zorra.» En otra ocasión, Alessandra oyó que la madre de Concetta intentaba comprender lo que había hecho su hija. «No veía nada en su vida —decía—. Pero nunca veía toda la verdad. Siempre fue así. ¡Se escapó con su novio a los trece años! La pobre desgraciada nunca veía nada. Y esos cabrones se aprovecharon de eso. ¡Cabrones! Es muy fácil hablar. Tú vas y dices que tu hermano te dijo eso, que tu padre te dijo aquello, que el coño de tu madre te dijo lo de más allá.» Lazzaro sospechaba que algún día Concetta enviaría a alguien a recoger a los niños. Esa idea le resultaba intolerable. «Quiere arrancarlos de sus raíces y llevarlos... ¿dónde? ¿Cómo va a mantenerlos? Si no sabe ni barrer el suelo. No. Tiene que volver a casa. Los *carabinieri* no tienen pruebas de verdad. En una semana nadie en Rosarno hablará ya más del tema.»

Michele Cacciola, el padre de Concetta, estaba igualmente alterado. En casa, soltaba unas peroratas que podían durar hasta una hora. «Es una asquerosa que no vale una mierda —gritó en un episodio grabado el 11 de julio de 2011—. He trabajado veinte años para ella.» Michele parecía más disgustado por su pérdida de posición. «¡Tenía una familia que [la gente de Rosarno] me la envidiaba! —gritaba—. Me encantaba ver crecer a mis nietos. ¡Nadie estaba más contento que yo!» Michele veía la marcha de Concetta no como su apuesta por una nueva vida, sino como un ataque del Estado contra él. «Esa gente despreciable, esos cabrones que no sirven para nada, quitarle una hija a un padre... ¿Qué ley es esa que le quita a un padre su hija? ¿Acaso he empezado yo una pelea con ellos? Si ni siquiera sé quiénes son... ¡Si tienen algo contra mí, que me detengan a mí! ¡Están separando a hijos de sus padres! No es que hablar con una sola mujer les sirva para lo que quieren —decía Michele—. Esperan que ella me deshonre. Pero ¿qué va a saber ella de mí? Ella no sabe nada. ¿Qué puede saber una mujer en mi casa? ¿Te crees que le he contado a mi hija nada de mis negocios, joder? ¡Ella no sabe nada!»

«Esos hombres de la ‘Ndrangheta —pensaba Alessandra— tratan a sus mujeres como escoria. Pero se les va una y se desmoronan.»

XVI

En cuanto Alessandra se aseguró de que Concetta estaba a salvo, se concentró en Giuseppina. Desde que había dejado de cooperar con la justicia, las opciones de aquella mujer se habían ido reduciendo. El plan de la ‘Ndrangheta para que regresara a Rosarno estaba en marcha. Su familia le había alquilado un apartamento en Vibo Marina, una localidad pequeña al norte de Rosarno, y se estaba redactando una orden judicial para trasladar allí su arresto domiciliario. Alessandra sospechaba que su familia la mataría tan pronto como llegara. Entretanto, el servicio de protección de testigos se tomaba su tiempo a la hora de valorar la expulsión de Giuseppina del programa por falta de cooperación. A medida que se acercaba el mes de junio, Alessandra era consciente de que le quedaban semanas, si no días, para salvar a su testigo.

La orden de traslado de Giuseppina a Vibo Marina se emitió el 9 de junio. Antes de que pudiera ejecutarse, la mañana del día 10, Alessandra recibió una llamada de los agentes que la protegían en el piso franco de Aprilia. Giuseppina, su novio Domenico Costantino y su hija Angela se habían ido a pasar el día a Lucca, en la Toscana, a cuatro horas al norte, y habían dejado a sus hijos menores, Gaetano y Elisea, al cuidado de una canguro. Los agentes añadían que Angela llevaba un tiempo amenazando con escaparse a Lucca para ver a un amigo que tenía allí. Cuando Domenico llegó desde Rosarno, hacía unos días, Giuseppina aprovechó la oportunidad para contentar a su hija por última vez. «Vivía aquellos días como si fueran los últimos que podría pasar con mis hijos», comentaría después.

Aquella era la oportunidad que Alessandra necesitaba. Como colaboradora, incluso si había dejado de hablar, Giuseppina gozaba de cierto grado de libertad. Pero aun así necesitaba permiso para viajar largas distancias. Estrictamente, un viaje a Lucca violaba las condiciones de su

arresto domiciliario. Alessandra se dirigió corriendo a la oficina de escuchas de los *carabinieri* en Reggio e informó al agente de guardia que necesitaba que los *carabinieri* interceptaran a Giuseppina en la autopista de Lucca a Aprilia. Si conseguían pillarla in fraganti incumpliendo los términos de su detención, entonces Alessandra podría enviarla de manera sumaria a prisión una vez más. Según ella, una celda era el único lugar en el que Giuseppina podía tener la seguridad de que seguiría con vida. Pero antes debían interceptarla.

—No hay problema —respondió el agente—. ¿Qué coche estamos buscando?

Alessandra dijo que no conocía la marca del coche, ni el color, ni el número de matrícula, ni la ruta que seguían.

—Pues no son muchos datos —dijo el agente.

Alessandra replicó que precisamente por eso solicitaba que cien *carabinieri* instalaran tantos puntos de control como fuera posible en las distintas rutas desde Lucca. En algún punto de los cuatrocientos kilómetros que separaban la localidad toscana de Aprilia habría algún coche en el que hubiera tres personas: Giuseppina, su novio y su hija de quince años.

El agente le dijo que volvería a llamarla. Minutos después, el oficial de servicio a cargo de los *carabinieri* del Lacio estaba al teléfono.

—No usaríamos cien hombres ni siquiera para Osama Bin Laden —le dijo.

Alessandra insistió.

—Se trata de una *pentita* con la que podríamos acabar con toda la ‘Ndrangheta de Rosarno —dijo—. Y a menos que la detengamos ahora mismo, la asesinarán.

Alessandra le contó al capitán que contaba con un as en la manga: el teléfono móvil de Giuseppina, cuya señal de GPS los *carabinieri* podían usar para localizarla. Según la pantalla que Alessandra estaba observando en ese momento en Reggio, Giuseppina acababa de salir de Lucca y se dirigía hacia Florencia. Ello implicaba que seguramente tomaría la carretera principal, de peaje, hasta Aprilia. El viaje duraría tres horas y media. Ese era el tiempo que el capitán tenía para salvar a la testigo más importante que hubiera testificado nunca contra la ‘Ndrangheta.

El capitán dijo que lo intentaría. Minutos después, sus hombres ya estaban colocando controles en las carreteras. «Seguíamos su móvil en tiempo real, en la pantalla —dijo Alessandra—, y yo me mantenía en contacto permanente con el capitán de los *carabinieri* y sus agentes sobre el terreno.» Pero la juez observó que el punto en la pantalla se acercaba al primer control policial y lo pasaba. Media hora después, se aproximó a un segundo y siguió avanzando, como antes. Alessandra telefoneó al capitán.

—¿Qué coño está pasando? —gritó—. ¿Cómo es que están pasando?

El capitán, que no estaba acostumbrado a que le hablaran de mala manera, y menos alguien del sur, y menos aún una mujer, respondió a Alessandra que sus hombres hacían todo lo que podían. No les había dado casi ningún dato a partir del que trabajar.

Para entonces Alessandra ya había empezado a llamar a los agentes apostados en los controles individuales y les pedía que mantuvieran la línea abierta para poder oír lo que ocurría. El punto de la pantalla seguía avanzando hacia el sur. Mientras Giuseppina avanzaba de control en control, el capitán de los *carabinieri* pasaba de una actitud defensiva a otra desesperada. Al ver que, en la pantalla, el punto de Giuseppina aparecía cerca de Aprilia, el capitán le dijo a Alessandra que todo había terminado.

—La hemos perdido —informó—. La hemos perdido.

—¡Hay que bloquear todo el tráfico de la autopista! —gritó Alessandra—. ¡Todo! ¡Hágalo ahora mismo!

El capitán protestó. La pantalla mostraba a Giuseppina a tres kilómetros de distancia. Solo un control policial se interponía entre ella y el piso franco. Alessandra estaba sugiriendo que se bloqueara una de las principales arterias de circulación de toda Italia cuando ya era demasiado tarde.

—Se ha ido, se ha ido —reiteró.

—¡No se rinda, capitán —exclamó Alessandra—. ¡Corta usted toda la autopista, lo hace ahora mismo y mantiene la línea abierta! ¡Hágalo, capitán!

El oficial obedeció a regañadientes. Alessandra volvió a escrutar la pantalla. Hubo unos instantes de silencio. Entonces la voz del capitán volvió al teléfono.

—¡Un momento! —gritó—. Un momento... Hay un coche... ¡Con una mujer!

Alessandra oyó sirenas, y el sonido de unos frenos que chirriaban. Supuso que varios coches patrulla habrían rodeado el vehículo sospechoso y lo habían obligado a detenerse.

—¡Pare el coche! —oyó que decía una voz aguda—. ¡Policía armada!
¡Apague el motor y abandone el vehículo con las manos en alto!

Hubo un momento de silencio.

Y entonces se oyó una voz de mujer.

—¡No dispare! ¡No dispare! ¡Me llamo Giuseppina Pesce!¹

A pesar de todo lo que Alessandra sentía por Giuseppina, ella y Prestipino decidieron dejar que se ablandara un tiempo en la cárcel. La fiscal estaba desesperada por salvar a Giuseppina, lo que no quería decir que estuviera contenta con ella. Había depositado su fe en una ‘ndranghetista, y la ‘ndranghetista había vuelto a demostrar que lo era: dejando de hablar, sometiéndose a La Familia, volviendo a adoptar la *omertà*. Giuseppina tenía margen para hacer las paces con Alessandra. Y ella quería que lo supiera.

Claro que también era muy posible que Giuseppina no considerase que aquello era un rescate ni nada remotamente parecido, entre otras cosas por la manera en que se había producido: hombres apuntando con sus armas, gritándole que se echara boca abajo en el suelo. Y dado que Giuseppina volvía a estar en la cárcel, las autoridades no habían tenido más remedio que separarla de sus hijos una vez más y enviarlos a ellos con los Palaia, en Rosarno. Después de todos los riesgos que había asumido y de todos los tormentos por los que había pasado, para Giuseppina nada había cambiado. Así que nadie iba a poder extrañarse si aquella mujer se cuestionaba el sentido de todo aquello.

Alessandra contaba con la transformación que creía haber intuido en Giuseppina. La primera vez que había ordenado su detención en Rosarno, hacía un año, la ‘ndranghetista había sido definida por los hombres de su vida: hija de un padre criminal, esposa de un marido violento, servidora obediente de hombres de honor agresivos y delincuentes. Incluso la identidad

de Giuseppina como madre había quedado definida por los hombres. Aunque quería a Angela, Gaetano y Elisea, también había aceptado que su papel, por más repugnante que resultara, era prepararlos para la ‘Ndrangheta.

Pero en el último año, Giuseppina había roto con todo aquello. Había empezado a dirigir su propia vida. Había reclamado su libertad. Había recuperado a sus hijos. Había escogido incluso a su propio amante. Y, sobre todo, se había recuperado a sí misma, y ya no iba a entregarse de nuevo. A diferencia de lo que los hombres de la familia Pesce contaban a los periodistas, ella no había actuado como una mujer enferma, débil. No había sido usada por Alessandra, sino todo lo contrario. La primera vez que había ido a la cárcel, se había sentido acobardada, aterrada, y había intentado quitarse la vida al cabo de pocos días. Ahora, encerrada una vez más en una celda, separada una vez más de sus hijos, estaba calmada y controlaba la situación. Las celdas de las cárceles hacían que uno se despojara de todo. Estar con sus hijos era lo único que importaba, y Giuseppina sabía lo que tenía que hacer para conseguirlo. Cuando supo lo que había hecho su amiga Concetta, y tuvo conocimiento de la carta que había dejado, se preguntó si ellas dos no serían el inicio de un movimiento.

Al tiempo que Alessandra aguardaba su oportunidad, controlaba la correspondencia de Giuseppina. Todos los días le llegaban cartas de su tía Angela, de su madre Angela Ferraro, de su hermana Marina, de su padre Salvatore, e incluso de su marido Rocco Palaia. En su mayoría, todos la felicitaban por haber puesto fin a su cooperación con la autoridad y describían la nueva vida que le tenían preparada en Calabria. Pero para entonces Alessandra creía que conocía lo bastante bien a Giuseppina como para confiar en que esta no se creyera ni una palabra de lo que le escribían. Ni que su marido la perdonaba, ni que los Palaia cuidarían de su hijo, ni que todo volvería a ser como era. Lo más probable era que la ‘Ndrangheta intentaría indisponer a sus hijos contra ella, y seguramente convencerían a su hijo para que la matara. Alessandra creía que, al insistir de esa manera en la comedia, el clan estaba exagerando de manera contraproducente. Es más, para la fiscal, al intentar no dejar salida a Giuseppina, no le ofrecían más alternativa que rechazarlos. Para ella, la única manera de salvar a sus hijos era seguir con vida y cuidarlos, y para eso lo único que podía hacer era

mantenerse en el programa de protección de testigos y llevarse a sus hijos consigo. Alessandra pensaba que había muchas posibilidades de que las cartas de su familia tuvieran el efecto contrario al que pretendían.

Las cartas que Giuseppina recibía de Rocco, salpicadas de sarcasmo e ira contenida, eran particularmente útiles. «Mi querida turista», empezaba una carta fechada el 15 de junio:

Espero que estés tan bien de salud como yo. Creía que eras alérgica a la cárcel, pero ya veo que me equivocaba. Te dije muchas veces que te quedaras en tu sitio, que no te salieras de tu piel. Pero te fuiste sola de vacaciones a Lucca. ¿Quiénes son esos familiares de Lucca que yo no conozco? No estoy tan enfadado contigo como con ese cabrón de Mimmo [Costantino], que te llevó hasta allí. ¿Qué hacía él allí? Cuéntamelo.

Rocco le escribía que temía que sus hijos estuvieran sufriendo. No entendía por qué estaba en Lucca cuando se suponía que debía estar en Vibo Marina. Y también le decía que muchas de las cosas que habían pasado le desconcertaban. «Ojalá estuvieras en tu sitio en este momento. Pero estás fuera.» Aun así, le aconsejaba la manera de arreglar las cosas:

Lo primero que tienes que hacer es escribirle a tu padre y explicarle la situación. ¿Cómo es que estabas con Mimmo? Yo también quiero saberlo. Y después de eso, si dejas la protección, bien. Si no, nos vemos el 12 de julio. Todavía podemos volver a ser una familia normal, como antes. Te abrazo y espero con impaciencia tus noticias y explicaciones. Te he perdonado muchas veces. Espero que esta sea la última.

El 24 de junio, Rocco volvió a escribirle. «Mi querido amor (si es que puedo llamarte así)», empezaba. A continuación describía una visita a la cárcel de su hermano Gianluca Palaia, y de sus hijas Angela («mi princesa que cayó de las nubes») y Elisea. Le aseguraba a Giuseppina que, en tanto que padre responsable, se aseguraría de que sus hijos tuvieran dinero para ropa. «No importa que me abandonaras como lo hiciste. Dejemos nuestras discusiones para cuando los dos estemos fuera. Incluso entonces puedo hacer ver que nunca ocurrió.»

Y añadía que tenía que contarle algo sobre su amiga Maria Concetta Cacciola:

¿Te acuerdas de 'Cetta? ¿La que vive al lado del colmado? Su marido también está en la cárcel y ella tuvo una aventura, seguramente con un policía, algo por lo que deberían matarla en toda justicia. Pero bueno, el caso es que cuando supo que su familia se había enterado, ¿qué hizo ella?

Llamó a la policía y solicitó protección como testigo, y en el coche de la familia dejó una nota diciendo que «se iba con su amiga Giusy». Dicen que ahora se dedica a declarar ante las autoridades. No le ha faltado detalle.

Claro que tu situación es muy distinta. Todo el mundo te ha perdonado por lo que hiciste. Sobre todo yo. Pero aun así me pregunto si todo eso te recuerda a alguien.

«Tenía el clásico estilo de la mafia, era una amenaza disimulada — comentó Alessandra después de leer la carta—. No te preocupes. Tú no has hecho lo que hizo Maria Concetta Cacciola, así que a ti no te va a pasar nada.» Que era exactamente lo contrario de lo que quería decir.² Alessandra dejó que la carta siguiera su curso. Y cuando la fiscal recibió otra de Giuseppina fechada el mismo día, supo que el mensaje de Rocco había surtido efecto:

Le escribo para contarle algunas cosas que creo que debo contarle, y desde lo más profundo de mi corazón espero que pueda oírme. Después de la última vez que nos vimos, han ocurrido muchas cosas. Toda esa propaganda en los medios de comunicación, y todas las acusaciones, y todo lo que vino después. Me encantaría tener la ocasión de explicarle todo lo que ocurrió. Sobre todo a usted. Tuve que dejar de colaborar por mis hijos. Ellos no estaban contentos. Pero esta mañana he despedido al abogado, Giuseppe Madia, y he contratado a una abogada defensora, Valeria Maffei. Si usted todavía está interesada, mi intención es retomar el camino de la colaboración. Solo espero poder ganarme de nuevo su confianza. Vuelvo a disculparme por lo que pasó. Espero tener la oportunidad de disculparme en persona.³

Al día siguiente, 25 de junio, Giuseppina volvió a escribir:

Reitero una invitación urgente a ser escuchada. Quiero retomar la colaboración. Se interrumpió por razones que usted ya conoce. Pero ahora estoy dispuesta a terminar lo que empecé. Rezo por que eso ocurra antes de mi vista para el traslado del 12 de julio, por razones obvias relacionadas con mi seguridad personal. Repito mis disculpas por mis dudas. Soy muy consciente de que he causado graves dificultades y he perdido mucho tiempo.

El cambio había sido asombroso, pensaba Alessandra. Los fiscales no habían hecho más que dejar que la dinámica interna de la ‘Ndrangheta se desplegara. Las amenazas del clan habían bastado para propulsar a Giuseppina hacia el Estado una vez más. La intuición le decía a Alessandra que debía esperar un poco más. Pero Giuseppina tenía motivos para temer la vista del 12 de julio. Una vez celebrada, probablemente volverían a ponerla

con la población general de internas, y esa sería la oportunidad que los Pesce necesitaban. Alessandra esperó unos días más, y entonces avisó de que Prestipino y ella volverían a ver a Giuseppina el 7 de julio.

Durante el encuentro, Alessandra inicialmente se mostró a la defensiva. Adoptó la misma actitud que había impostado la primera vez que se había reunido con Giuseppina hacía nueve meses: fría, analítica, demostrando poca empatía, poca calidez. Después de todo lo que había hecho por Giuseppina, exigía saber cómo podía acusarla a ella de amenazar a sus hijos. ¿Y cómo podía decir que Alessandra la había obligado a colaborar?

Giuseppina le explicó que su «retractación», publicada en *Calabria Ora*, se la había escrito el abogado de los Palaia. «Yo me oponía a que se publicara esa carta —dijo—. Pero ellos dijeron que aquello tenía que salir a la luz, tenía que hacerse público. Todo el mundo debía saber que yo no era una colaboradora, y aquello sería una prueba de que yo ya no estaba trabajando con las autoridades.»

Sonaba convincente, pero Alessandra todavía no había terminado. ¿Cómo iba a poder el Estado confiar en Giuseppina de nuevo?, le preguntó. ¿Cómo iba a saber si esa vez era sincera? La entrevista duró horas. Alessandra le exigía a Giuseppina que se explicara, y esta le suplicaba a la fiscal que volviera a confiar en ella. Además de restaurar su credibilidad como testigo, a Giuseppina parecía resultarle igualmente importante recuperar su amistad con Alessandra.

—Tiene que volver a confiar en mí —le dijo Giuseppina.

—Tiene que ganarse mi confianza —replicó Alessandra.

Con todo, tras varias horas de conversación, Alessandra estaba satisfecha. Todavía debía corroborarlo, pero estaba convencida de que la intención de colaborar expresada por Giuseppina era genuina. La confianza entre *pentita* y fiscal estaba restaurada.

Giuseppe Madia, el abogado de los Palaia, informó en Rosarno de su destitución. Para la familia, aquello solo podía significar una cosa: Giuseppina pensaba volver a testificar. Aunque el clan había intentado mostrarse amable y comprensivo, Alessandra siempre había notado que

hacían esfuerzos por reprimir sus instintos más crueles. Y a partir de ese momento les dieron rienda suelta. La que encabezó la campaña contra Giuseppina fue su propia madre, Angela Ferraro.

Al leer las transcripciones de las conversaciones interceptadas mediante micrófonos colocados en la cárcel en la que la madre y la hermana de Giuseppina se encontraban internas, Alessandra se dio cuenta de que Angela había dejado de referirse a su hija por su nombre de pila. Ahora Giuseppina era simplemente «la colaboradora», o «la traidora», o «la puta». Como en el caso del padre de Concetta, lo que parecía enfurecer más a Ferraro era la pérdida de prestigio entre las demás internas. Inició su venganza intentando indisponer a los hijos de Giuseppina en contra de ella. El 13 de julio, un día después de que la vuelta de esta al programa de cooperación fuera ratificada en el tribunal, Ferraro y Marina recibieron conjuntamente la visita en la cárcel de Sara, la tercera de las hijas de la familia, una mujer que sufría discapacidad mental, y de las dos hijas de Giuseppina, Angela y Elisea.

Ferraro le pidió enseguida a la mayor de las dos que cortara todos los lazos con su madre.

—Para nuestra familia está muerta —dijo—. Si llama, no respondas. Si por lo que sea descuelgas tú el teléfono, tienes que decirle: «Para mí estás muerta. Ya no existes. Por no cumplir tu condena en la cárcel eres la más despreciable, la más repugnante».

Ferraro se mostraba cada vez más furiosa, y soltaba toda su rabia y su frustración.

—¡Díselo! —gritaba—. ¡Dile que su madre te ha dicho que hagas como que se ha muerto! ¡Que en el pasado tuvo un lugar en tu vida pero que ya no! ¡A ella le importa una mierda quién está ahora en la cárcel! ¡A ella le da igual todo! ¡Cuando suene el teléfono, tú le dices que su madre dice que se olvide hasta de que tiene una madre! ¡Su madre ya no está!

Elisea, de seis años, empezó a llorar.

—No llores, amor mío, no llores, bonita —le dijo su abuela, ablandándose y besando tiernamente a sus nietas—. Así son las cosas. Esta es la verdad.

Sacó una carta de Giuseppina y empezó a leerla: «Perdóname si no soy la hija que querías —había escrito—. Sé que te he decepcionado. Sé que mi hermana está muy enfadada conmigo».

—¿Lo veis? —dijo Ferraro—. Incluso tu madre sabía que había actuado mal.

Angela dijo que ella también había recibido carta de Giuseppina, y que en ella le pedía perdón y le decía que quería que sus hijos estuvieran con ella, pero que ellos debían «hacer lo que les dicte el corazón». Ferraro miró a su nieta.

—A partir de ahora, somos tú, yo y la familia. No te creas que yo no sufro aquí dentro. Pero estoy aquí por mi amor a la familia. ¿Sabes lo que significa el amor a la familia? Significa quererte a ti, querer a mis nietos, querer a mis hijos. Mi otra hija no quiere estar en mi corazón. Pero así lo ha decidido ella, no yo. Yo nunca habría podido hacer lo que ha hecho ella. Qué decepción. Pero vosotras, iros todas a la playa, divertíos. La *mamma* está bien aquí. Lo único malo es que os echo de menos. Echo de menos mi casa. Abracémonos todas. Somos una buena familia. Nos queremos, ¿verdad?

Sara, que para entonces también estaba llorando, había empezado a golpear la mesa que las separaba con una mano.

—A mí no me importa nada de todo esto. Sigue siendo mi hermana. Sigue siendo mi hermana.

Marina la interrumpió airadamente.

—Tienes que pensar en el resto de la familia —le dijo a Sara—. Todas la hemos apartado. Tienes que darle la espalda. Tienes que ser fuerte. Muéstrame esa fortaleza tuya que tanto me gusta. Aléjate de ella.

Al leer las transcripciones, a Alessandra le asombraba la determinación de las dos mujeres. «Eran feroces. Brutales. Qué manera de dar órdenes a las dos niñas.» «Tienes que separarte de tu madre, de tu hermana. Tienes que olvidarla. Ha traicionado a la familia.» Entre las adultas, dijo, solo la hermana discapacitada de Giuseppina parecía tener alma.

De vuelta en Rosarno, el clan empezó a atormentar a los hijos de Giuseppina muy seriamente. Angela, Gaetano y Elisea fueron obligados a romper todo contacto con su madre. Su tía Angela los echó de casa. Sin otro remedio que vivir con el suegro de Giuseppina, Gaetano Palaia, descubrieron que la familia que en otro momento había ofrecido a su madre miles de euros para pagar el alquiler y costearse un abogado, defendía que no tenía dinero para alimentarlos. Muchas veces no comían nada. Elisea empezó a perder peso y le daban calambres en la pierna, y sufría insomnio. Gaetano pegaba constantemente con un cinturón al nieto que se llamaba como él. Un día se llevó al niño a una sala de juegos recreativos, donde lo llevaron hasta una trastienda, y allí se abalanzaron sobre él cuatro muchachos mayores, que lo atacaron mientras su abuelo observaba.

A Angela la obligaban a participar en la tortura a su madre. El 18 de julio, Giuseppina recibió un fajo de cartas. En ellas su suegro la acusaba de ser demasiado cobarde para ir a la cárcel. Su marido, Rocco, le decía: «el camino que estás emprendiendo no será tan fácil como tú crees...». Tía Angela le escribió que «después de todo lo que habíamos hablado, y resulta que todo era mentira. Qué felices seríamos todos si hubieras comprendido cuál era tu sitio». Por último, había una carta de su hija mayor:

Hola, querida mamá. ¿Cómo estás? Espero que bien. Lo siento pero estoy enfadada contigo, mamá, por lo que estás haciendo. Te equivocas. Estás escupiendo en la olla que te da de comer. Y cometer el mismo error dos veces... de verdad que no vale la pena. No tiene sentido. Y ahora ya no puedes echarte atrás. No te enfades conmigo, pero no quiero esa vida otra vez. Me habría gustado estar contigo porque te quiero y porque eres mi madre, pero no puedo. No sé qué te prometieron y no me importa. Lo que estás haciendo está mal. Quiero preguntarte una cosa: ¿es la promesa que les hiciste a ellos más importante que tu familia y nuestra felicidad? Si quieres nuestra felicidad, haz todo lo que puedas por rectificar. Si no, entonces eso significa que solo piensas en ti. Y solo estarás haciéndonos daño. Yo ya no puedo soportarlo más. Solo tengo quince años y todo se ha destrozado. La vida es una mierda. A partir de ahora, no conozco a mi madre. Todo esto no tenía nada que ver conmigo. Por favor, perdona estas palabras. Pero no pienso en otra cosa. Quiero quererte, mamá. Pero deberías saber que lo que estás haciendo está mal.

Aquella carta casi le rompe el corazón a Giuseppina. Podría habérselo destrozado del todo de no ser por una frase: «Estás escupiendo en la olla que te da de comer». Esa frase no se parecía en nada a Angela, ni a ninguna niña de quince años que ella conociera. Era una expresión anticuada. Y muy típica de la ‘Ndrangheta.

A la semana siguiente Giuseppina recibió una segunda carta de tía Angela en la que esta la instaba a reconocer que había perdido a su hijo Gaetano. A partir de entonces, al niño lo criaría su familia política. «Está aterrado —decía—. Le he preguntado si quería venir a verte, y me ha dicho que no. Quiere quedarse aquí. Creo que volver a trasladarlo solo le causaría un trauma mayor. Sufriría aún más. Intento pensar en la felicidad del chico.»

Cuatro días después, el 27 de julio de 2011, a Giuseppina le llegó una segunda nota, más breve, de Angela, su hija. Según decía, la escribía en secreto. Su madre debía olvidar aquella primera carta. Las palabras se las habían dictado sus tíos.

No fue cosa mía. No escribí lo que tenía en el corazón.
Mamá, yo quiero estar contigo.
No quiero vivir con nadie más.
Eres mi madre, y sin ti no soy nada.
Decidas lo que decidas, te apoyaré.

Aquello era lo que Giuseppina necesitaba oír desesperadamente. Y también era todo lo que necesitaba.⁴

XVII

Los fiscales de la mafia son realistas, no optimistas.¹ Con todo, no había duda de que en la primavera y el verano de 2011 se vivieron unos meses intensos en la Oficina Antimafia de Calabria. El testimonio de Giuseppina Pesce había asestado un duro golpe a la ‘Ndrangheta, y aunque el clan se había defendido, la intervención de Alessandra había salvado tanto la vida de Giuseppina como el caso. Había centenares de *‘ndranghetisti* en la cárcel. Se habían confiscado cientos de millones de euros en activos. El ejemplo de Giuseppina había servido de inspiración a una segunda madre de la ‘Ndrangheta, Maria Concetta Cacciola. La reacción de pánico en Rosarno parecía indicar que los clanes temían su destrucción causada por una avalancha de decisiones de mujeres.

Es más, cualquier ‘ndranghetista de la costa oeste con la tentación de considerar que Giuseppina y Concetta eran anomalías no tenía más que dirigir la mirada hacia las montañas del este para ver que, allí, las mujeres también estaban derrotando a la ‘Ndrangheta. Después de la detención de Carmine, Denise Cosco se había ido de Pagliarelle, se había instalado en un piso franco de Turín gestionado por Libera, se había reencontrado con la abogada de esa organización, Enza Rando, y había entrado una vez más, formalmente, en el programa de protección de testigos. Según Enza, en un primer momento Denise quedó «destrozada» cuando supo que se había enamorado de uno de los asesinos de su madre. Pero, en el programa de protección, Denise, lentamente, empezó a reponerse. Se aferraba al recuerdo de lo que en su momento Carmine y ella habían compartido. «El amor falso puede ser amor verdadero», insistía. Pero en su caso todo quedaría en un recuerdo. «La detención puso fin a todo.»

Denise encontró un nuevo objetivo ayudando a los fiscales a preparar el caso contra el clan de Pagliarelle. «No siento lástima —afirmaba sobre los acusados de asesinato de Lea en una declaración publicada por Enza la víspera del juicio contra Carlo Cosco—. No me importa quién sea mi padre o quién sea mi novio. Ni siquiera sé si siento más odio o indignación. A esas personas tendrían que condenarlas a cadena perpetua. O tal vez que los maten en la calle. Hasta que oiga en el tribunal que esa gente ha pagado por lo que ha hecho, yo no viviré.»² Denise profundizó sobre su estado mental en una entrevista con el servicio de información de Libera. «Yo quiero vivir como cualquier otra joven de veinte años en el sitio donde nací, con mis amigos. Soy una chica y quiero ser libre para estudiar y graduarme en lenguas orientales. No quiero ocultarme. Solo los hombres y mujeres de la ‘Ndrangheta deberían tener que esconderse, no los testigos de la justicia. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber. Quiero vivir. Quiero amar. Quiero ser libre y feliz, aunque solo sea por mi madre.»³

El desafío de Denise al proseguir con la lucha de su madre incluso después de que Lea hubiera sido asesinada por su padre, al prestar testimonio bajo juramento durante horas contra el hombre al que quería, atrajo la atención de la prensa nacional. La ciudad de Milán decidió apoyar a Denise con una acción civil paralela contra la *‘ndrina* de su padre, uniendo la ciudad más progresista de Italia con las mujeres italianas contra la mafia. Cuando Carlo, sus hermanos Giuseppe y Vito, y Massimo Sabatino, Rosario Curcio y Carmine Venturino fueron a juicio en Milán el 6 de julio de 2011, la vista fue seguida por cientos de estudiantes, que llenaban la tribuna y montaban guardia y organizaban vigilias por Lea en la calle, frente al tribunal. Durante la intervención inicial para dirimir las cuestiones previas, Enza, en un discurso en el que podían verse reflejadas casi todas las mujeres italianas, describió a Denise como una «testigo orgullosa», obligada en algún momento por los hombres de su familia a vivir en silencio, que ahora reclamaba su «libertad para escoger su propia vida». El caso contra su padre y otros miembros de la ‘Ndrangheta, añadía Enza, era «el principio de una nueva esperanza, y de una nueva vida».

Aquellos eran tiempos difíciles para ser fiscal italiano, e incluso mujer italiana. Años después, al volver la vista atrás, Alessandra recordaba haber pensado incluso que podrían alargarse bastante.

Después de su traslado a Bolzano el 22 de julio de 2011, Concetta se encontró en otra ciudad que no conocía, libre pero sola. Hacía siete semanas que no veía a sus tres hijos ni hablaba con ellos. Desbordada por una necesidad maternal que era casi física, Concetta le envió un correo electrónico a su hija Tania, de doce años. «Y la niña, claro está, se lo cuenta a su abuela —explica Giuseppe Creazzo, fiscal antimafia que posteriormente investigaría el caso—. Y la familia usa a la niña para restablecer el contacto con Concetta e intentar convencerla para que regrese a casa.»

Los *carabinieri* no interceptaron la primera llamada entre Concetta y su madre, Anna Rosalba Lazzaro. Cuando se produjo la segunda, el 2 de agosto, Concetta estaba en Génova, y los planes de los Cacciola ya estaban bastante avanzados. Concetta había seguido el ejemplo de Giuseppina cuando entró en una comisaría de los *carabinieri*. Los Cacciola, a su vez, decidieron copiar los métodos de los Pesce para chantajearla y conseguir que regresara con ellos.

En aquella llamada del 2 de agosto, su madre le dijo a Concetta que ella y su padre, Michele Cacciola, llegaban a Génova esa misma noche para recogerla. Dado que era testigo, más que *pentita*, Concetta no tenía limitados sus movimientos. En cuestión de horas, los *carabinieri* ya estaban escuchando una conversación mantenida en el interior de un vehículo de la familia. Los Cacciola se dirigían hacia el sur, hacia Calabria, y Concetta iba en el asiento de atrás. Como los Pesce, los padres de Concetta seguían dos vías para la persuasión: prometer a su hija que todo volvería a la normalidad si regresaba a casa; e insinuar que sus hijos sufrirían si no lo hacía. Por desgracia, Concetta no tenía la fortaleza de Giuseppina. Enfrentada a la autoridad paterna, no tardó en explicar a sus padres todo lo que había contado a los fiscales.

—¿Les has hablado de los asesinatos? —exclamó Lazzaro en un determinado momento—. ¡Qué vergüenza!

—Con los sacrificios que he tenido que hacer por ti, ‘Cetta —soltó Michele—. ¡Me has deshonrado!

Pero entonces el padre parecía recordar el plan.

—No te preocupes. Te perdono —dijo intentando sonar calmado—. No se puede hacer daño a la familia. Eres de nuestra sangre. Estás a salvo, ya verás. Dirás que no sabes nada. Dirás que nada de lo que contaste era verdad. En diez días estarás a salvo y tranquila en Rosarno y nadie hablará más de ti.

Después de toda una vida de maltratos por parte de su padre, aquel atípico intento de Michele de mostrarse comprensivo asustó a Concetta. Entonces él le reveló que, de alguna manera, había conseguido los registros de sus llamadas telefónicas. Le dijo que lo sabía todo sobre sus conversaciones con su novio, Pasquale Improta. Concetta pensó que eso era aún más preocupante. ¿Cómo iba a perdonarle eso alguna vez?

Cuando los Cacciola pararon a pasar la noche en la casa de unos familiares de los Lazzaro en Reggio Emilia, Concetta anunció que no pensaba seguir con ellos y llamó a los *carabinieri*. A la mañana siguiente llegaron dos agentes, la recogieron y la llevaron de vuelta a Génova. Michele Cacciola y Anna Rosalba Lazzaro regresaron hasta Calabria. Pero ahora que habían descubierto la manera de comunicarse con su hija, no pensaban rendirse. Ya antes de llegar a su casa, estando todavía en el viaje de vuelta, mantuvieron la presión realizando varias llamadas telefónicas.

—‘Cetta, escúchame —decía su madre—. Tienes que contar la verdad. Tienes que decir que tú no sabías nada de lo que estaba pasando. Tienes que dejarlo correr.

Entre llamadas, los *carabinieri* oían a los padres de Concetta hablando de la posibilidad de poner en contacto a su hija con un abogado de la ‘Ndrangheta que le presentara una declaración ya preparada para que ella la firmara, como habían hecho los Pesce con Giuseppina. Fue su madre la que, en otra llamada a Concetta, acertó en el punto débil de su hija.

—Mañana por la mañana llamas al abogado —le dijo—. Y así conseguirás lo que quieres. Así conseguirás que te envíe a tus hijos.

Concetta tosió, casi como si acabaran de darle un puñetazo, y la conversación se cortó. También los *carabinieri* estaban asombrados. Fueran cuales fuesen sus diferencias con la ‘Ndrangheta, Concetta siempre había

respetado a la familia. Era una hija responsable y una buena madre, y había sido precisamente su fe en el vínculo maternal lo que la había convencido de que podía dejar a sus hijos a cargo de su madre sin que fuera a pasar nada malo. Ya había pagado muy cara su confianza a lo largo de los años. Ahora su madre la estaba usando contra ella, muy probablemente para enviarla a la muerte. ¿Qué clase de persona haría algo así? ¿Qué clase de madre?

Concetta le devolvió la llamada a su madre minutos después. Parecía destrozada.

—Un momento, mamá, primero hablo yo y luego hablas tú —le dijo.

Su madre aceptó, y ella prosiguió.

—Ya lo entiendo. Ahora lo entiendo. Y ya no puedo hacer nada más. Antes no podía hablar claro porque estaba cerca de esas personas que quieren deteneros. ¿Entiendes?

La madre de Concetta actuó enseguida para reforzar su posición.

—A mí ellos no me importan —replicó—. *O cu nui, o cu iddi* [Estás con nosotros o estás con ellos].

—Sí, ya lo sé —respondió Concetta.

—Esto es lo que tienes que hacer, ‘Cetta. Esta noche he hablado con el abogado. ¿Entiendes? Mañana tú vas al mismo abogado. Ya le hemos pagado.

—Lo sé, lo sé.

—¡Mañana! ¡Al mismo abogado! Vittorio Pisani.

—Está bien.

—Júramelo, ‘Cetta. Que lo harás mañana.

—Sí. Lo llamaré. Lo llamaré mañana.

—Si no llamas mañana, olvídate de mí, ‘Cetta. Aquí estoy acabada.

—Para ya, mamá. Ya basta. Déjame en paz.

—¡Júramelo! ¡Mañana por la mañana! Tú no lo entiendes. La gente con la que estás... Los hombres se están poniendo como locos. ¡Llama al abogado mañana por la mañana!

—Está bien, mamá. Está bien. Para ya, por favor.

—Si haces todo lo que dice el abogado, los niños volverán a estar contigo. ¿Tú no quieres volver a casa? Bien. Vete con tu tía Angela o con tu tía Santina o donde quieras. Pero tú decides. O nosotros o ellos. ¡Y te callas!

Tres días después, el 6 de agosto, Concetta llamó a su amiga Emanuela Gentile. Para el equipo de escuchas, el cambio en el tono de voz de Concetta era espectacular. Hacía unos días sonaba libre, confiada. Ahora parecía destrozada.

—Ya sabes, Emanuela; el error que cometí fue llamar a casa aquella única vez —dijo—. Si no hubiera llamado, habría seguido por el mismo camino. Pero llamé, y eso me hizo débil.

Concetta le contó a Emanuela la conversación con sus padres.

—Sabes todo lo que he hecho —le contó—. Tienen incluso copias de mis llamadas telefónicas.

Emanuela le dijo que había oído que el padre de Concetta y su hermano habían visitado a Pasquale Improta en su casa de Reggio.

—Tu hermano está mal de la cabeza —le dijo—. No descansa.

—Mi padre me dijo que no permitiría que Giuseppe me pusiera la mano encima —dijo Concetta—. Hasta se puso a llorar, y me dijo: «Te perdono». Pero tengo miedo, Emanuela, te lo digo, estoy asustada. Aunque me digan: «Vuelve, hija, vuelve», tú ya sabes cómo son esas familias, sobre todo la mía, sobre todo los hombres. Ellos no perdonan. No perdonan los ataques a su honor. Mi padre tiene dos corazones. Uno para su hija y el otro para su honor.

Si volvía a casa, sin duda iba a ocurrirle algo, decía Concetta. Seguro, aunque tal vez no de inmediato, pensaba.

—Esperarán —dijo—. Si ya te tienen ahí, en su sitio, no tienen por qué darse prisa. Pero ¿tiene algún sentido que vuelva a casa y me mantenga con vida un año, tal vez un año y medio? —No terminaba de decidirse—. Por una parte, pienso que eso es lo que debería hacer. Volver a casa. Asumir el riesgo. Porque tengo que volver, Emanuela. Tengo que hacerlo. No me van a enviar a los niños.

—*Mamma mia!* —exclamó Emanuela—. ¿No te devuelven a tus hijos?

—Se los he pedido, pero no me los han enviado. Y no lo harán. Porque saben que si me los envían, han perdido a su hija para siempre.

En otra llamada, a Pasquale Improta, Concetta intentó preparar a su novio para lo que estaba por venir.

—Si vuelvo a casa, estoy acabada —le dijo—. Eso lo entiendo. Sé cómo terminará. Ellos no perdonan ofensas de honor o de dignidad. Y yo les he atacado las dos cosas.

—Concetta —replicó Pasquale—. ¿Puedo decirte una cosa? Eres demasiado buena. Demasiado buena.

—Demasiado tonta —soltó ella en broma.

—Demasiado buena. Te han roto las costillas. Otras mujeres no les habrían llamado siquiera.

—Me da miedo volver a casa, eso sí.

—Pues si te da miedo, Concetta, no vuelvas. Si vas, lo pagarás.

—Eso seguro.

Tal vez porque él no pertenecía a la ‘Ndrangheta, o tal vez porque no era padre, Pasquale parecía no entenderlo del todo. Él suponía que Concetta aún tenía opciones. Y ella no conseguía hacérselo entender. Sin embargo, antes de colgar ella se demoró un poco en la despedida.

—Pa —le dijo—. Te querré hasta mi último aliento. Buenas noches, amor mío. Buenas noches. Te quiero.

El 8 de agosto, Concetta escribió una nota a los agentes encargados de su protección en la que explicaba que había hablado con su madre, que venía hacia Génova acompañada de su tío Gregorio y de su hija mayor, Tania. Concetta explicaba que no podría soportar no ver a la niña.

De hecho, Concetta había intentado resistirse en un primer momento. El equipo de escuchas la oyó al teléfono intentando frenar a Lazzaro, diciéndole que debía consultarlo con los *carabinieri* antes de quedar con ellos.

—¿A quién tienes que llamar, ‘Cetta? —le gritó su madre—. ¿Por qué tienes que pedirle permiso a nadie? ¿No oyes a tu hija?

Por la línea se oía a una niña que lloraba y gritaba. Lazzaro había acercado el teléfono a la hija menor de Concetta, Rosalba, de siete años, que se llamaba como su abuela. La niña no podía contener las lágrimas.

—Se muere sin ti, ‘Cetta —dijo en voz baja.

—Dile que no se preocupe —respondió Concetta en el mismo tono de voz.

—¿Que le diga que se calle? —soltó Lazzaro—. ‘Cetta, aquí se está muriendo.

—Está bien, está bien, dile que estoy cerca. Dile que ya voy.

—¡Ven a vernos a la otra punta de la ciudad! —ordenó Lazzaro, antes de colgar.

A la mañana siguiente, cuando los agentes que protegían a Concetta acudieron a la habitación de su hotel descubrieron que la puerta estaba abierta y con las llaves puestas en la cerradura. En el interior, las maletas habían desaparecido.

El equipo de escuchas no volvería a oír la voz de Concetta hasta pasada una semana. Y no era porque no hubiera estado hablando. Tres días después de su regreso a Rosarno, Concetta grabó en secreto una declaración en el despacho del abogado de los Cacciola. La grabación, incluida una breve interrupción, duraba once minutos y siete segundos:

Me llamo Maria Concetta Cacciola, hoy es 12 de agosto de 2011, y quiero aclarar lo que me ocurrió el pasado mes de mayo.

Durante una visita a la comisaría de los *carabinieri*, les conté que tenía algunos problemas con mi familia. Mi familia había recibido unas cartas anónimas. En esa época, yo no estaba bien. Estaba celosa. Mi marido estaba en la cárcel. Entonces llegaron esas cartas y yo confesé lo que decían, y mi familia me encerró en casa y me dijo que no podía salir ni tener amigos. Yo estaba enfadada con mi familia. Quería que pagaran. Así que les dije a los *carabinieri*: «A lo mejor puedo ayudarlos. Tengo problemas con mis padres y con mi familia. Tengo miedo de que mi padre y mi hermano me hagan algo».

Al principio no me llevaron a ningún sitio. Pero al cabo de unos días me dijeron que debía hablar con sus superiores y el mando de los *carabinieri* vino a verme. Y así fue como ocurrió. Yo dije lo que tenía que decir para poder volver a casa. Estaba confundida. Pero mis explicaciones eran para que pagaran. Estaba muy enfadada.

Dos días después me dijeron que habían aceptado ponerme bajo su custodia y volvimos a quedar en la comisaría. Había un coche esperando y dos magistrados que querían hablar conmigo. Al principio, estaba confundida. Pero luego, como quería irme de allí, dije cosas que no eran ciertas y que no habían ocurrido. Porque yo lo que quería era irme de allí y hacerles pagar por mi sufrimiento. Finalmente, un magistrado me dijo: «Es viernes. Prepárate para irte de aquí el lunes».

De hecho, vinieron a buscarme el sábado. Me llevaron a Cosenza. Tres días después, los dos magistrados regresaron y empezaron a presionarme sobre mi familia. Y yo, como todavía estaba furiosa con ellos, volví a acusar a mi padre y a mi hermano.

Pasé un mes y medio en Cosenza. Desde ahí me llevaron a Bolzano. Pero cuando llegué a Bolzano, quise retractarme porque me di cuenta de que, por culpa del enfado, había dicho cosas que no eran verdad. Eran todas cosas que había leído en los periódicos o que había oído decir a la gente y como yo estaba tan enfadada había acusado a mi padre y a mi hermano de estar

implicados, aunque en realidad no lo estaban. Y me di cuenta de que aquello estaba mal. Me di cuenta de que, como estaba tan enfadada, estaba acusando a gente que no tenía nada que ver con nada. Y aquello no estaba bien. Quería un abogado. Pero me dijeron que no podía tenerlo porque según la ley a los testigos no se les permitía tenerlos. Les dije que quería volver con mi familia. Pero ellos me dijeron: «No vuelvas con tu familia. Ahora nosotros somos tu familia. Tu familia no te perdonará si vuelves ahora. Si antes ya te parecía que querían matarte, imagínate lo que te harán ahora que creen que estás relacionada con nosotros». Y yo tenía miedo porque sabía lo que había hecho y sabía que la herida que les había causado era muy grave.

En Bolzano hablé con mi hija por email. Después de eso hablé con mi madre. Quería saber lo que pensaba ella sobre lo que yo había hecho. En Bolzano, también me encontré con gente que podía haberme reconocido. Después de eso me trasladaron de inmediato a Génova. Y me dijeron: «No puedes tener ningún contacto con gente que conoces».

Desde Génova llamé a mi madre una vez más y le dije que la echaba de menos y que quería verla. Hablé con mi madre, y también con mi padre. ¡Y entonces supe realmente lo que había hecho! Mi madre vino a Génova, pero el Estado me dijo que no podía tener ningún contacto con mi familia. Sin embargo, cuando me monté en el coche con mi padre me di cuenta de que él ya me había perdonado por los errores que había cometido. Llegamos a Reggio Emilia. A mí me daba miedo regresar a Calabria, aunque no por mi padre, y por mi propia voluntad volví a irme con los *carabinieri* hasta Génova. Ellos me preguntaron: «¿Estás segura de que no les has dicho a tus familiares que estás residiendo en Génova?». Yo les dije que no, aunque a mi madre sí se lo había dicho.

También le había contado a mi madre que quería hablar con un abogado. Desde Génova me puse en contacto con uno, Vittorio Pisani, y le dije que estaba confundida porque el Estado me había dicho que si no me había representado nadie en el procedimiento, entonces no podía empezar a representarme nadie ahora. En todo caso, el Estado me dijo que dejara de llamar al abogado, y añadió que era muy testaruda, que no debía llamar a mi familia, que debía apagar el teléfono y todo lo demás. Yo no estaba de acuerdo. Y llamé a mi madre una vez más, y le pedí que volviera a Génova y ella vino con su hermana y mi hija y me fui de Génova por voluntad propia. Ahora he decidido contratar a los abogados Gregorio Cacciola y Vittorio Pisani para que me representen...

Llegada a ese punto la grabación se cortaba, y volvía a retomarse:

Ahora llevo ya tres días en casa con mi padre, mi madre, mi hermano y mis hijos. Finalmente he encontrado la paz...

«Que estaba buscando», se oía que decía una voz femenina de fondo:

... que estaba buscando. Debería añadir que he escrito una carta que acompaña a esta grabación. En el futuro, espero que me dejen tranquila, sin contacto con nadie y sin que nadie se ponga en contacto conmigo.⁴

El 13 y el 14 de agosto, los oficiales encargados de las escuchas a Concetta interceptaron dos mensajes de texto que ella envió a Pasquale Improta usando un teléfono que había conseguido mantener oculto a su

familia. En ellos contaba una historia distinta. Decía que era prisionera de su familia una vez más en la casa amarilla de Via Don Gregorio Varrà. Sin embargo, en esa ocasión, «habían traído abogados para que me retractara — escribió—. Me han hecho decir que consumía drogas, que estaba enfadada. Mi hermano no me habla. Su frialdad es aterradora. No quiero quedarme aquí, Pa. No veo que de aquí vaya a salir nada bueno».

Concetta le pedía a Pasquale que transmitiera un mensaje al comandante Salvatore Esposito de la central de los *carabinieri* de Reggio Calabria. Quería que la incluyeran de nuevo en el programa de protección de testigos, le decía. Y esa vez tenía que llevarse a sus hijos.

—Aquí me siento enjaulada —afirmaba—. ¿Qué puedo hacer?

Pasquale pasó el mensaje. El 17 de agosto, Concetta habló en varias ocasiones con los *carabinieri* para confirmar que deseaba volver a formar parte del programa. Muy poco antes de las once de la noche llamó al comandante Esposito en Reggio. Tras corroborar este de primera mano que Concetta quería convertirse una vez más en testigo protegida, le preguntó cuál era la mejor manera de sacarla a ella y a sus tres hijos de allí.

—¿Puede abandonar la casa? ¿Aunque sea a última hora de la noche?

Concetta le dijo que no y le preguntó a Esposito si podía enviar a agentes a detenerla, para hacer ver que se la llevaban en contra de su voluntad. «La cosa es muy difícil por aquí porque están mi padre y mi hermano», dijo. E incluso fuera de la familia, explicó, «hay gente a su alrededor que sabe lo que ha ocurrido. Se está corriendo la voz de que yo he hablado con los *carabinieri*».

—¿Tiene miedo de trasladarse, o de las repercusiones? —le preguntó Esposito.

—¡De las dos cosas!

Finalmente, Esposito y Concetta convinieron en que ella llamaría cuando le pareciera que había llegado el momento adecuado (esa misma noche o a la mañana siguiente), y que el comandante enviaría de inmediato un coche. Este le explicó que el vehículo llegaría en los quince minutos posteriores a la recepción de la llamada.

—Llámeme en cualquier momento —añadió—. Le estaremos esperando.

En el palacio de justicia de Reggio, Alessandra también esperaba. Era agosto, la temperatura diurna rondaba los cuarenta grados centígrados y todo el país se había ido de vacaciones. Pignatone, Prestipino y Giovanni Musarò no estaban. Solo quedaba Alessandra. «La situación parecía estar tranquila con Cacciola —contaría luego Giovanni—. Se la había interceptado hablando con un amigo y en la comunicación ella decía que sabía que la matarían, pero no pronto. Hablaba de un año, un año y medio, porque sería una tontería matarla de inmediato. Además, Concetta iba a volver a ser testigo protegida pronto, así que sentíamos que estábamos a salvo.»

Al día siguiente, 18 de agosto, en una conversación grabada por un dispositivo instalado en el interior del coche de los Cacciola, Concetta le comentaba a su madre que había hablado con el comandante Esposito. Añadía que pensaba volver al programa de protección de testigos.

—¡'Cetta, no! —exclamaba su madre—. ¡No! ¡De ninguna manera!

—¡Me dijiste que todo sería distinto! —le gritaba Concetta.

—Yo estaba resignada a dejar que te fueras —replicaba Lazzaro—. Pero ahora ya no. ¡No! ¡No lo aceptaré!

—Mamá, tengo que terminar lo que he empezado —decía Concetta.

Media hora más tarde, esta llamaba una vez más a los *carabinieri* y les decía que se encontraba en un dilema. No le dejaban salir de casa si no era en compañía de su madre. Por otra parte, si salía con ella pero su madre regresaba sola a casa, entonces su madre debería enfrentarse a consecuencias muy serias. Finalmente, Concetta acordó con los *carabinieri* que la solución era esperar a que todos los que vivían en la casa de los Cacciola estuvieran durmiendo esa noche y entonces sacar a los niños a la calle y esperar el coche de los *carabinieri*. Lo harían sobre la una y media de la madrugada. Cuatro horas más tarde, Concetta llamó para decir que su hija Rosalba tenía fiebre y que todo iba a tener que posponerse un día o dos.

Al leer las transcripciones, Alessandra se desesperaba. «Todos esperábamos su llamada para ir a recogerla. Ella había telefoneado para decir: “Quiero volver”. En la comisaría todo estaba listo para ella y sus hijos. Yo había pedido incluso a algunos *carabinieri* que interrumpieran sus vacaciones. Así que estábamos esperando. Y el tira y afloja no paraba. Sinceramente, en ese punto, creíamos que estaba jugando con nosotros.

Descubrimos que lo de la fiebre de su hija era mentira. Sus hijos estaban en la playa. Concetta no tenía las cosas claras. Lo cambiaba todo constantemente. Algunos días se ponía en contacto con nosotros. Otros días no. Mostraba mucha indecisión. Nosotros queríamos que se aclarara y que escogiera de una vez. Pero pensábamos que como mínimo tenía la situación bajo control. Y creo que tal vez ella misma creía que disponía de algo más de tiempo.»

Al día siguiente, el 19 de agosto, Alessandra y los *carabinieri* esperaron junto al teléfono por si Concetta volvía a cambiar de opinión. Pero nadie llamó.

El 20 de agosto, la juez y los agentes volvieron a reunirse para reanudar su guardia. «Todo el equipo estaba allí, en alerta, esperando a que ella enviara aviso para ir a buscarla. Pero no podíamos hacer nada hasta que ella diera el visto bueno. Legalmente, dado que ella era testigo, no estábamos autorizados a entrar, a echar la puerta abajo. Ella tenía que abrírnosla. Y ella, sencillamente, no podía abrir esa puerta.»

A las 18.40 del 20 de agosto de 2011, el padre de Concetta llegó al hospital de Santa Maria de la localidad de Polistena, a veinte minutos de Rosarno. Concetta estaba tendida en el asiento trasero del Mercedes de la familia. Llevaba unos vaqueros ajustados y una blusa blanca que le resaltaba los pechos. Se había cortado el pelo hacía poco y se había cambiado el peinado. De la boca le salía una espuma roja y blanca, que le manchaba el lápiz de labios granate.

En urgencias, el doctor Fortunato Lucia confirmó que Concetta no tenía pulso. Mientras el personal hospitalario llamaba a la policía, el médico intentaba reanimarla mediante resucitación cardiopulmonar. El personal sanitario le entregó una botella roja de plástico que contenía ácido clorhídrico, es decir, sulfumán, que los familiares de Concetta decían haber encontrado junto a ella, en el sótano de su casa. El doctor Lucia intentó colocarle una vía pero, sin pulso, no lo consiguió. Cuando la patrulla policial llegó a las 19.00, el médico ya había firmado su defunción.

TERCER ACTO
ITALIA DESPIERTA

XVIII

El certificado de defunción de Maria Concetta Cacciola establecía que había nacido hacía tres décadas algunos kilómetros al sur del hospital en el que había muerto.¹ En él también constaba que residía dieciséis kilómetros al oeste, en Rosarno. Había venido al mundo en Calabria. Había vivido en Calabria. Había muerto en Calabria. Tal como su familia le había prometido, era como si los últimos cuatro meses de su vida nunca hubieran existido.

Alessandra y los *carabinieri* tuvieron noticia de la muerte de Concetta a través de una llamada telefónica realizada a primera hora de la noche desde una comisaría de la policía local. El agente les comunicó que según el certificado Concetta se había bebido un litro de sulfamán en el sótano de la vivienda de los Cacciola. Por segunda vez en ese año, Alessandra se sintió momentáneamente abrumada. «Fue espantoso para todos —dijo—. Nadie imaginaba que acabaría de una manera tan definitiva, tan irrevocable. Estábamos todos listos para ir a buscarla. Nos costó mucho asumir todo aquello.»²

Giovanni estaba de vacaciones cuando recibió la llamada de Alessandra. Se quedó mudo. Años después, diría: «No puedes dejar que el trabajo se convierta en algo personal. Pero la historia de Maria Concetta era horrible, realmente se trataba de algo muy difícil de soportar. A ella no la habían detenido ni la habían condenado por nada. Era solo una testigo».³ Era lo trágico de la muerte de Concetta, ese aspecto de casi predestinación mítica, lo que más perturbaba a Giovanni. «Maria Concetta Cacciola era el personaje de una obra griega —comentó—. Regresó aunque era consciente de que sería asesinada. Regresó por amor a sus hijos. Esa relación prácticamente simbiótica que tenía con su madre, la carta de amor que le escribió... hay algo hermoso en todo ello. Hermoso e inaceptable.»

Giovanni y Alessandra sabían muy bien el efecto que la historia de Concetta tendría en los pueblos y aldeas de montañas de Calabria. «Era lo que tenía que ocurrir», dijo el padre de la fallecida, Michele, en un aparte grabado por los *carabinieri* dos días después, y los fiscales sabían que todos los calabreses pensarían lo mismo. Lea Garofalo estaba muerta. Giuseppina Pesce había sido obligada a retractarse en público. Ahora Maria Concetta Cacciola también se había ido. Eso era lo que les pasaba a las mujeres que traicionaban a la ‘Ndrangheta. No se podía escapar al destino. La ‘Ndrangheta era invencible. «Si ese fenómeno de las mujeres que testificaban había cobrado un mayor impulso con Giuseppina, se interrumpiría bruscamente con la muerte de Maria Concetta Cacciola —explicó Alessandra—. A diferencia de Giuseppina, Concetta era un símbolo de que la ‘Ndrangheta sí podía ir a por ti.»

La noche de la muerte de Concetta, los *carabinieri* precintaron el sótano de Via Don Gregorio Varrà 26 de Rosarno, donde había sido encontrada. Se incautaron de teléfonos móviles, de un ordenador, del diario de Concetta y de varias cartas dirigidas a su marido, Salvatore. Cuando interrogaron a Michele, este contó que había regresado a casa después de las 17.30 y que había llamado a Concetta, pero que no la había encontrado. Finalmente la descubrió tendida en el baño del sótano. Junto a su cuerpo había una botella de plástico. Al preguntarle por qué habría querido suicidarse su hija, Michele estalló y se negó a responder. La madre de Concetta, Anna Rosalba Lazzaro, fue más colaboradora. Según contó, su hija se había quitado la vida por vergüenza. «Se sentía mal. Dijo cosas que no sabía. No podía enfrentarse a aquellos a los que había acusado.» La familia de Concetta «la ha apoyado totalmente» tras su regreso a casa, añadió Lazzaro. Todos sabían que no había estado bien. Después de todo, no era la primera vez. Llevaba muchos años añorando a su marido ausente. También había tomado de manera obsesiva sustancias para adelgazar. Todas aquellas cosas la habían afectado mentalmente.

Giovanni rechazó de plano aquel interrogatorio con Lazzaro. «Estaba claro que había ocurrido algo que nosotros no sabíamos», dijo. Los fiscales sabían que Concetta corría un riesgo a largo plazo por parte de su familia. Como ella, habían calculado que no le harían nada inmediatamente después de su regreso, porque entonces todas las sospechas recaerían sobre sus

miembros. Por otra parte, también sabían que Concetta le había dicho a su madre que en breve regresaría al programa de protección de testigos. Tal vez la familia hubiera decidido acabar con ella mientras aún podía.

Porque no había la menor duda de que Concetta había sido asesinada. Cualquier gastroenterólogo sabía que era imposible beber de manera voluntaria un litro de ácido clorhídrico. El reflejo humano era de atragantarse y vomitar apenas ingerido un solo sorbo. El dolor era insoportable. El ácido arrasaba las paredes del estómago. El estado de inconsciencia llegaba enseguida. El forense establecería más tarde que Concetta había muerto de un ataque al corazón y un fallo respiratorio, pero que estos se habían producido después de que el ácido le quemara la garganta, el estómago, el páncreas y los pulmones. «Es algo que uno no puede hacer él solo», dijo Giovanni.

La forma de morir de Concetta también llevaba el sello de la ‘Ndrangheta. El ácido era uno de los instrumentos favoritos de la organización para los traidores. Lo usaban con los muertos, para borrar todo rastro vergonzante del cadáver de un colaborador, y lo usaban con los vivos. En diciembre de 2010, la directora de presupuesto del ayuntamiento de Reggio, Orsola Fallara, había dado una rueda de prensa en un restaurante del centro durante la que admitió haber realizado pagos sospechosos y llevar una contabilidad irregular, y horas después la encontraron moribunda en su coche después de ingerir ácido.⁴ En marzo de 2011, otra esposa de la ‘Ndrangheta, Tita Buccafusca, de treinta y ocho años, había entrado en una comisaría de policía agarrando con fuerza a su hijo pequeño, y se había ofrecido a testificar. Un mes después, su marido, un capo de la ‘Ndrangheta llamado Pantaleone Mancuso, denunció que se había suicidado bebiendo ácido.⁵ Las bocas que hablaban cuando no debían eran silenciadas. La muerte de Concetta formaba parte de un patrón.

Para los fiscales, con todo, en ese caso concreto se daba una anomalía. Concetta les había dicho que su familia nunca la dejaba sola, sobre todo después de su regreso a Rosarno. Pero en el día de su muerte, su padre, su madre y su hermano estaban fuera de casa. «Aquello parecía bastante raro — dijo Giovanni—, pues indicaba no solo que había existido una planificación muy esmerada, sino la implicación de terceros.»

El 23 de agosto, tres días después de la muerte de Concetta, la familia Cacciola envió una queja formal al despacho de la fiscalía de Palmi. Cumpliendo con un guion establecido por los Pesce, los padres de Concetta acusaron a Alessandra y a Giovanni de aprovecharse de una mujer que se encontraba en un estado mental alterado. Concetta había acudido a la comisaría de los *carabinieri* en mayo de 2010 «deprimida» y «patológicamente alterada», afirmaban. Los *carabinieri* habían visto su debilidad como una oportunidad. Le habían prometido una nueva vida «que resultó ser un infierno en vida, apartándola de la familia».

Según ese punto de vista, Concetta, como su amiga Giuseppina antes que ella, era una pobre criatura. La queja defendía que nada de lo que había hecho era una decisión consciente. No había escogido crear una nueva vida para ella y sus hijos. No había rechazado a su familia ni a la ‘Ndrangheta. Y, sobre todo, no había ejercido el libre albedrío ni había reclamado su independencia de sus padres y su marido, sino todo lo contrario. Según los Cacciola, Concetta se encontraba en un estado de debilidad lastimosa, y era muy influenciable. Esa hija, esa mujer, había quedado deslumbrada por las ofertas péfidas del Estado, que le prometía una vida mejor. A cambio, su débil mente había inventado las historias sobre la criminalidad de su familia que ella suponía que los fiscales deseaban oír. Concetta no había tardado en recuperar la cordura, se había dado cuenta de su error, había vuelto a ponerse en contacto con su familia y finalmente había conseguido escapar de las garras de las autoridades. Una vez de vuelta en el refugio de su «familia amorosa y atenta», lo había confesado todo, sobre todo las «alegaciones inventadas» que había hecho contra los suyos «para congraciarse con los fiscales». Felizmente, al final había alcanzado la paz mental que había buscado en la aceptación y el perdón amorosos de su familia. Sin embargo, comprensiblemente, la vergüenza había resultado ser una carga excesiva. La historia entera podía oírse en palabras de la propia Concetta si se escuchaba la cinta que se adjuntaba, o leyendo su transcripción. Los Cacciola esperaban una respuesta inmediata de los fiscales y los *carabinieri*, una explicación de su conducta lamentable.

Pero ni siquiera con eso los Cacciola se daban por satisfechos. El mismo día en que presentaron su queja, Anna Rosalba Lazzaro escribió una carta a la *Gazzetta del Sud*, el principal rotativo del sur de Italia, lamentándose de que en la noticia que habían publicado sobre la muerte de Concetta, los periodistas hubieran afirmado que la difunta se había criado en «un entorno lleno de los valores negativos de la ‘Ndrangheta». «Simplemente, eso no es verdad —escribía Lazzaro—. Sobre este asunto concreto, reto a cualquiera a demostrar que en mi casa se haya mantenido alguna conversación sobre aspectos delictivos que hayan afectado o implicado a miembros de mi familia. Deseo añadir que mi marido y yo hemos dedicado nuestra vida a dar a nuestros hijos la mejor educación cívica posible.»⁶ Al día siguiente, *Calabria Ora* publicó una entrevista en exclusiva con Lazzaro, y destacaba en titular que «¡Habéis empujado a mi hija al suicidio!». En páginas interiores, el periódico hacía hincapié en que la muerte de Concetta era inevitable. «Crónica de un suicidio anunciado», rezaba el encabezado del periódico.

A Alessandra todo aquello le parecía increíble. Los Cacciola habían chantajeado a su hija para que regresara con ellos, y después se habían apartado mientras la ejecutaban. Ahora pintaban su asesinato como una tragedia de la que cabía culpar al Estado, al tiempo que usaban su muerte para lavar su reputación criminal. En ningún momento habían expresado pena, amor, o cualquier otro sentimiento que no fuera indignación por el mal que les habían hecho. Ni siquiera habían dado sepultura a Concetta. ¿Había existido alguna vez en Rosarno una familia más despreciable que la de los Cacciola?

XIX

La ‘Ndrangheta se había reafirmado de manera espectacular.¹ Una vez más, los que la habían desafiado estaban muertos o habían caído en desgracia. De la misma manera que en el caso de Giuseppina a Alessandra y Giovanni se les había pedido que dieran explicaciones, ahora debían rendir cuentas por su manera de abordar el caso de Maria Concetta Cacciola. El editor de *Calabria Ora*, Piero Sansonetti, celebraba la humillación del Estado con una serie de editoriales. «La época de la cooperación ha terminado», escribió.

En Milán, los seis acusados en el juicio por el asesinato de Lea Garofalo parecían envalentonados por los acontecimientos del sur. Sus abogados defendían que la acusación contra sus clientes debía ser archivada de inmediato. Si no había cadáver, no había asesinato. Según ellos, en realidad Lea estaba viviendo junto al mar en Australia. «Espero que se canse de Australia y nos haga el honor de aparecer por el tribunal», dijo uno.² Según ellos, sus clientes eran inocentes no solo del asesinato de Lea, sino de cualquier actividad delictiva. El hermano de Carlo, Giuseppe, decía que era zapatero. Vito aseguraba ser constructor. Rosario Curcio explicaba que trabajaba en un solárium. Carmine Venturino solicitó la exención de responder a preguntas en la sala porque solo hablaba grecánico, no italiano. Por algún motivo, Carlo había conseguido convencer a las autoridades encargadas de la asesoría legal de que sus ingresos eran solo de diez mil euros al año, por lo que tenía derecho a recibir asistencia del Estado. Y aseguró sentirse confundido con todo ese proceso.

—No es justo que esté sentado aquí —dijo—. Soy una persona honrada. Mi madre me enseñó a respetar y amar a mi familia. Mi hija me escribía cartas a la cárcel diciéndome que me quería y me echaba de menos y que quería estar conmigo de nuevo. Yo no tuve nada que ver con la desaparición de Lea. Yo también quiero saber la verdad de lo que ocurrió.³

La defensa fue haciendo desfilar por la sala a una sucesión de paisanos de Pagliarelle para que proclamaran la honradez de Carlo. Casi todos decían no conocer apenas a Lea. Cada vez que un testigo de la acusación, amigo de Carlo y residente en Viale Montello, no se presentaba al juicio, los acusados se reían y vitoreaban.

—¡Tal vez está en el desván! —aventuraba alguien a voz en grito.

Uno de los abogados de Giuseppe lo embarró todo un poco más al declarar que su cliente llevaba años sin hablar con su hermano Vito, por lo que plantear cualquier conspiración entre ellos era absurdo.

Con todo, sí se veían señales de tensión entre los acusados. Desde el principio, Massimo Sabatino se sentó separado de los demás hombres en la jaula.

—¡Qué vergüenza! —le susurró Venturino una tarde, cuando se había levantado la sesión y ya se los llevaban.

—¿Vergüenza yo? —le gritó Sabatino—. ¡Por tu culpa cumplo seis años de cárcel! Si te pongo las manos encima te arranco la cabeza, que eres un mierda.

Los acusados también parecían perder parte de su confianza inicial a medida que las semanas avanzaban y el fiscal Marcello Tatangelo iba desmontando sus defensas meticulosamente. Los rastros dejados por sus teléfonos demostraban que todos ellos habían estado ocupados moviéndose por Milán y sus alrededores, juntos, durante tres horas a partir de las 18.30, último momento en que Lea Garofalo fue vista con vida. Los *carabinieri* habían encontrado a un amigo de Carlo que declaró que le había dejado a este las llaves del apartamento de su madre. Según Tatangelo, fue allí donde llevaron a Lea para torturarla; después le dispararon un tiro en la nuca y sacaron el cadáver de la ciudad. Cuando Salvatore Cortese, que había sido compañero de celda de Carlo, testificó que el acusado sentía un ardiente deseo de vengarse de Lea, este no pudo contenerse más y le gritó:

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué es eso de obtener el permiso de los jefes para matar a Lea? ¡Se lo está inventando! ¡Yo no tengo nada que ver con nadie!

Cuando durante la vista se leyó la confesión de Sabatino a su compañero de celda, Salvatore Sorrentino, fue Sabatino el que se puso a gritar:

—¡Yo nunca he dicho esas cosas de Carlo! —exclamó—. ¡No es cierto que yo dijera que eran unos cabrones y que quería matarlos! ¡Se lo inventa! Yo coincido con todo lo que dicen estos hombres.

Por último, Denise fue llamada a testificar. Se instaló una mampara en la sala para que su padre no pudiera verla. Denise llevaba una sudadera con capucha para ocultar más el rostro. Al percibir que su hija se encontraba a pocos pasos de él, Carlo se puso en pie, se acercó a los barrotes de la jaula y pasó los brazos entre ellos. Con voz clara y sin vacilar, en un testimonio que duró dos días enteros (el 20 de septiembre y el 13 de octubre de 2011), Denise contó la historia de los primeros años de su madre, y de sus años de huida y del tiempo que habían pasado en el programa de protección de testigos.

—Éramos como hermanas —dijo—. Era casi como si nos hubiéramos criado juntas. Nos dejábamos ropa. Nos gustaba la misma música.

Y añadió que durante siete años no había mantenido contacto con Carlo.

—Eso es un hecho —dijo Carlo de manera audible.

Denise frunció el ceño.

—¿Puede pedirle a esa persona que se calle? —le preguntó al juez fríamente—. Me molesta.

Entonces Denise siguió explicando los intentos de su madre de hacer las paces con Carlo. Describió el ataque de Campobasso de mayo de 2009, lo que hizo que Sabatino se pusiera en pie y empezara a caminar de un lado a otro en la jaula. Denise solo se desmoronó en una ocasión. Cuando una abogada la censuró por culpar a los acusados cuando no se había encontrado el cadáver ni el arma del crimen, ella replicó a gritos:

—¡No le pueden consentir que diga eso! ¡Llevo dos años sin ver a mi madre!

En vista de que las emociones estaban a flor de piel, los abogados de la defensa intentaban suscitar algo de compasión por los acusados.

—Sé en mi fuero interno que mi cliente es inocente —dijo Maria Cacucci, la abogada de Carlo—. Basta mirarlo a los ojos para comprenderlo.

Francesco Garofalo, letrado calabrés que representaba a Carmine Venturino y Vito Cosco, recurrió a una estrategia de defensa conocida: la naturaleza inestable de las mujeres.

—¿Por qué todos esos intentos de santificar a Lea, que nació en el seno de la ‘Ndrangheta y fue criada por ella? —preguntó—. Era una mujer que estaba loca, tal como ha descrito su propia hija. Lea Garofalo quería ir a Australia. ¿Qué mejor momento para hacerlo que después de haber dejado a su hija con su padre? ¡Eso fue lo que ocurrió en este caso!

Con todo, la gesticulación de la defensa hacía poco por borrar algo que cada vez parecía más cierto: que a aquellos seis hombres iban a considerarlos culpables de asesinato. Pero a medida que el juicio avanzaba hacia sus conclusiones, el 23 de noviembre, la víspera del segundo aniversario de la desaparición de Lea, sobrevino el desastre. Sin previo aviso, el juez encargado del caso, Filippo Grisolia, fue nombrado jefe de gabinete del Ministerio de Justicia. El juicio tendría que suspenderse e iniciarse de nuevo. Más aún: el límite máximo vigente para la prisión preventiva exigía que el nuevo juicio no pudiera terminar más allá del 28 de julio de 2012, es decir, a ocho meses vista. Las vistas que ya se habían celebrado habían durado cinco meses. A la defensa iba a resultarle muy difícil alargar otro juicio más allá de la fecha límite. En ese momento, parecía que Carlo y toda su *‘ndrina* saldrían en libertad.

XX

La ‘Ndrangheta siempre había confiado en sus invenciones.¹ Y una de sus invenciones más importantes era que no se podía plantar cara a la ‘Ndrangheta. Y mucho menos una mujer. Lea Garofalo, Giuseppina Pesce, Maria Concetta Cacciola, y ahora Denise Cosco habían desenmascarado esa mentira. La reacción de la ‘Ndrangheta había sido implacable: las mujeres debían morir. Y sus historias debían volver a escribirse.

Alessandra y Giovanni se enfrentaban a la posibilidad de que, tras sus triunfos tempranos, los clanes estuvieran ganando la partida, al menos ante la percepción pública. Tal vez la investigación sobre Lea Garofalo hubiera hecho revivir algunos antiguos casos y hubiera infundido nueva vida a la lucha contra la ‘Ndrangheta de la costa este, pero a Lea no había manera de resucitarla. Lo mismo podía decirse en el caso de Giuseppina: a pesar de su decisión de volver a cooperar, el último recuerdo público de ella era el de su retractación. En cuanto a Concetta, había muerto y después, en un golpe maestro propio de la mafia, se había retractado desde la tumba. Ahora, con el desmoronamiento más que público del juicio contra Carlo Cosco y sus hombres, parecía que los clanes también habían estado de suerte con Denise. «La verdad es que no existe una herramienta más importante o fundamental para la investigación que la de los *pentiti*», comentó Giovanni Musarò. Los fiscales contaban con cuatro mujeres arrepentidas. Y ninguna de ellas había salido indemne de la experiencia. La ‘Ndrangheta había usado la muerte de Concetta, sobre todo, a modo de advertencia. «Cuando los Cacciola publicaron su denuncia a los fiscales, no pensaban en su hija —añadió—. Se estaban asegurando de que algo así no volviera a ocurrir nunca. Era algo que iba más allá de los Cacciola. Era un mensaje para toda Calabria. De modo que sí; podría decirse que en esa época las cosas no estaban a nuestro favor.»

Con todo, visto con perspectiva es posible considerar que la aniquilación vehemente de toda oposición dispuesta por la ‘Ndrangheta fuera un signo de debilidad. Sobre todo su intolerancia absoluta a la libertad parecía derivar de su conciencia de que, una vez experimentada, resultaba ya del todo imposible renunciar a ella. Es más, a pesar de los esfuerzos de los clanes, Giuseppina y Denise seguían respirando. Y ambas parecían reforzadas por la determinación que habían descubierto al plantar cara a la opresión de la ‘Ndrangheta. En Milán, Denise ya se había enfrentado a su padre una vez, en el tribunal, y anunciaba a los fiscales que volvería a hacerlo. En cuanto a Giuseppina, la muerte de su amiga parecía haber tenido el efecto contrario al esperado. Le dijo a Alessandra que no le cabía duda de que la ‘Ndrangheta había obligado a Concetta a beberse el sulfumán. El asesinato de su amiga la llevó a darse cuenta de lo cerca que había estado ella misma de acabar igual: cuando Alessandra ordenó su detención le faltaban horas para regresar a Calabria.

—Usted me salvó la vida —le dijo a la fiscal—. Si no hubiera ordenado detener el coche, actualmente mis hijos estarían llevándome flores al cementerio. Igual que ‘Cetta.

Aquella certeza parecía haber despejado cualquier duda de Giuseppina. El 23 de agosto, tres días después de la muerte de Concetta, llegó una carta suya al palacio de justicia de Reggio Calabria dirigida a Alessandra, a Pignatone y a Roberto di Bella, presidente del tribunal de menores de la ciudad. «Sé que ya conocen mi historia —escribía Giuseppina—, pero con esta carta deseo empezar por el principio»:

Seis meses después de mi encarcelamiento, el 14 de octubre de 2010, le expresé a la doctora Cerreti mi deseo de emprender un nuevo camino, movida por mi amor de madre y por mi deseo de llevar una vida mejor, lejos de donde había nacido y vivido. Nunca pensé en una reducción de mi condena. Tampoco fue nunca mi intención jugar con nadie. Solo lo hice porque estaba (y estoy) convencida de que era la decisión correcta, entre otras cosas porque las decisiones que mis amigos y parientes han tomado en su vida han estado teñidas de cobardía y siempre han llevado al sufrimiento. Todos sin excepción deberíamos tener la capacidad para escoger entre el bien y el mal.

Tal vez debería haber actuado antes, antes de ser arrastrada a todo este desastre. Pero mi esperanza es que todavía estemos a tiempo. Quiero actuar para que mis hijos tengan una vida mejor, una vida de principios y de libertad y de elección. También espero que mucha gente como yo, que está en una situación como la mía, encuentre el valor para rebelarse. Finalmente he

encontrado la fuerza para tomar esa decisión y desafiar a una familia temible, poderosa e implacable, con el pleno conocimiento del riesgo que ello puede tener para mí y para las personas que amo. Por fin estoy haciéndolo.

Ha habido momentos en que he creído que me había precipitado y que no había pensado bien las cosas. El coraje que tuve el 14 de octubre de 2010 me abandonó. Angela me dijo que no vendría a verme más. Mi marido Rocco me escribía cartas amenazadoras. Descubrí que la familia de mi marido maltrataba a mis hijos. No los alimentaban bien, decían que se habían gastado todo el dinero en pagar a mi abogado. A mi hijo Gaetano, su abuelo le pegaba con un cinturón.

Así que me rendí. Estaba confundida por la relación que mis hijos tenían con su familia. Empecé a pensar que no tenía derecho a privarlos de su padre. Me decía a mí misma que nadie podía escapar a la vida en la que había nacido. Todo me pesaba enormemente. Y aunque mi compañero no estaba de acuerdo, decidí enviar a mis hijos de regreso a Calabria. Mi plan era contratar a un buen abogado que luchara por mí y, entretanto, dar a mis hijos algo de libertad propia, lejos de mí. Pero por dentro me estaba muriendo. Aquello no era lo que yo quería. Era lo que imaginaba que era bueno para ellos.

Y, por supuesto, también estaban los periódicos. Lo que se publicaba todos los días me hacía parecer una víctima, y no alguien al mando de sus propias decisiones. Ellos le enviaron una carta al juez, y aquello me hizo sentir aún peor: todas aquellas mentiras, aquella impresión que daban de mí que era creada, que no era yo. Aquello también tuve que tragármelo, no porque nadie me obligara sino porque sentía que, como en las películas, había una manera de hacer las cosas que yo tenía que respetar, y que si ya no iba a colaborar más con la justicia, sino que algún día iba a volver a Calabria, entonces tal vez aquellas noticias me servirían para proteger a mis hijos y a mí misma de los prejuicios de mi familia y mi gente. Las declaraciones que hice sobre que me habían obligado a cooperar... Todo eso era solo una técnica de defensa. Todo lo que declaré antes del 11 de abril de 2011 era verdad.

Al montarme en el coche con Domenico en Lucca y arrancar, de pronto comprendí la importancia de la motivación... Para quién estoy haciendo esto. Esto es por el futuro de mis hijos. Esto es por el amor a un hombre que me quiere por lo que soy, y no por mi apellido. Hoy, aunque puedo haber perdido credibilidad como colaboradora, todas esas experiencias me han hecho más fuerte como mujer. Y tan importante como eso es que me han devuelto la confianza en mí misma. Actualmente siento que después de todo tal vez no fuera tan egoísta. Tal vez si hubiera tenido más valor, hoy ya estaría en la playa con mis hijos y con Domenico. Con lo que me quedo es con mi libertad para decidir. Y siempre he priorizado mi amor por mis hijos, su salud y su bienestar, y mi amor por Domenico. Es a ellos a quienes quiero de verdad porque, por más veces que cambie de opinión, ellos están ahí para mí, gracias a Dios.

Por eso creo que mi colaboración con la justicia marcará un cambio real para mucha gente. Por favor, díganle a la doctora Cerreti que no estoy loca como dicen. Les digo todas estas cosas para que puedan contarle a ella algo de la persona en la que ella depositó su confianza. Yo no he dicho nunca mentiras. Solo tuve un momento de confusión. Aguardo pacientemente su respuesta, señor, humildemente consciente de mis errores.²

Cuando los miembros del personal y sus colegas leían la carta, Alessandra se fijaba con agrado en que lo hacían con detenimiento, en silencio. Hombres o mujeres, se mostraban conmovidos. Y ella, a pesar de no

demostrarlo, también se sentía emocionada. En un mundo de engaños, allí había claridad. En lugar de odio, había amor. Adiós al miedo: allí había fuerza.

Después de que Giuseppina enviara esa carta, los acontecimientos se sucedieron deprisa. A principios de septiembre, proporcionó a Alessandra un relato completo del modo en que su anterior abogado, Giuseppe Madia, y el editor de *Calabria Ora*, Piero Sansonetti, habían coordinado la redacción y la publicación de la carta de retractación. (Madia le contó a Giuseppina que había tenido que contactar con Sansonetti porque el editor del diario pequeño, local, de Calabria, era «el único dispuesto a publicarla y apoyar nuestra causa».)

El 15 de septiembre, Giuseppina recibió otra carta de su marido, Rocco. Al principio la regañaba: «Ya sé que has empezado a cacarear —le decía—. Me pregunto por qué nos has arruinado a todos la vida, incluida la tuya. ¿Solo para estar con tus hijos?». Sin embargo, percatándose tal vez de la renovada determinación de Giuseppina, pronto adoptaba un tono lastimero. «Por favor, no me hagas aparecer como el malo —escribía—. No creo estar pidiéndote la luna. No hay mañana que no despierte y piense en ti. Por desgracia las cosas han ido así. Mi familia está rota. Pero te dejo con un abrazo, y con la esperanza de que Dios te ilumine.»³ Un año antes, tal vez la docilidad de Rocco hubiera ablandado a Giuseppina. Pero ahora no hacía más que confirmarle que había dejado atrás su matrimonio siendo la más dura de los dos, lo que a su vez la afianzaba en su propósito.

Tampoco se inmutó cinco días después, el 20 de septiembre, cuando el primer juicio que se había celebrado como consecuencia de la Operación All Inside concluyó con una sentencia condenatoria para once miembros de la *'ndrina* de los Pesce. Vincenzo, el tío de Giuseppina, y su primo Francesco Pesce, al que habían encontrado escondido en un búnker el 9 de agosto, recibieron las condenas más duras: veinte años cada uno por asociación mafiosa y otros delitos; y con una multa total de setenta millones de euros, de

los cuales cincuenta eran para compensar a los ciudadanos de Rosarno por décadas de opresión asesina y los otros veinte a repartir a partes iguales entre el Ministerio del Interior y la autoridad regional de Calabria.⁴

La sentencia supuso el inicio de unos días desconcertantes de humillación pública para los Pesce. Al día siguiente, 21 de septiembre, los *carabinieri* se llevaron a Angela, que en ese momento tenía dieciséis años, a Gaetano, de diez, y a Elisea, de seis, de casa de sus abuelos y los pusieron bajo custodia del tribunal de menores.⁵ El 22 de septiembre, Alessandra anunció formalmente en el tribunal que Giuseppina volvía a cooperar con las autoridades.⁶ El 23 de septiembre, a petición propia, Giuseppina se presentó ante el tribunal de Palmi por videoconferencia para oír los cargos presentados contra el jefe del clan, Antonino, contra su marido Rocco, contra su madre Angela Ferraro y contra su hermana Marina.⁷ El 27 de septiembre, Giuseppa Bonarrigo, la abuela de la familia, se encadenó a las puertas del ayuntamiento de Rosarno, donde fue fotografiada por periodistas protestando y defendiendo la inocencia de sus hijos.

La deshonra pública de los Pesce todavía no había terminado, ni mucho menos. El 4 de octubre, la familia política de Giuseppina, Gaetano, Gianluca y Giovanni Palaia, fue detenida, y a la de esos miembros no tardó en sumarse la detención de tía Angela Palaia y la de Angela Ietto. El 13 de octubre, Alessandra confiscó otras ocho empresas de Rosarno con un valor de más de dieciocho millones de euros, lo que elevaba el valor total de las confiscaciones del imperio Pesce a doscientos veintiocho millones de euros.⁸ Una semana después, el 21 de octubre, Alessandra anunció que, además de Giuseppina, contaba con una segunda mujer de la ‘Ndrangheta dispuesta a testificar. Se trataba de Rosa Ferraro, una prima de Génova que los Pesce habían contratado como asistenta doméstica cuando su propio marido la echó de casa.⁹ Al día siguiente, ciento diez *‘ndranghetisti* que habían sido detenidos en las redadas masivas de julio de 2010 fueron condenados a penas de entre dos y dieciséis años de cárcel.¹⁰

La deshonra mayor llegó el 25 de noviembre, día en que el macrojuicio contra el clan de los Pesce se inició formalmente. Los acusados eran sesenta y tres miembros de la *‘ndrina*. Más de cincuenta estaban presentes en el tribunal, entre ellos varios Pesce, Palaia y Ferraro, así como cincuenta

abogados defensores. Los que ya cumplían penas de cárcel, como el jefe del clan Antonino, y el esposo de Giuseppina, Rocco, asistían por videoconferencia. Había varios Pesce que seguían fugados y, por tanto, serían juzgados *in absentia*.

El procedimiento exigía que Alessandra leyera previamente los cargos a los acusados y presentara las pruebas recabadas tras años de investigación, incluidas las operaciones All Inside, All Inside II, All Clean y Crimine. Dichas pruebas ocupaban sesenta y cinco mil palabras, la extensión de un libro. La mera lectura de todo ello se demoraría varias semanas, y el juicio propiamente dicho no debía iniciarse hasta mayo de 2012.

El primer día no fue como se esperaba. Los acusados ya sabían que los juzgaba una juez y que las pruebas las había presentado una mujer. La noticia de que a Giuseppina se sumaría otra mujer de la casa de los Pesce había caído como un jarro de agua fría. Cuando los conducían a la sala, los hombres se sorprendieron al comprobar que, además, un número desproporcionado de funcionarios judiciales, *carabinieri* e incluso abogados y periodistas eran mujeres. Cuando entraron los jueces, un presidente y dos asistentes, los *'ndranghetisti* constataron asombrados que eran otras tres mujeres: Maria Laura Ciollaro, Antonella Create y, ocupando la presidencia de la sala, Concettina Epifanio.

Para los hombres de la *'Ndrangheta*, aquello debía parecerles una conspiración.

—¡No, no! —gritaban.

Señalando a Alessandra y pronunciando el nombre de otro fiscal del caso, en este caso hombre, gritaban:

—¡Queremos a Di Palma! ¡No a esa! ¡No a esa!

El Estado y los funcionarios de sala insistirían luego en que no se trataba de ninguna trama para alterar a los Pesce. La selección de personal y de magistrados respondía a un procedimiento neutral. En concreto, las tres jueces habían tomado parte en el caso desde su concepción. Tampoco había duda alguna de que Alessandra debía encabezar la acusación en la sala, dado que era ella la que se había hecho cargo de la investigación que la había precedido. Ello no significaba que las funcionarias no disfrutaran con el malestar que su presencia causaba en los acusados. «Cuando nos vieron a

todas en la sala, empezaron a chillar y a gritarme a mí y a mis colegas — explicó Alessandra mientras sonreía—. Se sentían humillados por encontrarse en presencia de tantas mujeres, por ser juzgados por mujeres, que para ellos eran menos que los hombres.» Para Alessandra y Giuseppina, que lo oía todo a través de una videoconferencia, había algo en la reacción indignada de aquellos hombres que sugería que sabían, tal vez por primera vez, que se estaban volviendo las tornas. Alessandra describió aquellos gritos de indignación como algo que se parecía un poco a la música. «¡Una sinfonía de la liberación de la mujer! —dijo riendo—. ¡Justicia divina para esos hombres!» Prestipino, que también negó cualquier acto deliberado en el abultado número de mujeres de la sala, se mostró igualmente satisfecho. «Pienso en todas las mujeres de Calabria que viven el mismo tipo de vida que Giuseppina Pesce y Maria Concetta Cacciola —comentó—. Ahora tienen algo, un ejemplo, cierto simbolismo, al que aferrarse.» A Alessandra no le pasó por alto que, al otro lado de la sala, la madre y la hermana de Giuseppina, Angela Ferraro y Marina Pesce, permanecieron sentadas en silencio todo el rato. Tal vez no había mejor representación de la injusticia de sus propias vidas que ver a sus hombres aullando ante la visión de una asamblea de mujeres modernas y profesionales que iban a encargarse de juzgarlos.¹¹

XXI

Giuseppina Pesce no fue la única que reaccionó ante la muerte de Maria Concetta Cacciola y pasó a la acción.¹

En Reggio Calabria, los tribunales de menores habían sido desde hacía mucho tiempo los parientes pobres de sus equivalentes adultos. El jefe de la justicia juvenil, Roberto di Bella, se daba cuenta de que aquella era una visión miope de la realidad. Como Alessandra, Di Bella pensaba que la ‘Ndrangheta era, sobre todo, una organización familiar. «Desde la Segunda Guerra Mundial, el territorio lo han controlado las mismas familias —explicó—. Ya se trate de contrabando de heroína y cocaína, de negocios, de política, esta cultura, este fenómeno, nace de la familia y pasa de padres a hijos. Es hereditario, es dinástico.» Por algún motivo, el sistema judicial italiano se había concentrado en los padres pero se había olvidado de sus esposas, y de sus hijos. Y ello a pesar de la propia experiencia de Di Bella en Calabria. En las dos décadas que llevaba en Reggio, se había enfrentado a más de cien delitos graves perpetrados por menores de la ‘Ndrangheta. «Veíamos casos de extorsión, robo, secuestro, y más de cincuenta casos de homicidio o participación en homicidio. Niños que usaban Kalashnikov. Niños que participaban en las disputas entre clanes. Niños que eran asesinos. Niños que mataban a *carabinieri*.»

La experiencia de Di Bella también le enseñó que deteniendo a menores de la ‘Ndrangheta casi siempre los reafirmaba en una senda de más delitos y encarcelamientos. Una vez encerrados, se los condenaba a convertirse en asesinos y en capos, y tarde o temprano acababan pasando de nuevo por un centro penitenciario, o muertos. «Esos niños empiezan a respirar la cultura de la ‘Ndrangheta desde el momento en que nacen», dijo. El lavado de cerebro es constante y eficaz. Hacia los doce años, un niño de la ‘Ndrangheta ya escupía cada vez que veía a un policía. De adolescentes, aprendían a ejercer

el poder «no solo sobre otros niños, sino también sobre los adultos». A los dieciocho años, ya eran irrecuperables. A veces llevaban el odio al Estado literalmente grabado en lo más hondo de su ser. El juez había visto a niños con tatuajes de *carabinieri* concretos grabados en las plantas de los pies, «porque así pueden pisotearlos las veinticuatro horas del día».

Di Bella era de trato amable, y su aspecto (el pelo negro, bien peinado, y sus gafas de montura dorada) recordaba a un médico o profesor de provincias, o tal vez incluso a un sacerdote. En todo caso, no había duda de que su trabajo era una llamada, una vocación. Había un caso en concreto que no había podido olvidar nunca. En 2002, el vástago de dieciséis años de un clan calabrés había sido detenido por posesión de arma y resistencia a la autoridad en el momento de la detención. «Los números de serie habían sido eliminados de la pistola, que estaba cargada con una bala», explicó Di Bella. El presidente del tribunal de menores dedujo que el muchacho se estaba preparando para cometer su primer asesinato. Conocía bien a su familia. A su padre lo habían asesinado cuando él tenía once años. Di Bella ya había enviado a la cárcel a tres de sus hermanos mayores. Según comentó, eran «uno de los clanes de la 'Ndrangheta más violentos y sanguinarios».

Durante el juicio, el muchacho hacía todo lo que podía por mostrarse duro. En palabras de Di Bella, «sus ojos eran como de acero. No dejaba entrever sus emociones». Al final, al magistrado le pareció que no tenía más opción que enviar al chico con sus hermanos, a cumplir varios años de detención en un centro de menores. Pero algunos meses después de dictar sentencia, Di Bella recibió la llamada del director de la penitenciaría juvenil. El chico no se encontraba bien. «Padecía insomnio —contó Di Bella—. Sufría trastornos de estómago que estaban relacionados con el estrés. Necesitaba hablar con alguna figura masculina, pero no tenía ninguna.»

Di Bella ordenó que se llevara al muchacho de nuevo al tribunal para realizar una nueva valoración de su caso. «Ya no tenía la mirada de acero —dijo—. Estaba desconcertado. Y tenía mucho miedo. Se mostraba angustiado, muy angustiado... Por los asesinatos y las guerras de la mafia y la gente a la que había perdido, incluido su padre.» Di Bella se dio cuenta de que el joven había bajado sus barreras defensivas y de que podía hablar con él directamente. «Así que le dije muy claramente que debía dejar a su familia de

la ‘Ndrangheta. Le dije que sería asesinado, o que acabaría en la cárcel, como su padre y sus hermanos. Y el chico me dijo, por primera vez: “Quiero irme”. No ocultó que su familia pertenecía a la ‘Ndrangheta. Me pidió que, cuando hubiera terminado de cumplir su sentencia, le ayudara a irse.»

Di Bella le prometió que haría lo que pudiera. Sin embargo, pocos meses después lo trasladaron y se fue de Calabria. Transcurridos varios años, un funcionario del registro de Reggio se puso en contacto con él para informarle de que el muchacho, que ya había salido del centro penitenciario, había preguntado por él en el tribunal de la ciudad. «Me había esperado durante un año hasta que alguien le dijo que yo ya no trabajaba allí», contó Di Bella. Al magistrado le consumía el sentimiento de culpa. No había duda de que el Estado y él mismo habían fallado al muchacho, un niño, después de todo, con la desgracia de haber nacido en unas circunstancias que escapaban a su control pero que, desde lo más hondo del remolino en el que se encontraba, se había acercado a pedirles ayuda.

Cuando Di Bella regresó a Calabria en 2011, descubrió que el chico, que ya era un hombre, volvía a estar en la cárcel, condenado por asociación mafiosa. «Me envió una postal de saludo desde una clínica psicológica en la que lo trataban —dijo—. Meses después supe que a su hermano mayor habían vuelto a detenerlo. No he podido olvidar nada de todo eso.»

Sin embargo, a su regreso a Calabria sí le alegró constatar que la lucha contra la ‘Ndrangheta se había transformado. Pignatone, Prestipino, Alessandra y los demás fiscales habían aportado nueva energía y nuevas ideas al combate. Habían forjado un nuevo consenso según el cual, en palabras de Alessandra, «la ‘Ndrangheta es un fenómeno muy complicado que se resiste a una solución única. Debemos emprender acciones a distintos niveles simultáneamente». Alessandra, en concreto, había sido fundamental a la hora de replantear las dinámicas familiares internas de la ‘Ndrangheta. Se trataba de algo que también tenía mucho sentido para Di Bella. Para él, los tribunales de menores tenían mucho que aportar en esa nueva dirección.

Si a Di Bella le quedaba alguna duda sobre la necesidad de promover cambios en su propio tribunal, estas se esfumaron cuando, un día en Reggio, se vio a sí mismo juzgando a los hijos de los niños a los que había juzgado hacía una generación. Aquella era la prueba irrefutable de que la ‘Ndrangheta

y el sistema judicial estaban atrapados en un conflicto sin final. La ‘Ndrangheta seguiría robando, amputando y matando. Los *carabinieri* y los jueces seguirían metiéndolos en la cárcel. Se trataba de un fracaso sistémico, perpetuo. «Nosotros “heredábamos” a la ‘Ndrangheta», comentó Di Bella. Y si concentrarse en un ‘ndranghetista cuando era joven era una de las maneras de poner fin a esa batalla eterna, y a toda la sangre y la cárcel y la muerte que conllevaba, entonces Di Bella sentía que era su deber aprovechar la ocasión.

Cuando leyó los dossiers sobre la muerte de Maria Concetta Cacciola en agosto de 2011, Di Bella supo que su ocasión había llegado. «Los hijos de Concetta se habían usado como herramienta para hacerla regresar y retractarse —comentó—. Sus padres hicieron que aquella mujer oyera llorar a su hija de seis años, y le dijera “te echo de menos, mamá”, por teléfono.» Se trataba de un caso claro de maltrato infantil al servicio de la delincuencia. Pocas semanas después, Di Bella leyó las transcripciones de una conversación pinchada entre el hijo de Concetta, Alfonso, de dieciséis años, y su padre, Salvatore Figliuzzi. En ellas, Alfonso acusaba a sus abuelos (los padres de Concetta) de tratar a su madre tan mal que «prácticamente la habían matado. Tú has perdido a una esposa. Yo he perdido a una madre. Nada de todo esto habría pasado, joder, de no haber sido por los celos y la ira del abuelo». Ahí había otro muchacho de la ‘Ndrangheta pidiendo a gritos que lo rescataran de su familia. De un modo u otro, el Estado le había fallado a Concetta. Di Bella no podía permitir que fallara a sus hijos. «Tras la muerte de Concetta decidimos intentar poner en práctica un enfoque muy distinto», comentó.

El primer movimiento de Di Bella fue conseguir que los *carabinieri* se llevaran a los hijos de Giuseppina y de Concetta de casa de sus respectivos abuelos. Ese doble «secuestro» de dos de las familias de la ‘Ndrangheta más prominentes de Rosarno desató la indignación inmediata. Di Bella recibió cartas amenazadoras. Los periódicos calabreses publicaron entrevistas con padres y madres de la localidad en las que lo acusaban de destrozar familias y de robar a niños por puro espíritu de venganza. Y algunos, por lo que parecía

completamente en serio, lo acusaban de intentar lavar el cerebro a sus hijos de la misma manera en que los nazis adoctrinaban a los hijos de los enemigos durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero Di Bella no se inmutaba. Había encontrado la justificación legal para su actuación en el derecho internacional, concretamente en la Convención sobre los Derechos del Niño de Naciones Unidas. «En ella se establece que la familia del menor tiene que respetar su libertad, sus derechos y su paz —explicó—. Y la mafia no respetaba ninguna de las tres cosas.» El tratado internacional se convirtió en la base de una nueva política de Di Bella para abordar los casos de los hijos de los *pentiti*, para que estos no pudieran ser usados nunca más como objeto de chantaje a sus madres. «Ahora, cuando una mujer colabora con la justicia, los funcionarios informan al tribunal sobre sus hijos para que nosotros podamos intervenir y llevarlos junto a su madre. Ello evita un peligroso vacío de autoridad sobre esos menores, del que la ‘Ndrangheta intenta aprovecharse.»

Di Bella se dio cuenta de que, además, la Convención de Naciones Unidas tenía aplicaciones más amplias. Aquello contra lo que llevaba todos esos años combatiendo no era, como sus colegas afirmaban en ocasiones a modo de excusa, la mala suerte de haber nacido en una familia mafiosa del sur, o ni siquiera cierta versión tradicional de la patria potestad, el poder habitual del hombre. El tratado internacional no dejaba lugar a dudas: lo que ocurría dentro de la mayoría de las familias de la ‘Ndrangheta era maltrato infantil y, por tanto, ilegal. «Cuando hablamos de un menor de doce años y su padre se lo lleva a la playa para enseñarle a disparar un arma, la Convención de Naciones Unidas dice que nuestro deber es actuar —dijo Di Bella—. Un padre en arresto domiciliario que enseña a un niño de doce años a desmontar un arma o a trasladar un Kalashnikov de una casa a otra... nosotros en esos casos también tenemos obligación de intervenir. Un hombre que ha sido fugitivo de la justicia durante veinte años con sus hijos, que les ha obligado a prescindir de su escolarización... nuestra responsabilidad es la misma. Todos los casos en que los delitos los cometen menores, o en los que los padres se apoyan en sus hijos, o en que a un menor se lo lleva a alguna parte para que dispare contra traficantes, y este presencia luchas por drogas... o cuando usan

a los niños como asesinos durante las disputas entre clanes... en todos esos casos, cuando existe un perjuicio tangible y concreto del menor, el tratado internacional dice que tenemos la obligación de actuar.»

El mismo deber de asistencia afectaba a las madres de la ‘Ndrangheta que introducían a sus hijos en la vida de la mafia, y que eran la fuerza vital de la organización. La Convención sobre los Derechos del Niño reconocía el derecho de un progenitor de educar a su hijo. Pero ese derecho estaba subordinado al derecho del niño de ser protegido de todo perjuicio y maltrato, físico y psicológico; y a su derecho a recibir una educación responsable destinada a preparar al menor para una vida pacífica, tolerante y legal. Los niños de la ‘Ndrangheta no accedían a ninguna de esas tres cosas. En realidad no tenían una infancia digna de ese nombre. «Si le preguntas a un joven de la ‘Ndrangheta de diecisiete años qué música escucha, te responderá que “la tarantela” —comentó Di Bella—. No conoce a Lady Gaga ni a Madonna... Es una educación muy estricta y limitada. No ven más allá de su propia familia y su pequeño pueblo.»

Di Bella empezaba a creer que el principal problema con la educación de la ‘Ndrangheta era su manera de paralizar emocionalmente al menor. Desde una edad muy temprana, los niños aprendían a ocultar y controlar sus sentimientos para no ponerse en evidencia ni señalar a otros. Interiorizaban el código, que prohibía casi cualquier expresión individual o identidad. Y si fuera de la ‘Ndrangheta casi no establecían relaciones, dentro de ella, como a sus amigos y familiares los mataban o los encarcelaban constantemente, se sentían cada vez más solos. «El menor no tiene a nadie que le diga cuál es el camino correcto a seguir, ni él tiene la voluntad individual suficiente para escoger una senda distinta —dijo Di Bella—. El joven ni siquiera la contempla porque desconoce la existencia de otras realidades. Para los niños que crecen en esos pequeños pueblos de la mafia, el culto a la ‘Ndrangheta lo oprime todo y a todos.» Según el magistrado, no podía extrañar que los informes judiciales sobre los menores de la ‘Ndrangheta mostrasen devastación psicológica. «Sus síntomas son similares a los de los veteranos del Vietnam —comentó—. Se muestran inhibidos. Tienen una profunda sensación de angustia y ansiedad. Sus sueños están llenos de pesadillas. Y están solos.»

Di Bella llegaba a la conclusión de que, tomado en su conjunto, el «sistema familiar de la mafia» era en sí mismo «un perjuicio para el bienestar de los menores». «Una educación en el seno de la mafia, el adoctrinamiento mafioso por parte de los padres, el hecho de que el menor perpetrara crímenes, el peligro físico para los menores —explicó Di Bella—, todo ello va en detrimento de la integridad mental y física de los niños y conculca los derechos fundamentales, las libertades y los principios de la declaración de Naciones Unidas. Las principales víctimas de la ‘Ndrangheta son sus propios hijos.»

La Familia siempre había sido una perversión inmoral de las relaciones de sangre. Ahora, al parecer, también era ilegal.

Di Bella proponía desprogramar a los niños de la ‘Ndrangheta, aspecto en el que el sistema judicial carecía de experiencia. Cuando planteó la cuestión a trabajadores sociales y psicólogos, estos le aconsejaron que no se limitara a alejar a los menores de sus padres, sino que intentara ofrecerles una adolescencia normal. Crecer era, en esencia, descubrir la libertad. Y la libertad era lo que la ‘Ndrangheta negaba a sus hijos, y por eso salían como salían. Si el Estado quería cambiarlos, según los psicólogos, debían asignar a los niños más pequeños a familias alejadas de Calabria que les permitieran asistir al colegio, relacionarse con amigos y tomar las decisiones convencionales que toma cualquier menor que está creciendo. Cuando fueran lo bastante mayores, los niños podrían residir en algún albergue en el que se les exigiera seguir escolarizados. Se les permitiría establecer contacto con sus padres, pero lo más importante era que el poder de dirigir sus vidas recaería en los propios niños. Para Di Bella, aquellos consejos tenían sentido. «Esos niños vienen de mundos pequeños en los que todo es ‘Ndrangheta —comentó—. Su destino inexorable es morir asesinados o acabar en la cárcel. Nunca se contempla el deseo de escoger otro camino, porque no conocen las alternativas. No se puede desear otro mundo si no se sabe que ese mundo existe.»

Según el magistrado, la esperanza era que si a los niños se les permitía experimentar una educación convencional, en su mente se instalaría una idea nueva: la autodeterminación. «Nuestra idea era hacer que supieran que existe un mundo mejor, con unas reglas distintas —explicó—. Un sitio en el que se puede ser libre. Donde hay amor y afecto. Donde no hay necesidad de violencia, de asesinar, para que los demás entiendan lo que piensas. Donde hay los mismos derechos para los hombres que para las mujeres. Donde la cárcel no es una medalla que te ponen en el pecho. Y donde puedes expresar libremente tu personalidad más allá de tu apellido.» Según contó Di Bella, lo que las autoridades intentarían sería establecer una especie de «infiltración cultural». Introducirían a los niños en la vida cotidiana italiana y dejarían que esta fuera subvirtiéndolos suavemente. «La ‘Ndrangheta se infiltraba en nosotros —dijo—. Ahora nosotros también íbamos a infiltrarnos de lleno en ellos.»

En el tribunal, en lugar de dictar sentencias de confinamiento en centros de menores, Di Bella empezó a ordenar que separaran a los hijos de sus familias de otra manera: enviaba a muchos de los adolescentes mayores al otro lado del estrecho, a un centro de acogida pegado a una iglesia, situado en uno de los montes que se alzaban sobre Mesina. El programa lo llevaba un joven psicólogo siciliano, Enrico Interdonato, que se había especializado en la mafia. Interdonato se llevaba a los condenados a cenar pizza, y a la discoteca. En una ocasión invitó a un joven a acompañarlo a una librería, y quedó asombrado al constatar que era la primera vez en su vida que entraba en una.

Los resultados iniciales fueron diversos. Un muchacho, Francesco, llegó con propensión a la violencia y una serie de prejuicios inamovibles contra las mujeres, los inmigrantes, la policía y el Estado, que cuando salió del centro solo se habían suavizado ligeramente. Pero otro chico, Riccardo Cordì, originario de Locri, un reducto de la ‘Ndrangheta, sí se vio transformado por la experiencia. Su padre, un ‘ndranghetista, había sido asesinado cuando él era niño. Todos sus hermanos estaban en la cárcel. El propio Riccardo iba en la misma dirección, y había aparecido en la sala del tribunal de Di Bella después de que lo detuvieran por robar un coche de la policía, y un tiempo después por participar en una pelea.

Tras pasar un año en el centro de acogida de Mesina, su destino ya no parecía tan inequívoco. Al cumplir los dieciocho años y dejar la casa, Riccardo escribió una carta que se publicó en varios periódicos:

Querido editor:

Soy un chico de Calabria, provengo de Locri y me llamo Riccardo Cordì. El 7 de marzo de 2011 la policía me detuvo en Locri por robo y daños a un vehículo propiedad de la policía ferroviaria. En julio de 2011 me condenaron por asalto. Pero el tribunal de Reggio decidió enviarme lejos de Locri para ver si podía dejar atrás esas experiencias. Ese fue el principio de mi viaje.

Cuando llegué a Sicilia, al principio no me fue fácil estar solo y lejos de casa. Pero todo cambió cuando empecé a visitarme con un psicólogo en Mesina que me guio hacia el descubrimiento de una nueva vida. Hice cosas, conocí a gente y visité Roma, Milán y otros lugares que no había visto nunca. Una mañana fui a ver el mar con el psicólogo. Se veía Calabria, mi tierra. Pero por primera vez la veía desde otra perspectiva.

Allí, en ese momento, decidí que mi vida sería distinta. Quiero regresar a Locri, pero no quiero tener más problemas con la ley. No porque no me convengan, sino porque quiero vivir en paz. Quiero estar limpio. Antes de vivir esta experiencia, creía que el Estado no se ocupaba de la gente. El Estado era solo aquello que te alejaba de tu casa, sin que tú supieras si íbas a regresar, ni cuándo. Pero en los últimos meses he conocido un Estado diferente. Este Estado no parecía querer que yo cambiara a cualquier precio, sino más bien comprender quién era yo.

¿Y quién soy yo realmente? Un joven de dieciocho años. Un chico como cualquier otro. Yo era muy joven cuando mataron a mi padre y vi a mis hermanos ir a la cárcel. Quiero un futuro distinto para mí. Ello no significa que renuncie a mi familia. Mis hermanos serán siempre mis hermanos, y Calabria siempre será mi tierra. Pero ahora una nueva vía se abre ante mí y yo la escojo por voluntad propia. El Estado me ha dado esta oportunidad. Puedo escoger lo que voy a hacer cuando crezca. Puedo escoger en qué voy a trabajar, en qué ciudad voy a vivir. Puedo apuntar alto. No sé si saldré adelante, pero lo intentaré, porque para mí algo ha cambiado. Yo he cambiado. Y puedo cambiar aún más. Y no solo yo. Hay muchos chicos como yo que necesitan que el Estado los apoye como me ha apoyado a mí. Actualmente ellos no creen que ese Estado exista. Pero yo lo sé, y escribo esta carta para que otros también lo sepan. El camino es aún muy empinado. Pero hoy sé que un final feliz no es solo una ilusión. Puede ser una vida real.²

Interdonato, el psicólogo de Riccardo, explicó que incluso la familia de este, que era de la ‘Ndrangheta de pies a cabeza, parecía aceptar que el Estado no estaba haciendo daño al chico y que tal vez, incluso, le estuviera abriendo algunos horizontes. Interdonato y Riccardo seguían hablando todos los meses después de que este abandonase el centro de acogida. Una mañana, el psicólogo conectó el móvil y vio que Riccardo le había enviado una fotografía suya con un recién nacido. «Se ha casado con su novia este año y han tenido un hijo —explicó Enrico—. La familia está en el centro de la

historia de Italia. La mafia se apropió de esos valores y los radicalizó hasta hacer de ella una especie de maltrato psicológico. Pero Riccardo está poniendo en marcha una nueva familia. Está escribiendo una nueva historia.»

XXII

Alessandra y Giovanni seguían obsesionados con su incapacidad para demostrar que la muerte de Maria Concetta Cacciola había sido un asesinato.

Contaban con numerosas pruebas circunstanciales. Entre otras, Concetta no parecía haber tenido nunca tendencias suicidas. Todo lo contrario. Según Giovanni, «Concetta se estaba preparando para abandonar a su familia una vez más. Tenía una aventura sentimental. Las grabaciones de sus conversaciones mostraban que su amante y ella planeaban su futuro juntos».

Estaba también la imposibilidad física de ingerir deliberadamente un litro entero de sulfamán. Aunque las pruebas forenses iniciales apuntaban a que Concetta se había suicidado, un patólogo, posteriormente, encontró hematomas en el cuello y otras marcas en los brazos compatibles con la posibilidad de que alguien la hubiera sujetado mientras una segunda persona le mantenía la boca abierta, tal vez con un embudo, y le vertiera el ácido por la garganta. Además, la autopsia reveló que Concetta no había tomado sedantes para mitigar el dolor. Lo había sentido todo. Los fiscales inferían que presumiblemente porque no le habían dejado otra opción.

Alessandra y Giovanni también estaban seguros de que la familia de Concetta estaba relacionada con el asesinato. Ese era el código de la ‘Ndrangheta. Cada familia se lavaba sus trapos sucios. Alessandra seguía pensando que la indecisión de Concetta, así como su convicción de que su familia aún tardaría meses en actuar, habían proporcionado a los Cacciola la ocasión que necesitaban. «Aquella falta de determinación, tanto retraso... — comentó—. Tal vez fueran cosas mortales en su caso.»

Pero existía otra posibilidad. Tal vez los Cacciola sí hubieran decidido esperar pero hubieran tenido que acelerar su plan después de que Concetta le confesara a su madre que iba a regresar al programa de protección de testigos. En ese escenario, la madre de Concetta, Anna Rosalba Lazzaro, habría

resultado clave. Según Giovanni, «Maria Concetta todavía quería a su madre. Por eso le contó que iba a convertirse de nuevo en testigo protegida. Pero Lazzaro era una mujer clásica de la mafia, y tenía la misión de preservar el clan. Fue ella la que le dijo a su hija: “O estás con nosotros o estás con ellos”».

Pero seguía siendo un misterio quién en concreto había matado a Concetta. «Podemos asegurar que fue asesinada —dijo Giovanni—. Pero queda sin respuesta la pregunta: ¿por quién? Su padre y su madre salieron de casa aquella tarde. Ellos no lo hicieron. Ocurrió algo, pero todavía no sabemos qué.»

Si los dos fiscales no eran capaces de decir quién había matado a Concetta, no podrían acusar a nadie de su asesinato. Así que decidieron que aunque seguirían intentando demostrar que se trataba de un homicidio, presentarían contra los Cacciola unos cargos menos graves. El artículo 110 del código penal italiano especificaba que «cuando más de una persona participa en el mismo delito, cada una de ellas asumirá la pena impuesta para dicho delito».¹ El artículo 580 declaraba ilegal ayudar o instigar un suicidio, delito condenable con entre cinco y doce años de cárcel.

Acusar a la familia de presionar a Concetta para que se suicidara mostraría, en todo caso, que en la Italia del siglo XXI nadie podía atreverse a asistir a la muerte de su hija, conspirar para que se produjera y quedar impune. Y esa sí era una acusación que Alessandra y Giovanni podían demostrar ya entonces. Concetta les había contado que la familia la golpeaba y la amenazaba. A partir de las conversaciones pinchadas, contaban con grabaciones de miembros de la familia en las que estos hablaban de lo que tenían que hacer para obligar a Concetta a retractarse. Y también las tenían usando a los niños para chantajearla y conseguir que volviera a Rosarno. En la grabación de su retractación, se oía la voz de una segunda mujer que le indicaba lo que tenía que decir. Dos meses después del asesinato de Concetta, habían grabado al hijo de esta, Alfonso, culpando a los padres de esta de su muerte. Por último, los propios Cacciola aseguraban que su hija había muerto de vergüenza. Alessandra creía que en aquello había algo de justicia poética. Los Cacciola estaban tan cegados por el culto a la ‘Ndrangheta y por su fidelidad a su código de honor que no se habían dado cuenta de que, en la

práctica, estaban admitiendo un delito. Concetta no había sentido vergüenza por sí sola. Tanto si se había quitado la vida como si la habían asesinado, aquella vergüenza se la había hecho sentir una familia que había convertido su muerte en algo inevitable.

Durante los últimos meses de 2011, Alessandra y Giovanni fueron construyendo la acusación contra los Cacciola. El 9 de febrero de 2012, ya la tenían lista. Aquella mañana, mientras los fiscales hacían pública su imputación, los *carabinieri* detenían a los padres de Concetta, Michele Cacciola y Anna Rosalba Lazzaro, en Rosarno, y emitían una orden de detención sobre el hermano de Concetta, Giuseppe, que fue detenido dos meses después en Milán. A los tres se los acusaba de conspiración para obligar a Concetta a perjurar y a suicidarse. Los *carabinieri* bautizaron las detenciones con el nombre genérico de Operazione Onta, es decir, Operación Vergüenza.

De las detenciones se hizo eco la prensa escrita al día siguiente: «Empujada al suicidio por su propia familia», rezaba el titular de portada de *Il Quotidiano della Calabria*, el principal periódico de la provincia.² Con todo, lo que llamó la atención de Alessandra era un largo editorial que acompañaba la noticia, firmado por el editor del rotativo, Matteo Cosenza. Por primera vez en un periódico italiano, este vinculaba los casos de Concetta, Lea y Giuseppina en tanto que elementos de lo que en esencia era un mismo caso: «Giuseppina Pesce, Maria Concetta Cacciola y Lea Garofalo tuvieron la desgracia de nacer en un mundo espantoso —escribía—. A pesar de su tremendo sufrimiento, esas mujeres decidieron romper con sus familias y eligieron el camino de la legalidad y la justicia». Las tres habían arrojado sus vidas y las vidas de sus hijos a un remolino oscuro. Dos de ellas habían muerto. Cosenza proseguía:

Hay quien dice que exageramos al hablar de la ‘Ndrangheta y de su implantación en la sociedad y las instituciones de Calabria. Dicen que no existe. Estos casos nos recuerdan cuál es la verdad. Todo calabrés honrado debe seguir el ejemplo de estas mujeres en su vida diaria y plantarle cara a la ‘Ndrangheta. ¡Háganlo por ustedes! ¡Háganlo por los jóvenes, que merecen un futuro distinto en esta tierra maravillosa! Resulta casi imposible imaginar que alguien pueda cambiar si ha nacido en una familia de la ‘Ndrangheta: alguien que mama la arrogancia y la ilegalidad del pecho de su madre y que ni siquiera puede concebir un mundo de coexistencia civil, tolerancia, respeto y

felicidad. Por eso debemos descubrirnos ante Giuseppina, Concetta y Lea. A pesar de todo, fueron capaces de entender que vivían entre el mal y de encontrar el valor para decir: «¡Basta ya! ¡Nosotras y nuestros hijos debemos vivir en paz, no en una guerra perpetua!».

Ellas han pagado un precio muy alto. Y lo pagarán aún más si las olvidamos. Calabreses, no les demos la espalda. Convirtámonos en la Calabria hermosa y fuerte que todos queremos. Ya conocemos el mal que habita entre nosotros. Paso a paso, libreremos a Calabria de esta gran maldad y nos redimiremos a ojos de nuestros hijos, y del mundo.

Alessandra apenas daba crédito a lo que leía. Su gran idea siempre había sido aplastar a la ‘Ndrangheta liberando a sus mujeres. Durante años, aquella había sido su obsesión privada. Los dos años anteriores, mes a mes, hombre a hombre, había ido convenciendo lentamente a sus colegas. A medida que se sucedían los casos —primero Lea, después Giuseppina, luego Concetta—, la fuerza de sus argumentos había ido creciendo. La muerte de esta, en concreto, había dado a Giuseppina una determinación renovada y había espoleado a Roberto di Bella a repensar todo lo que estaba haciendo en el tribunal de menores de Reggio.

Pero Alessandra no habría imaginado que vería una campaña contra la ‘Ndrangheta en un periódico, una campaña en la que se llamaba a todos los calabreses a considerar a las tres mujeres como sus tres estandartes. Dos años antes, una muchedumbre había bloqueado la carretera de Reggio para vitorear al capo de la ‘Ndrangheta Giovanni Tegano cuando era trasladado a la cárcel. Hacía apenas un año, *Calabria Ora* había lanzado su campaña contra Alessandra. Ahora, de pronto, ahí estaba todo aquello para lo que ella había estado trabajando, todas sus intuiciones desde la época de su infancia, en los años de la Mattanza en Sicilia, la suma de sus años de estudio e investigación, las montañas de pruebas que había ido acumulando, con las que detallaba de qué maneras eran oprimidas las mujeres y demostraba que eran muy pocas las que se rebelaban... Todo estaba allí, en la portada de un periódico, en un artículo que llamaba a algo muy parecido a la revolución. Le parecía casi un milagro. «*Il Quotidiano* generó, por primera vez, un debate público sobre las mujeres en la ‘Ndrangheta —comentó—. Y de pronto la gente, a nuestro alrededor, hablaba de que la ‘Ndrangheta llevaba años corrompiendo nuestras vidas. El cambio fue real, inmediato.»

Y Alessandra se dio cuenta de que aquello a lo que ella se había resistido durante tantos años —el sentimiento, la empatía, la emoción— era precisamente lo que usaba *Il Quotidiano* para despertar a sus lectores. Para un fiscal, las mujeres de la ‘Ndrangheta eran un instrumento técnico con el que destapar la mayor conspiración delictiva de Europa. En cambio, para el director de un periódico la historia de tres buenas madres era una tragedia épica con la que abrir los ojos de la gente. Y en ese sentido los periodistas de *Il Quotidiano* no se habían quedado cortos: en las páginas interiores, desplegaban todos los elementos de la historia para que los calabreses estuvieran bien informados. La crónica sobre la detención de los padres de Concetta se acompañaba de artículos sobre la investigación que afectaba a los Pesce («El clan Pesce golpeado con otras 11 detenciones»), y con el caso de los Garofalo («Juicio Garofalo: un acusado, amenazado»). La carta que Concetta le dejó a su madre antes de incorporarse al programa de protección de testigos se reproducía íntegramente, así como su «retractación» grabada. Se publicaban también artículos de fondo sobre los clanes de Rosarno, así como obituarios elogiosos de las dos mujeres fallecidas escritos por miembros del Parlamento. Aparecían incluso descripciones de los tres búnkeres sobre los que Concetta había testificado.

El hilo conductor que podía reseguirse en todos los textos tenía que ver con el heroísmo de Lea, Giuseppina y Concetta, y con lo fundamental que era para todos los calabreses seguir su ejemplo. Según escribía Cosenza, en el fondo ese era un cuento sobre tres madres que habían comprendido que sus familias eran una maldición para Calabria y que habían desafiado siglos de misoginia violenta —ya fuera esta mafiosa, calabresa o italiana— para salvar a sus hijos y salvar a su tierra. Se trataba de sacrificio y dolor, de maltrato y terror, de sangre y ácido... Y del sueño de un nuevo futuro. Y ahora, para Cosenza, debía tratarse de millones de calabreses, hombres y mujeres, que se sumarían a la rebelión que habían empezado aquellas mujeres. El director del periódico fijaba incluso un día para el inicio de la revuelta calabresa: el 8 de marzo, la Festa della Donna, Día Internacional de la Mujer. En esa jornada, Cosenza pedía que todos los verdaderos calabreses rindieran homenaje a Lea, Giuseppina y Concetta. Al hacerlo, escribía, ellas finalmente recobrarían su libertad.

Casualmente, ese 8 de marzo de 2012 era una fecha que ocupaba un lugar muy destacado en el calendario de Alessandra.

Ese jueves era el día de la sentencia para el último de los macrojuicios derivados de las redadas de 2010 contra la 'Ndrangheta. Más de doscientos hombres y mujeres de toda Italia ya habían sido condenados a un total de varios miles de años en la cárcel. Centenares de millones de euros en propiedades y activos les habían sido confiscados. Había familias enteras dedicadas al crimen que se encontraban encarceladas, y se habían desmantelado imperios delictivos. Ahora, en el interior de una jaula, dentro de un tribunal blindado y a prueba de bombas de Reggio Calabria, los últimos ciento veintisiete *'ndranghetisti* serían juzgados y condenados, entre ellos los capos de todas las *'ndrine* más destacadas, así como Domenico Oppedisano, el *capo crimine*.

Alessandra sabía que, pasara lo que pasara, la 'Ndrangueta resistiría. A pesar de las condenas, de las confiscaciones, la organización mantenía a miles de hombres empleados a su cargo, y contaba con miles de millones de euros en activos. Los capos podían seguir dirigiendo sus negocios desde la cárcel, e incluso ordenar guerras de clanes y supervisar la expansión internacional. Cualquier fiscal sabía que por más duro que trabajase para poner en su sitio a la 'Ndrangheta, decenas de miles de delitos, entre ellos cientos de asesinatos, quedarían sin resolver.

Pero no había duda de que la sacudida que los fiscales de Calabria habían dado a la 'Ndrangheta era histórica. El arma más preciada de la organización, su secretismo, se había desmoronado. El mito centenario de aquella banda de Robin Hoods del sur había saltado por los aires. Ya nadie alimentaría la ilusión de que la mafia calabresa estaba formada por un puñado de bandidos con sus trabucos y sus pantalones sujetos con cordeles que cuidaban de sus cabras y secuestraban a los tenderos de la provincia. Por fin la 'Ndrangheta había quedado desenmascarada por lo que era: un grupo violento, unificado, moderno, criminal, con su base en Calabria que amenazaba a todos los países del mundo.

Ese día se veía venir desde hacía décadas, desde mucho antes de Falcone y Borsellino, o de *El Padrino*, o de la noche de julio de 1973 en que el nieto de un millonario estadounidense, de dieciséis años, trasnochara en Roma. La

investigación que condujo a los macrojuicios se había desarrollado a lo largo de años, y en ella habían participado miles de policías, *carabinieri*, fiscales y jueces. Había hecho falta organizar la mayor operación de vigilancia jamás vista en Italia, durante la que se habían grabado veinticinco mil horas de conversaciones telefónicas y ochenta y tres mil horas de vídeos y audios. El resultado de todo ello era un fresco de la ‘Ndrangheta presentado por los fiscales, un fresco completo y, para la mayor parte de Italia, de Europa y del resto del mundo, de lo más asombroso. Ya se midiera en función de los miles de millones de euros que ganaba todos los años, ya por el control que ejercía sobre los mercados ilegales y mundiales de estupefacientes y armas, ya por la corrupción política que fomentaba desde Melbourne a Montreal, o incluso por su capacidad para subvertir los mercados financieros y la soberanía nacional en todo el mundo, los fiscales de Calabria habían puesto en evidencia que la ‘Ndrangheta era la mafia más poderosa y peligrosa del mundo.

Lo que satisfacía particularmente a Alessandra era que la mayor herida recibida por la ‘Ndrangheta había surgido de las investigaciones sobre Lea, Giuseppina y Concetta. Sus casos revelaban que la organización no era un cuento de hadas sobre caballeros errantes y cuestiones de honor y justicia, sino un culto a la muerte grotesco, inculto e inventado que se practicaba despiadadamente y con sangrienta crueldad, y que perpetraban familias retorcidas al servicio de la avaricia, unas familias que se regodeaban aplastando la libertad, el amor y la esperanza. «Más que simplemente las detenciones, era la pérdida de su imagen y el daño a su leyenda —explicó Alessandra—. Aquello les hizo mucho daño.»

Todas las mañanas, entre el 10 de febrero y el 8 de marzo, *Il Quotidiano* publicaba en un faldón de la portada las fotografías de Lea, Giuseppina y Concetta. Todos los días enviaba a periodistas a cubrir historias de calabreses corrientes que se sumaban a la lucha contra la ‘Ndrangheta. Los fiscales y los grupos de mujeres fueron de los primeros en mostrar su apoyo. A ellos les siguieron empresas y sindicatos, colegiales y estudiantes universitarios, partidos políticos y alcaldes. Después llegó el apoyo de grupos juveniles y

asociaciones de pensionistas, dueños de *trattorie* y cooperativas de agricultores, el Rotary Club, el club de natación, compañías de transbordadores, capitanes de barcos de pesca, grupos de teatro, colectivos de artistas plásticos, trabajadores sociales, dueños de olivares, heladeros, vinicultores, estibadores, cantantes de música tradicional y camioneros. Cuando llegó el 8 de marzo, incluso la prensa de la zona norte del país había empezado a informar ya de las cifras de asistentes a las manifestaciones anti-‘Ndrangheta, que alcanzaban las decenas de miles de personas y tenían lugar por toda Calabria.³ La historia de Lea, Giuseppina y Concetta empezaba a ser una noticia importante. Había surgido un lema: *La Calabria non ci sta!* (¡Calabria ya no aguanta!). Y a medida que las historias de esas mujeres se repetían una y otra vez, y sus rostros se publicaban y se imprimían en carteles, camisetas y banderolas, y aparecían en programas de televisión y en revistas internacionales, Alessandra se daba cuenta de que, despacio pero sin pausa, Lea, Giuseppina y Concetta se estaban convirtiendo en nuevas leyendas de la ‘Ndrangheta.

Para los clanes, aquello era catastrófico. Su invencibilidad empezaba a desmoronarse. «Aquellas mujeres se habían rebelado contra el machismo de la ‘Ndrangheta y ese hecho, así como los relatos sobre lo que les había ocurrido, había costado a la ‘Ndrangheta perder el control que ejercía y su sistema de consenso —explicó Alessandra—. Sobre esos cimientos descansaba la ‘Ndrangheta, era su esencia misma. Para ellos se trataba de una crisis enorme.»

La mañana del 8 de marzo, en el principal juzgado de Reggio se tardó una hora en congregar a los ciento veintisiete *‘ndranghetisti* con sus respectivos abogados, así como a los fiscales, funcionarios, periodistas, y a los tres jueces. Otras dos horas tardó el juez que presidía el juicio en leer la lista con las sentencias. Al terminar, noventa y tres *‘ndranghetisti* habían sido condenados. Las penas iban de los ocho meses a los catorce años. Al *capo crimine* Domenico Oppedisano le cayeron diez años, suficientes, con bastante probabilidad, para asegurar que moriría en prisión.

Para los fiscales resultaba aún de mayor importancia que, en su exposición, la sala reconociera formalmente que la ‘Ndrangheta era una entidad global cohesionada con presencia en ciento veinte puntos de todo el

mundo. De una vez por todas, la verdadera naturaleza de la mayor mafia del planeta había quedado demostrada de manera irrefutable en un tribunal de justicia. «La sentencia de hoy reconoce la exactitud de nuestra reconstrucción de la estructura de la ‘Ndrangheta en tanto que organización unificada, estructurada en una jerarquía compleja, gobernada por un consejo supremo, enraizada en Calabria y con ramificaciones en el extranjero —declaró Pignatone a los periodistas—. Ello supone un paso fundamental en la lucha contra la ‘Ndrangheta en Calabria y en cualquier lugar donde se haya establecido.»

Mientras Pignatone y los miembros de su equipo se felicitaban mutuamente y de manera discreta en el interior del palacio de justicia, los calabreses, en la calle, bailaban de alegría. Tal como había pedido *Il Quotidiano*, en casi todos los pueblos de Calabria se celebraba una marcha antimafia. En Reggio se organizaron conferencias, mítines, talleres, exposiciones y discursos. En tanto que exhibición de desafío público, aquello era algo nunca visto en la historia de Calabria. Los iconos de ese movimiento eran Lea, Giuseppina y Concetta, y sus rostros estaban presentes casi en todas partes.

Ninguna de las tres podía estar presente para asistir a su triunfo. Con todo, esa misma mañana, Alessandra ordenó que una carta escrita por las alumnas del instituto Mattia Preti, de Reggio Calabria, fuera entregada a Giuseppina en la cárcel. La fiscal creía que las palabras de aquellas jóvenes proporcionarían al menos a Giuseppina el sabor de lo que estaba ocurriendo. «Querida Giusy», empezaba:

Nosotras no habríamos tenido tu fortaleza. No habríamos tenido la fortaleza ni el valor como mujeres. No habríamos tenido la fortaleza ni el valor como hijas o hermanas. No habríamos tenido la fortaleza ni el valor en esta ciudad, en este país, donde tan a menudo todo se silencia por miedo y por vergüenza. Pero cuando alguien encuentra la fortaleza y el valor para hablar, sobre todo como madre, ese miedo desaparece, y ahora queremos redimirnos a nosotras mismas y no seguir permaneciendo en silencio.

Hemos escuchado tu historia en silencio. Y esos hechos, aparentemente distantes, han cobrado vida. Tú nos has abierto los ojos. Tú has abierto los ojos de muchos chicos y chicas que no olvidarán tu fortaleza y tu valor. Teniendo en cuenta todo lo que has pasado y todavía aguantas, con estas palabras queríamos devolverte un poco de la fuerza que tú nos has dado. Tú eres un faro para la emancipación de las mujeres. Tu libertad hace posible la nuestra. Tu libertad hace posible la libertad de esta tierra.⁴

Giuseppina estaba encantada. Una vez había soñado que Concetta y ella tal vez fueran el inicio de algo. Y ahora aquello estaba ocurriendo. Al parecer, por todas partes la gente alababa a Lea y a Giuseppina y a Concetta, y se manifestaba contra la ‘Ndrangheta.

En Reggio, a Alessandra también le conmovió la portada de *Il Quotidiano*. Sobre un dibujo infantil de las tres mujeres, el periódico había impreso un titular que resumía lo que, durante más años de los que la fiscal era capaz de recordar, había sido su credo personal: «Con las mujeres por el cambio». Abajo, el director Matteo Cosenza había escrito una carta a Denise Cosco:

Querida Denise:

No te conozco, pero debes saber el afecto y la admiración que te tengo. No sé si podrás leer estos pensamientos en el lugar secreto en el que, en este tiempo de libertad y calidez y celebración, te ves obligada a vivir. Tu decisión de testificar dos veces en contra de tu padre sobre la muerte de tu madre, Lea Garofalo, refleja cómo vivía ella. Tú tuviste que escoger entre tu padre vivo y tu madre muerta, y escogiste el triunfo de la verdad, la legalidad y la justicia. Incluso tuviste que declarar contra un hombre que fue tu pareja.

Debes saber que tu madre estaría orgullosa. Ella hizo un sacrificio por tu futuro, que se atrevió a imaginar como un futuro de dignidad y libre de la opresión en la que nació ella. Sería muy fácil rendirse al odio. Pero nada puede construirse sobre el odio. Ni nadie nace siendo criminal. Esas personas son parte de nuestra familia, de nuestros barrios, de nuestras escuelas, de nuestras tradiciones, de nuestra tierra. Muchos hombres de la ‘Ndrangheta no decidieron ser como son. Nunca tuvieron elección. Nuestra acción colectiva, si es seria y profunda, puede apelar a su conciencia. Puede convertirlos en hombres nuevos.

Mi querida Denise, esta enfermedad se ha extendido tanto que, hasta que se cure la fiebre, seguirá infectándonos. Debemos recordar el ejemplo de las mujeres que rompieron el llamado código de honor para proclamar su propio derecho a la libertad, el respeto y la dignidad. El camino que tenemos por delante es largo y duro. Sabemos que en esta lucha hará falta algo más que una celebración. Pero contamos con tu ejemplo. Tu testimonio nos da la confianza de que, incluso en la noche más oscura, incluso en medio de la tormenta que tú, tu madre y las otras mujeres vivieron, hay luz al final del túnel. Debemos construir un futuro distinto. Nada en el sufrimiento y la violencia actuales es natural ni inevitable. Esta tarea necesitará de todo nuestro compromiso. Habremos vencido cuando tú vuelvas a ser libre para pasear por las calles de Calabria, disfrutando del sol y de la brisa marina en paz. Tienes derecho a ello, y todos nosotros seríamos culpables si se te negara.⁵

XXIII

Los macrojuicios, las manifestaciones, *Il Quotidiano*... Algo se movía en Calabria. Alessandra y los demás fiscales percibían un tiempo de posibilidades, incluso de esperanza. Era emocionante, pero también inquietante. El Estado llevaba varias generaciones luchando para cambiar Sicilia, y aquella guerra todavía no se había ganado. Ahora, la campaña contra la mafia calabresa había desembocado en las primeras condenas, pero en realidad no había hecho más que empezar. Incluso para que fueran firmes, las sentencias contra los Cosco, los Cacciola y los Pesce debían aguardar años de apelaciones y procedimientos procesales, tal como era preceptivo según el sistema judicial italiano. Tal vez Lea, Giuseppina y Concetta fueran los iconos de ese nuevo movimiento, pero si Carlo Cosco, los Pesce o los Cacciola acababan por lo que fuera saliendo en libertad, la primavera de 2012 sería recordada como un instante breve y brillante que había desaparecido tan deprisa como había aparecido.

Para entonces, Alessandra sabía que la mejor manera de asegurar un resultado en el caso Pesce era poner fin a todo contacto entre la familia y Giuseppina. El tribunal de menores de Di Bella ya se había ocupado de los niños, Angela, Gaetano y Elisea. Ahora Alessandra ordenó que trasladaran a Giuseppina a la cárcel de Paliano, situada a las afueras de Roma, un centro reservado a miembros de la mafia que colaboraban con la justicia.

Paliano, que ocupaba un viejo palacio del siglo XV erigido sobre una fortaleza natural de roca y gozaba de idílicas vistas de los Apeninos, alojaba a cincuenta *pentiti*, hombres y mujeres. Entre las instalaciones penitenciarias se incluía una biblioteca, un teatro, una iglesia, un campo de deportes, tres talleres, cuatro cocinas, cuatro laboratorios, cinco gimnasios y una sala de juegos para niños. A los internos se les ofrecía educación primaria y secundaria en sus cinco aulas. Para los que contaban con una formación

mayor se proponían cursos de contabilidad y empresa, así como de formación profesional. Se animaba a trabajar a todos los reclusos: en la pizzería de la cárcel, cultivando tomates, cerezas y *cavolo nero*, una clase de col, en el huerto orgánico, confeccionando ropa o bordando cojines. Había un coro. Y acceso a internet. Había baños privados con bidet.

La idea, explicaba Nadia Cersosimo, directora de Paliano, era mostrar que la vida en el seno de la mafia era una imagen pálida y negativa de la realidad. En un clan, respeto era sinónimo de miedo, y familia equivalía a delincuencia. Paliano enseñaba a sus presos que el verdadero respeto tenía que ver con la admiración voluntaria, no con la deferencia obligada, y que la verdadera familia tenía que ver con el amor, no con la defensa mutua. Las familias de la mafia enseñaban a sus hijos a despreciar la ley y a odiar al Estado. Cersosimo contaba que a ella sus padres le habían enseñado a respetar la ley y a mostrar lealtad hacia el Estado, y en Paliano, intentaba reeducar a los internos de la misma manera que la habían educado a ella. No siempre funcionaba, pero cuando lo hacía, la experiencia podía transformarles la vida. Uno de los presos obtuvo un grado en Economía. Otros dos, un hombre y una mujer, se casaron en la capilla del centro. «Todos compartimos esos nuevos caminos —dijo Cersosimo—. Es una familia.» Alessandra fue una de las muchas fiscales impresionadas por Paliano. «Dirige esa cárcel como si fuera su propia casa», añadió.

Una vez allí, a Giuseppina se le permitía recibir las visitas regulares de sus hijos. Vio por televisión el juicio por el asesinato de Lea Garofalo y las detenciones de los Cacciola. Siguió los procedimientos contra su propia familia en Palmi a través de videoconferencia, desde un búnker subterráneo de seguridad instalado a tal efecto en la cárcel de Rebibbia, en Roma. Cuando, el 24 de septiembre de 2011, cumplió treinta y dos años, le autorizaron a celebrar una pequeña fiesta.

A medida que Alessandra y Giuseppina reanudaban su colaboración, también revivían su amistad. Entre finales de 2011 y principios de 2012, cuando no había juicio, Alessandra viajaba en avión para verse con Giuseppina en Rebibbia y afinar así su testimonio. En ocasiones, durante la hora de trayecto en coche desde Paliano, los agentes dedicados a la protección de Giuseppina informaban de que los seguían coches con los

cristales tintados. La explicación era que Alessandra había insistido en que Giuseppina contara con un nuevo equipo de guardaespaldas, y su evidente profesionalidad convenció a la interna de que no corría peligro. Alessandra contemplaba con agrado que entre Giuseppina y su brigada de protección se desarrollaba rápidamente un estrecho vínculo de confianza. Cuando, en diciembre de 2011, Giuseppina empezó a aportar pruebas detalladas por primera vez contra su padre y su hermano —dos hombres de la ‘Ndrangheta a los que había sido muy leal—, Alessandra lo atribuyó a la confianza que, en ese momento, ya se sentía capaz de depositar en el Estado.

La principal preocupación de Giuseppina seguía siendo la felicidad de sus hijos. Un año antes, el desánimo de Angela había causado que Giuseppina dejara de cooperar con la justicia. Ahora, la joven parecía decidida a apoyar a su madre. Gaetano y Elisea parecían contentos participando en el programa juvenil de Roberto di Bella. Aun así, abandonar la familia y todo lo que te habían enseñado nunca iba a ser fácil.

En diciembre de 2011, consciente de que los tres hijos de Giuseppina estarían lejos de ella en Navidad, Alessandra se aseguró de que recibieran regalos, así que salió de compras, y al ver un muñeco de peluche pensó que probaría un experimento con Elisea, la menor, de seis años. «Cuando esos niños piensan en los *carabinieri*, imaginan a encapuchados con pasamontañas que se llevan a sus padres o sus tíos en plena noche», dijo Alessandra. Así pues, ella decidió regalarle a Elisea un osito con el uniforme de los *carabinieri*. «Me pareció que tal vez viera a ese oso como a una figura más amigable y, a través de mi regalo, la niña podría acostumbrarse a la idea de un Estado.»

Cuando Alessandra vio a Giuseppina en enero de 2012, le preguntó si a Elisea le había gustado el regalo.

—Sí, sí, le gustó —respondió ella. Pero la fiscal notaba que estaba avergonzada—. Me temo que le quitó el uniforme de *carabiniere* —añadió al fin.

Alessandra le dijo a Giuseppina que no se preocupara:

—Despacio, despacio. Ya iremos viendo si las cosas cambian.

Y despacio, despacio, fueron cambiando. Cada vez que se veían, Alessandra le preguntaba a Giuseppina que le contara cómo iba con el oso de peluche. En febrero Giuseppina sonrió y le contó que ahora el osito llevaba zapatos. «Más adelante me dijo que le había puesto los pantalones —dijo Alessandra—. Y después ya llevaba la gorra. Gradualmente, el animal iba llevando cada vez más prendas de su uniforme. El proceso duró desde enero hasta septiembre. Pero al final el peluche ya iba totalmente vestido, y Elisea lo dejaba en la puerta de entrada. La pequeña le explicó a su madre que “así el *carabiniere* puede protegernos”.»

Alessandra veía la transformación del oso como una metáfora extraordinaria del modo en que, con el aliento de su madre, los hijos de Giuseppina estaban alterando su visión del mundo. «Lo que Giuseppina estaba consiguiendo era algo asombroso —comentó—. Despacio, progresivamente, estaba emprendiendo junto con sus hijos, jóvenes y muy frágiles, un camino nuevo hacia otra cosa. Eran pequeños pasos en un sendero muy largo. Lenta pero segura, ella les hacía comprender que el Estado puede ayudarlos.»

Todos los esfuerzos de Alessandra con Giuseppina pasaban por prepararla para el juicio que se avecinaba. El primer obstáculo llegó la víspera de Año Nuevo de 2011, cuando se cumplía la fecha límite para firmar sus declaraciones como testigo. Un día antes, Alessandra tomó un avión y se fue a ver a Giuseppina, llevando consigo varios miles de páginas de documentación. Ocho meses antes, Giuseppina se había negado a firmar. Ahora, incluso por teléfono, la fiscal notaba que la interna volvía a mostrar nerviosismo. Alessandra llegó a Rebibbia temiéndose una repetición de la jugada. Pero se relajó al constatar que lo que había tomado por ansiedad era en realidad emoción. Giuseppina firmó y se dejó caer en la silla; acababa de sustituir oficialmente a su familia por el Estado.

Una prueba mayor para Giuseppina sería enfrentarse a su familia en el juicio. Las vistas, en Palmi, no estaban programadas hasta mayo de 2012, lo que daba a las dos mujeres varios meses para prepararse. Con todo, una vez que los procedimientos se pusieran en marcha, sería una especie de maratón.

Se creía que el juicio duraría un año. Las pruebas aportadas por Giuseppina eran tan detalladas que solo su testimonio y el interrogatorio de la defensa durarían una semana entera, de lunes a viernes, entre ocho y diez horas al día.

Alessandra dispuso que Giuseppina declarara por videoconferencia desde Rebibbia. Cuando varios familiares de la familia Pesce consiguieron un permiso para asistir al juicio también desde allí, Alessandra solicitó que se instalara un biombo en la sala que impidiera la visión. Pero la fiscal sabía que su testigo estrella y su familia serían conscientes de la presencia de la otra parte, y que se dedicarían a medirse, a poner a prueba su voluntad mutuamente. Y decidió entrenar a Giuseppina como si de una atleta se tratara. Hacía hincapié en la preparación física, y la animaba a ejercitarse para tener más energía. Le aconsejó que llevara chocolate y zumos de fruta a la sala para no desfallecer. Le informó de que podía pedir un receso siempre que lo necesitara. Para preparar mentalmente a Giuseppina, Michele Prestipino empezó a acompañar a Alessandra en sus visitas a Rebibbia. Los fiscales lo repasaban todo con ella, pasaban días repitiendo preguntas y pruebas, así como las cuestiones que probablemente iba a formular la defensa, para que acabara sabiéndose el caso y los proceimientos judiciales del derecho y del revés.

Alessandra también había entendido desde hacía tiempo que, si Giuseppina había de traicionar a su familia, necesitaría a un sustituto al que aferrarse. La fiscal había renunciado a la costumbre que había mantenido a lo largo de toda su vida y se había convertido en algo parecido a una madre para ella. A medida que se acercaba el primer día del juicio, a Alessandra le daba fuerzas constatar que su relación era cada vez más profunda. Una vez que hubieron terminado el trabajo formal de la toma de declaración y la verificación de las pruebas, las dos mujeres descubrieron que lo que quedaba era afecto e intimidad, una aceptación y un aprecio que eran mutuos. Un día en que Alessandra estaba preparando la grabadora en la sala que normalmente ocupaban en Rebibbia, Giuseppina entró con un regalo para ella. La fiscal lo abrió y descubrió que se trataba de un cojín pequeño bordado a mano. En él, Giuseppina había respunteado las palabras: «Gracias por todo. Con amor, Giusy». «Me emocioné —contó Alessandra—. Después de todo, yo fui la que ordenó su detención. Dos veces. En la cárcel ella no podía hacer

gran cosa, pero había hecho lo que había podido. ¡Y con qué esmero bordó ese cojín! Aquellos puntos tan juntos. Lo había perfumado con una fragancia floral, y el olor impregnó mi apartamento durante una semana. Era un símbolo, una prenda de su gratitud por estar aún con vida gracias a mi tozudez. Y un símbolo muy femenino, además, que parecía indicar que sentía un afecto y una atención especiales por mí.»

Cuando el primer día del testimonio de Giuseppina llegó por fin el 22 de mayo, Alessandra consideró que Michele Prestipino y ella habían hecho todo lo que habían podido.¹ Giuseppina se mostraba decidida y confiada. En un llamativo cambio de papeles, intentó incluso tranquilizar a Alessandra. Un año antes, cuando Giuseppina suspendió su cooperación, Alessandra le dijo, antes de irse, que ella se aferraría a su sueño de que algún día Giuseppina retomara la colaboración y se enfrentara a su familia en un tribunal de justicia. Ahora, esta le guiñó un ojo a la fiscal y le dijo:

—No te preocupes. Los sueños pueden hacerse realidad.

Con todo, mientras Alessandra se encontraba en la sala principal del tribunal de Palmi y observaba a través del monitor a Giuseppina, que tomaba asiento en la sala de Rebibbia, se sintió tensa. Llevar a un colaborador de la justicia a testificar contra la mafia era un momento importante para la carrera de cualquier fiscal. Conseguir el testimonio de Giuseppina contra su familia (que un testigo tan conocedor del caso aportara pruebas contra un clan tan poderoso era algo tal vez único) constituía el acontecimiento judicial de la década. Los días siguientes serían una guerra procesal, no sangrienta, pero una guerra al fin y al cabo. En un bando, la verdad y la justicia. En el otro, la criminalidad asesina y el intenso chantaje. Alessandra se sentía a la vez emocionada ante los procedimientos y aterrada por ellos. ¿Cómo lo asumiría Giuseppina?

Alessandra empezó pidiéndole a la testigo que describiera su vida como mafiosa. Giuseppina explicó cuáles eran sus deberes, entre los que se incluía el de pasar mensajes entre los hombres y gestionar los grupos de los Pesce dedicados a la extorsión. Ofreció también una panorámica general de los demás negocios: transporte en camiones, drogas, armas y corrupción.

Describió la estructura de la organización, especificando cuáles de sus tíos y primos eran sus jefes y lugartenientes y cuál era la línea de sucesión. Contó que los hombres mantenían un fondo común para los miembros de la familia que debían hacer frente a juicios o que eran encarcelados. Explicó que la casa de su abuela, Giuseppa Bonarrigo, servía de lugar de encuentro en el que los hombres creían que podían hablar sin miedo de que pincharan sus conversaciones.

Giuseppina contó con todo detalle que los hombres temían que los espíaran, y que usaban detectores para encontrar dispositivos de escucha en sus coches o bajo el suelo de la casa de su abuela, e incluso las cámaras secretas ocultas en las paredes de alguna escuela u hospital cercanos. Explicó que su padre, Salvatore Pesce, había vivido en un búnker bajo la casa de su abuela, unido a la superficie mediante un pasadizo oculto en el interior de un gran barril, antes de su detención en 2005. Relató la historia de su propio primo, Francesco, que se plantaba delante del colegio electoral el día de las elecciones y les decía a los votantes: «Votad por fulano, es amigo». Repasó la lista de asesinatos y guerras entre clanes de Rosarno, sobre todo entre los Pesce y sus rivales, los Bellocco. Las reglas eran simples, dijo: «Si matabas a uno de los nuestros, nosotros matábamos a uno de los tuyos». Y lo mismo se aplicaba a los traidores. Cuando una prima, Rosa Ferraro, descubrió que Salvatore había puesto a su nombre el supermercado de la familia Pesce y lo usaba para blanquear dinero y defraudar a un fabricante de salami, Ferraro lo afeó en plena calle. Giuseppina dijo que, para los Pesce, aquella humillación solo podía tener la muerte como castigo. Rosa se había librado por los pelos de morir asesinada al entregarse a las autoridades.

Alessandra condujo después a Giuseppina hasta su propia decisión de testificar contra su familia. Giuseppina empezó contando que en su matrimonio con Rocco Palaia no había habido amor. «Él no trabajó nunca, y nunca se quedaba en casa si alguno de los niños se ponía enfermo —explicó—. No estaba en casa para salir de paseo algún domingo. Ni siquiera me daba dinero para comprar medicamentos.» Al hablar de su nuevo novio, Domenico Costantino, se echó a llorar. «Él ha sido el único que ha querido a mis hijos —dijo entre sollozos—. El único que me ha respetado como mujer.» Aun así, una vez que se descubrió su aventura sentimental, Giuseppina sabía que sus

días estaban contados. «La que traiciona y deshonra a su familia debe pagarlo con su vida —explicó Giuseppina—. Es la ley.» Preguntada por quién sería el encargado de aplicar el castigo, Giuseppina respondió que su marido, Rocco, le había dicho que la familia ya tenía «una zanja lista para mí», pero que sería su hermano, Francesco, el que apretaría el gatillo. «Debía hacerlo el hijo mayor de la familia», sentenció.

Ese apego a la primogenitura ejemplificaba lo retrógrado de la vida de la mafia, dijo Giuseppina. También lo demostraba la misoginia violenta. Su familia había demostrado el clásico comportamiento mafioso chantajeándola para que se retractara mediante la retención de sus hijos como rehenes. Y también golpeándolos y dejando que pasaran hambre cuando ella desafió al clan y retomó la cooperación con la justicia. Durante los meses que había pasado en Paliano, Giuseppina había tenido tiempo de reflexionar un poco sobre la cultura de la mafia. Y ese día expuso sus conclusiones ante el tribunal. «En cierto sentido, todos los problemas que pudiéramos tener como familia, de ahí venía, de todo el entorno en el que vivíamos —dijo—. Ese es el mal que yo veo. Esa es la razón por la que hoy me encuentro en la cárcel. Por eso mi hermana, mi madre, mi familia, están en la cárcel... Porque los hombres siguen con esto. Nos llenan a las mujeres con ese mal. Nos hacen cómplices, se aseguran de que no rompamos nunca la cadena y nos hacen seguirles en su criminalidad consiguiendo que vayamos a la cárcel a visitarlos. Ese es el mal de la mafia. Y eso es de lo que siempre he intentado proteger a mis hijos. Por eso no podía soportar la idea de que mis hijos estuvieran sin mí, y por eso tomé esa decisión: para que mis hijos puedan evitar mi destino y tengan una vida mejor en la que sean sus propios dueños y puedan escoger lo que quieren hacer. También por eso corté el contacto con mi hermano. Porque él, al ser hombre, nunca aceptará mi decisión.»

Mientras hablaba, Giuseppina oía carraspeos desde el banco de los acusados. Cada vez que mencionaba a su hermano se oía una tos. Incluso a centenas de kilómetros de distancia, por videoconferencia, ella reconocía la voz y entendía el mensaje. «Su hermano le decía: “Te estoy oyendo” —contó Alessandra—. “Oigo lo que dices de mí”.» Para alivio de la fiscal, Giuseppina no se inmutó. Dirigiéndose a ella durante una pausa, le comentó en broma: «¿Mi hermano tiene faringitis o algo así?».

Ese fue el primero de los varios intentos de los Pesce de alterar el equilibrio de Giuseppina durante el juicio. Su madre seguía negándose a referirse a ella por su nombre de pila, y en todo momento la llamaba «la colaboradora». A través de un celador de prisiones, su hermana Marina le envió una fotografía de ellas dos juntas cuando eran niñas. «Aquello alteró bastante a Giuseppina —dijo Alessandra—. Ella quería mucho a su hermana. Fue un acto de presión muy fuerte sobre ella, y tuvo que encontrar la manera de manejarlo.»

La presencia que más le costaba soportar era la de su padre, Salvatore. Giuseppina le había contado muchas veces a la fiscal que, de todos los miembros de su familia, a quien más unida se sentía era a él. Cuando hablaba de él lloraba, y decía que era el único que la entendía y que si no hubiera estado en la cárcel, la habría protegido de Rocco.

En el juicio, cuando concluyó la última jornada de presentación de pruebas de Giuseppina, su padre pidió realizar una declaración. Alessandra permaneció inmóvil. Cuando Salvatore abandonó el banquillo para dirigirse al estrado de los testigos, Giuseppina pudo verlo por primera vez. Llevaba una camisa blanca con rayas azules. «Giuseppina empezó a llorar en cuanto lo vio —contó Alessandra—. Aquella camisa era el último regalo que ella le había hecho. Aquella era la manera que tenía Salvatore de recordarle sus lazos de sangre, de decirle quién era ella. A través de la pantalla, yo veía las lágrimas de Giuseppina resbalando por sus mejillas.»

Enseguida, en voz baja, Alessandra sugirió a Giuseppina que solicitara un receso. Su hija ya no podía oírle cuando Salvatore empezó a hablar. Inicialmente volcó su ira contra Alessandra, acusándola de abusar de su cargo y de obligar a su hija a mentir bajo la amenaza de quitarle a sus hijos, y también ofreciéndole drogas. Afirmó que la fiscal se había extralimitado en sus atribuciones al detener a la madre y la hermana de Giuseppina, Angela Ferraro y Marina Pesce, en Milán.

—¡Usted ha actuado ilegalmente! —le gritó a Alessandra—. ¿Y por qué? ¿Quiere morir?

Alessandra lo interrumpió para solicitar que la transcripción de la vista se hiciera llegar al presidente del ministerio público de Roma por si la amenaza proferida por Salvatore podía ser constitutiva de delito. Acto

seguido, se dio permiso a Salvatore para proseguir.

—Quiero decirle a mi hija que todos la queremos —dijo—. Cuando todo esto termine, cuando las luces se apaguen y las carreras de todos estos hayan mejorado, y cuando tú estés sola, descubrirás que te estamos esperando. Estaremos aquí.

A Alessandra le maravillaba que, en una vista abierta, el padre de Giuseppina pudiera apelar al corazón de su hija y, en la misma frase, amenazarla. ¿Es que la maldad de ese hombre no tenía fin?

Alessandra se dedicó a controlarse el peso durante la semana en que Giuseppina ofreció su testimonio, y constató que perdía entre dos y tres kilos diarios. Le sorprendió descubrir que Giuseppina lo llevaba bastante mejor. «Siguió adelante durante el juicio... Con gran dolor y sufrimiento, pero también con gran fortaleza», dijo Alessandra.

Alessandra sabía que Giuseppina extraía casi todo su valor de la misma fuente que siempre la había motivado: sus hijos. Unos días antes de que Giuseppina testificara, su hija mayor, Angela, le había entregado una cadena con una cruz de plata. «Era otro mensaje —explicó Alessandra—. Su hija le estaba diciendo: “Si sientes miedo, si estás asustada, acaricia esa cadena y piensa en nosotros”. Durante el juicio, hubo uno o dos momentos en los que pensé que iba a derrumbarse. Pero se repuso enseguida y sé que su fortaleza venía de pensar en sus hijos y en que todo aquello lo hacía por ellos. De ahí sacaba toda la fuerza que necesitaba.»

Alessandra valoraba el afecto maternal que sentía por Giuseppina, y una vez más describió su conexión como «umbilical». Se preguntaba cómo era comparada con el vínculo que todavía existía entre Giuseppina y su familia. Las sesiones del juicio proseguirían todo el resto de 2012, y no se esperaba que la sentencia se diera a conocer hasta mayo de 2013. Pocas imágenes podían remodelar más el amor de una hija por sus padres que el espectáculo de verlos metidos en una jaula. Con todo, el día en que concluyera el caso sería, probablemente, el último en que Giuseppina vería a los suyos, a su familia. Aquella mujer tenía que asimilar aquella separación inevitable.

Tras el estrés de la testificación, Alessandra y Michele dejaron en paz a Giuseppina durante unas semanas. En Paliano ya había llegado el verano, y los tomates y las berenjenas maduraban en el huerto de la cárcel, listos ya para que los *pentiti* los recogieran a media tarde para preparar con ellos bandejas gigantes de *parmigiana* en las cocinas. Un caluroso día de julio, cuando consideraron que había pasado suficiente tiempo, Alessandra y Prestipino tomaron un avión a Roma, después un coche hacia el este, por el Lacio, hasta llegar a Paliano. Los dos fiscales llegaron a primera hora de la tarde. En su honor, la directora, Nadia Cersosimo, había organizado una cena sorpresa a la que asistiría todo el personal y los internos, preparada con las verduras y las hierbas aromáticas del huerto. Los invitados comieron y charlaron amigablemente con los *pentiti*. Después, Giuseppina ofreció a Alessandra y Prestipino unos encurtidos y unas mermeladas cuyas tapas estaban decoradas con tapetes bordados: una imagen muy sencilla de cerezas y albaricoques junto a las iniciales del distrito de Paliano. Al ver a Giuseppina, a Alessandra le sorprendió una vez más que su testigo hubiera cambiado tanto. «Por primera vez —escribió— tuve la sensación clara de que yo había reemplazado a su familia en sus emociones.» Aquella lealtad familiar, aquel vínculo incuestionable, había desaparecido.

Alessandra empezaba a darse cuenta de que, en todo caso, era ella la que empezaba a sentirse demasiado unida a Giuseppina. En momentos más sosegados se regañaba a sí misma por imaginar que su vínculo pudiera ir alguna vez más allá de lo circunstancial. Ella tendría que ocuparse de otros casos. Giuseppina tendría que vivir su propia vida. Aun así, los empleados de Alessandra quedaron asombrados al ver que, pocas semanas después de su visita a Paliano, y a escasas horas de que la fiscal iniciara sus vacaciones anuales de agosto, recibía una llamada de Giuseppina en el teléfono del despacho, un número que una *'ndranghetista* no debería haber tenido bajo ningún concepto.

—Es por la custodia de sus hijos —le contó Alessandra a una secretaria tapando el teléfono con la mano—. Un funcionario la está mareando un poco. Tal vez esté disgustada.

Como cualquier buena madre, Alessandra nunca dejaba de preocuparse.

XXIV

Cuando el juicio de Lea Garofalo se suspendió en noviembre de 2011, aquello pareció un desastre. Pero en cuestión de una semana ya se había nombrado a una nueva juez, Anna Introini, y esta imprimió una nueva celeridad a los procedimientos.

Introini era una de las mujeres de mayor rango en la judicatura italiana. Curtida en varios casos relacionados con la mafia, así como en sus intentos de perseguir judicialmente a Silvio Berlusconi, su experiencia la llevaba a demostrar muy poca paciencia con las maniobras de la defensa y los retrasos procesales, y aguantaba aún menos la misoginia de la mafia. Consciente de que la prisión preventiva de Carlo no podía alargarse más allá del 28 de julio de 2012, Introini ordenó, desestimando las objeciones de la defensa, que no se repitieran las vistas previas, y consideró que el testimonio condenatorio de Denise seguía vigente. Asimismo estableció unos horarios acelerados con dos días de vistas por semana.

Cuando estas se reanudaron en diciembre de 2011, el peso de los testimonios en contra de Carlo y su *'ndrina* aumentó rápidamente. Un compañero de la cárcel milanesa de San Vittore testificó (haciéndose oír por encima de los gritos de Massimo Sabatino) que había oído a Sabatino contar que Carlo le había pedido en mayo de 2009 que se vistiera de técnico de lavadoras y secuestrara a Lea en Campobasso.¹ Varios conocidos de Carlo hablaron del temor que este les inspiraba. Otros demostraban tener tan mala memoria que, sin querer, daban la misma impresión. Los procedimientos se aceleraron más aún tras la negativa de Carlo a testificar. Un día, enviando un mensaje a la *'Ndrangheta* para que esta supiera que estaba respetando la *omertà*, se cubrió las orejas con las manos. El mensaje era: «No hay problema, no os preocupéis, sentíos a salvo, no voy a hablar», dijo Alessandra. Con todo, al no declarar, Carlo no podía evitar que se agilizara el

juicio. Cuando Matteo Cosenza le escribió aquella carta a Denise en *Il Quotidiano* el 8 de marzo, la juez Introini ya había anunciado que dictaría veredicto y sentencia el 30 de marzo de 2012.

Cuando llegó el día, Introini hizo saber que daría a conocer la sentencia a las 20.30. En el exterior de la sala, el vestíbulo estaba a rebosar. A un lado, parientes de los acusados que cuchicheaban con los abogados. Al otro, estudiantes activistas agrupados alrededor de Enza Rando que le hacían llegar cartas de apoyo para Denise. Los periodistas iban de un lado a otro. En la jaula, Carlo, sus hermanos Giuseppe y Vito, Massimo Sabatino, Rosario Curcio y Carmine Venturino saludaban a sus familiares a través de los barrotes.

Poco después de las 20.00, un funcionario anunció que la sesión estaba a punto de comenzar. Mientras los periodistas se apretujaban como podían en los asientos reservados a la prensa, Carlo conversaba en voz baja con los miembros de su *'ndrina*. Cuando la juez hizo su entrada, la sala enmudeció, e Introini tomó asiento. «En nombre del pueblo italiano —dijo— este tribunal condena a Carlo Cosco, Giuseppe Cosco, Vito Cosco, Rosario Curcio, Massimo Sabatino y Carmine Venturino...» La juez Introini sentenció que los seis hombres habían participado en el asesinato de Lea. Los condenaba a todos por ayudar a deshacerse del cadáver de Lea disolviéndolo en ácido y por fingir que Lea seguía bien y que vivía en Australia. Introini los condenaba a todos a cadena perpetua. Especificaba que Carlo y Vito debían cumplir en aislamiento los dos primeros años de condena, y los demás uno. A los seis se los condenaba asimismo a pagar un total de doscientos mil euros a Denise, sesenta y cinco mil euros cada uno a Marisa, la hermana de Lea, y a su madre, así como veinticinco mil euros al ayuntamiento de Milán.

Costaba imaginar una sentencia más dura. Alessandra estaba encantada. La *'Ndrangheta* parecía en estado de *shock*. Entre el público, la madre y la hermana de Carmine Venturino empezaron a llorar. Otros parientes gritaban, presas de la desesperación.

—¿Ya estáis contentos? —preguntó a gritos a los activistas una mujer.

En el exterior del tribunal, Enza leyó una declaración que llevaba preparada:

—Lo más importante que ha ocurrido hoy es que una joven a la que le asesinaron a la madre ha tenido el valor de declarar en aras de la justicia — dijo—. Ha roto el miedo y el silencio y ha hecho su aportación a la justicia y a la verdad.

El fundador de Libera, el sacerdote Luigi Ciotti, añadió:

—Esta sentencia pasará a la historia. Debemos agradecerle a esta joven que haya encontrado el valor para romper la *omertà* y restaurar la dignidad, la verdad y la justicia para su madre.²

Denise había testificado contra un padre que había matado a su madre y ordenado su propia muerte. Al mantenerse fiel a Lea, no solo había roto con la *omertà*, sino con su educación, con su familia y con toda Calabria. Lo que había iniciado su madre lo había terminado ella. Solo tenía veinte años. Merecía la máxima admiración.

Sin embargo, al reflexionar sobre ella durante los últimos meses, a Alessandra la condena de Carlo iba pareciéndole algo decepcionante. Para un capo de la ‘Ndrangheta como era Carlo Cosco, ir a la cárcel, aunque fuera de por vida, era algo que aceptaba como el precio del poder. Por más que el Estado lo hubiera castigado, él había castigado a Lea por su deslealtad. Tal vez los periodistas que escribían sobre el caso se centraran en su condena, pero sus artículos no podían evitar enviar el mensaje de que, si te cruzabas en el camino de la ‘Ndrangheta, o de Carlo Cosco, morías.

Y sí, por supuesto, tal como funcionaba la ‘Ndrangheta, Carlo podía estar en la cárcel, pero su posición en el seno de la organización había mejorado. Para la ‘Ndrangheta, había hecho lo que debía al matar a una esposa infiel y chaquetera. Su *‘ndrina* y él habían demostrado disciplina durante el juicio. No habían hablado. Apenas habían reconocido la autoridad del tribunal. Habían llegado incluso a mortificar más a Denise negándose a explicar cómo había muerto Lea, o dónde, o lo que habían hecho con el cadáver. A Carlo lo habían puesto a prueba en numerosas ocasiones, y él se había mantenido firme. A ojos de la ‘Ndrangheta, ya era un *santista*, es decir, ya estaba santificado. Ahora sería reconocido como uno de los mayores capos de Italia, y tendría vía libre para expandir su imperio desde la cárcel y planificar el día de ajustar cuentas con Denise, como lo había hecho con su madre. Carlo seguía impasible. La ‘Ndrangheta resistía.

Pero apenas tres meses después de la condena a Carlo, llegaron noticias de que su organización había sido aplastada. A las 9.00 del 21 de junio de 2012, setenta policías con uniforme antidisturbios irrumpieron en el Fortino delle Cosche, en Viale Montello, número 6. Echaron puertas abajo y desalojaron a doscientos residentes, entre ellos a varias familias de la 'Ndrangheta y a más de cincuenta familias de emigrantes chinos y africanos. En cuestión de dos horas, cuarenta años de ocupación por parte de la mafia de uno de los edificios más históricos de Milán había terminado. La base de operaciones de Carlo quedaba desmantelada.³

Detrás de otras puertas cerradas, en el imperio de Carlo iban apareciendo grietas. Durante su investigación sobre la muerte de Lea, los *carabinieri* habían descubierto un diario secreto que esta había escrito durante los primeros años que había pasado con Carlo. «No sabía de su existencia —explicó Denise—. Lo llevaba cuando estaba embarazada de mí. Al leerlo, supe que estaba muy enamorada de mi padre.» Las palabras de Lea dieron a su hija una nueva visión de las cosas. «Nuestra familia es una historia sobre el valor —dijo—, pero aún más es una historia sobre el amor. Todo empezó con el amor que mi madre sentía por mi padre.» Para Denise, viendo cómo su madre escribía sobre Carlo, este debía haberla correspondido. «Él tenía otros motivos para casarse con ella —dijo—. Pero creo que la quería.»⁴

Enfrentándose a la vida en la cárcel, la *'ndrina* de Carlo experimentaba similares sentimientos encontrados. En julio de 2012, el fiscal del caso, Marcello Tatangelo, recibió una carta de Carmine Venturino. «Quiero confesar lo que sé sobre el asesinato de Lea Garofalo», había escrito Carmine, que proseguía manifestando que había participado en el asesinato de Lea y que posteriormente había mentido al respecto. Añadió que, mientras estaba bajo mando de Carlo, había tenido que obedecer «la ley que existe en Calabria, que es distinta a la que rige en el resto del mundo». Sus abogados le habían asegurado que lo absolverían porque, sin cuerpo del delito, no podía existir condena por asesinato.

Pero aquello había resultado no ser cierto. Y como consecuencia de ello, ahora Carmine seguía sus propios consejos. El juicio le había enseñado, escribía, «que yo no soy un mafioso. No soy ningún monstruo». Él no era inmune al sufrimiento, como Carlo y los demás hombres. Al contrario, «el

dolor de perder a Denise no me deja otra opción —añadía—. Es algo muy delicado. Pero creo que a todo el mundo le gustaría saber los hechos de la desaparición de Lea. Sobre todo a Denise. Lo hago por amor a ella. Ella fue muy valiente. Es un ejemplo para mí. Tengo que contarles los hechos de lo que ocurrió en realidad».⁵

Carmine Venturino tenía treinta y tres años cuando lo condenaron a cadena perpetua. Había nacido en noviembre de 1978 en Crotona, en la llanura que se extiende a los pies de Pagliarelle. En una serie de entrevistas mantenidas con Tatangelo a lo largo del verano y el otoño de 2012, explicó que uno de sus primeros recuerdos era que las atenciones y el amor de su familia se centraban en su hermano, que había nacido con una discapacidad.⁶ Carmine no se lo recriminaba. Describía a su familia como «pobre pero honrada». Sin embargo, como la mayoría de los calabreses, decía que a sus padres jamás se les habría ocurrido oponerse a la ‘Ndrangheta.

Cuando Carmine empezó a frecuentar a un grupo de Pagliarelle y empezó a fumar hachís y consumir heroína y cocaína, su familia no opuso resistencia. Tampoco objetó nada cuando, en septiembre de 2006, a los veintisiete años, se trasladó a Viale Montello, en Milán. Al principio, Carmine era solo consumidor. Al poco tiempo ya vendía droga para uno de los primos de Carlo. En menos de un año ya trabajaba para este, que había vuelto a instalarse en Viale Montello tras su salida de prisión. Con el dinero que ganaba, Carmine alquiló un apartamento para él solo. Un día de 2008, Carlo se presentó en su casa con una manta y una almohada, y le preguntó si podía quedarse. «Ya no se fue», contó Carmine. Su rápido ascenso de consumidor de drogas a lugarteniente de la mayor mafia del narcotráfico de Europa fue, según él, «algo muy dulce seguido de algo muy amargo».

Carmine había oído hablar de Lea Garofalo en Pagliarelle. «Todo el mundo hablaba de ello —dijo—. Todos sabíamos que Carlo había tenido que irse por su culpa, y que por eso quería matarla.» En su apartamento, Carlo le contó a Carmine que Lea intentaba alejar a Denise de su vida. Se sentía

frustrado al ver que su hija no intentaba oponerse más a Lea. En ese momento todavía no expresaba cuáles eran los planes que tenía para esta. En todo caso, a él, no tenía por qué contárselos.

Las posibilidades de que Carlo materializara su venganza aumentaron significativamente en la primavera de 2009, cuando Lea abandonó por segunda vez su condición de testigo protegida. Por mediación de su hermana Marisa, le envió un mensaje a Carlo preguntándole si Denise y ella podían volver a Calabria. Carlo tenía todos los motivos del mundo para aceptar. Lea se estaba poniendo en sus manos. Carmine contó que un día de abril «Vito Cosco vino a verme a Milán y me contó que Carlo quería comprar seis uniformes militares de camuflaje, cuatro pasamontañas y cuatro pares de botas, y me pasó una nota con las tallas. Yo le pregunté que para qué eran, y Vito me respondió que íbamos a necesitarlos para secuestrar y matar a Lea». Carmine añadió que ya sabía dónde tenía que comprar aquellos uniformes porque una vez ya había comprado pasamontañas para otro asesinato.

Carlo informó a su *'ndrina* que como él ya era sospechoso de intentar asesinar a su mujer, no podía arriesgarse a implicarse directamente en ese nuevo intento. Lo que quería era que Vito, Carmine y Rosario Curcio mataran a Lea. Carmine obedeció y adquirió los uniformes en efectivo y los cargó en una furgoneta Fiat robada, junto con un subfusil Uzi equipado con silenciador y dos cargadores que recogió en Viale Montello, todo ello listo para el viaje a Calabria. Pero el plan se vino abajo cuando Carlo, que había llegado a Pagliarelle para supervisar el ataque, descubrió que Lea había instalado una nueva puerta de acero en la casa en la que se quedaba, y que la policía tenía un vehículo estacionado junto a la puerta.

Carlo regresó a Milán con un nuevo plan. Había hablado con Denise, y ella le había contado que quería terminar los estudios secundarios en Campobasso. Carlo les había alquilado a ella y a Lea un apartamento allí. «Allí era donde íbamos a matar a Lea», explicó Carmine. Carlo escogió el 5 de mayo como fecha para el asesinato de Lea. Reclutó a otro *'ndranghetista*, Massimo Sabatino, para que se hiciera pasar por técnico de lavadoras y entrara en el piso. Sabatino debía secuestrar a Lea. Los otros hombres, que esperarían fuera, la llevarían en coche hasta un lugar aislado en Bari, al sur, donde la matarían y se desharían del cadáver. Pero el 3 de mayo Carmine

tuvo un accidente de coche. «Estaba bebido y colocado —explicó—. Me asusté mucho.» Como tuvieron que darle dos puntos de sutura en la cabeza, Carmine le dijo a Carlo que no estaba bien y no podía participar. Rosario Curcio también se echó atrás en el último momento, alegando que no podía dejar desatendidos sus negocios. «Mantente al margen de esto», aconsejó a Carmine. Cuando este le dijo a Vito que no podría ir, el hermano de Carlo le abofeteó la cara y lo tiró al suelo. Al final, Carlo envió a Giuseppe, Vito y Massimo, pero a este último le salió mal el secuestro. Carlo se puso furioso.

—¡Sois unos inútiles! —le gritaba a Vito—. ¿Tengo que hacerlo todo yo?

Sin duda, esa fue la conclusión a la que llegó. Cuando Lea y Denise regresaron a Pagliarelle para pasar las vacaciones de verano, Carmine y él también se trasladaron hasta allí desde Milán. Carlo empezó a ver a su hija con regularidad. Una noche, Carmine y él llevaron a Denise a una discoteca. Estuvieron de fiesta hasta las cinco de la madrugada. El teléfono de la chica se había quedado sin batería, y no podía llamar a su madre para decirle que llegaría tarde a casa. «Cuando la dejamos en casa de su abuela, Lea le dio un bofetón a Denise porque estaba muy preocupada —contó Carmine—. Cuando nos fuimos, Carlo se volvió hacia mí y me dijo: “No había para tanto. Esa puta tiene que morir”.»

Al día siguiente, Carlo convocó a Vito, Carmine y Rosario Curcio. Dijo que iban a matar a Lea enseguida, en cuanto fuera posible, y que tenía un plan. Carmine vigilaría el apartamento de la abuela de Lea. En cuanto esta saliera a buscar agua a la plaza, Carmine llamaría a Carlo con un teléfono nuevo no registrado que le había entregado Vito. Carlo llegaría entonces de paquete en una moto conducida por Rosario y mataría a Lea de un disparo. Entonces Rosario y él se dirigirían inmediatamente hacia la costa, se desharían del arma y se lavarían en el mar todo resto de pólvora. En aquella ocasión, Carmine hizo lo que le decían, pero resultó que Lea estaba comprando cigarrillos en la tienda del pueblo. Y ya estaba en su casa cuando Carlo y Rosario llegaron.

Al parecer, Carlo no conseguía matar a Lea. Lo había intentado sin éxito tres veces en cinco meses. Para entonces, su obsesión lo absorbía por completo. Dentro de la ‘Ndrangheta era tanta la gente que sabía que lo estaba

planeando, que si no lo hacía se exponía a perder su estatus. Pero al llegar septiembre, Carmine descubrió con cierta sorpresa que Carlo se mostraba más calmado. El propio interesado le confió que finalmente había dado con la manera de asesinar a su mujer.

Lea empezaba a confiar en él una vez más, le contó. Lo llamaba y le enviaba mensajes de texto constantemente. «Carlo me mostraba los mensajes de Lea, en los que había escrito que Nini (el apodo que usaban para llamar a Denise) quería tener un hermanito —contó Carmine—. Eran mensajes de amor. A mí me extrañó mucho. Más adelante llegaron a salir juntos a comerse algún helado.» Carlo creía que si había conseguido llevarse a su mujer a Botricello y quedarse con ella hasta tarde, podría llevársela cuando quisiera. Cuanto más esperara, más cómoda se sentiría ella y más fácil sería todo. «Carlo estaba muy contento consigo mismo —contó Carmine—. Decía que ahora le sería muy fácil matarla. Me dijo que ella ya estaba atrapada.»

En noviembre de 2009, Lea y Denise se fueron a Florencia para asistir a un juicio. En un primer momento Carlo pensó que mataría a Lea allí. Pero después le dijo a Carmine que había tenido una idea mejor. Había convencido a Lea y a Denise para que pasaran unos días con él en Milán. Carlo dijo que matarían a Lea en la ciudad en la que ella le había traicionado por primera vez. Aquella simetría era algo que satisfacía a Carlo. Y quería que todos sus hombres participaran en el plan.

Una vez que Lea y Denise llegaron a Milán, «seguimos a Lea noche y día, constantemente», explicó Carmine. El plan, como en Campobasso, era aguardar el momento adecuado, secuestrar a Lea, intentar enterarse de lo que había contado a los *carabinieri* en 1996 y 2002, y después matarla y deshacerse del cadáver para hacer ver que se había ido a Australia.

Durante cuatro días, el grupo jugó al gato y al ratón con Lea por las calles de Milán. Una vez Carmine la vio entrar en una lavandería y se detuvo, dispuesto a llevársela, cuando ella salió sin que él hubiera terminado de decidirse, porque había demasiadas cámaras de seguridad y la calle estaba muy concurrida. En otra ocasión, Carlo se llevó a Lea a cenar y les dijo a sus hombres que se la llevaran cuando saliera a la calle a fumarse un cigarrillo,

pero hacía frío, y no salió para nada. La noche siguiente, Carlo volvió a sacar a Lea a cenar y pidió a Carmine, Vito y Rosario que los esperaran a los dos en una calle tranquila que quedaba junto a un paso subterráneo, preparados para interceptarlos y para matarla allí mismo una vez que Carlo pasara con el coche. Sin embargo, cuando se dirigían hacia allí, Carlo se saltó un semáforo en rojo y los *carabinieri* los pararon, y al final él suspendió la operación. Esa también fue la noche en que Carmine conoció a Lea. Pocas horas después de que en teoría hubiera tenido que matarla, tuvo que acercarse en coche hasta el hotel de ella a petición de Carlo para entregarle una china de hachís.

Carmine y Rosario empezaban a pensar que Carlo estaba a punto de ver frustrados sus planes. Entre otras cosas, Rosario seguía pensando que Lea era una preocupación privada de Carlo y no algo en lo que debiera involucrarse la *'ndrina*. Tal vez Carlo sí la matara en esa ocasión, y tal vez no. Por el momento parecía estar saliendo con ella. Todo *'ndranghetista* sabía que el clan tenía su lado impetuoso, su machismo. Pero sus actividades también se basaban en saber calcular fríamente, sobre todo cuando se trataba de cuestiones como el asesinato de una hija del clan. Los planes de Carlo eran del dominio público. Fingía serenidad, pero se notaba que estaba alterado. Esas eran las cosas que podían hundirlos, decía Rosario. Carmine y él no debían participar en eso.

Pero Carlo era insistente. El grupo tendría su última oportunidad el 24 de noviembre. Lea y Denise debían tomar el tren de las 23.30 para regresar a Calabria. Carlo les dijo a sus hombres que se le había ocurrido otro plan. Le había pedido a su amigo Massimiliano Floreale si podía dejarle las llaves del piso que la abuela de este tenía en Via San Vittore, junto al centro histórico de Milán. También había dispuesto que Denise cenase con sus primos para que Lea y él pudieran estar solos una vez más. Poco antes de las 18.00, Carlo recogió a Denise en el Arco della Pace, cerca del Parco Sempione, y la dejó en casa de su primos. A continuación se fue a buscar a Lea.

Sobre esa misma hora, Carmine llevó a Vito en coche al apartamento de San Vittore en un Volkswagen Passat que había robado ese día. Cuando llegaron, Vito entró. La misión de Carmine consistía en quedarse fuera. Si algo iba mal, debía señalarlo encendiendo los intermitentes de emergencia. Mientras esperaba, Carmine llamó a Rosario para convenir una hora y un

lugar donde pasar a recogerlo. Pero cuando Rosario respondió le dijo que no podía ir. Estaba con su novia, y la chica no estaba de humor. Rosario dijo que no podía provocarla. Estaba claro que mentía.

—Y tú también tendrías que mantenerte al margen —le dijo a Carmine.

Poco después de las 18.30, Carlo recogió a Lea en el Parco Sempione. Después de subirse al Chrysler, le dijo que debía pasar un momento por un apartamento que quedaba a pocas calles de allí. Poco antes de las 19.00, Carmine vio a Carlo y a Lea parar en San Vittore con el Chrysler. Aparcaron y se bajaron del coche. Carlo llamó al timbre del apartamento. Vito les abrió desde arriba. Lea entró primero, seguida de Carlo.

Quince minutos después, sobre las 19.15, Carmine vio a Carlo salir del apartamento, caminar despacio hasta el Chrysler y arrancar. «No dijo ni una palabra», comentó Carmine. Vito salió del apartamento segundos después y se subió al Passat.

—Ya lo hemos hecho —dijo con la respiración entrecortada.

Vito le entregó a Carmine un teléfono móvil. Le dijo que era de Lea.

—Deshazte de él enseguida antes de que llame nadie —le ordenó Vito, antes de bajarse del coche y alejarse a pie.

Ahora Carlo y Vito debían construirse sus coartadas. Carlo también tenía que convencer a Denise de que su madre se había levantado y se había ido sin más. Carmine y Rosario quedaban, pues, como los encargados de deshacerse del cadáver de Lea.

Carmine se bajó del coche, le quitó la tarjeta SIM al móvil y la tiró por una alcantarilla, donde arrojó también la batería. El resto del teléfono lo echó en un contenedor. Volvió al Passat y telefoneó a Rosario. Era evidente que Carlo ya lo había llamado en ese intervalo de tiempo, porque ahora dijo que sí, que colaboraría, y Carmine se acercó a recogerlo.

Buscando algún lugar donde deshacerse del cadáver, los dos hombres pasaron más de una hora intentando localizar las llaves de un almacén propiedad de un amigo, situado en San Fruttuoso, a las afueras de Monza, a una media hora en coche. No lo consiguieron, y volvieron a San Vittore y subieron la escalera del apartamento. Carmine abrió la puerta, encendió la luz, «y allí estaba el cuerpo sin vida de Lea Garofalo en el suelo —contó—. Tenía un sofá volcado encima».

Carmine apartó el sofá. Apenas reconocía a Lea. «Tenía moratones por toda la cara. La boca ensangrentada, como si se la hubieran partido. Había sangre en la nariz y en el cuello, y un charco en el suelo. Le habían arrancado la ropa del pecho. Tenía una cuerda verde alrededor del cuello con la que la habían estrangulado, y que le había hecho una hendidura tan profunda en él que la cuerda no se veía. Yo conocía esa cuerda. Era de las cortinas de mi apartamento.»

Fueran cuales fueran las dudas que Carmine y Rosario hubieran podido albergar en algún momento, la ferocidad del asesinato de Lea las borró. Ataron a Lea con una sábana, por si solo estaba inconsciente. Después la metieron en una gran caja de cartón que habían traído. Limpiaron el suelo con agua caliente y trapos. Los trapos los metieron en la caja. Usaron cinta aislante para cerrarla y la bajaron hasta la planta baja. Carmine esperó en el vestíbulo con la caja mientras Rosario iba a buscar el Passat. A continuación los dos hombres sacaron la caja del edificio por la puerta principal y la llevaron por la calle hasta el maletero del coche.

Como no tenían ningún sitio donde deshacerse del cadáver, Carmine y Rosario se fueron hasta la casa de los padres de Floreale. Allí dejaron las llaves del apartamento, dejaron el Passat en la calle y se fueron a casa a cambiarse de ropa. Pocas horas después, casi a las doce de la noche, Carmine llamó a Floreale y le pidió que se vieran en el apartamento de San Vittore. Cuando los dos estuvieron allí, Carmine se disculpó porque el suelo del piso de su madre tal vez estuviera algo sucio. Al ver un pedazo de cuerda verde en el suelo, Carmine lo quemó al momento en un cenicero. Después se dio cuenta de que había una mancha de sangre en el sofá, y le dijo a Floreale que debían deshacerse de él dejándolo en la calle, cosa que hicieron: lo depositaron junto a unos cubos de basura. Floreale no hizo preguntas.

Sobre la una y media de esa noche, Carmine se fue a ver a Carlo al Drago Verde. Carlo dijo que Denise estaba dormida en Viale Montello. Carmine puso al día a Carlo sobre el tema de la limpieza. Carlo dijo que ya tenía las llaves del almacén y que Carmine y Rosario debían llevar el cadáver de Lea allí a la mañana siguiente. Después, Carlo y Carmine regresaron al apartamento de este. Antes de entrar, Carlo le preguntó si tenía alguna pomada antiséptica, porque tenía un corte en un dedo. Le mostró la marca.

—Lea —dijo sonriendo.

A la mañana siguiente, el 25 de noviembre de 2009, Vito y Rosario trasladaron en el Passat el cadáver de Lea hasta el almacén de las afueras de Monza. Carmine iba solo, en una furgoneta. Cuando llegó, Vito se había ido a fichar en la obra de construcción en la que trabajaba. Rosario y Carmine usaron la furgoneta de este para llenar un bidón de diez litros de gasolina. Después regresaron y bajaron del Passat la caja que contenía el cadáver de Lea, y la metieron en el almacén. «Fuimos a buscar un gran contenedor metálico que había en el almacén —explicó Carmine—. Abrimos la caja y volcamos el cadáver en el contenedor de metal. Los zapatos le sobresalían. Echamos parte de la gasolina sobre el cuerpo y la encendimos. Arrojam encima la caja de cartón.»

Carmine contó que Rosario y él se pasaron una hora viendo cómo ardía el cuerpo de Lea. «No quemaba bien —dijo—. En un determinado momento, Rosario comentó que tal vez fuera porque no entraba suficiente aire en el contenedor. Así que cogimos un hacha y le hicimos varios agujeros a la base del contenedor. Pero aun así el cadáver quemaba muy despacio.» Carmine dejó solo a Rosario y se fue a ver a Vito para pedirle consejo. Pero no pudo contactar con él, y al volver vio que Rosario había sacado el cadáver del contenedor ayudándose de los tubos de un andamio y lo había dejado sobre unos palets de madera. Lo había cubierto con más madera y después, echándole más gasolina, le había prendido fuego a todo. «Ahora el cuerpo estaba mucho más destruido —dijo Carmine—. De la cabeza ya casi no quedaba nada. Había mucho humo y olía muy fuerte a carne quemada. Al lado había unos gitanos que quemaban hojas, y en un determinado momento se acercó una mujer a preguntarnos si podíamos darle un palet para su hoguera. Yo le pasé algunos a través de un agujero de la verja. Era imposible que no se hubiera percatado del olor a carne asada. Pero no hizo preguntas.»

Ni Carmine ni Rosario habían dormido más que unos pocos minutos la noche anterior, y hacia las 13.00 el cansancio ya empezaba a hacer mella en los dos. «Antes de irnos, colocamos lo que quedaba del cadáver en un hoyo no muy grande que ya había sido excavado en el suelo del almacén. Solo

quedaba una parte del torso y las piernas. Pero todavía había muchos fragmentos de huesos, que recogimos con una pala y metimos en el contenedor. Finalmente, yo partí lo que quedaba del cadáver en trozos más pequeños con el hacha. Todo era carne y huesos ennegrecidos. Entonces lo cubrimos todo con tierra y con una plancha metálica.»

Carmine y Rosario se fueron a dormir unas horas. Regresaron aquella tarde con Vito, que envió a Carmine a comprar cinco litros más de gasolina. Después, los tres volvieron a meter con palas los restos del cadáver de Lea en el contenedor, echaron más madera en su interior, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego una última vez. Vieron cómo ardía todo hasta convertirse en brasas, y después golpearon con el reverso de la pala para desmenuzarlo todo aún más, y se fueron.

Aquella noche, Carmine fue a ver a Carlo al Drago Verde. Estaba con Denise. Carmine le contó a Carlo que del cadáver de Lea ya casi no quedaba nada. Este le dijo a Carmine que Denise había pasado cinco horas declarando en una comisaría de los *carabinieri*. Ese era otro dolor de cabeza con el que iba a tener que lidiar, añadió.

A la mañana siguiente Carmine y Vito regresaron al almacén por última vez. Recogieron las cenizas y las brasas apagadas, lo cargaron todo en una carretilla, lavaron y frotaron el contenedor metálico y arrojaron todos los restos que pudieron encontrar en una poza que quedaba cerca. Un día después, Carmine se encontró con el amigo que era el dueño del almacén para devolverle las llaves.

—¿Ya está? —le preguntó el amigo.

—Ya está hecho —le contestó él.

Carmine no volvió a hablar nunca más de aquellos tres días con Carlo ni con los otros hombres. La única vez que Carlo sacó el tema fue en marzo de 2010, cuando supo que Denise había hablado con los *carabinieri* y lo había acusado a él del asesinato de Lea. Si aquello era cierto, dijo Carlo, «entonces todos sabemos lo que tenemos que hacer».

Carmine se ofrecía a mostrar el almacén a Tatangelo y al equipo forense de los *carabinieri*. Era octubre de 2012, casi tres años después de la muerte de Lea. Los forenses se llevaron restos de polvo del almacén y, recurriendo a una excavadora, excavaron para desenterrar la poza. Durante varios días pudieron extraer tres kilos de material, que transportaron a su laboratorio de Milán. El procesado de las muestras tardó varios días más. Pero a principios de noviembre ya estaban en condiciones de confirmar la presencia de 2.812 fragmentos óseos, así como de un implante dental que habían colocado a Lea en 2007, y partes microscópicas del collar y la pulsera trenzada de oro blanco y amarillo que Carlo le había regalado cuando se conocieron.

En un principio, a Denise le había perturbado saber que se había enamorado del hombre que se había deshecho el cadáver de su madre. Pero ahora, su acto de contrición la consolaba. Cuando Tatangelo llevó a Carmine y a los otros acusados de nuevo ante la justicia en abril de 2013, Denise escuchó con atención su testimonio, de principio a fin. Carmine dejó de lado los posibles sentimientos de ella, y no ahorró detalles sobre lo que le había hecho al cadáver de su madre. Aun así, se notaba claramente la devoción que sentía por ella. «Quiero decir que este es un día muy difícil para mí», manifestó. Y contó que, en la cárcel, había aprendido que la familia no es nada sin amor, y que el amor dominaba sobre cualquier otra lealtad. «No estoy acusando a gente corriente ni a desconocidos, sino a personas con las que compartí tres años de mi vida, algunas de ellas de la misma familia. Tomé esta decisión por amor a Denise. Su padre no la quiere. Su familia no la quiere. Pero ella es la dueña de mi corazón. Me asquea pensar que estoy contribuyendo a su dolor pero, también, si estoy hoy aquí es por su ejemplo.» Carmine añadió que era consciente de que al hablar estaba firmando su sentencia de muerte. «Sé que soy carne de cañón —dijo—. Tarde o temprano, Carlo me matará.» Pero aseguró que no tenía alternativa. «Estoy enamorado de verdad.»

La confesión de Carmine resultaba sorprendente tanto por los motivos por los que había hablado como por lo que había dicho. El código de honor daba mucha importancia a la disciplina y a la supresión de los sentimientos. Los *'ndranghetisti* vencían endureciendo sus corazones. Matando y aterrorizando podían desbancar a sus rivales. Y a pesar de todo ello ahí estaba

Carmine, un traficante de drogas que trabajaba para uno de los hombres más duros de la ‘Ndrangheta, hablando porque no podía controlar la ternura que sentía. Incluso en las profundidades más oscuras de la ‘Ndrangheta, seguía brillando una luz muy tenue.

Cuando la que había sido abogada de Lea, Annalisa Pisano, leyó el testimonio de Carmine en los periódicos, se sintió muy impresionada por diversos motivos. Durante tres años había tenido un sueño en el que Lea gritaba su nombre rodeada de llamas en un almacén. «Me parecía que debía de estar equivocada —contó—. Yo no soy de las que creen en esas cosas. Pero al enterarme de que había terminado así, de la peor manera posible, aquel sueño me volvió a la mente al momento, claro.»

Al principio, a Annalisa le horrorizaba lo que pudiera significar aquella pesadilla. ¿Había abandonado a Lea? ¿Había muerto ella gritando su nombre? Sin embargo, con el tiempo, llegó a pensar en ello de otro modo. Según las pruebas de Carmine, Lea había muerto mucho antes de que las llamas la consumieran. Si había alguna verdad en su sueño, Annalisa empezaba a pensar que era algo así como un testamento del vínculo que había existido entre ella y su cliente. «Empezaba a pensar que, en cierto sentido, aquello era una especie de consuelo —dijo—. Si realmente en sus últimos momentos había pensado en mí, entonces tal vez es que sabía que yo la había querido.»

XXV

Las pruebas aportadas por Giuseppina habían llevado a la detención y el enjuiciamiento de sesenta y cuatro miembros de la *'ndrina* de los Pesce. Eran tan detalladas, y tan numerosas las acusaciones a las que condujeron, que el juicio se alargó más de un año después de su declaración. Pero poco después de las 18.00 del 3 de mayo de 2013, tras diecisiete días de deliberaciones, los tres jueces regresaron al tribunal de Palmi para dictar sentencia.

Veintidós de los acusados fueron absueltos. Cuarenta y dos, condenados. Tres cuartas partes de las sentencias superaban los diez años de prisión. Las más severas eran para la familia más inmediata de Giuseppina. Su tío, el jefe del clan Antonino Pesce, fue condenado a veintiocho años. Salvatore, el padre de Giuseppina, debería pasar veintisiete años y siete meses privado de libertad. Su marido, Rocco Palaia, fue condenado a veintiún años y dos meses; a su madre Angela Ferraro le cayeron trece años y cinco meses; a su hermana Marina Pesce, doce años y diez meses; y a su hermano Francesco, veinticinco años y ocho meses. Otros diez miembros de la familia Pesce, dos Ferraro y un Palaia fueron considerados culpables y condenados. Incluso la octogenaria Giuseppa Bonarrigo, abuela de Giuseppina, fue condenada a un año y ocho meses por aceptar bienes robados. La única clemencia recayó sobre Giuseppina, condenada a cuatro años y cuatro meses por asociación mafiosa, una pena que en gran parte ya había cumplido como presa preventiva.¹ «Los Pesce estaban destrozados —dijo Giovanni Musarò—. Casi no quedaba ninguno que pudiera andar suelto por Rosarno.»²

Si bien gran parte de la familia asumió su ruina en silencio, para algunos Pesce aquella humillación era excesiva. Marina, la hermana mayor de Giuseppina, de la que Alessandra decía que había sido bendecida «con el rostro de un ángel», empezó a aullar y a gritar y a arrancarse el pelo cuando se leyeron las sentencias. «Se volvió loca», comentó Alessandra. En el

exterior del tribunal, la abuela Bonarrigo (uno de los pocos miembros de la familia Pesce al que se le permitió salir en libertad bajo fianza) soltó ante los periodistas que las verdaderas mujeres Pesce iban con sus maridos hasta la tumba. No mucho después, Alessandra fue un día a trabajar al palacio de justicia de Reggio y se encontró a un grupo de esposas de la ‘Ndrangheta de Rosarno que tenían montada una protesta en el exterior del edificio. «Aquello era surrealista —comentó—. Tenían pancartas con lemas como “¡Das vergüenza!”,”¡Sentencias injustas!” y “¡Los inocentes están en la cárcel!”. Algunas de ellas habían llegado a encadenarse a las verjas.» Con total seriedad, al parecer, la mafia más importante de Europa se presentaba como una víctima del Estado. Alessandra suponía que aquella manifestación también pretendía enviarle un mensaje: «La idea era mostrar que las verdaderas mujeres calabresas seguían estando con la ‘Ndrangheta. Pero yo lo veía como una señal de desesperación, de debilidad. ¿De veras tienes que demostrar algo que no haría falta demostrar? ¿De veras tienes que demostrar algo que, hace unos años, todo el mundo habría dado por sentado?».

Los Pesce estaban destrozados, y su dominio sobre Rosarno había terminado. Dos semanas después de que se hicieran públicos los veredictos, Giuseppe Pesce, el último capo de la *ndrina* aún fugado, se entregó para empezar a cumplir su sentencia de doce años y seis meses. «Ya basta —dijo mientras entraba en la comisaría de los *carabinieri* de Rosarno—. Estoy cansado de huir. Acabemos con esto ahora y aquí.»

Con todo, la gente de Rosarno tardó más en digerir su nueva realidad. Los Pesce habían gobernado en la ciudad desde hacía décadas, y la mayoría de los jefes seguían vivos y seguían enviando a sus hijos a recaudar el *pizzo* de los comerciantes y dueños de restaurantes. Pero la gente se daba cuenta de que el precio de la extorsión empezaba a flaquear. Una reacción de los Pesce resultaba inevitable, pero cuando llegó fue patética: una granada que apenas causó heridas al hermano del novio de Giuseppina, Domenico Costantino, cuando este abrió la reja de una granja a la que la habían atado. Tal vez los Pesce estuvieran acabados. Costaba creerlo. Pero tampoco fue fácil dar crédito a la visión que se materializó poco más de un año después del final del macrojuicio, que era la de una excavadora franqueando la entrada principal de la vieja casa de la abuela de Giuseppina, antiguo lugar de

encuentro de la familia. Las autoridades habían confiscado la casa en 2011, pero habían luchado durante años para encontrar a algún contratista dispuesto a hacer el trabajo. Ahora, Gaetano Saffioti, constructor de Palmi, declaró a los periodistas que estaba encantado de demoler hasta los cimientos el palacio de los Pesce. Tan contento, en realidad, que lo hacía sin cobrar nada. «La lucha por la legalidad se gana con hechos, no con palabras», declaró.³

Mientras veía cómo uno de los sindicatos del crimen más poderosos de Europa estaba siendo desmantelado ladrillo a ladrillo, Alessandra se descubrió preguntándose a sí misma si no habría sido la obsesión de los Pesce con el honor lo que había acabado por condenarlos. Era casi como si la familia hubiera muerto de vergüenza. «Si una mujer traiciona a la familia, eso es algo que tiene una resonancia inmensa —explicó—. Significa que la familia no es capaz de controlar a sus mujeres.» Para una familia criminal de la ‘Ndrangheta, parecía que no había nada peor.

Menos de un mes después de las condenas a los Pesce se hicieron públicos nuevos veredictos del caso de Lea Garofalo. La confesión de Carmine había dejado al descubierto la mentira de Carlo según la cual su mujer seguía con vida. Cuando se reanudaron los procedimientos en Milán el 9 de abril de 2013, Carlo intentó desesperadamente recobrar la iniciativa y anunció desde el banquillo de los acusados, al término de la primera sesión: «¡Presidente, quisiera hablar!».

Su abogado, Daniel Sussman Steinberg, no daba crédito. Carlo llevaba todo el día sujetando con fuerza una hoja de papel. Ahora quedaba claro por qué: Carlo Cosco estaba a punto de romper la *omertà*. Tras una breve consulta entre Carlo y Steinberg, el abogado anunció que su cliente deseaba realizar una «declaración espontánea», y el acusado fue conducido al estrado de los testigos.

Hablando en un italiano algo titubeante, leyó:

—Señora presidenta y señores del tribunal, acepto la plena responsabilidad del asesinato de Lea Garofalo.

El silencio en la sala era sepulcral.

—Habría querido hacer algo durante el primer juicio, pero las circunstancias me lo impidieron —prosiguió—. Mi hija me odia con motivo, porque maté a su madre. Pero no puedo soportar la vergüenza de que se me acuse de querer matarla a ella. Para mí, es inconcebible que mi hija se encuentre bajo la protección de nadie. ¿Protegida de quién? Yo daría mi vida por ella. ¡Pobre del que toque a mi hija!

Aquella reacción parecía sorprendente. En el fondo, no había ningún motivo para ella. Carlo ya había sido condenado por el asesinato de Lea. Legalmente, su confesión no cambiaba nada. Pero psicológicamente lo cambiaba todo. Al parecer Carlo se había derrumbado. El hombre más duro de todos los hombres de la ‘Ndrangheta había dejado ver sus sentimientos. Era un ‘ndranghetista, un capo, un *santista*. Era un traficante de drogas, un extorsionador, un asesino. Pero, por lo que se veía ahora, por encima de todo era padre.

—Espero que algún día mi hija me perdone —dijo Carlo—. Vivo con la esperanza de su perdón.

Otros, sin embargo, percibían algo totalmente distinto en aquel mensaje. Cuando Carlo empezó a leer su carta, se rascó la oreja. Después se rascó un ojo. Algo más tarde se llevó un dedo a los labios. Para las personas capaces de interpretar signos, lo que estaba haciendo Carlo era enviar otro mensaje a la ‘Ndrangheta: «Escuchadme —estaba diciendo—. Observadme. Oiréis y veréis que no diré nada». Carlo no estaba confesando. Estaba dando seguridad y proponiendo un trato: «Yo soy el responsable de todo esto —decía—. Sea cual sea el precio, lo pagaré. Pero no colaboraré. Y, a cambio, que nadie toque a mi hija».⁴

Con todo, ahora que Carlo había abierto la boca, parecía que le estaba costando cerrarla. En el transcurso de las semanas siguientes, Carlo habló largo y tendido sobre la primera época de su matrimonio con Lea. Explicó el asalto en Campobasso diciendo que le había pedido a Sabatino que pegara a Lea «para darle un escarmiento», después de que esta hubiera amenazado a su madre. Describió su encuentro con su hija después de siete años de separación.

—Aquello se convirtió en mi obsesión —dijo—. Estar con mi hija, saber dónde estaba. No matar a su madre. Esa no fue nunca mi intención.

El testimonio de Carlo tenía que ver con el amor. Carlo quería a su hija. Carlo quería a su madre. Cuando Lea ofendió a la madre de Carlo, este solo le pidió a Sabatino que le pegara un poco porque en realidad, según testificó, también quería a Lea.

Y lo mismo cuando la mató.

—En realidad no quería hacerlo —dijo—. Aquella mañana, el 24 de noviembre de 2009, fui a buscar a Denise y a su madre al hotel. Cuando las vi, tuve la idea de dar una sorpresa a mi hija. Ella me había contado que quería vivir en Milán. Así que pensé que le pediría a mis amigos las llaves de su apartamento para dárselas a Denise y que tuviera un sitio en el que poder quedarse cuando viniera.

Pocas horas después, Carlo llevó a Lea al apartamento de Via San Vittore para mostrarle el sitio donde podría quedarse su hija. Pero ella lo malinterpretó.

—Cuando vio el apartamento, se enfadó —contó Carlo—. Me dijo que yo era un mentiroso porque le había dicho que no tenía nada, que no tenía dinero, y en realidad tenía un apartamento. La verdad era que no era mío. Yo vivía con Venturino. Pero Lea me dijo que era un imbécil y que nunca volvería a ver a Denise. —Carlo inspiró hondo—. Tuve un ataque de ira, señora presidenta —dijo—. Le di dos puñetazos. Ella se cayó y se dio con la cabeza en el sofá. La agarré por los hombros, y entonces ella se cayó y se golpeó la cabeza con el suelo. Antes de ver la sangre ya sabía que estaba muerta.

Lo que estaba diciendo Carlo era que todo había sido un terrible accidente. Una de esas cosas que ocurrían cuando un marido y padre de gran corazón se veía desbordado por la emoción.

—Todo eso ocurrió porque yo amaba a Lea —dijo Carlo—. Si no la hubiera amado, nada de eso hubiera ocurrido. Pero cuando me amenazó con que no volvería a ver a mi hija, ya no veía mi amor por ella por ninguna parte. Porque yo quiero a Denise por encima de todas las cosas. Para mí ese es mi mayor tormento. Denise tiene que saber que me importa. Debe saber la verdad.

En un intento de racionalizar la intervención de su cliente, Steinberg, el abogado, describió a Carlo como una persona escindida por una «lacerante lucha interior» que le había llevado a atacar a Lea pero que lo eximía de asesinato premeditado.

El fiscal Marcello Tatangelo no se mostró convencido.

—Si usted habla ahora es solo porque se ha encontrado el cadáver de Lea Garofalo —dijo.

En su momento, Carlo no había mostrado remordimiento, añadió. Todo lo contrario. Días después del asesinato de Lea, Carlo había celebrado una fiesta en Pagliarelle para brindar por su muerte, disfrazando la celebración de fiesta de mayoría de edad de Denise. Con todo, Tatangelo se mostraba curioso.

—¿Por qué habla ahora? —preguntó.

—Eh... —Carlo se encogió de hombros—. La gente ha dicho cosas que no eran verdad. Usted habló de ácido. Dijo que odiaba a la madre de mi hija. ¿Cómo iba a dejarlo pasar?

Impasible ante las declaraciones de amor de Carlo, el 29 de mayo de 2013, la juez de apelación Anna Conforti, otra de las mujeres de más rango de la judicatura italiana, confirmó las cadenas perpetuas para Carlo y su hermano Vito, Rosario Curcio y Massimo Sabatino.⁵ La sentencia de Carmine quedó reducida a veinticinco años. Giuseppe Cosco fue absuelto, pero siguió en prisión porque para entonces ya estaba cumpliendo condena por otra sentencia no relacionada con la otra, por tráfico de drogas. Cinco meses después, usando pruebas aportadas por Lea diecisiete años antes, diecisiete *'ndranghetisti* fueron detenidos en Pagliarelle, Petilia Policastro y Crotona, acusados de siete asesinatos, tenencia ilícita de armas y tráfico de drogas, cargos que se relacionaban con la guerra de clanes que había incendiado los montes calabreses entre 1989 y 2007.⁶

En el exterior del tribunal, el día en que se confirmó la cadena perpetua de Carlo Cosco, Enza declaró ante un grupo de personas que habían acudido a dar apoyo: «Denise os da las gracias a todos. Que estéis hoy aquí le da fuerzas». Finalmente, Denise podría enterrar a su madre, añadió Enza, y el

funeral se celebraría en Milán. «Es la ciudad en la que la asesinaron —explicó—. Pero también es el lugar en el que finalmente se movilizó todo el mundo para combatir a la mafia.»

Solo quedaba por resolver el caso de Maria Concetta Cacciola.

Un cierre parcial tuvo lugar en Palmi a principios de julio de 2013 en la misma sala del tribunal en la que los Pesce habían sido derrotados. Giuseppina testificó en el caso de Concetta; se derrumbó cuando le pidieron que describiera a su amiga, y recordó el miedo que le daba su hermano Giuseppe. «Me dijo que si lo conociera, entonces sabría que era capaz de matarla —contó—. Tenía prohibido salir de casa, tener amigas. Nunca había ido a ninguna fiesta. Nunca se le permitía divertirse.»

El 13 de julio de 2013, el padre, la madre y el hermano de Concetta fueron declarados culpables de provocar su suicidio. A Michele Cacciola lo condenaron a seis años de cárcel, a Giuseppe, cinco, y a su madre, Anna Rosalba Lazzaro, dos.

Si Alessandra y Giovanni quedaron descontentos con lo tibio de las condenas, lo mismo podía decirse del juez. «La sala había empezado a dudar que la muerte de Concetta fuera un suicidio», explicó el fiscal Giuseppe Creazzo. El juez indicó que se había sentido mal al no poder imponer la clase de sentencia que sí habría permitido una condena por asesinato. «De modo que devolvió el caso a la fiscalía para que siguiera investigando si podía tratarse de asesinato.»

Salvatore Dolce, que había interrogado a Lea Garofalo en 2002 y en ese momento era ayudante del fiscal en Palmi, recibió la orden de investigar a los dos abogados de los Cacciola, Gregorio Cacciola y Vittorio Pisani. Tras confiscarles los ordenadores, halló pruebas de que la declaración de Concetta había pasado por distintos borradores, escritos en ellos, antes incluso de que ella regresara a Rosarno, lo que demostraba una conspiración para obligarla a retractarse. En febrero de 2014, los dos abogados fueron detenidos. El 8 de septiembre, Vittorio Pisani dijo que quería confesar. Alessandra y Giovanni lo habían trasladado a la cárcel de *pentiti* de Paliano. Hablaron con él pocos días después.

Pisani contó a los dos fiscales que había empezado a trabajar para los Cacciola en junio de 2011, pocos meses antes de la muerte de Concetta. Dijo que la familia se había acercado a él en un principio porque sospechaban que Concetta mantenía una relación sentimental con un policía. Le pidieron que usara sus contactos en el cuerpo para investigarlo. «Se trataba de una petición atípica —admitió Pisani—, pero la acepté porque tenía problemas económicos y no quería perder la oportunidad de trabajar con una familia como la de los Cacciola.»

Ese mismo mes, los *carabinieri* descubrieron uno de los búnkeres de la familia, y poco después otro. Los Cacciola y los Bellocco estaban convencidos de que la información la había facilitado Concetta. Estos insistieron en que debían obligarla a volver a Rosarno y a retractarse. Para entonces, los Cacciola, impacientes por conseguir un resultado, habían empezado a amenazar a Pisani. Cuando Concetta regresó a Rosarno, Pisani ya no dudaba de que también la estaban coaccionando a ella. El 12 de agosto, fue testigo del momento en que Concetta grababa su retractación. Cuando ocho días después murió, él supo que su familia era responsable. Durante un año y medio Pisani había intentado ignorar su conciencia. Los Cacciola y los Bellocco, sin embargo, seguían impasibles, y Pisani llegó a convencerse de que estaba en peligro.

—Estaba asustado —contó a los fiscales—. Y necesitaba poder mirarme al espejo otra vez.

—Cuéntenos, ¿por qué les importaba tanto esa mujer en concreto? —preguntó Giovanni.

—Era una advertencia —respondió Pisani—. Era como si dijeran: «Ya no más».

La identidad del asesino de Concetta seguía siendo un misterio. Pero el caso continuaba abierto y los fiscales estrechaban el cerco. El 30 de julio de 2015, el tribunal de apelación de Reggio Calabria aumentó la condena de Michele a ocho años y ocho meses, y la de Anna Rosalba Lazzaro a cinco años y seis meses.

XXVI

En octubre de 2014, Alessandra y Paolo desmontaron su diminuto apartamento situado en la última planta del cuartel de *carabinieri*, en Reggio, y regresaron a Milán. Alessandra había sido ascendida a fiscal adjunta de la capital financiera del país. Casi todos los integrantes del equipo antimafia ya habían abandonado Calabria: Giuseppe Pignatone, Michele Prestipino, Giovanni Musarò y Renato Cortese, el jefe de la patrulla móvil, se disponían a ocupar puestos de mayor responsabilidad en Roma.

Los nuevos nombramientos tenían lógica. Algunos de los mayores clanes de la ‘Ndrangheta habían sido desmantelados, sobre todo en el bastión de la llanura de Gioia Tauro. El precio que los fiscales debían pagar por su éxito era una mayor amenaza para sus vidas. Alessandra, que como Pignatone y Prestipino llevaba años viviendo sometida a una estrecha protección, sabía que había añadido nuevos nombres a la lista de quienes querían matarla. De ella, algunos nombres concretos eran los del padre de Giuseppina, Salvatore, que la había amenazado durante el juicio, y la madre de Concetta, Anna Rosalba Lazzaro, a la que habían grabado diciendo que Alessandra era «esa puta, esa cabrona. La quiero muerta».

Giovanni Musarò era otro fiscal obligado a asumir la idea de que estaba luchando por una nación en la que en realidad ya no vivía. En 2010, en otro caso distinto, Giovanni había ordenado la detención de toda la ‘*ndrina* de los Gallico, en Palmi, un total de treinta y dos ‘*ndranghetisti*, entre ellos una abuela de ochenta y cuatro años. Posteriormente, el jefe del clan, Domenico Gallico, sufrió la humillación de ver cómo su ‘*ndrina* le daba la espalda durante el juicio. En octubre de 2012, Gallico solicitó reunirse con Giovanni en su celda de la cárcel de Viterbo, al norte de Roma. A este le extrañó, pero aceptó de todos modos. «Se trataba de una situación anómala —explicó durante una investigación parlamentaria posterior—. Me condujeron a una

habitación muy pequeña. Cuando entró Gallico, estaba solo, sin nadie que lo custodiara, y no llevaba esposas. Se acercó hasta mi lado del escritorio y me dijo: “*Dottore*, qué placer me da que finalmente podamos conocernos cara a cara. ¿Me concede el honor de estrecharle la mano?”.»

Cuando Giovanni alargó su mano derecha, Gallico fingió hacer lo mismo, pero entonces, con la izquierda, golpeó a Giovanni en la cara y le partió la nariz. «Me caí de la silla —explicó—. Mientras estaba allí, contra la pared, él me dio patadas y puñetazos, tal vez cincuenta, sesenta veces.» Durante la agresión, el fiscal recordaba haber pensado: «Si no paro los golpes, me va a romper el cuello. Me va a matar». Al cabo de treinta segundos, varios guardias entraron y apartaron a Gallico, que se alejó pateando y gritando.

—¿Estás loco? —le recriminó uno de ellos mientras lo levantaba del suelo.

Gallico apuntó a Giovanni con el dedo.

—¡Pregúntale a él qué me hizo a mí y a mi familia! —masculló—. ¡Pregúntale a él qué me hizo!

Aquella noche, en la puerta de la habitación de hospital de Giovanni ya hubo apostados dos guardaespaldas. Y ya no lo habían abandonado. No mucho después, Marcello Fondacaro, un informante de la ‘Ndrangheta, le contó a Giovanni que el mismo capo Bellocco que había ordenado a Concetta que se retractara también había elaborado un plan para matar a Giovanni y a su jefe, Prestipino. «Los Bellocco creían que la retractación de Maria Concetta Cacciola debería haber puesto punto final a la historia —explicó Giovanni—. Y se enfadaron mucho al ver que no era así. Giuseppe Bellocco, sobre todo, era conocido por ser un ser humano muy peligroso que se sentía agraviado y albergaba un gran resentimiento.» Según Fondacaro, Bellocco había planeado tender una emboscada a Giovanni y Prestipino con varios pistoleros, y con explosivos, cuando los dos fiscales se dirigieran en coche hacia el tribunal. «Él sabía que yo me desplazaba en coche a Palmi dos veces a la semana durante un juicio en el que participaba —contó Giovanni—. Conocía la ruta, el color de mi coche blindado y el de mis escoltas, y sabía que Prestipino me seguía en su coche también blindado, con otro vehículo para sus escoltas detrás. Incluso había pedido permiso a los Gallico para

llevar a cabo el ataque.» Si el doble asesinato falló fue solo porque el juicio de Palmi se aplazó sin previo aviso. Y si, para algunos, aquellos pistoleros y aquellos explosivos parecían una sobreactuación, para los fiscales ponían en evidencia lo seriamente que se tomaba la venganza la ‘Ndrangheta. «En Calabria, o lo hacen bien o no lo hacen», comentó Giovanni.

Había llegado el momento de salir de allí. Ninguno de los fiscales antimafia o sus familias podían aspirar a llevar una vida normal. En cierto modo aquella era su cadena perpetua. Pero concretamente Alessandra empezaba a encontrar la inspiración en una fuente inesperada. «Giuseppina sabe que lo que dijo es otra sentencia de muerte —dijo—. Su traición tiene que ser castigada con la muerte, y tiene que ser su hermano, de su misma sangre, el que la mate para lavar el honor de la familia. Y algún día quedará en libertad.» Pero Alessandra también explicó que Giuseppina llevaba ya muchos años sin dudar de sí misma. «Para ella, lo que había hecho había sido un acto de amor hacia sus hijos.» Al final, la competición entre La Familia y su propia familia no había llegado a competición. «Ella está bien —dijo Alessandra—. De hecho, creo que es feliz.»

Desde que, hace ciento cincuenta años, un grupo de delincuentes meridionales se encontraron con una banda de francmasones revolucionarios en la cárcel y decidieron revestir sus fechorías y bravuconadas de mitos y leyendas, la ‘Ndrangheta había demostrado ser muy adaptable. Calabria siempre sería la patria de la ‘Ndrangheta. Todavía quedaban muchas *‘ndrine* que perseguir allí, y el contrabando, la extorsión, la corrupción y el asesinato seguirían existiendo. Pero, a medida que la campaña de los fiscales calabreses contra la ‘Ndrangheta empezaba a bajar de intensidad, nuevas pruebas obtenidas mediante escuchas dejaban claro que el centro de gravedad del crimen organizado se desplazaba hacia el norte del país, y más lejos aún. Se trataba de un cambio lógico: Italia era el único país del mundo en el que existía una ley contra la asociación mafiosa. Pocos otros países permitían un espionaje tan intrusivo. En muchos de ellos era mucho más fácil legitimar sus riquezas de origen delictivo mediante la compra de bonos, acciones, propiedades y empresas.

Y si la ‘Ndrangheta se movía, también cambiaba de forma. Los fiscales de Calabria se habían preocupado especialmente de cartografiar y destruir la estructura de mando de la ‘Ndrangheta. Para la organización, la respuesta inteligente era desmantelarla. Los fiscales empezaron a informar de la aparición de un grupo más informal, descentralizado, difuso, una asociación vaga, un encuentro *ad hoc*, incluso algo tan efímero como un estado mental. Comparaban su penetración en la economía legal italiana, y de más allá del país (Frankfurt, Londres y Nueva York), con un líquido vertido sobre una esponja.

Pero el mundo no era una esponja que pudiera estrujarse. En sus nuevos puestos, muchos de los fiscales veían que su época en Calabria empezaba a parecerse muy rápidamente a una edad de oro. Como los pescadores de peces espada del estrecho de Mesina, los fiscales calabreses habían clavado sus arpones en un monstruo y lo habían obligado a salir a la superficie. Pero ahora la criatura volvía a desaparecer en las profundidades, se esfumaba en los recovecos del sistema financiero internacional, que no solo toleraba el secretismo sino que, en el caso de la industria bancaria de los paraísos fiscales, valorada en veinte billones de dólares, dependía de él. Los fiscales sentían que libraban una batalla contra el tiempo, y que iban perdiendo. Billones de euros y de dólares de la ‘Ndrangheta se habían blanqueado con éxito, así que ya eran inaccesibles y no podían reclamarse. Para su desesperación, en el mundo global de los movimientos bancarios virtuales, sus quisquillosas objeciones se veían a menudo como muestra de detallismo excesivo. Franco Roberti, jefe de la oficina italiana antimafia y antiterrorista, lamentaba la falta de cooperación que encontraban sus investigadores en Londres, Nueva York o Hong Kong, que era aún menor en centros de banca secreta o paraísos fiscales de todo el mundo. Los gobiernos extranjeros «no quieren creer que el problema de la ‘Ndrangheta también es su problema — comentó—. Quieren creer que su dinero no huele mal». Roberti era pesimista sobre las posibilidades de derrotar a la mafia global en un mundo en el que la política estaba subordinada a los negocios. «Los negocios dictan y los políticos obedecen, y ello ha facilitado el blanqueo de dinero procedente de la mafia, que ejerce su influencia en todo el mundo», añadió. Un mundo en el que toda idea de bien común se había visto sustituida por la avaricia y una

profunda desigualdad era un mundo, según Roberti, cuyas puertas se abrían de par en par a los mafiosos. Él lo denominaba el «síndrome de Blancanieves»: «Nadie quiere mirarse en el espejo», sentenció.

Esa manera de pensar podía llevar a un fiscal por un camino oscuro, como Alessandra sabía bien. Un mundo en el que los escándalos políticos y financieros se habían convertido en una rutina deprimente era un mundo en el que resultaba demasiado fácil llegar a la conclusión de que aquello contra lo que los fiscales combatían en realidad era el lado oscuro de la naturaleza humana. La ‘Ndrangheta no podría corromper a empresarios ni a políticos a menos que estos fueran potencialmente corruptibles. ¿Acaso no habían comprendido hacía siglos los admiradores de la serpiente que la iluminación y la oscuridad iban de la mano? Y si la familia en sí misma era una forma de corrupción, como postulaba la mafia, entonces ¿qué probabilidades tenía de prosperar la legalidad en cualquier país, y mucho menos en Italia? «No podemos combatir a la ‘Ndrangheta solo encarcelando a la gente —afirmó Alessandra—. Nos hace falta un cambio cultural. Debe darse un cambio en la mentalidad de la gente.» Los fiscales no tenían manera de contribuir a ese esfuerzo. Parapetados tras sus puertas de acero y sus ventanas blindadas, lo único que podían hacer era observar.

Pero nada de todo ello restaba importancia a lo que habían conseguido en Calabria. La ‘Ndrangheta se tambaleaba. Por más flexibles que fueran, sus clanes no podían adaptarse a la traición. «Para ellos eso es algo inaceptable —dijo Prestipino—. Es intolerable. Amenaza su mera existencia.» Los efectos de la campaña judicial en Calabria se dejarían sentir durante generaciones. La experiencia de Prestipino en Sicilia le había enseñado que una vez que la invencibilidad de la mafia se resquebrajaba, se abrían las compuertas. En Sicilia, centenares de mafiosos habían dado un paso al frente y habían testificado. «Jamás se recuperaron», dijo.

En los pueblos de montaña y en las ciudades pequeñas de Calabria, la ‘Ndrangheta seguía castigando despiadadamente la deslealtad. En febrero de 2012, un hombre de treinta años llamado Fabrizio Pioli, que mantenía una relación extramatrimonial con la hija de un mafioso, fue apaleado hasta la

muerte a las afueras de Rosarno. En agosto de 2013, Francesca Bellocco y Domenico Cacciola, cuya aventura amorosa había escandalizado a dos de las familias criminales más importantes de la localidad, desaparecieron. Aquellas represalias violentas frenaban el flujo de arrepentidos. Pero de todos modos ya se habían abierto las compuertas: a finales de 2015, la judicatura contaba ya a ciento sesenta y cuatro *pentiti* y a veintinueve testigos que habían testificado contra la ‘Ndrangheta. No es que fuera una cascada, pero teniendo en cuenta que cinco años atrás prácticamente no se sabía qué era un arrepentido de la ‘Ndrangheta, la cifra no era en absoluto insignificante.

Tal vez más destacable era el número de esposas de la ‘Ndrangheta que seguían el ejemplo de las tres mujeres: un total de quince, más de las que habían testificado contra la Cosa Nostra durante cuatro décadas de juicios. El tribunal de menores de Di Bella, en concreto, se había convertido en un imán para las mujeres disidentes de la ‘Ndrangheta. A medida que los hijos (más de treinta a finales de 2016) se rebelaban contra sus padres, las madres optaban por apoyar a estos y no a sus maridos. «Es un fenómeno que no habíamos previsto —dijo Di Bella—. Muchas mujeres entienden que estas medidas no castigan a sus hijos sino que los protegen. Acuden en secreto a pedirnos que nos llevemos lejos a sus hijos.» El caso de una mujer que escribió a Di Bella confidencialmente en noviembre de 2015 resultaba paradigmático. Su marido estaba condenado por asesinato. Habían matado a su padre, a un primo y a un sobrino de once años. Según constaba en su carta, sus dos hijos adolescentes «son rebeldes y violentos, van con malas compañías, les fascina la ‘Ndrangheta, las armas. Mi hijo Rosario cree que la cárcel es un honor que le hará ganarse el respeto de los demás. Por favor, envíe lejos a mis hijos. La idea me parte el alma, pero es la única solución. En mi familia no puedo confiar en nadie, en nadie».

El primer acto de rebelión de una madre de la ‘Ndrangheta, a veces, se convertía en algo más. Di Bella comentó que los tribunales de menores podían sumar a otras diez madres de la ‘Ndrangheta a las quince que habían testificado en tribunales de adultos. Como consecuencia de su éxito, el programa del fiscal se estaba extendiendo por toda Italia. A ello contribuía que, al mismo tiempo, figuras de repercusión internacional como Malala Yousafzai y Michelle Obama estuvieran convirtiendo la emancipación de las

mujeres en un asunto global. Di Bella se descubrió a sí mismo preguntándose si finalmente Italia habría encontrado el camino hacia un futuro libre de mafia. «Estamos propiciando esos desacuerdos en unas familias que antes se consideraban impenetrables —afirmó—. Somos una grieta en un monolito, una luz en la oscuridad, una amenaza brillante en todo el sistema familiar de la mafia.»

En ocasiones, el impulso era claramente perceptible. En junio de 2014, el papa Francisco quebró el consenso de la mafia al viajar a Calabria y, ante una multitud de cien mil personas, excomulgó a todos los *mafiosi* y denunció a la 'Ndrangheta como ejemplo de «la adoración del mal y el desprecio al bien común». Francisco, posteriormente, sumó a su decreto la condena a la Camorra en Nápoles y su visita a los *pentiti* de Paliano. «Aquel cambio supuso todo un cataclismo —comentó Di Bella con una sonrisa en los labios—. Notaban que el suelo se movía bajo sus pies.»

En su nuevo despacho de Milán y Roma, cuando sus empleados les preguntaban cómo había sido su etapa en el sur, Alessandra y Giovanni contaban historias de Calabria.

La favorita de Giovanni hablaba de esperanza. Un día, estaba escuchando cintas de conversaciones interceptadas a los Cacciola cuando oyó que hablaban de una familia apellidada Secolo, a la que los Bellocco estaban arruinando lentamente a través de la usura. Recordó entonces una conversación que había mantenido con Concetta en la que ella le había contado la situación en la que se habían metido los Secolo, y que la matriarca, Stefania Secolo, le había pedido a Concetta si podía ayudarles. Concetta le había pedido a su padre que interviniera, pero este había hecho caso omiso de sus súplicas. Giovanni quiso saber más. «Así que llamé a Stefania y le pedí que viniera a verme —contó—. Además, los días anteriores a nuestro encuentro, empezamos a interceptar sus conversaciones telefónicas. Sus hermanos y todos los demás le decían: “¡No cuentes nada! ¡No honres la memoria de los que ya no volverán a la vida! ¡No vayas de heroína! ¡Los héroes mueren!”. Pero el 28 de febrero de 2012 vino a verme y me contó exactamente lo que había ocurrido, y con sus pruebas, detuvimos a los

Bellocco y los encarcelamos.» Giovanni inspiró hondo. Era una historia «tan bonita —añadió—. Stefania Secolo habló porque su amiga Concetta le había recordado cómo debía comportarse una persona, y que se podía ser libre. A su amiga la habían matado por ello. Pero aun así Stefania habló». De sus cinco años en Calabria, «me quedo con ese día». En ese día estaba encerrada toda la esperanza del mundo, dijo.

Alessandra seguía en contacto con Giuseppina Pesce, y le gustaba hablar de ella. Pero cuando la gente le preguntaba, muchas veces les contaba la historia de otra mujer con el mismo nombre de pila: Giuseppina Multari. Justo antes de la Navidad de 2012, y unos meses después de que Giuseppina Pesce hubiera reanudado su cooperación y se dispusiera a testificar contra su familia, le llegó una carta al palacio de justicia de Reggio. Su autora «expresaba su apoyo a Giuseppina y le instaba a creer en las instituciones del Estado y en la gente que tenía alrededor —contó Alessandra—. En la carta se leía: “¡Vamos, sé valiente!”. Y la firmaba Giuseppina Multari, testigo protegida».

«Aquello era curioso —prosiguió Alessandra—. ¿Quién era esa mujer que había enviado aquella carta tan especial? Se trataba de alguien que pertenecía al programa de protección de testigos, y yo no había oído hablar nunca de ella.» Alessandra consultó los archivos del palacio de justicia en busca de alguna información archivada sobre ella. Finalmente encontró una carta que la mujer había escrito a los *carabinieri* en 2006, así como algunas declaraciones ofrecidas por ella en 2008. Alessandra se enteró de que Giuseppina Multari era prima política de Concetta. Su marido, Antonio Cacciola, era famoso en la *'ndrina* por quedarse con parte de sus propios suministros de drogas. Además, tenía una aventura fuera del matrimonio. Una noche de noviembre de 2005, Multari y Antonio discutieron, él salió de casa hecho una furia... Y Giuseppina no volvió a verlo más. «Oficialmente fue un suicidio, pero Giuseppina Multari estaba segura de que su propia familia lo había matado —dijo Alessandra—. Y tras la muerte de su marido, la familia de este la tenía encerrada en casa como si fuera una esclava. No podía salir. No podía llevar a sus hijos al colegio. Solo le permitían ir al cementerio.»

Una noche, los hombres de la familia Cacciola salieron de casa para asistir a una boda. Sola al fin, Giuseppina Multari se escapó. Se fue a pie hasta la costa. «Su idea era ahogarse en el mar —explicó Alessandra—. Pero de pronto le sonó el teléfono y era su hermano Angelo. Le dijo que quería suicidarse. Él fue a buscarla y la encontró.» Cuando llegó su hermano, la mujer tenía síntomas de hipotermia. La llevó al hospital. Cuando Angelo le preguntó por qué se quería suicidar, ella le contó lo de los Cacciola, lo de las palizas, le contó que vivía como en una cárcel.

—Voy a hacer algo por ti —respondió Angelo—. Te voy a ayudar.

«El hermano se fue y ya no volvió más», explicó Alessandra.

Tras pasar seis meses más confinada en casa de su familia política, Giuseppina se las apañó para hacer llegar una carta a los *carabinieri*. Como consecuencia de ello, en 2008 declaró contra los Cacciola y se convirtió en testigo protegida. «¡Pero nadie actuó a partir de las pruebas que aportó! —exclamó Alessandra—. Decidí ir a verla. Y cuando me vio, se echó a llorar.» «Llevo seis años esperando a que alguien venga a verme», dijo.

Giuseppina describió los clanes de Rosarno y el imperio de los Cacciola en una serie de declaraciones que acabaron ocupando varios centenares de páginas. Posteriormente fueron condenados más de diez *'ndranghetisti*. Pero lo que resultaba particularmente asombroso del caso, según Alessandra, era la fe en sí misma que había demostrado Giuseppina Multari. Aunque el Estado la había decepcionado, se había aferrado a su convicción y a su valor. «¿Lo mejor del caso? —se preguntaba Alessandra—. Algunos de los hombres que la mantenían encerrada en aquella casa ahora cumplen condena por esclavistas.» Se trataba de una condena medieval para un delito medieval.

Con todo, había sido la historia de Lea la que más había conmovido a toda Italia. Si Concetta representaba la tragedia y Giuseppina Pesce la resistencia, Lea era la unión de las dos cosas. Se trataba de una mujer que había nacido en el seno de la mafia y que había intentado huir de ella durante toda su vida. Atrapada más aún por su matrimonio, descubrió la fuerza para luchar en el amor por su hija, antes de sentirse decepcionada por el Estado, y atrapada por un marido que había fingido que volvía a estar enamorado de ella. Se trataba

de un melodrama épico con tantos giros increíbles que la gente parecía asistir a las conmemoraciones de su vida que se celebraban por todo el país a partir de 2013 solo para comprobar que lo que había oído era cierto.

Pero había algo más. Después de su muerte, diversas fotografías de Lea y Denise habían llegado a la prensa escrita. Allí estaba Lea. Su sonrisa asomaba entre su pelo largo, oscuro, o sentada sobre unas rocas, en la playa, con Denise en sus rodillas, o levantándola en brazos en la plaza de alguna ciudad, o fumando un cigarrillo delante del mar, con gafas de sol, o junto a una estufa en Bérgamo, cuando estaban huidas. La gente empezaba a sentir que conocía a Lea. Ante ellos se extendía toda una vida, desde la infancia hasta el matrimonio y la maternidad, desde el amor hasta el miedo, en la ciudad y en la playa, en el norte y en el sur. Con el tiempo, la historia de Lea llegó a ser de las pocas que unían realmente a Italia. Carteles con su rostro pasaron a ser una visión habitual en las paredes de todo el país. Se producían documentales y se organizaban mítines antimafia, manifestaciones, se editaban reportajes en la prensa, se escribían obras de teatro y libros sobre ella, y se rodó una serie de televisión. Bautizaban con su nombre parques, puentes, plazas y calles. Se descubrieron placas en su honor en Bérgamo y Boiano, así como cerca del almacén de las afueras de Monza en el que había conocido su final. En Milán, sus restos mortales se enterraron en el Cimitero Monumentale, junto a los ciudadanos más ilustres de la ciudad.¹ En Petilia se erigió un monumento en el que se representaba una bola partiendo una roca en dos partes. En su discurso de inauguración, el alcalde declaró que Petilia sería siempre, a partir de ese momento, un faro para «mujeres coraje» de toda Italia.

El 19 de octubre de 2013, casi cuatro años después de su muerte, miles de italianos se concentraron una mañana gélida en Milán para recordar a Lea en la ciudad en la que, como futura madre, había albergado una vez la esperanza de vivir una nueva vida. Unos autobuses contratados para trasladar a quienes desde Petilia y Pagliarelle quisieran rendir tributo a Lea llegaron tristemente vacíos. Con todo, entre los que traían flores y agitaban banderolas con el rostro de Lea, había centenares de calabreses que habían llegado por su

cuenta. Enza Rando conoció a una esposa de la ‘Ndrangheta que, tras el acto, se dirigió directamente a una comisaría de los *carabinieri* para prestar declaración contra su familia. Según Enza, la mujer dijo:

—Lea me ha enseñado a ser valiente. Lea me ha enseñado a tener coraje.

Alessandra, que no pudo asistir al acto público, lo vio por televisión. El ataúd de Lea era llevado a hombros por las calles contiguas al Parco Sempione, y entre quienes lo cargaban estaban los alcaldes de Milán y Petilia, así como Luigi Ciotti, director de Libera. Lo que más le llamaba la atención a Alessandra era el volumen de los concentrados. Las raíces de la ‘Ndrangheta se remontaban a 1861 y la unificación de Italia. Todo lo que había venido después había surgido de aquel primer rechazo a aceptar el Estado nación italiano. Como consecuencia de ello, Italia nunca había llegado a estar unida. Siempre había sido norte y sur, Estado y mafia, piemonteses, lombardos y venecianos contra campanos, calabreses y sicilianos. Y en aquellas disputas, la malevolencia y el asesinato habían prosperado. Sin embargo, allí, en las calles de Milán, toda Italia estaba junta. Se veía una nación moderna, respetuosa de la ley y unida. ¿Era posible que en el funeral de la hija de un mafioso se vieran atisbos de una nación que finalmente se hacía entera?

El ataúd de Lea fue depositado en un estrado frente a la multitud. Sobre él se colgó una pancarta en la que se leía: «Veo. Oigo. Hablo», un eslogan que, junto con imágenes de Lea, Giuseppina y Concetta, se había convertido en un clásico de las concentraciones antimafia. Después, don Luigi dirigió unas palabras de recuerdo por Lea. Le dijo que no tenía por qué preocuparse. Ahora Denise tenía una familia de miles de personas que cuidaban de ella. «Tu corazón y tu conciencia serán siempre manantiales de libertad —añadió—. Tú fuiste una mártir de la verdad. Tu espíritu no morirá nunca.»

Denise siguió a don Luigi en los parlamentos.² Tenía solo diecisiete años cuando, a unas pocas calles de allí, su madre había desaparecido en la noche. Ahora era una mujer de veintiuno, testigo del gobierno que había enviado a su padre y a su novio a la cárcel por el asesinato de su madre. Finalmente podía decirle adiós. La multitud aguardaba en silencio. Denise, cerca pero oculta de la vista del público por la insistencia de sus guardaespaldas, se dirigió a los congregados a través de unos altavoces.

—Hoy es un día muy difícil para mí —empezó. Tras una larga pausa, con una voz muy dulce, añadió—: Gracias a todos por lo que habéis hecho por mí. Gracias por darme una vida mejor. Todo lo que ha pasado, todo lo que hicisteis, ahora sé que lo hicisteis por mí y nunca dejaré de daros las gracias por ello.

A Denise se le rompía la voz. Allí no había venganza, no había honor ni justicia. Allí solo estaba Denise de pie, frente a Lea, diciéndole que había sido una buena madre. «*Ciao, mamma*», le dijo.

Agradecimientos

Son numerosas y muy variadas las personas que han intentado suprimir la historia de *Las buenas madres*, y muchas de ellas se esforzaron al máximo por obstaculizar el relato y la redacción del presente libro. Como sucede con cualquier investigación sobre la mafia, la imposición violenta que hace la 'Ndrangheta de la *omertà* ha asegurado que gran parte de sus personajes protagonistas me resultaran inaccesibles. Cuando tuve conocimiento de sus historias, dos de las tres buenas madres, Lea Garofalo y Maria Concetta Cacciola, estaban muertas, asesinadas por su valentía al plantar cara a la organización. Con la tercera, Giuseppina Pesce, no podía contactar por ser una testigo protegida. Casi todos los *mafiosi*, y quienes se sentían intimidados por ellos, no estaban dispuestos a hablar. Y en los casos en los que las personas sí lo hacían, sus respuestas a mis preguntas contenían advertencias o amenazas veladas. Así pues, que el libro haya llegado a existir se debe al valor y la determinación excepcionales de unos pocos.

El más destacado entre quienes dieron un paso al frente y me hicieron saber que podía contar con ellos es mi agente de Pew Literary, Patrick Walsh. Él fue el primero en ver potencial en esta historia, y sigue siendo el mayor defensor con el que cualquier escritor podría contar, pues de alguna manera combina encanto y calidez con sabios consejos y precisión comercial. Patrick forma un equipo invencible con Luke Speed, mi agente cinematográfico de Curtis Brown, que al momento se percató de la promesa contenida en *Las buenas madres*, lo que ha tenido un efecto absolutamente transformador en mi vida profesional. Arabella Pike, de HarperCollins en Londres, y David Highfill, de HarperCollins en Nueva York, fueron, en los dos casos, todo lo que un autor desea de un editor: afectuosos en su bienvenida, generosos en el tiempo que me concedieron para escribir, firmes en su apoyo contra los saboteadores, eficientes y certeros en sus correcciones... además de invitarme

a unos almuerzos deliciosos. Katherine Patrick, de HarperCollins UK, organizó una campaña publicitaria que habría podido conquistar el mundo, Leo Nickolls creó la fantástica cubierta e Iain Hunt condujo la versión final hasta su publicación con la destreza y el civismo académico que le han llevado a ser universalmente reconocido como uno de los mejores de su gremio. Tessa Ross y Juliette Howell, de House Productions, que se ocuparon de los derechos cinematográficos y televisivos antes incluso de que existiera siquiera una propuesta, y mucho menos el libro, cuentan con mi gratitud eterna por su coraje y su apoyo precoz.

Oí hablar por primera vez de las mujeres que aparecen en *Las buenas madres* durante mi primer viaje como reportero (de otra noticia) a Italia, cuando Laura Aprati, periodista italiana a la que había pedido que me concertara un par de entrevistas, insistió en que, como pago parcial, fuera a ver una obra de teatro para una sola actriz que había escrito ella a cuatro manos con Enrico Fierro. La obra, *O cu nui o cu iddi*, se representaba enteramente en italiano ante un público adolescente en una zona degradada, con mucha mafia, a las afueras de Roma. Yo capté el dramatismo y lo trágico de la situación, pero poco más. Mi confusión (y la del público) no hizo sino crecer cuando Laura me empujó al escenario para que, a través de un intérprete, respondiera a unas pocas preguntas sobre mis impresiones acerca de la obra, la mafia y el pasado, el presente y el futuro de Italia.

Avergonzado por aquella exposición pública de mi ignorancia, regresé a mi albergue sabiendo solamente el nombre de la mujer en cuya vida se basaba aquella obra: Maria Concetta Cacciola. Así se inició el proceso de investigación y el trabajo periodístico que me llevó a su historia, y a las historias de Giuseppina Pesce y Lea y Denise Garofalo. Había mucho que leer. Aunque al principio la prensa italiana no se hizo eco del caso de los Garofalo, posteriormente compensó su falta de dedicación con una cobertura total del juicio de Carlo Cosco. Para entonces, Lea y Denise se estaban convirtiendo ya en heroínas de toda una generación de jóvenes activistas italianas. La detención del poderoso clan de los Pesce, en cambio, fue importante para la prensa desde el principio, sobre todo a partir del momento

en que Giuseppina empezó a testificar. Mientras la prensa asistía a la puesta en evidencia de la 'Ndrangheta en Gioia Tauro, la muerte de Concetta también mereció una atención significativa.

Con todo, muchos de los reportajes de la prensa escrita resultaban de una brevedad desesperante, y eran muchas veces incompletos. Existen motivos de peso para ello: los periodistas italianos que escriben sobre la mafia con cierta profundidad se ven forzados habitualmente a solicitar la protección de las autoridades. Además, la 'Ndrangheta es un fenómeno cuya escala y amenaza solo han empezado a comprenderse recientemente. Desenmascarar con detalle la conspiración criminal que subyace a la historia de *Las buenas madres* y explorar la historia de la 'Ndrangheta me ha exigido dos años y medio de meticoloso rastreo por los archivos de la judicatura italiana, de acumular, traducir y evaluar decenas de miles de páginas de documentos de tribunales, complementados luego con largas y sucesivas entrevistas con algunos participantes, así como con historiadores y estudiosos.

Laura fue mi guía a lo largo de todo este proceso, junto con Giuliana Clementi, la intérprete que aquel primer día tradujo mis vaguedades sobre aquella obra de teatro de Laura. El profundo conocimiento de esta y su gran riqueza de recursos hicieron que dejara pocas vías por explorar. Las traducciones sutiles y precisas de Giuliana en un mundo que la 'Ndrangheta preferiría mantener lo más turbio posible fueron esenciales para la exactitud de mi comprensión. Le estaré eternamente agradecido por su ayuda. También me beneficié inmensamente de la agudeza y la generosidad de Enrico Fierro, socio profesional de Laura durante muchos años y una enciclopedia andante de conocimientos sobre la mafia; y de la generosidad y experiencia de Lucio Musilino, cuyos contactos en Calabria no tienen parangón, y que sigue informando diariamente sobre la 'Ndrangheta a pesar de las numerosas amenazas de muerte. También estoy en deuda con Teo Butturini, Marta Clinco y Francesco Creazzo por pulir y traducir.

Debo también reconocer la generosa ayuda de Alessandra Cerreti, cuya idea de la importancia de las mujeres para la 'Ndrangheta, y de cómo el feminismo era la clave para derrotar a la mafia más poderosa de Europa, constituye el tema central de *Las buenas madres*. Alessandra me permitió

entrevistarla durante un total de ocho horas en el curso de un año. Fue un golpe personal y profesional para mí cuando nuestra colaboración tocó a su fin después de que Alessandra decidiera que quería escribir su propio libro, pero se trata de una decisión a la que tenía derecho y que yo respeto y comprendo; y mantengo mi admiración por ella y por su trabajo. La transparencia del sistema judicial italiano y la tradición de que los fiscales presenten todo su caso en documentos oficiales que contienen transcripciones de grabaciones y de vídeos interceptados, así como de los interrogatorios a sospechosos y testigos clave, es todo un tesoro para cualquier periodista, y son esos documentos legales y esas pruebas los que forman la espina dorsal del presente libro. Además de con Alessandra, estoy en deuda con los numerosos fiscales de Calabria y de toda Italia por su ayuda a la hora de proporcionarme los documentos relativos a los casos, y de aceptar entrevistarse conmigo largo y tendido, sobre todo con Franco Roberti, Michele Prestipino, Giovanni Musarò, Giuseppe Lombardo, Salvatore Dolce, Giuseppe Creazzo, Roberto di Bella, Federico Cafiero de Raho, Marcello Tatangelo y Gaetano Paci, y, a pesar de un resfriado que lo había dejado sin voz, con el indomable Nicola Gratteri. Renato Cortese dedicó un tiempo de su ajetreada agenda a responder a mis preguntas. Raffaele Grassi, el resuelto jefe de policía de Reggio Calabria, se mostró invariablemente solícito durante mis visitas a la ciudad y me acompañó en una excepcional visita guiada por la inmensa planta superior de la comisaría, dedicada por completo a las grabaciones secretas, los pinchazos telefónicos y el espionaje. Como muchos residentes en el *piano* de Gioia Tauro, también estoy en deuda con Antonino de Masi y Antonino Bartuccio, alcalde de Rizziconi, que siguen hablando claro (conmigo y con otros) a pesar de las reiteradas amenazas de muerte.

Entre los abogados que también me ayudaron, expreso un agradecimiento especial a Annalisa Pisano, único contacto de Lea Garofalo con el mundo exterior durante muchos años, que rompió siete años de silencio para hablarme con emoción y sinceridad en un rincón tranquilo del café de un tribunal de Catanzaro. Vincenza Rando, Enza, una de mis primeras entrevistadas, abordó con gran paciencia mis preguntas, a menudo erróneamente planteadas. Adriana Fiorimonti, la abogada de Giuseppina Pesce, fue encantadora y muy ilustrativa en relación con su cliente y con el

funcionamiento de la 'Ndrangheta. Jules Munro, del bufete de abogados Simpson, de Sidney, Beth Silfin, de HarperCollins, y Nicola Landolfi desde Roma me proporcionaron en todos los casos asesoría legal.

Para mi investigación sobre la 'Ndrangheta he recurrido a numerosas fuentes especializadas. Entre las personas cuyos trabajos me resultaron más útiles destacan Enzo Ciconte en Roma, Ernesto Savone en Milán y John Dickie y Anna Sergi en Londres. Cualquier persona interesada en ahondar en el tema haría bien en consultar el considerable fondo de catálogo de estos cuatro expertos.

También recurrí a un pequeño ejército de lectores para las correcciones, y para que me sugirieran mejoras, todas ellas valiosísimas. Estoy profundamente agradecido a Max Askew, Colin Perry, y a los miembros del mejor club de lectura del sur de Inglaterra: Venetia Ellvers, Serena Freeland, Cleodie Gladstone, Wiz Hok, Susie Honey, Cheryl Myers, Millie Powell, Louisa Robertson, Amanda Sinclair, Sally Turvill y Anna Worthington. Otro agradecimiento sincero, como siempre, a Tess, que leyó todos los borradores, soportó incontables discusiones y me ofreció ilimitados y certeros consejos. Nada de todo esto funciona sin ti, Tess.

A los muchos abogados y a los demás que, desde diversos continentes, intentasteis impedir la publicación de este libro (y cuyas tácticas se parecían considerablemente a las empleadas por la 'Ndrangheta), espero que a pesar de todo podáis disfrutar de él. Varios de vosotros defendíais que no me correspondía a mí escribir este libro, porque ni soy italiano ni soy mujer. En tanto que periodista que ha ejercido de corresponsal en el extranjero durante más de dos décadas, conozco muy bien las limitaciones de mi profesión. El extranjero está sometido a la barrera de la ignorancia, la lengua y el coste económico. A menudo, una pregunta razonable es: ¿quién eres tú para contar esta historia? Mi opinión es que estos obstáculos son grandes, pero no infranqueables; que la distancia puede en ocasiones brindar perspectiva; y que la empatía, el ponerse en la piel de otros, es un deber de cualquier escritor y la base de todo buen ejercicio de escritura. Si la historia de *Las buenas madres* nos cuenta algo, es que definir las capacidades humanas a partir de unos accidentes como son el sexo o el color de la piel, la religión o la nacionalidad es una locura. Todo el mundo salió ganando cuando un

pequeño grupo de mujeres italianas del sur buscaron un destino distinto al que otros habían trazado para ellas. Por encima de cualquier otra consideración, es su ejemplo el que me ha servido de guía a lo largo de estas páginas.



Lea Garofalo. La fotografía no tiene fecha pero parece mostrar a Lea con poco más de veinte años, justo después de ser madre. La imagen ha llegado a ser icónica.
(<http://www.wikimafia.it>)



Lea, a la izquierda, y Denise, captadas por una cámara de seguridad en Milán durante los últimos minutos que pasaron juntas la tarde del 24 de noviembre de 2009.
(*Carabinieri* de Milán)



Alessandra Cerreti, fotografiada en su despacho de Reggio Calabria.
(Filippo Monteforte/AFP/Getty Images)



Reggio Calabria, vista desde las colinas que se alzan al sureste de la ciudad, mirando hacia el noroeste, más allá del estrecho de Mesina.
(Anna Quaglia/Alamy Stock Photo)



San Luca. Durante décadas, la 'Ndrangheta ha celebrado una reunión anual el 2 de septiembre en este pueblo montañoso del Aspromonte usando una festividad religiosa como tapadera.
(ROPI/Alamy Stock Photo)



Carlo Cosco en una fotografía de ficha policial tomada tras su detención en febrero de 2010.
(Lanese/Epa/REX/Shutterstock)



Giuseppina Pesce el día después de su detención en abril de 2010.
(ANSA)



Domenico Oppedisano conducido por las calles después de su detención en Rosario, en julio de 2010.
(Franco Cufari/Epa/REX/Shutterstock)



Giuseppina Pesce en la imagen de su ficha policial tras su detención.
(ANSA)



Maria Concetta Cacciola. Confinada en la casa familiar durante semanas enteras, de ella solo ha aparecido una fotografia.
(ANSA)



Verja del almacén de San Fruttuoso, Monza, donde se descubrieron los restos mortales de Lea en octubre de 2012, tres años después de su muerte.
(Fabrizio Radaelli/Epa/REX/Shutterstock)



Rompiendo una vida de *omertà*, Carlo Cosco habla ante el tribunal el 9 de abril de 2013.
(Corriere TV)



La madre de Giuseppina, Angela Ferraro, y su hermana.
(ANSA)



La madre de Concetta, Anna Rosalba Lazzaro, y su padre Michele Cacciola.
(ANSA)





Funeral de Lea el 19 de octubre de 2013. Miles de personas de toda Italia asistieron para rendir homenaje a una mujer que, cuatro años después de su muerte, unió al país contra la mafia bajo el lema: «Veo. Oigo. Hablo».
(Marco Aprile/NurPhoto/ Corbis via Getty Images)

Notas

La historia de *Las buenas madres* se basa sobre todo en documentos judiciales oficiales de los acusados por los asesinatos de Lea Garofalo y Maria Concetta Cacciola, así como en los procesos derivados de las revelaciones de Giuseppina Pesce. El sistema judicial italiano constituye un instrumento valiosísimo para el periodista que intenta reconstruir una historia después de los hechos. En cada etapa del proceso judicial, el fiscal publica, en forma impresa, todas las pruebas que tiene intención de aportar durante el juicio, incluidas las transcripciones completas de las conversaciones telefónicas pinchadas y demás comunicaciones interceptadas. Dichos documentos son detallados y exhaustivos: cada conjunto de legajos judiciales en el caso de Giuseppina Pesce contaba con más de mil páginas, y con más de dos mil en las etapas finales del procedimiento. Además, gozan de una credibilidad legal inimpugnable, lo mismo que las transcripciones judiciales. Cuesta imaginar otro sistema legal que llegue tan lejos para garantizar que se hace justicia.

Para cada una de las tres «buenas madres», así como para los demás casos que guardan relación con sus historias, he recurrido al método de digerir la documentación oficial y, después, complementarla con entrevistas a los protagonistas. Los fiscales antimafia italianos se mostraron siempre muy colaboradores, y en su mayoría las citas de estos que aparecen en el texto están extraídas de esas entrevistas, aunque he referido la fuente cuando puede no quedar claro que sea así. (Una lista completa de esos fiscales que me ayudaron, acompañada de mi expresión de gratitud, puede encontrarse en la sección de agradecimientos.) Los *mafiosi*, los *'ndranghetisti* y sus representantes legales tendían a mostrar una menor disponibilidad, dadas las restricciones de la *omertà*. También entrevisté a diversos expertos: profesores universitarios, miembros de las fuerzas policiales, jueces, abogados, políticos,

funcionarios. Una vez más, ha de entenderse que todas las citas que aparecen en el texto están referenciadas en mis entrevistas, a menos que indique lo contrario. Por último, como parte de mi investigación, he leído miles de artículos aparecidos en la prensa italiana e internacional, así como un montón de libros y artículos académicos, y he indicado en el texto en qué aspectos de ellos me he basado para aportar informaciones concretas.

I

1. Este capítulo se basa en las transcripciones oficiales del testimonio de Denise Cosco, presentado en sede judicial el 20 de septiembre y el 13 de octubre de 2011, así como en documentos judiciales del juicio por asesinato que siguió, y en las transcripciones de los interrogatorios a que la sometieron los *carabinieri* el 25 de noviembre de 2009 y el 5 de marzo de 2010. Yo mismo conseguí algunas entrevistas complementarias, las más destacadas de ellas las que mantuve con la abogada de Denise, Vincenza Rando, con la de Lea, Annalisa Pisano, y con los fiscales Alessandra Cerreti, Giuseppe Creazzo y Salvatore Dolce.

II

1. Entrevista con el autor, Pagliarelle, mayo de 2016.

2. Las estimaciones de los beneficios de la 'Ndrangheta varían enormemente. En parte ello se debe a que se trata de una organización en la que impera el secretismo, y en parte a su propia estructura lateral, que no ofrece a ningún jefe demasiada información sobre las finanzas de la 'Ndrangheta más allá de su propia *'ndrina*. Ciertas variaciones también son atribuibles a la costumbre de los investigadores italianos de centrarse solo en los ingresos procedentes del interior de Italia. Por último, algunas de las cifras más espectaculares parecen ser explicaciones de unos investigadores, periodistas y fiscales deseosos de llamar la atención sobre el grupo. Transcrime, una respetada unidad de investigación criminal dirigida por el profesor Ernesto Savone, al que entrevisté en su despacho de la Universidad Católica de Milán, calcula que las ganancias anuales de la 'Ndrangheta ascienden a los 3.490 millones de dólares. En un trabajo publicado en *Global Crime* en 2014 («Mythical numbers and the proceeds of organized crime: Estimating the mafia proceeds in Italy»), Transcrime también estimaba que las ganancias anuales de la 'Ndrangheta oscilaban entre los 2.500 y los 4.000 millones de dólares. Las demás estimaciones sobre los beneficios de la 'Ndrangheta son, en su mayoría, muy superiores, y van de los 40.000 a los 80.000 millones de dólares. Por ejemplo, en diciembre de 2008, el cónsul general de Estados Unidos en Nápoles, Patrick Truhn, regresó de un viaje a Calabria y redactó un documento que empezaba con una sobrecogedora declaración inicial: «Si no formara parte de Italia, Calabria sería un Estado fallido. El sindicato del crimen conocido como la 'Ndrangheta controla grandes porciones de su territorio y su economía, y obtiene al menos el 3 por ciento del PIB de Italia (probablemente mucho más) mediante el tráfico de drogas, la extorsión y la usura». (Wikileaks hizo público el cable: www.wikileaks.org/plusd/cables/08NAPLES96_a.html).

La cifra de 100.000 millones de dólares es del fiscal antimafia Giuseppe Lombardo, que trabaja en Reggio Calabria y lleva diez años estudiando el dinero tanto nacional como internacional de la 'Ndrangheta. Lombardo no es un hombre dado a exageraciones, y hay pocas personas que sepan tanto sobre el dinero de la 'Ndrangheta. Su cifra es la que he usado aquí como límite máximo. ¿Por qué tanta variación entre cifras? ¿Y por qué recurro a la de Lombardo, que es una de las más altas? Savone se mostraba partidario de rebajar las estimaciones más infladas sobre la riqueza de la mafia, un empeño loable en una zona proclive a la hipérbole. Aun así, pruebas concretas como son el valor del negocio de la cocaína en Europa (de entre 4.000 y 7.000 millones de euros al año a precios de mayorista, o de 22.000 millones a precio de venta callejera), así como la malversación y el fraude de miles de millones de euros de fondos de la Unión Europea, el descubrimiento de redes mafiosas de blanqueo de dinero que procesan miles de millones de euros al año, apuntan a que las cifras de Transcrime se quedan cortas. Tal vez ello sea así porque, en su admirable empeño por demostrar los hechos, Transcrime se basa solo en apropiaciones nacionales documentadas y en pruebas policiales de ingresos de origen criminal, además de en informes académicos y periodísticos. Dicho de otro modo, se concentra solo en lo conocido y en lo local, y deja al margen lo desconocido y lo extranjero. Conviene destacar que en el otro estudio de 2013, la propia Transcrime calculaba que el 80 por ciento del dinero de la 'Ndrangheta se obtiene en el extranjero. Lombardo, por otra parte, adopta una visión global y cuenta con informaciones sobre la 'Ndrangheta que no están al alcance de investigadores académicos. Sus cifras también coinciden más con otras estimaciones internacionales sobre el valor del crimen organizado mundial.

3. Milka Kahn y Anne Véron, *Women of Honour* (Londres, Hurst, 2017), p. 77.

4. Aunque, hasta 1981, la ley italiana reconocía el imperativo de la defensa del honor y consideraba la protección de la reputación como atenuante en caso de asesinato. Véase Pier Filippo Saviotti, «Le donne contro la 'ndrangheta, Pavia incontra il procuratore Cerreti», *Stampo Antimafioso*, 16 de noviembre de 2013, <<http://www.stampoantimafioso.it/2013/11/16/pavia-procuratore-cerreti/>>.

5. Michele Inserra, «Quaderni del Sud, Locri la giornata della memoria Alcimitero di Rosarno per le donne “sparate”», *Il Quotidiano del Sud*, 17 de marzo de 2017, <<http://www.quotidianodelsud.it/calabria/societa-cultura/2017/03/17/quaderni-sud-locri-giornata-memoria-cimitero-rosarno-donne>>.

6. Netflix, *Amanda Knox*, 2016, <www.netflix.com/title/80081155>.

III

1. Esta sección se basa sobre todo en diversas entrevistas con Alessandra Cerreti que tuvieron lugar entre julio de 2015 y mayo de 2016, así como en búsquedas complementarias.

2. «Profile: Bernardo Provenzano», BBC, 11 de abril de 2006,
<news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/4899512.stm>.

3. «Imprenditore arrestato per frode all'erario E' accusato di aver sottratto un miliardo», *La Repubblica*, 9 de febrero de 2007, <<http://www.repubblica.it/2007/02/sezioni/cronaca/arresto-cetti-serbelloni/arresto-cetti-serbelloni/arresto-cetti-serbelloni.html>>; «Islam, nell'aula del tribunale è polemica fra giudice e imputato sul copricapo», *La Repubblica*, 26 de febrero de 2009, <<http://milano.repubblica.it/dettaglio/islam-nellaula-del-tribunale-e-polemica-fra-giudice-e-imputato-sul-copricapo/1596678>>.

4. Emanuela Zuccalà, «La 'ndrangheta esiste, che fatica dimostrarlo ogni volta», *Io Donna*, 9 de ottobre de 2012, <<https://www.iodonna.it/personaggi/interviste/2012/alessandra-cerreti-pubblico-ministero-mafia-calabria-40999238466.shtml>>.

IV

1. Este capítulo se basa en las transcripciones oficiales del testimonio de Denise Cosco y en los interrogatorios de los *carabinieri* el 25 de noviembre de 2009 y el 5 de marzo de 2010, así como en entrevistas suplementarias con la abogada de Denise, Vincenza Rando, con la abogada de Lea, Annalisa Pisano, y con los fiscales Alessandra Cerreti, Giuseppe Creazzo y Salvatore Dolce.

V

1. John Dickie, profesor de Estudios Italianos del University College de Londres, es un raro ejemplo de forastero en el campo de la historia de la mafia, dominado por italianos. Sus estudios sobre los mafiosos, *Cosa Nostra*, *Mafia Brotherhoods* y *Mafia Republic*, beben de los primeros trabajos de estudiosos italianos, pero también de sus propias investigaciones. Alessandra leía obras de numerosos especialistas, casi todos ellos italianos. Pero fue la investigación de Dickie la que le reveló el vínculo temprano de la 'Ndrangheta con la prostitución. Da idea de la talla de Dickie el hecho de que Alessandra mantuviera posteriormente un contacto epistolar con él. En este capítulo cito la obra de Dickie, además de basarme en una entrevista posterior que mantuvimos en Londres en junio de 2016. [Hay trad. cast.: *Cosa Nostra* (Barcelona, Debate, 2006); *Historia de la mafia* (Barcelona, Debate, 2015).]

* *Historia de la mafia: Cosa Nostra, 'Ndrangheta y Camorra, de 1860 al presente*, editado por Debate en 2015, reúne los dos volúmenes publicados originalmente en el Reino Unido: *Blood Brotherhoods* (2011) y *Mafia Republic* (2013). (N. del E.)

2. John Dickie, *Mafia Brotherhoods* (Londres, Sceptre, 2011), pp. 171-174.

3. Véanse, por ejemplo, los mitos fundadores de las tríadas chinas, de la yakuza japonesa o de las bandas carcelarias sudafricanas, la 26, la 27 y la 28.

4. León Arsenal e Hipólito Sanchiz, *Una historia de las sociedades secretas españolas* (Barcelona, Planeta, 2006), pp. 326-335.

5. Dickie, *Mafia Brotherhoods*, p. 5.

6. Antonio Zagari, *Ammazzare stanca* (Periferia, 1992, reeditado por Aliberti, 2008).

7. Entrevista con el autor, Roma, mayo de 2016.

VI

1. Este capítulo se basa en gran medida en las múltiples entrevistas mantenidas con Alessandra Cerreti, Giovanni Musarò y Michele Prestipino entre los meses de julio de 2015 y noviembre de 2016.

2. Rachel Donadio, «Corruption Is Seen as a Drain on Italy's South», *New York Times*, 7 de octubre de 2012, <<https://www.nytimes.com/2012/10/08/world/europe/in-italy-calabria-is-drained-by-corruption.html>>.

3. Antonino de Masi entrevistado por el autor en sus oficinas de Gioia Tauro, junio de 2016.

4. Alex Perry, «Cocaine Highway», *Newsweek Insights*, 17 de noviembre de 2014, <www.amazon.co.uk/Cocaine-Highway-lines-habit-terror-ebook/dp/B00PSI1M42/ref=sr_1_1?ie=UTF8&qid=1481295939&sr=8-1&keywords=cocaine+highway>.

5. Steve Sherer, «A Very Special Flower Arrangement», Reuters, 11 de abril de 2016, <www.reuters.com/investigates/special-report/italy-mafia-flowers/>.

6. La mejor descripción de la estructura de la 'Ndrangheta y de las pruebas reunidas sobre ella se encuentra en los documentos judiciales que avalan el caso que finalmente surgió a partir de dichas investigaciones, y al que se le puso el nombre en clave de Operazione Crimine. Pueden encontrarse copias en las siguientes direcciones de internet: < > (939 páginas) y <www.casadellalegalita.info/doc/Decreto-Fermo-CRIMINE.pdf> (2.681 páginas). Estos documentos también dan cuenta de la elección de Domenico Oppedisano y proporcionan más detalles sobre los métodos de vigilancia de los *carabinieri*.

7. Para un relato sobre esa cumbre, véase la entrevista con el director del centro, Paderno Dugnano: www.youtube.com/watch?v=xGsOuUHH0WA.

8. Stephan Faris, «Italy Braces for a New Mafia War», *TIME*, 14 de octubre de 2010, <content.time.com/time/world/article/0,8599,2025423,00.html>; «Italy: Police uncover mafia drug ring in Milan convent», *AKI*, 12 de mayo de 2010, <<http://www.adnkronos.com/AKI/English/Security/?id=3.1.380162175>>; Nick Squires, «Italy claims finally defeating the Mafia», *Daily Telegraph*, 9 de enero de 2010, <<https://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/italy/6957240/Italy-claims-finally-defeating-the-mafia.html>>.

VII

1. Mucho se ha escrito sobre la muerte de Lea Garofalo. En la presente exposición, me limito a las transcripciones oficiales de su testimonio de 1996, julio de 2002 y abril de 2008; en las declaraciones de Denise Cosco del 25 de noviembre de 2009 y 5 de marzo de 2010, así como de su testimonio durante el juicio del 20 de septiembre y el 13 de octubre de 2011; y en los documentos judiciales del juicio por asesinato que siguió. Asimismo, concerté entrevistas suplementarias con Vincenza Rando, Alessandra Cerreti, Marisa Garofalo y Salvatore Dolce en 2015 y 2016.

2. Milka Kahn y Anne Véron, *Women of Honour* (Londres, Hurst, 2017), p. 107.

VIII

1. Los materiales usados como fuentes en el presente capítulo son en su mayoría los mismos que los del capítulo anterior.

2. He complementado las citas de la entrevista que mantuve con Enza Rando con otras de la siguiente acta judicial: Emanuela Zuccalà, «L'ultimo sms di Lea Garofalo: torno a Milano per ricominciare», *Corriere della Sera*, 14 de noviembre de 2012, <<https://27esimaora.corriere.it/articolo/ultimo-sms-di-lea-garofalo-allavvocatotorino-a-milano-mi-rifaro-una-vita/>>.

IX

1. «Reggio Calabria, bomba al tribunale alto potenziale, danni, nessun ferito», *La Repubblica*, 3 de enero de 2010, <<http://www.repubblica.it/2010/01/sezioni/cronaca/reggio-bomba/reggio-bomba/reggio-bomba.html>>; Nick Pisa, «The moped Mafia: CCTV catches bomb delivery by Italian mobster on scooter driven by his moll», *Daily Mail*, 8 de enero de 2010, <www.dailymail.co.uk/news/article-1241682/The-moped-Mafia-CCTV-catches-bomb-delivery-Italian-mobster-scooter-driven-moll.html>.

2. «Rosarno, polizia: 'Ndrangheta dietro a scontri. Via 1.100 immigrati», Reuters, 11 de enero de 2010, <it.reuters.com/article/topNews/idITMIE60A0AB20100111?sp=true>.

3. Puede encontrarse información sobre el descubrimiento del coche en el hilo de un chat de Gangsters Inc.: <www.z14.invisionfree.com/GangstersInc/index.php?showtopic=1605&st=720>.

4. Los párrafos sobre las primeras etapas de la vida y la amistad, en Rosarno, de Maria Concetta Cacciola y Giuseppina Pesce se basan en documentos oficiales del tribunal, fechados el 13 de julio de 2013, hechos públicos por el fiscal italiano, Giuseppe Creazzo, que supervisó el caso relativo a la muerte de Cacciola, así como en las transcripciones del testimonio de Giuseppina sobre dichos procedimientos, con fecha del 7 de febrero de 2013. Existe material complementario disponible en documentos oficiales relacionados con el juicio que siguió, de los abogados que representaban a la familia Cacciola fechados el 30 de julio de 2014, así como una vista sobre la prisión preventiva para el padre de Concetta, Michele Cacciola, fechada el 4 de febrero de 2012.

X

1. El presente capítulo se basa en las transcripciones oficiales de las declaraciones de Denise Cosco realizadas el 25 de noviembre de 2009 y el 5 de marzo de 2010, así como en el testimonio que ofreció durante el juicio los días 20 de septiembre y 13 de octubre de 2011; en documentos judiciales del juicio por asesinato que siguió; y en las declaraciones hechas a la policía y ante el tribunal por Carmine Venturino en 2012 y 2013.

XI

1. «Operazione “All Inside”, colpo al clan Pesce di Rosarno», *CN24TV*, 26 de abril de 2010, <<http://www.cn24tv.it/news/30318/operazione-all-inside-colpo-al-clan-pesce-di-rosarno-30-arresti.html>>.

2. Caterina Scaffidi Domianello, «Donne contro la 'ndrangheta», *Narcomafie*, julio-agosto de 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>.

3. Julian Gavaghan, «Italian mob boss arrested after 17 years on the run is cheered by crowd as police lead him to jail», *Daily Mail*, 27 de abril de 2010, <<http://www.dailymail.co.uk/news/article-1269304/Italian-mobster-arrested-17-years-run-cheered-crowd-police-lead-jail.html>>.

4. Tom Kington, «Italian police arrest 300 in raids on Calabrian mafia», *The Guardian*, 13 de julio de 2010, <<https://www.theguardian.com/world/2010/jul/13/calabria-mafia-arrests-italy>>; Stephan Faris, «Italy vs. the mafia: Beheading the 'Ndrangheta», *TIME*, 13 de julio de 2010, <content.time.com/time/world/article/0,8599,2003598,00.html>.

5. Entrevista con el autor, julio de 2015, Milán.

6. Entrevista con el autor, julio de 2015, Módena.

7. Entrevista con el autor, julio de 2015, Milán.

8. *Ibid.*

XII

1. Stephan Faris, «Italy Braces for a New Mafia War», *TIME*, 14 de octubre de 2010, <content.time.com/time/world/article/0,8599,2025423,00.html>.

2. Entrevista del autor con Alessandra Cerreti, mayo de 2016, Milán.

3. Clare Longrigg, «Women Breaking the Mafia's Rules», *Mafiology*, 14 de octubre de 2013, <<https://mafiology.wordpress.com/2013/10/14/women-breaking-the-mafias-rules/>>.

4. *Ibid.*

5. Cerreti se ha referido a su conversación con Giuseppina en diversos foros, como en Roma en marzo de 2014: Xinhua, «Feature: Experts commend Mafia-linked women's help in crime fight», 15 de marzo de 2014, <China.org.cn/world/Off_the_Wire/201403/15/content_31793448.htm>. Asimismo ofreció varios relatos durante más de siete horas en las entrevistas que mantuvo con el autor en julio de 2015 y en febrero y mayo de 2016. La presente cita combina los comentarios públicos de Cerreti con las citas de las entrevistas.

6. Clare Longrigg, «Women Breaking the Mafia's Rules», *Mafiology*, 14 de octubre de 2013, <<https://mafiology.wordpress.com/2013/10/14/women-breaking-the-mafias-rules/>>.

7. Entrevista con el autor, julio de 2015, Milán.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*

10. Entrevista con el autor, febrero de 2015, Roma.

11. Entrevista con el autor, julio de 2015, Milán.

12. Entrevista con el autor, julio de 2015, Roma.

13. La declaración de Giuseppina Pesce a los fiscales, extraída de transcripciones oficiales de su testimonio incluidas en posteriores documentos procesales.

XIII

1. El presente capítulo se basa en numerosos documentos judiciales relacionados con el caso de Lea Garofalo. En las fases iniciales de la investigación, los *carabinieri* realizaron algunas alegaciones falsas y cometieron errores en relación con algunos hechos que se fueron corrigiendo a medida que las pesquisas avanzaban en las fases posteriores de la investigación, así como durante el juicio.

2. Entrevista con Enza Rando, Módena, julio de 2015. Véase también Michele Brambilla, «The Tragedy and Courage of a Mobster's Daughter», *La Stampa in English*, 17 de abril de 2014, <<http://www.lastampa.it/2014/04/17/esteri/the-tragedy-and-courage-of-a-mobsters-daughter-lrpU6aQB445if2MPCiJM9I/pagina.html>>.

XIV

1. Esta sección se basa en documentos judiciales relativos a la Operación All Inside, la acusación contra el clan de los Pesce y en declaraciones realizadas por Giuseppina Pesce tanto a Alessandra Cerreti como durante el juicio posterior.

2. Clare Longrigg, «Women Breaking the Mafia's Rules», *Mafiology*, 14 de octubre de 2013, <<https://mafiology.wordpress.com/2013/10/14/women-breaking-the-mafias-rules/>>.

3. Desde entonces, la página web de *Calabria Ora* ha cerrado. Doy las gracias al veterano periodista Franco Abruzzo, cuya página web es un archivo de incalculable valor sobre los asuntos más diversos, incluida la controversia de *Calabria Ora*: <www.francoabruzzo.it/public/docs/palmi-articolocommenti-9fb13.rtf>.

XV

1. Este capítulo se basa en registros oficiales de declaraciones realizadas por Maria Concetta Cacciola a Alessandra Cerreti y Giovanni Musarò el 25 de mayo y el 28 de junio de 2011; en documentos judiciales relativos al procesamiento de Michele Cacciola, Giuseppe Cacciola, Anna Lazzaro, Gregorio Cacciola y Vittorio Pisani; y en entrevistas complementarias con Giuseppe Creazzo, Giovanni Musarò y Alessandra Cerreti. También agradezco a Laura Aprati y Enrico Fierro por la transcripción de su obra teatral para una sola actriz sobre Concetta, *O cu nui o cu iddi*, que asimismo se basa fielmente en las pruebas oficiales.

2. Caterina Scaffidi Domianello, «Donne contro la 'ndrangheta», *Narcomafie*, julio-agosto de 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>.

3. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Milán.

4. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Roma.

5. Clare Longrigg, «Mafia witness “forced to drink acid”», *Mafiology*, 2 de febrero de 2014, <<http://mafiology.test.worldpress.com/tag/alessandra-cerreti/>>.

6. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Roma.

XVI

1. Esta sección se basa en la entrevista que el autor mantuvo con Alessandra Cerreti en mayo de 2016 en Milán.

2. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Milán.

3. Caterina Scaffidi Domianello, «Donne contro la 'ndrangheta», *Narcomafie*, julio-agosto de 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>.

4. Pueden encontrarse online varios informes de la correspondencia entre Giuseppina Pesce y su familia. El más completo es el relato de Caterina Scaffidi Domianello en «Donne contro la 'ndrangheta', *Narcomafie*, julio-agosto de 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>. Entre otros que también resultan útiles se incluyen dos reportajes: «La famiglia scrive a Giuseppina Pesce: Le lettere ricevute in carcere», *Strill.it*, 6 de octubre de 2011, <<http://www.strill.it/citta/2011/10/la-famiglia-scrive-a-giuseppina-pesce-le-lettere-ricevute-in-carcere/>>; y «Le lettere di Giuseppina Pesce: “Collaboro per dare un futuro ai miei figli”», *Strill.it*, 22 de septiembre de 2011, <<http://www.strill.it/citta/2011/09/le-lettere-di-giuseppina-pesce-collaboro-per-dare-un-futuro-ai-miei-figli/>>. También se incluyeron extractos en los documentos judiciales que acompañaron los juicios que siguieron a las Operaciones All Inside y All Clean. Por último, Alessandra Cerreti leyó algunas de las cartas al autor durante su entrevista, y en otras ocasiones resumió su contenido.

XVII

1. Este capítulo se basa en pruebas y transcripciones presentadas en documentos judiciales oficiales relativos al juicio de Michele Cacciola, Anna Lazzaro y Giuseppe Cacciola, así como al posterior juicio de los dos abogados, Vittorio Pisani y Gregorio Cacciola. El material se complementa con las entrevistas del autor con Alessandra Cerreti, Giovanni Musarò y Giuseppe Creazzo, además de con referencias a la obra teatral *O cu nui o cu iddi* de Laura Aprati y Enrico Fierro.

2. Dario Crippa, «Sciolse la mamma nell'acido, nessuna pietà per mio padre», *Il Giorno*, 4 de julio de 2011, <https://www.ilgiorno.it/milano/cronaca/2011/07/04/537205-sciolse_mamma.shtml>.

3. Santo Della Volpe, «Le Donne e La Lotta di Liberazione dale Mafie», Libera, 2012:
<www.libera.it/flex/cm/pages/Serve-BLOB.php/L/IT/IDPagina/6462>.

4. La grabación de once minutos de la «retractación» de Concetta está en la página web de StopNdrangheta: <http://www.stopndrangheta.it/stopndr/art.aspx?id=1419,La+ritrattazione+estorta+alla+Cacciola>.

XVIII

1. Este capítulo se basa en pruebas y transcripciones presentadas en documentos judiciales oficiales relativos al juicio de Michele Cacciola, Anna Lazzaro y Giuseppe Cacciola, así como al posterior juicio de los dos abogados, Vittorio Pisani y Gregorio Cacciola. El material se complementa con las entrevistas del autor con Alessandra Cerreti, Giovanni Musarò y Giuseppe Creazzo.

2. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Milán.

3. Entrevista con el autor, mayo de 2016, Roma.

4. «Orsola Fallara in condizioni disperate al Riuniti di Reggio dopo un tentativo di suicidio», *CN24TV*, 16 de dicembre de 2010, <www.cn24tv.it/news/16616/orsola-fallara-incondizioni-disperate-al-riuniti-di-reggio-dopo-un-tentativo-di-suicidio.html>.

5. Carlo Macri, «Il suicidio della testimone anti clan», *Il Corriere*, 23 de agosto de 2011, <https://www.corriere.it/cronache/11_agosto_23/il-suicidio-della-testimone-anti-clan-carlo-macri_7e7fbc74-cd49-11e0-8914-d32bd7027ea8.shtml>.

6. La carta completa puede leerse en el siguiente enlace: <www.sdisonorate.it/wordpress/wp-content/uploads/2014/03/Le-testimoni-di-justizia-calabresi.pdf>.

XIX

1. El presente capítulo se basa en las transcripciones oficiales de las declaraciones de Denise Cosco del 25 de noviembre de 2009 y del 5 de marzo de 2010, así como en su testimonio en el juicio, prestado el 20 de septiembre, y en los documentos judiciales del juicio por asesinato que siguió.

2. Milka Kahn y Anne Véron, *Women of Honour* (Londres, Hurst, 2017), p. 118.

3. Marika Demaria, *La Scelta di Lea* (Milán, Melampo Publisher, 2013), p. 26. Estoy en deuda con la señora Demaria, la única periodista que asistió a las sesiones de los nueve meses de juicio, cuya persistencia ha permitido ofrecer un relato completo y público del mismo.

XX

1. Este capítulo se basa en documentos judiciales relativos a la Operación All Inside y en la acusación contra el clan Pesce, así como en las declaraciones hechas por Giuseppina Pesce a Alessandra Cerreti y durante el juicio posterior.

2. Gran parte de la correspondencia de Pesce se ha publicado enteramente en los valiosísimos artículos de Caterina Scaffidi Domianello, en «Donne contro la 'ndrangheta», *Narcomafie*, julioagosto de 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>.

3. Caterina Scaffidi Domianello, «Donne contro la 'ndrangheta», *Narcomafie*, julio-agosto 2013, <www.liberanet.org/narcomafie/2013_07.pdf>.

4. Gaeta Piero, «Condannati a 20 anni Vincenzo e Ciccio Pesce», *Gazzetta del Sud*, 21 de septiembere de 2011, <<http://www.gazzettadelsud.it/news/reggio/249862/ciccio-pesce-condannato-a-10-anni.html>>.

5. Paul Toscano, «Giuseppina Pesce si è pentita di nuovo», *Gazzetta del Sud*, 22 de septiembere de 2011, <www.fondazioneantiusura.it/filedown.asp?s=36937&l=2>.

6. *Ibid.*

7. «Giuseppina Pesce domani al processo di Palmi», *CN24TV*, 22 de septiembere de 2011, <www.cn24tv.it/news/32497/ndrangheta-giuseppina-pesce-domani-al-processo-di-palmi.html>; «Clan Pesce, Palaia scrive alla moglie pentita: “stai rovinando te stessa ed i tuoi figli”», *CN24TV*, 23 de noviembrere de 2011, <www.cn24tv.it/news/32639/clan-pesce-palaia-scrive-alla-moglie-pentita-stai-rovinando-te-stessa-ed-i-tuoi-figli.html>.

8. «Operazione “All Clean 2”: I dettagli», *CN24TV*, 13 de octubre de 2011, <www.cn24tv.it/news/33781/operazione-all-clean2-i-dettagli.html>.

9. «Processo al clan Pesce, la testimone di giustizia sarà sentita da un luogo segreto», *CN24TV*, 21 de ottobre de 2011, <www.cn24tv.it/news/34338/processo-al-clan-pesce-la-testimone-di-justizia-sara-sentita-da-un-luogo-segreto.html>.

10. Nick Pisa, «Judge hands 1,000-year prison sentence to 110 Mafia mobsters in massive show trial», *Daily Mail*, 22 de noviembre de 2011, <www.dailymail.co.uk/news/article-2063932/Judge-hands1-000-year-prison-sentence-110-Mafia-mobsters-massive-trial.html>.

11. Entrevista del autor con Alessandra Cerreti. Véase también el relato en Francesca Chirico, «Rosarno, donne e 'ndrangheta: il processo del contrappasso», *Stop 'Ndrangheta*, 25 de noviembre de 2011, <<http://www.stopndrangheta.it/stopndr/art.aspx?id=1215,Rosarno%2C+donne+e+%27ndrangheta%3A+il+processo+del+contrappasso>>.

XXI

1. El presente capítulo se basa en las dos entrevistas con Roberto di Bella mantenidas en su despacho de Reggio Calabria en julio de 2015 y en mayo de 2016, así como en una visita al albergue que acogía a niños de la 'Ndrangheta en Mesina y en entrevistas con el personal del centro.

2. Riccardo Francesco Cordì, «Voglio una vita normale», *Corriere della Sera*, 8 de mayo de 2014, <https://www.corriere.it/cronache/14_maggio_08/voglio-vita-normale-6f0f1dc2-d672-11e3b1c6-d3130b63f531.shtml>.

XXII

1. Traducción de la Oficina de Naciones Unidas para la Droga y el Delito, Revisión de la Implementación de la Convención de Naciones Unidas contra la Corrupción, Italia, p. 4, <<https://www.unodc.org/documents/treaties/UNCAC/WorkingGroups/ImplementationReviewGroup/2627November2013/V1387842e.pdf>>.

2. La portada de *Il Quotidiano della Calabria* del 10 de febrero de 2012 puede consultarse aquí: www.stopndrangheta.it/file/stopndrangheta_1381.pdf. La página incluye el inicio del editorial de Matteo Cosenza, así como las noticias sobre Maria Concetta Cacciola, Giuseppina Pesce y Lea Garofalo, tal vez la primera vez en que las tres mujeres y sus casos aparecen referidos de forma conjunta. El editorial completo se encuentra aquí: 19luglio1992.com/index.php?option=com_content&view=article&catid=2%3Aeditoriali&id=5213%3Ail-simbolo-dell8-marzo-tre-donne-coraggiose&Itemid=33.

3. Véase, a modo de ejemplo, Giuseppe Baldessaro, «Lea, Concetta, Giuseppina è l'8 marzo della Calabria», *La Repubblica*, 2 de marzo de 2012, <www.repubblica.it/cronaca/2012/03/02/news/donne_ndrangheta_8_marzo-30721686/>.

4. Ilaria Calabro, «Dagli studenti una lettera alla Pesce, “nel tuo riscatto è possibile il riscatto di tutti”», strettoweb.com, 8 de marzo de 2012, <www.strettoweb.com/2012/03/reggio-8-marzo-dagli-studenti-una-lettera-alla-pesce-nel-tuo-riscatto-e-possibile-il-riscatto-di-tutti/25999/#07DWLhJEL6JRX3w0.99>.

5. Matteo Cosenza, «Vicini a Denise che ha scelto la verità e la giustizia», *Il Quotidiano*, 8 de marzo de 2012, <www.stopndrangheta.it/file/stopndrangheta_1485.pdf>.

XXIII

1. Esta sección se basa en transcripciones oficiales de los procedimientos durante el juicio celebrado en Palmi entre los días 21-26 de mayo de 2012.

XXIV

1. Marika Demaria, «Processo Lea Garofalo, riprendono le udienze», *Narcomafie*, 2 de dicembre de 2012, <www.acmos.net/processo-lea-garofalo-riprendono-le-udienze>.

2. «Milano: sei ergastoli per l'omicidio di Lea Garofalo», *Il Fatto Quotidiano*, 30 de marzo de 2012, <www.ilfattoquotidiano.it/2012/03/30/milano-ergastoli-lomicidio-garofalo-testimonesciolta-nellacido/201316/>. Véase también Tom Kington, «Italian mobster condemned by daughter's evidence», *The Guardian*, 1 de abril de 2012, <<https://www.theguardian.com/world/2012/apr/01/italian-mobster-jailed-by-daughters-evidence>>.

3. Simona Ravizza, Cesare Giuzzi e Redazione Milano online, «Viale Montello 6, sgomberato dopo 40anni il “fortino delle cosche”», *Corriere della Sera*, 21 de junio de 2012, <https://milano.corriere.it/milano/notizie/cronaca/12_giugno_21/viale-montello-fortino-cosche-sgombero-polizia-cosco-lea-garofalo-201694845491.shtml>. *Corriere della Sera* ofrece también imágenes del número 6 de Viale Montello como era cuando lo dirigía Carlo y de cómo podría renovarse aquí: Elisabetta Andreis, «Una “corte” moderna nell'ex fortino della mafia», 29 de agosto de 2016, <https://milano.corriere.it/notizie/cronaca/16_agosto_29/viale-montello-fortino-mafia-stabile-abbandonato-progetto-demolizione-41cb3f10-6d58-11e6-baa8-f780dada92e5.shtml>.

4. Michele Brambilla, «The Tragedy and Courage of a Mobster's Daughter», *La Stampa in English*, 17 de abril de 2014, <<http://www.lastampa.it/2014/04/17/esteri/the-tragedy-and-courage-of-a-mobsters-daughter-lrpU6aQB445if2MPCiJM9I/pagina.html>>.

5. Este relato de la confesión de Carmine Venturino se basa en documentos judiciales oficiales. También existen numerosos artículos de prensa sobre la carta de Carmine Venturino. Véase, por ejemplo, Sandro De Riccardis, «Il verbale dell'orrore sulla pentita Garofalo: "Bruciai il suo corpo finché rimase cenere"», *La Repubblica*, 20 de marzo de 2013, <http://milano.repubblica.it/cronaca/2013/03/20/news/il_verbale_dell_orrore_sulla_pentita_garofalo_br54945861/>; Alessandra Coppola y Cesare Giuzzi, «Uccisi Lea Garofalo, il coraggio di Denise mi ha spinto a collaborare», *Corriere della Sera*, 4 de diciembre de 2012, <<https://27esimaora.corriere.it/articolo/uccisi-lea-garofalo-il-coraggio-di-denise-mi-ha-spinto-a-collaborare/>>; Demaria, *La Scelta di Lea*.

6. Esta sección se basa sobre todo en documentos oficiales proporcionados por el fiscal Marcello Tatangelo de su interrogatorio a Carmine Venturino los días 3 y 11 de octubre de 2012, así como en transcripciones posteriores del interrogatorio de Tatangelo a Carmine en el tribunal. Una vez más, estoy en deuda con Marika Demaria de *Narcomafie*, que siguió exhaustivamente el caso y publicó crónicas intermitentes, así como su libro, *La Scelta di Lea* (Milán, Melampo, 2013). También me fueron útiles otros varios artículos de prensa, como se indican.

XXV

1. «All Inside, il dispositivo della sentenza (I grado)», *Narcomafie*, 3 de mayo de 2013, <[www.stopndrangheta.it/stopndr/art.aspx?id=1709,All+Inside%2c+il+dispositivo+della+sentenza+\(I+grado\)](http://www.stopndrangheta.it/stopndr/art.aspx?id=1709,All+Inside%2c+il+dispositivo+della+sentenza+(I+grado))>.

2. Cuando las sentencias definitivas se hicieron públicas cuatro años después, algunas resultaron ligeramente modificadas, pero el impacto seguía siendo el mismo. «'Ndrangheta, diventano definitive le condanne inflitte al clan Pesce di Rosarno», *Zoom24*, 29 de marzo de 2017, <<http://www.zoom24.it/2017/03/29/ndrangheta-pesce-condanne-rosarno-45842/>>.

3. Giuseppe Baldessarro, «'Ndrangheta: nessuno demolisce la casa del boss, accetta solo l'imprenditore sotto scorta», *La Repubblica*, settembre de 2014, <www.repubblica.it/cronaca/2014/09/16/news/calabria_ndrangheta_boss-95872877/>.

4. Barbara Conforti, «Mafia, la trahison des femmes», Canal+, 2 de marzo de 2014.

5. «Omicidio Lea Garofalo, in appello confermati 4 ergastoli», *Il Fatto Quotidiano*, 29 de mayo de 2013, <[www.ilfattoquotidiano.it/2013/05/29/omicidio-lea-garofalo-in-appello-confermati-4-ergastoli-
assolto/610120/](http://www.ilfattoquotidiano.it/2013/05/29/omicidio-lea-garofalo-in-appello-confermati-4-ergastoli-assolto/610120/)>.

6. Vincenzo Ruggiero, «17 arresti a Crotone e in altre 4 regioni. Decisive le dichiarazioni di Lea Garofalo», *CN24TV*, 29 de octubre de 2013, <www.cn24tv.it/news/77515/omicidi-di-ndrangheta-17-arresti-a-crotone-e-in-altre-4-regioni-decisive-le-dichiarazioni-di-lea-garofalo.html>.

1. Milka Kahn y Anne Véron, *Women of Honour* (Londres, Hurst, 2017), p. 127.

2. Existen varios vídeos online del funeral de Lea que incluyen el breve discurso de Denise. Véase <www.youtube.com/watch?v=4oR9kFYFVcs> o <www.youtube.com/watch?v=I9jxIMRQIT8>.

Las buenas madres

Alex Perry

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Good Mothers*

Publicado originalmente por William Collins

© 2018, Alex-Perry.com Ltd.

© 2019, Juanjo Estrella, por la traducción

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

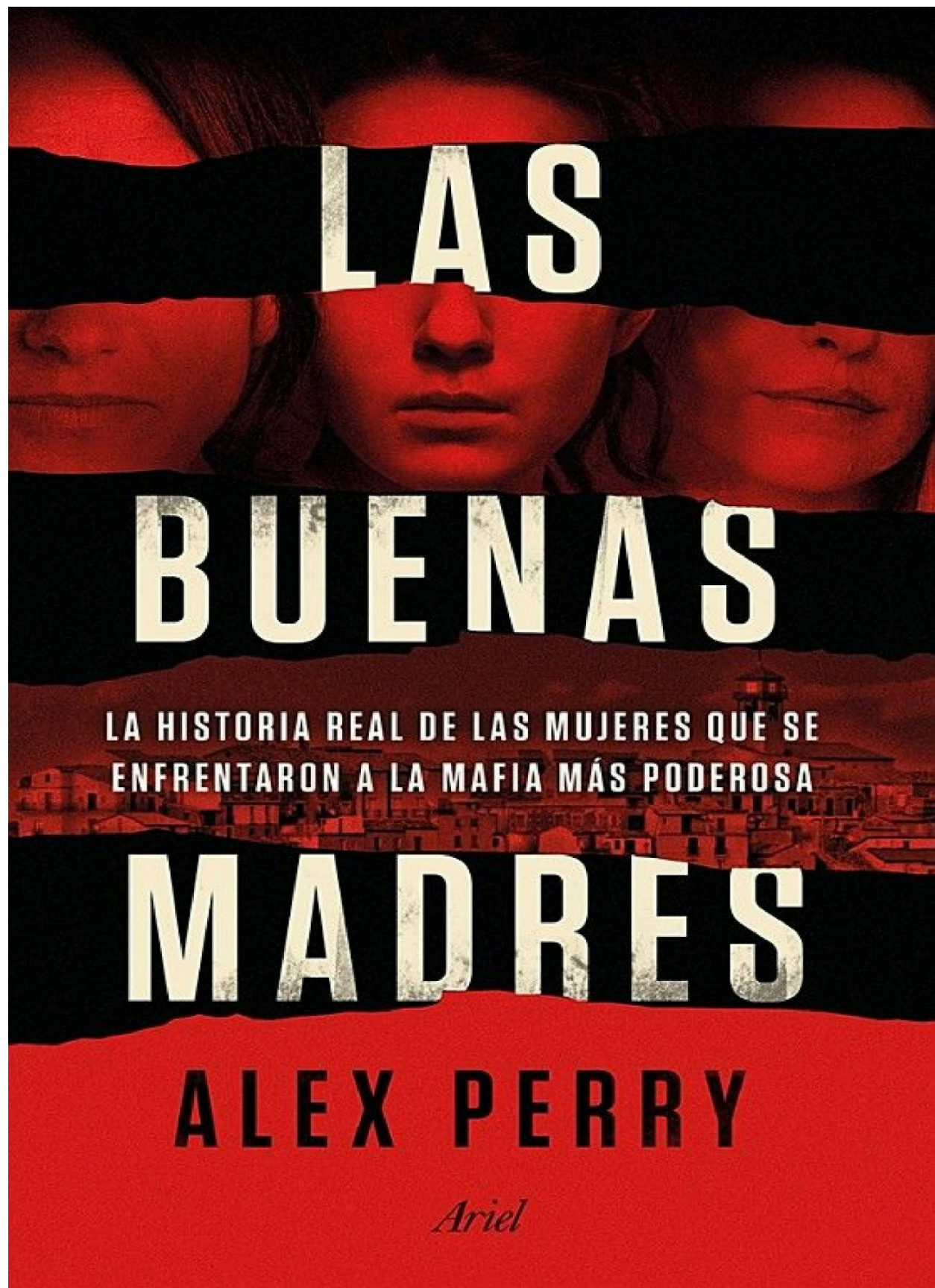
Idea original del diseño: Leo Nickols, HarperCollins Publishers, 2018

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-344-2968-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com



LAS

BUENAS

LA HISTORIA REAL DE LAS MUJERES QUE SE
ENFRENTARON A LA MAFIA MÁS PODEROSA

MADRES

ALEX PERRY

Ariel